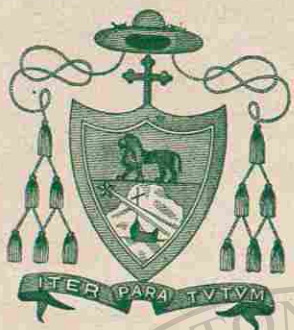


IDAD
CCIÓN



1080021366

EX LIBRIS

HEMETHERIL VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis



LAS

GLORIAS DE PIO IX

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



LAS
GLORIAS DE PIO IX

Y
LAS SOLEMNES FIESTAS DE ROMA
EN 1867

OBRA ESCRITA EN FRANCÉS

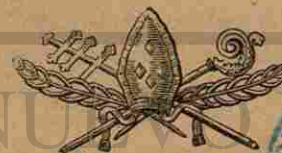
POR EL REVERENDO P. HUGUET

Y TRADUCIDA AL ESPAÑOL

POR F. ORVAÑANOS

Gloria et honore coronasti eum.
Lo habéis coronado de gloria y honor.
SALMO VIII, v. 6.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



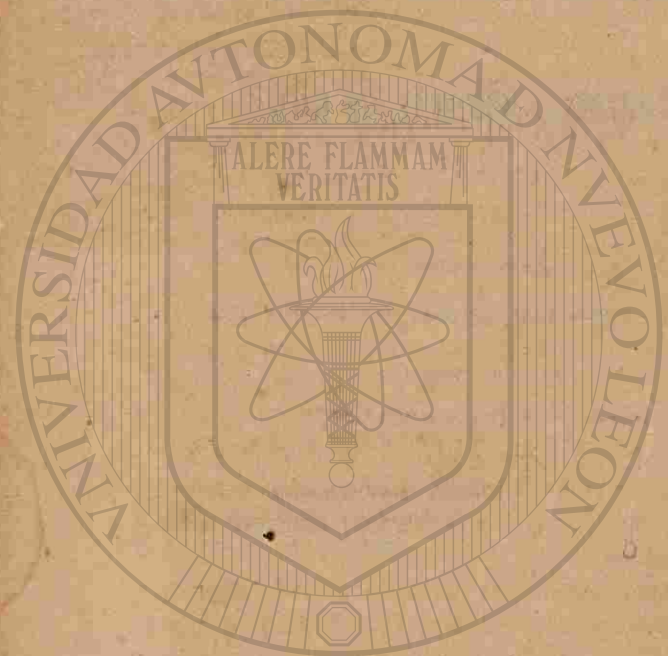
MEXICO
IMPRENTA DE I. ESCALANTE Y C^o
HAJOS DE SAN AGUSTIN, NUM. 1

1869

45798

V
922
P

BX1373
H 8



FONTO METERIO
VALVERDE Y TELLEZ

8878A

INTRODUCCION

Yo sabia por experiencia que ninguno muere de dolor, pero en medio de estas bellas fiestas, creo morir de gozo.

PALABRAS DE PIO IX.

I

El pontificado del augusto Pio IX es uno de los mas laboriosos, de los mas fecundos, y de los mas gloriosos de la historia de la Iglesia.

Encargado de confirmar a sus hermanos en la fe, de apacentar a los pastores y a los rebaños, Pio IX no ha dejado pasar ningun error sin condenarlo: no es el hombre a quien pueda acusarse de haber tenido cautiva la verdad.

Pio IX no contentándose con desmentir y condenar el error, ha definido solemnemente grandes verdades dogmáticas.

Pio IX ha declarado oficialmente al mundo, que María fué concebida sin pecado. Y por esto no ha creado, no ha inventado, sino puesto en evidencia, definido, colocado fuera de toda controversia, una verdad, que trasmitida por las edades, no esperaba mas que este último golpe para brillar con todo su esplendor. ¡Y cosa admirable! este decreto ha hecho estremecer, de un polo a otro, todas las almas católicas. Ellas bendicen y veneran con amor aquella prerogativa sagrada de la cual ha proclamado investida a la Rei-

009266



P. HUGUET.



L A S
G L O R I E S

BX1373

H8

C. 1

na de las Vírgenes; toman, en la meditacion de este dogma glorioso para su divina Madre, valor para marchar sobre la huella de sus virtudes.* Pio IX ha enseñado solamente el verdadero origen del poder, y la obligacion de respetarlo como establecido por Dios.

Desarmado, a merced de las facciones, abandonado por la Europa que no ha temido reconocer al *nuevo reino* de Italia, por miedo de desagradar a las sociedades secretas, Pio IX ha renovado y confirmado a la faz del mundo todos los anatemas de la Franc-Masonería.

Al definir los derechos de la autoridad, Pio IX no se ha olvidado de las necesidades de los pueblos. El solo ha hablado en favor de la Irlanda oprimida por una de las mas grandes y poderosas naciones. ¡Cuántas veces, durante su reinado, este augusto Pontífice ha tomado la defensa de la heroica Polonia, y señalado al mundo entero la política astuta y bárbara del autócrata ruso!

¡Quién podrá contar todas las victorias de la Iglesia durante este reinado tan fecundo en grandes acontecimientos!

La historia ha registrado ya en sus fastos el concordato concluido con el Austria, el restablecimiento de la gerarquía en Inglaterra y en Holanda, la vuelta feliz de la Francia a la verdadera liturgia, la exclusion del galicanismo con sus servidumbres de todas las escuelas de teología, y las honrosas defensas de la verdadera doctrina de la Iglesia Romana, sostenidas por los ingenios mas distinguidos de nuestra época.

Como vemos, sería necesario volúmenes enteros para enumerar las grandes cosas que han tenido lugar durante este glorioso Pontificado.**

* Véase la bella obra de Mr. Plantier, Pio IX defensor y vengador de la verdadera civilizacion.

** Ya las hemos referido en nuestras dos obras l'Esprit de Pie IX.—Le Triomphe de Pie IX.

II

Dios es grande y lo son todas sus obras; pero EL ha querido distribuir aquí y allí, sobre el camino de los siglos, dias en los cuales su accion es mas manifiesta y sorprendente, dias en los cuales obra con su mano robusta y su brazo extendido. (Deut. XI, 2.) La Escritura tiene un término lleno de pompa y majestad para expresar estos hechos del poder divino; los nombra: *Magnalia Domini*: «Los hechos grandiosos del Señor.» No temais, decia Moisés al pueblo judío á la orilla del mar Rojo; esperad y ved las obras magnificas que el Señor vá a hacer hoy: *State et videte Magnalia Domini que factururus est hodie* (Exod., XIV, 13), y esta expresion vendrá a ser la expresion consagrada para recordar la intervencion solemne de Dios en el gobierno de las cosas terrestres, los hechos culminantes de su religion, sus misericordias ó castigos excepcionales y milagrosos. «Tantos cuantos somos, decian las gentes de todos los paises reunidas en Jerusalem el gran dia de Pentecostés, hemos oído cada uno en nuestra lengua las grandes cosas de Dios.» *Audivimus eos loquentes nostris linguis Magnalia Dei.*

Por nefastos que sean, bajo todos aspectos, los años que atravesamos, la generacion contemporánea tendrá en lo de adelante el consuelo y arrogancia de poder decir, que ella misma ha asistido a los acontecimientos religiosos de primer orden, que ha visto lucir los dias llamados a figurar entre los grandes dias de Dios sobre la tierra; dias en los cuales plugó al Rey de los siglos añadir un nuevo esplendor a los antiguos prodigios de su sabiduría y de su poder, dice Mr. Pie.*

* Ved aquí un pasaje significativo de la *Patrie*, a quien no se podrá acusar de complacencia respecto de Roma:

«Es imposible, hablando de estas fiestas de Roma, no notar su coincidencia con la solemnidad que debe casi en el mismo dia, celebrarse en Paris los triunfos de la industria y del trabajo humano.

En Roma, se habla poco de la libertad, porque la poseen, y todos saben por qué en otras partes se habla de ella tan constantemente. En cuanto a la vida, sobreabunda, vida moral, vida intelectual, vida religiosa sobre todo, es decir, vida del espíritu que es la verdadera vida, porque «el hombre no solamente vive del pan.» Los esclavos del libre pensamiento se ven precisados a repetir que Roma está degenerada, envejecida, muerta; pero a pesar de esto muchos de entre ellos se sustraen por terror de esta liga de mentira.

Basta leer los diarios de Italia que representan mejor las dos grandes divisiones revolucionarias, la *Nazione* y el *Diritto*: confiesan que la vida se muestra en Roma con un brillo y un poder admirable: asustados, piden se dé un aviso, si no quieren ser perdidos.*

* Hé aquí un pasaje del *Diritto*, uno de los principales diarios revolucionarios italianos, que merece ser meditado; habla a propósito de las últimas solemnidades romanas: «El Papa, aun esta vez, dice, ha hablado al mundo católico con estas formas llenas de solemnidad y de unción que son tradicionales en la corte de Roma. Adversarios de Pio IX, nosotros le reconocemos una admirable constancia. Este anciano decrepito, pero firme en su fe, y representante de una grande institución, herida, no muerta, ha sabido encontrar fuertes palabras para afirmar al mundo la exuberancia de vida que corre en las venas del catolicismo, y para rechazar con una ironía soberbia la grito inepta de sus enemigos. El Papa tiene razón. Nosotros somos ineptos y charlatanes. Llenamos el aire de gritos y proyectos contra la Iglesia, y no tenemos ni el valor ni la fuerza de atacarla resueltamente, ó de aceptarla en paz... Este anciano domina nuestra bajeza. Insta y va recto por su antiguo camino, y nosotros andamos como ebrios cambiando de derecha a izquierda. De Roma se elevan aún acentos graves, resueltos, que realzan la dignidad humana; de los sepuleros místicos del catolicismo aun sale un sonido armonioso que encanta; pero de los tabernáculos de Italia no se escapa un grito, un pensamiento que sean comparables ó dignos de la nueva vida que la suerte nos ha deparado. Digámoslo, porque la verdad es útil para todos. Roma nos enseña a amar, a creer, a combatir, a vencer. Nosotros aún podemos aprender mucho de ella, si verdaderamente la idea de entrar en lucha con ella nos sonrío. En el caso contrario, nosotros seremos derrotados, inexorable, infaliblemente.

A todas estas consecuencias del Centenar es necesario añadir un resultado material, previsto sin duda por los fieles, pero evidenciado por la revolución. Esta esperaba con impaciencia la hora en que se agotase el tesoro pontificio.

Tenia sus agentes ocultos que la informaban de las diversas fases de la agonía financiera. La Europa, cierta Europa cuyos representantes es inútil designar, tenía en cierta manera la mano sobre los pulsos del Papado, para contar sus vibraciones. Un poco más, decía, y darémos el último asalto. La Italia no pagará la deuda; el Pontífice estará colocado entre el deshonor de la bancarota y la conciliación... Esto era un sueño. Dios había inspirado a Pio IX un llamamiento al mundo; este llamamiento fué escuchado.

Las arcas pontificias se han llenado por el amor de los pueblos.

Solo Dios que los inspira, conoce los sublimes y heroicos sacrificios inspirados por las virtudes y las desgracias de Pio IX.

Se escribía últimamente de Roma el rasgo siguiente, que es imposible leer sin sentir los ojos llenos de lágrimas:

«Hay algunos jóvenes que abandonan la Francia, las dulzuras de la familia, y frecuentemente las de la fortuna, para venir a tener en Roma ó en sus alrededores, la vida de los campos. Estos jóvenes, estos zuavos, admiran a todos por su piedad y su valor; sacrificándose de esta manera, ellos creen no haber hecho lo bastante. Uno de ellos, oficial, nos enseñó hace algunos días, a uno de sus camaradas que pasaba a la cabeza de su compañía, y nos dijo:

«Este es un santo. Durante mucho tiempo lo hemos creído pobre y hemos procurado no comprometerlo en nada, a fin de que no esté obligado a los mismos gastos que nosotros. Hemos acabado por saber que su familia era rica, y nos preguntábamos las razones de su pobreza, cuando supimos por casualidad, que recibía todos los meses quinientos francos de su padre. ¡Guardaba veinticinco francos para

él, y daba el resto al Obolo de San Pedro! Además, cuando nuestra conferencia de San Vicente de Paul se encontraba sin fondos, recibia algunos donativos sin saber de dónde: hemos descubierto que es él quien quita de sus veinticinco francos para socorrer a los pobres. ¡Crée que nosotros no sabemos nada de esto, y continúa haciéndolo siempre!

No es este solamente en quien se puede admirar semejante desprendimiento. Otro; éste ya ha muerto y tal vez de privaciones. Era ménos rico, por lo ménos nosotros así lo pensábamos, porque ¿cómo saberlo? Era muy hábil pintor, y todos los momentos de que podia disponer, los empleaba en hacer dibujos que enviaba a las revistas. Todo el dinero que conseguia con esta habilidad lo daba a los pobres. Lo encontré un día en el Corzo a las dos de la tarde comiendo un pedazo de pan.—¿Sabeis, le dije, que está prohibido comer en la calle?—No he tenido tiempo para ir a hacerlo al cuartel. Entónces, no sin trabajo y como por penitencia, lo llevé a comer conmigo. Algun tiempo despues fué atacado de fiebre, pedia sus dibujos, todavía queria ganar un poco de dinero para sus pobres: no obstante su estado de enfermedad, se puso a correr los montes para tomar puntos de vista; el mucho trabajo y las privaciones a que se sujetaba a pesar de su enfermedad, lo mataron.»

Semejantes sacrificios no quedan estériles.

La Iglesia ha triunfado, lo debe a sí misma y a sus hijos: participantes de su gloria, seámoslo de su moderacion, y pidamos a Dios desvende los ojos de aquellos que no han visto aún al Vicario de Jesucristo en su mansedumbre, en su reinado

III

ALGO SOBRE ESTA OBRA.

Despues de dos años la Providencia nos ha dado la ocasion de trabajar, en la humilde medida de nuestras fuerzas, por la mas santa de las causas: hemos consagrado una gran parte de nuestro tiempo en hacer conocer al augusto Pio IX y disipar las calumnias que los sectarios se esfuerzan en esparcir contra su gobierno; nosotros decimos su gobierno, porque los mas impíos se ven precisados a confesar que no se puede dirigir ningun reproche serio al Papa, cuya virtud y carácter exigen el respeto de los malvados.

Dios se ha dignado bendecir nuestros esfuerzos; estos diversos volúmenes: *El espíritu de Pio IX.—El triunfo de Pio IX.—Los castigos de los revolucionarios enemigos de la Iglesia*, han sido bien recibidos del público,* y nos han valido lisonjeros plácemes de los prelados mas adictos a la Iglesia.**

Animados por este éxito que demuestra cuán sagrada y popular es la causa de Pio IX, hemos continuado nuestras investigaciones y tomado notas sobre los hechos que han pasado a nuestra vista.

Hemos continuado nuestro trabajo sobre Pio IX, desde la época en que lo habiamos dejado en nuestra última obra publicada en Enero de 1867. Este volúmen no es mas que el complemento de los otros y como la continuacion de la

* Hemos tenido el consuelo de dar nuestra licencia para que se traduzcan estas obras en las principales lenguas vivas de Europa. Hurter ha dado una traduccion en aleman en Schaffouse.

** Nosotros hemos recurrido frecuentemente a la correspondencia de los buenos diarios. No los citamos siempre, porque nos hemos visto precisados a compendiarlos para hacerlos entrar en nuestro plan.

historia de este gran pontífice que llena nuestro siglo con su nombre y con sus obras.

Sin embargo, hemos insertado algunos hechos mas antiguos que no eran conocidos en el momento en que escribimos nuestro último volumen; como por ejemplo, la solicitud de Pio IX por la conversion de Lammenais y de Cousin, etc.

En fin, nosotros contamos, tomándolo de las fuentes mas seguras, las magnificas fiestas que acaban de pasar en Roma en medio de un concurso sin ejemplo de fieles y de pontífices.

Nos estimariamos por muy dichosos si pudiésemos ganar algunos corazones al mejor de los reyes y al mas venerado de los padres.

Depositamos estas humildes páginas á los piés de Maria, la Reina de la Iglesia, el auxilio de los cristianos, para que se digne bendecirlas, así como a todos los que las lean y las propaguen para mayor gloria de Dios y salud de las almas.

AGOSTO 1.^o DE 1867, EN LA FIESTA DE SAN
PEDRO AD VINCULA.

LAS GLORIAS DE PIO IX

Y LAS SOLEMNES FIESTAS DE ROMA EN 1867

PRIMERA PARTE

LA PALABRA DE PIO IX

En todos tiempos Dios ha suscitado, para el servicio y gloria de su Iglesia, hombres que estén al nivel de sus peligros y combates. La historia está llena de estas grandes figuras que han dominado su época y dirigido la barca de Pedro, que lleva los destinos del género humano. Pio IX es verdaderamente el hombre que se necesitaba en presencia del siglo XIX y de la revolucion. El perfume celeste que se exhala de su persona regocija al rebaño fiel y llena de estupor a la impiedad. Jamás se ha mostrado la autoridad ni más fuerte, ni más dulce, ni más amable. En él las cualidades del hombre, tales como el ingenio, el corazon, las formas del cuerpo, realzadas por la majestad del Pontificado y por el reflejo de esta vida sobrenatural que lo anima, ofrecen a la tierra la mas alta expresion del ministerio pastoral confiado a San Pedro y sus sucesores. Es como la vision de un ángel del cielo, bajo los rasgos encantadores de aquel que se ha llamado el Buen Pastor, y que habia sido proclamado por el Rey-Profeta, el mas hermoso de los hijos de los hombres: *Speciosus forma præ filis hominum.*

El 6 de Julio de 1867 se escribia de Roma al *Universo*:

« Todo lo que acaba de pasar en Roma, ó mas bien, todo lo que pasa en estos momentos, excede, no solamente á la esperanza general, sino aun á la del Soberano Pontífice. Lo calamitoso de los tiempos, los ardores de la estacion, las alarmas esparcidas, sobre todo las amenazas de la revolucion, eran mas a propósito para moderar el celo y aconsejar la prudencia.

Por otra parte, Paris y su exposicion parecia que debian absorber, ó por lo ménos desviar la atencion del mundo. Por de pronto no se contaba sino con doscientos obispos y algunos millares de extranjeros, y sin embargo, para servirnos de la expresion romana, quinientos obispos formaron la corona al Papa, y se han calculado en ciento cuarenta mil, los fieles que venidos de Italia y de diversos puntos del globo, han estado presentes a las fiestas de la canonizacion y del centenario. Puede ser que jamas haya ofrecido el Vaticano un espectáculo semejante, a Dios, a los ángeles, a los santos

Dios nos libre buscar en esta relacion una idea de antagonismo y un pretexto para comparaciones frívolas; nos parece, por el contrario, que estas fiestas religiosas, así como el celo y emoción que han excitado en todo el mundo católico, son muy a propósito para provocar entre los amigos de la civilizacion y de los principios modernos, graves reflexiones que deban conducir a un deseo mas vivo que nunca de aproximacion é inteligencia entre los dos mundos.

« ¿No es evidente que el mundo religioso, a despecho de los inmensos desarrollos y adelantos de la civilizacion moderna, ha conservado un poder que sería pueril disputárselo?

« Nosotros podemos con buen derecho mostrarnos orgullosos de las obras de nuestra industria, de todas las mejoras llevadas por la ciencia y el trabajo a las condiciones materiales de la vida en su mayor número: nosotros podemos señalarlas con un orgullo legítimo a los delegados del mundo entero reunidos en medio de nosotros, para presidir este grande concurso del progreso temporal.

« Pero el mundo religioso puede enorgullecerse tambien del celo con el cual todos sus gefes ocurren a Roma llamados por un interes puramente espiritual: puede decir que no son solamente las antiguas sociedades del antiguo mundo las que contribuyen al brillo de esta fiesta, y mostrar a todos los obispos americanos que

y a los hombres. Jamás habrá estallado un entusiasmo de mejor calidad, mas racional y mas razonado: de manera, que podemos decir, que Pio IX, excita, despues de veintidos años de reinado, aclamaciones y un gozo superiores a lo que oímos y vimos en 1846 y 1847. Habia entónces muchos elementos diversos; los revolucionarios se mezclaron en la multitud y arrojaron espinas entre las rosas del camino. Ahora no hay mas que hijos fieles consagrados *usque ad efusionem sanguinis*, y los revolucionarios contemplan todo esto con una mirada consternada y la rabia en el corazon.

Todas las veces que el Papa ha aparecido aún en las ceremonias, la multitud ha cedido a la necesidad de manifestarle sus sentimientos. El dia-aniversario de la coronacion, trescientos obispos se han prosternado ante su Majestad, diciéndole: *Tu es Petrus*; besando sus manos y sus piés. ¡Ah! la

han atravesado el Atlántico para ir a llevar al pié de la cátedra apostólica el homenaje de su filial respeto.

« El paralelismo de estas dos solemnidades, la fiesta industrial de Paris, la fiesta religiosa de Roma, nos parece una demostracion nueva y resplandeciente de la gran palabra del Evangelio: «El hombre no solamente vive de pan.»

« Es necesario saber reconocer y proclamar, que todos nuestros progresos, todas nuestras maravillas materiales no detienen el desarrollo propio, y la evolucion especial de las fuerzas religiosas; de la misma manera que el antagonismo siempre imprudentemente suscitado entre el progreso y la religion, no ha podido jamás detener la marcha ascensional de ésta. Los dos mundos coexisten, pues, girando cada uno en su esfera; no puede decirse que uno mata al otro; persisten al traves de todas las trasformaciones de las sociedades, paralelos, vecinos y distintos como el espíritu y la materia en el hombre, como el ideal al lado de la realidad.

« ¿Qué podrá pedirse a una sábia política? El mismo resultado exactamente que se reclama de una filosofía sana, a saber, una transaccion equitativa y animosa, un compromiso continuamente mantenido, que haga vivir en buena inteligencia estos dos elementos irreductibles: la materia y el espíritu; que reserve a cada uno de ellos su esfera de accion y su derecho, y que haga salir la paz de este equilibrio hábilmente sostenido.

Patrie, 26 de Junio.

Iglesia es siempre joven. Estas escenas conmovedoras no pertenecen solo a los tiempos apostólicos; son hoy como ayer, y el mundo las verá mañana, y siempre, hasta el fin. Los mosaicos antiguos que nos representan a los apóstoles a los pies de Pedro, su jefe, parecen animarse á nuestra vista, y con razon se ha llamado a esta manera de pintar, diciendola que es hecha para la eternidad. Es tan actual como antigua, tan futura como actual.

Ademas, bajo cualquier punto de vista que nos coloquemos para considerar el esplendor de las fiestas romanas, es imposible no ser herido de la admirable majestad del Pontificado soberano.

A nuestro modo de ver, para nosotros los cristianos, se comprenden todas las bellezas del culto; se siente que la Iglesia es divina y que nos da en este mismo culto un gusto anticipado de los gozes del cielo.

La primera consecuencia del centenario es la demostracion de la fuerza y unidad de la Iglesia católica.

En sus obispos, su clero, y la multitud de sus fieles, representa la universalidad de hombres libres, se muestra una con Pio IX, y justifica la oracion de Nuestro Señor Jesucristo a su Padre: *Ut omnes unum sint, sicut, tu Pater in me, et ego in te, ut et ipsi in novis unum sint: ut credat mundus quia tu me misisti.* Esta demostracion de la unidad está puesta en una luz mas viva por el contraste de los odios y divisiones que estallan entre los políticos del siglo. En Italia, los partidos llamados moderados y avanzados, se despedazan; la Sociedad Francmasona, creada por el espíritu del mal a fin de abatir al catolicismo, está en plena confusion.

Las diversas *Ventas* protestan; los grandes-Orientes se anatematizan los unos a los otros. Los Estados mismos, estos Estados tan dichosos con las muestras de amistad cambiadas entre sus soberanos, se vigilan, se sospechan. La mano que se dan está cubierta con un guante; la otra se oculta y tiene una arma. Así el Papa, con su elevada razon, decia el 1.º de Julio, a una diputacion de mil quinientos italianos que le pre-

sentaban 800,000 francos y un álbum magnífico: «No puede haber unidad donde no hay caridad.» Así es, la caridad no vive y no reina mas que en la Iglesia de Jesucristo. Es un don celestial que Dios ha hecho a los hombres.

Las fiestas del Centenario, han sido, en segundo lugar, como una toma de posesion de Roma por los cristianos. A vista de las declaraciones repetidas de la revolucion oficial que pretende conseguir su capital con el tiempo y el empleo de medios morales, en presencia de las violencias y proyectos invocados por la revolucion mazziniana y garibaldina para conquistarla, los cristianos niegan todo derecho a la Italia, para apoderarse de Roma, y sostienen el derecho de todos los hijos de la Iglesia para nombrarla su ciudad, ciudad cristiana, ciudad universal, ciudad eterna, patria de las ciencias y de las artes, refugio de la libertad humana, ciudadela de la justicia, maestra del universo, sede del Vicario de Jesucristo, centro del amor, de la luz y de la fe.

El centenario ha producido, ademas, una inmensa difusion de la verdad. Todos los que han acudido a la voz de Pio IX, han oido a Pio IX, han visto su pueblo, su ejército, sus instituciones, su gobierno; darán mas tarde testimonio de la mansedumbre sublime de este rey, de la felicidad de este pueblo, de la dignidad de este ejército, de la grandeza de estas instituciones, de la sabiduría de este gobierno.

Estos mismos testigos dirán la verdadera libertad cristiana de que se goza en Roma. La libertad se comprende allí, como la ha dado y querido Cristo. No se reconoce derecho, mas que a lo bello, a lo bueno, a lo verdadero. No se ha hecho código alguno para asignar sus derechos a lo indecoroso, al mal, al error. Los mismos testigos han respirado aquí un aire de familia; han sentido que el yugo paternal es suave, porque está impuesto y llevado a la vez por el amor. Han palpado, en fin, el contraste de la libertad romana con la libertad de otros países, donde la misma seguridad individual debe estar protegida por una policia que rodea a cada individuo como a la nacion.

historia de este gran pontífice que llena nuestro siglo con su nombre y con sus obras.

Sin embargo, hemos insertado algunos hechos mas antiguos que no eran conocidos en el momento en que escribimos nuestro último volumen; como por ejemplo, la solicitud de Pio IX por la conversion de Lammenais y de Cousin, etc.

En fin, nosotros contamos, tomándolo de las fuentes mas seguras, las magnificas fiestas que acaban de pasar en Roma en medio de un concurso sin ejemplo de fieles y de pontífices.

Nos estimariamos por muy dichosos si pudiésemos ganar algunos corazones al mejor de los reyes y al mas venerado de los padres.

Depositamos estas humildes páginas á los piés de Maria, la Reina de la Iglesia, el auxilio de los cristianos, para que se digne bendecirlas, así como a todos los que las lean y las propaguen para mayor gloria de Dios y salud de las almas.

AGOSTO 1.^o DE 1867, EN LA FIESTA DE SAN
PEDRO AD VINCULA.

LAS GLORIAS DE PIO IX

Y LAS SOLEMNES FIESTAS DE ROMA EN 1867

PRIMERA PARTE

LA PALABRA DE PIO IX

En todos tiempos Dios ha suscitado, para el servicio y gloria de su Iglesia, hombres que estén al nivel de sus peligros y combates. La historia está llena de estas grandes figuras que han dominado su época y dirigido la barca de Pedro, que lleva los destinos del género humano. Pio IX es verdaderamente el hombre que se necesitaba en presencia del siglo XIX y de la revolucion. El perfume celeste que se exhala de su persona regocija al rebaño fiel y llena de estupor a la impiedad. Jamás se ha mostrado la autoridad ni más fuerte, ni más dulce, ni más amable. En él las cualidades del hombre, tales como el ingenio, el corazon, las formas del cuerpo, realzadas por la majestad del Pontificado y por el reflejo de esta vida sobrenatural que lo anima, ofrecen a la tierra la mas alta expresion del ministerio pastoral confiado a San Pedro y sus sucesores. Es como la vision de un ángel del cielo, bajo los rasgos encantadores de aquel que se ha llamado el Buen Pastor, y que habia sido proclamado por el Rey-Profeta, el mas hermoso de los hijos de los hombres: *Speciosus forma præ filis hominum.*

quantum potest arcus jacere; dixit enim: Non videbo morientem puerum.

Pero ved aquí que de en medio de este glacial silencio, de esta indiferencia universal, se levanta una voz, una sola, para responder al grito de angustia de la Polonia agonizante. Esta es la voz de la religion; voz dolorida, indignada, inmortal. El que es a los ojos de todos, amigos ó enemigos, fieles ó impíos, la mas bella personificación de la religion en el mundo, ¡este ha hablado! El Vicario de Jesucristo, del Hijo de Dios, muerto por los hombres en la Cruz, ha hablado por la nacion sacrificada. La elocuencia ha brotado en olas oprimidas é hirvientes del fondo de este noble corazon, del corazon de Pio IX, corazon de hombre y de Pontífice, donde la indignacion se ha desbordado con la piedad.

Solo el Santo Padre ha hablado. Ni las intrigas de la política, ni sus propios peligros, ni los hechos consumados han podido retener su voz. *

* ¿Qué han hecho ó dicho los otros soberanos de Europa frente a los cuales se guarda un silencio tan prudente? La Inglaterra, despues de haber animado en discursos públicos a los polacos a la resistencia, ¿no ha enervado todas las tentativas de la Francia para llevar a cabo una intervencion eficaz en su favor? Despues de haber concebido un momento el proyecto de declarar al emperador de Rusia que su conducta en Polonia equivalia a una verdadera decadencia, no ha renunciado de un golpe a esta noble aptitud por una simple amenaza de la Prusia? Una palabra de M. Bismark ¿no ha bastado para hacer temblar a la orgullosa Albion y determinar a su ministro, lord John Russel, a detener por el telégrafo a su correo que ya habia salido para San Petersburgo?

La Prusia, a quien se representa como el soldado de la causa liberal, ¿no ha concluido con la Rusia una convencion militar que no tenia otro fin que destruir la insurreccion?

La Italia, este valiente campeón de los pueblos, tan bravo contra el poder temporal, ¿no se ha limitado en un despacho del conde Pasolini al marqués Pepoli, firmado el 7 de Marzo de 1863, a «expresar la confianza de que el emperador desearia insistir en las reformas, tan desgraciadamente interrumpidas por la revolucion, y á reclamar de sus mismos votos la reconciliacion de dos naciones separadas por la fe y por la historia, pero unidas por la afinidad de

CAPITULO PRIMERO.

LA PALABRA DE PIO IX EN FAVOR DE POLONIA. *

La filantropía, la dulzura tan justamente alabada en nuestras costumbres y penalidades; la compasion sentimental reclamada y gastada por la publicidad cotidiana de tantas desgracias reales ó imaginarias, nada de esto ha prevalecido contra lo que parecia no ser sino una pesadilla, y que ha resultado un hecho de horrible realidad; el hecho del vampiro que chupa la sangre y la vida de una víctima desgraciada.

La conciencia pública, la piedad, el reconocimiento mismo, no han sabido sino encerrarse en el olvido y el silencio. En vano la Polonia presenta a nuestra vista el recuerdo de sus servicios y de sus títulos, el espectáculo de sus heridas y de sus agonías, la que ha sido por tantos siglos el baluarte sangriento de la Europa, la infatigable aliada de la Francia. Nada ha conseguido. Nada ha podido vencer el implacable descuido, la vergonzosa indolencia, la impasible indiferencia, la imprevision obstinada de la Europa contemporánea. No quiere que se le hable de un asunto gastado, reprobado. Quiere olvidarlo, quitarlo de su pensamiento, apartar sus ojos aletargados por la fatiga de la victoria y del placer. La cuestion está terminada; el *Times* ha dicho a sus correspondientes: «el riel esta roto.» Hablemos de otra cosa.

Los mas compasivos, los mas generosos, hacen lo que Agar, que se alejaba llorando para no ver la agonía de su hijo que moria de sed en el desierto. *Et abiit, seditque é regione procul*

* Véase en *l'Esprit de Pio IX*, segunda edicion, lo que hemos dicho sobre este asunto.

En él se encuentra verdaderamente, el ideal de un poder llamado a representar a Jesucristo entre los hombres, y a realizar la union del doble reinado que la Providencia ha constituido en la persona de su Vicario.

Esperamos que estos tesoros de gracias y virtudes eminentes no habrán sido prodigados en vano para el triunfo de la Iglesia, y que en esta lucha suprema del mal contra el bien a la que nosotros asistimos, nuestro siglo escéptico recibirá el ascendiente de la verdad, de la justicia y de la inefable bondad personificadas en el Pontífice-Rey de la Ciudad Eterna. Está despojado, perseguido, abandonado de las potencias de este mundo; pero podemos decirle: «Oh Padre! armado de esta bondad sobrehumana que brilla en vuestra persona sagrada, y de estas gracias que salen de vuestros labios, id, marchad, reinad por la verdad, por la mansedumbre y la justicia. *Diffusa est gratia in labiis tuis. Specie tua et pulchritudine tua intende, prospere procede et regna propter veritatem, et mansuetudinem, et justitiam.*»*

Pocos pontífices han cumplido con tanta fidelidad como Pio IX este consejo del apóstol San Pablo a su querido discípulo Timoteo: «Yo os conjuro que anuncies la palabra de Dios. Instad a los hombres oportuna é inoportunamente: reprimid, suplicad, amenazad, sin cansaros jamás de sufrirlos é instruirlos.»

Predica verbum. El augusto Pontífice no deja pasar ninguna ocasion favorable sin predicar la palabra de Dios: se le ha visto ir algunas veces a Roma, sin ser esperado, y reemplazar al predicador a fin de echar en cara a su pueblo sus infidelidades y desórdenes.

Cuando Pio IX visita una escuela, un orfanatorio, se cree dichoso con enseñar el catecismo como un simple sacerdote, y con partir el pan de la palabra divina a sus pequeños hijos a quien Jesus ama tanto.

Insta opportune. Este venerado Pontífice, no da una

* Carta del Sr. Obispo de Rodas al autor.

audiencia, no escribe una carta, sin mezclar alguna cosa de Dios. Frecuentemente no dice mas que una sola palabra; pero es una palabra llena de sentido, inspirada por el Espíritu Santo.

Insta importune. Cuando su deber lo exige, Pio IX no teme volver a la carga y repetir las mismas verdades a los mas soberbios potentados. Aun no hemos olvidado las verdades que ha hecho oír a Víctor Manuel, y los justos reproches que ha dirigido al emperador de Rusia, este gran perseguidor de la Iglesia en el siglo XIX.

Argue, obsecra. Como el padre mas tierno y advertido, el Vicario de Jesucristo no teme descender algunas veces al papel de suplicante, a fin de ganar por sus palabras, llenas de caridad y dulzura, a los hijos rebeldes: ¿Qué tengo que hacer por vosotros que no lo haya hecho?

In omni patientia et doctrina. A ejemplo de su Divino Maestro, este querido Pontífice está armado de una paciencia sobrenatural; sabe esperar los momentos de la gracia. Pero si está lleno de misericordia é indulgencia para las personas, jamás hace la menor concesion al error; no quiere que éste pueda cubrirse y como autorizarse con su silencio. Tenemos una prueba de esto en la admirable y valerosa Encíclica *Quanta cura*. En esta carta apostólica, que permanecerá como un monumento del cielo de Pio IX para conservar el depósito de la sana doctrina confiada a su vigilancia, se han condenado todos los errores modernos con un vigor que ha desconcertado a los enemigos de la Iglesia.

quantum potest arcus jacere; dixit enim: Non videbo morientem puerum.

Pero ved aquí que de en medio de este glacial silencio, de esta indiferencia universal, se levanta una voz, una sola, para responder al grito de angustia de la Polonia agonizante. Esta es la voz de la religion; voz dolorida, indignada, inmortal. El que es a los ojos de todos, amigos ó enemigos, fieles ó impíos, la mas bella personificacion de la religion en el mundo, ¡este ha hablado! El Vicario de Jesucristo, del Hijo de Dios, muerto por los hombres en la Cruz, ha hablado por la nacion sacrificada. La elocuencia ha brotado en olas oprimidas é hirvientes del fondo de este noble corazon, del corazon de Pio IX, corazon de hombre y de Pontífice, donde la indignacion se ha desbordado con la piedad.

Solo el Santo Padre ha hablado. Ni las intrigas de la política, ni sus propios peligros, ni los hechos consumados han podido retener su voz. *

* ¿Qué han hecho ó dicho los otros soberanos de Europa frente a los cuales se guarda un silencio tan prudente? La Inglaterra, despues de haber animado en discursos públicos a los polacos a la resistencia, ¿no ha enervado todas las tentativas de la Francia para llevar a cabo una intervencion eficaz en su favor? Despues de haber concebido un momento el proyecto de declarar al emperador de Rusia que su conducta en Polonia equivalia a una verdadera decadencia, no ha renunciado de un golpe a esta noble aptitud por una simple amenaza de la Prusia? Una palabra de M. Bismark ¿no ha bastado para hacer temblar a la orgullosa Albion y determinar a su ministro, lord John Russel, a detener por el telégrafo a su correo que ya habia salido para San Petersburgo?

La Prusia, a quien se representa como el soldado de la causa liberal, ¿no ha concluido con la Rusia una convencion militar que no tenia otro fin que destruir la insurreccion?

La Italia, este valiente campeón de los pueblos, tan bravo contra el poder temporal, ¿no se ha limitado en un despacho del conde Pasolini al marqués Pepoli, firmado el 7 de Marzo de 1863, a «expresar la confianza de que el emperador desearia insistir en las reformas, tan desgraciadamente interrumpidas por la revolucion, y á reclamar de sus mismos votos la reconciliacion de dos naciones separadas por la fe y por la historia, pero unidas por la afinidad de

CAPITULO PRIMERO.

LA PALABRA DE PIO IX EN FAVOR DE POLONIA. *

La filantropía, la dulzura tan justamente alabada en nuestras costumbres y penalidades; la compasion sentimental reclamada y gastada por la publicidad cotidiana de tantas desgracias reales ó imaginarias, nada de esto ha prevalecido contra lo que parecia no ser sino una pesadilla, y que ha resultado un hecho de horrible realidad; el hecho del vampiro que chupa la sangre y la vida de una victima desgraciada.

La conciencia pública, la piedad, el reconocimiento mismo, no han sabido sino encerrarse en el olvido y el silencio. En vano la Polonia presenta a nuestra vista el recuerdo de sus servicios y de sus títulos, el espectáculo de sus heridas y de sus agonías, la que ha sido por tantos siglos el baluarte sangriento de la Europa, la infatigable aliada de la Francia. Nada ha conseguido. Nada ha podido vencer el implacable descuido, la vergonzosa indolencia, la impasible indiferencia, la imprevision obstinada de la Europa contemporánea. No quiere que se le hable de un asunto gastado, reprobado. Quiere olvidarlo, quitarlo de su pensamiento, apartar sus ojos aletargados por la fatiga de la victoria y del placer. La cuestion está terminada; el *Times* ha dicho a sus correspondientes: «el riel esta roto.» Hablemos de otra cosa.

Los mas compasivos, los mas generosos, hacen lo que Agar, que se alejaba llorando para no ver la agonía de su hijo que moria de sed en el desierto. *Et abiit, seditque é regione procul*

* Véase en *l'Esprit de Pio IX*, segunda edicion, lo que hemos dicho sobre este asunto.

municase con él, y ordenó que Mr. Rzewuski, obispo sufragáneo y vicario general del arzobispo perseguido, tomase el gobierno en su lugar como administrador de la diócesis.

«Luego que el Santo Padre tuvo conocimiento de esta inaudita medida, se quejó enérgicamente, el 24 de Abril de 1864, en el colegio de la Propaganda, donde habia ido para venerar las reliquias de San Félix de Simaringa, y para asistir a la publicacion de un decreto de la Sagrada Congregacion de Ritos. Mas tarde, expresando ante la Iglesia entera las quejas mas energicas, manifestó a los obispos del reino y del imperio, por la Carta encíclica de 30 de Julio de 1864, el extremo dolor que le causaba semejante atentado, y todos los males que abrumaban a la Polonia.

«¿Cuál fué el resultado de las reclamaciones del Santo Padre? No contento el gobierno imperial con el golpe terrible dado a la religion en las provincias lithuanienses, para abrir mejor el camino a la consumacion del cisma, se preparó a dar otro aun mas terrible por el ukas de 8 de Noviembre de 1864, en virtud del cual, en contra de las declaraciones formuladas en el artículo VIII del protocolo relativo a los artículos reservados, la mayor parte de los conventos del reino fueron suprimidos y sus bienes confiscados. Aquellos que se conservaron provisionalmente, empezaron a ser establecimientos sujetos a la vigilancia de la administracion, y sostenidos a expensas del tesoro; en consecuencia, se llamaban conventos de Estado. El gobierno no ignoraba que en este reino los religiosos fueron en todo tiempo el sosten de la religion, y el principal baluarte contra las usurpaciones del cisma. No ignoraba que las casas religiosas conservaban con los monumentos históricos y sagrados de la Polonia, los numerosos testimonios de la piedad de sus abuelos; las imágenes milagrosas, las reliquias célebres, los santuarios de mas fama, objetos de una devocion secular para toda la nacion. Sabiendo el apoyo que el catolicismo encuentra en las órdenes religiosas, se apoderó ávidamente de la ocasion que le ofrecia la insurreccion domada, y dirigió todos sus golpes contra estas insti-

tuciones para consumar la empresa nefasta comenzada por sus predecesores: en Varsovia eligió para suprimirlos, aquellos conventos mas antiguos y florecientes, cuyas iglesias eran mas frecuentadas: en las provincias, tomó por blanco las casas donde se encontraban los cuerpos santos y las imágenes milagrosas; favoreció la salida de los religiosos fuera del reino, asignándoles a los que se retirasen al extranjero una pension mayor que a los que se quedasen en Polonia. En presencia de tales actos, la Santa Sede elevó las reclamaciones mas enérgicas por la nota de 30 de Enero de 1865, protestando contra estas medidas, cuya pretendida justificacion, expuesta con arte insidioso en una relacion elaborada por los enemigos del catolicismo, no podia ciertamente atenuar el vigor de las representaciones pontificias, ni quitar al ukas su carácter de injusticia, de violencia y de expoliacion.

«Entre el gran número de supresiones ordenadas por éste ukas, se nota la de cuatro conventos griego-unidos de los religiosos basilios, que existian aún en Lublin, Chelm, Biala y Zamosc, y que se cerraron para dar un nuevo y mas rudo golpe a la iglesia de Chelm. No se dejó subsistir mas que el convento de Varsovia. Mas no se limitaron a esto solamente las insidiosas medidas tomadas con perjuicio de estos desgraciados griego-unidos. Para hacer imposible la consagracion episcopal de Mr. Kalinski, el gobierno prohibió a este prelado, por una parte, que saliese del reino, y por otra, que invitase a algun obispo de su mismo rito, para que viniese a su residencia para celebrar este acto. Fué despreciada su autoridad en lo relativo al nombramiento de los officios eclesiásticos y direccion de su seminario, como si su iglesia no estuviese, así como las otras, bajo la garantia de las estipulaciones del Concordato. Se despojó a los patronos del derecho de presentacion a las parroquias del rito griego, y el gobierno se arrogó el nombramiento directo, proponiendo al obispo los candidatos que le convenian. Se redoblaron los esfuerzos para propagar entre los fieles ideas cismáticas, y se recurrió para esto al establecimiento de un

nuevo rito que se pretendía imponer, y a la elección de maestros y profesores imbuidos de falsos principios. La desgraciada iglesia de Chelm estaba pues amenazada de la triste suerte de las otras iglesias griego-unidas de Rusia y de Polonia, tan miserablemente arrancadas del seno de la unión católica.

«Teniendo estas tristes nuevas, el cardenal secretario de Estado envió el 10 de Febrero de 1865, al gobierno imperial, una nota oficial, para recordarle las demandas hechas verbalmente en varias ocasiones en favor de estas iglesias, suplicándole, además, quitase las prohibiciones por las cuales se impedía la consagración de Mr. Kalinski; respetase su autoridad conforme al concordato; reconociese los derechos de los patronos, y dejase a los fieles en la pacífica posesión de la santa unión.

«Pero todas estas tentativas debían ser vanas ante el proyecto acordado de destruir poco a poco la autoridad de la Iglesia en el reino de Polonia. Por una circular de 10 de Febrero de 1865, el príncipe Czerkaski sometió a condiciones inicuas la publicación de las cartas pastorales y ordenanzas eclesiásticas de los obispos de Polonia. En Varsovia no se cansaba de abrumar con vejaciones al respetable vicario general Mr. Paul Rzewuski. En fin, en Octubre de 1865 lo desterró a orillas del mar Caspio, para castigarlo, según la relación misma del gobierno, por haber tenido correspondencia con la Santa Sede y haber comunicado sus decretos a los obispos de la provincia. En la misma ciudad, después de la deportación de Mr. Rzewuski, aunque en su solicitud episcopal el arzobispo de Varsovia, previendo la triste suerte que amenazaba a su vicario, hubiese designado otros dos dignos eclesiásticos para reemplazarlo sucesivamente en el ejercicio de su jurisdicción legítima, el gobierno, que estaba perfectamente instruido de este hecho, ordenó al cabildo que nombrase sin dilación un vicario capitular con menosprecio de las leyes de la Iglesia, y repugnándolo las disposiciones del concordato; después intentó ejercer la mas

fuerte presión sobre los canónigos para obligarlos a obedecer y elegir un individuo en quien el gobierno tenía puesta toda su confianza. Habiendo tenido conocimiento de todos estos actos de las autoridades rusas, el Santo Padre, escribió, el 21 de Diciembre de 1865, al canónigo Sczezigielski, el primero de los dos sacerdotes designados por el arzobispo para regir esta diócesis en estas críticas circunstancias, a fin de que, poniendo su confianza en el poder de Dios, no desechase la pesada carga que le había sido confiada, y que podía por otra parte aligerar recurriendo en el ejercicio de sus funciones, al auxilio de eclesiásticos dignos y capaces, los que sin embargo no deberían usar de los poderes así conferidos mas que en los límites estrictos determinados por él.

«Las violencias que acabamos de referir, dieron al Santo Padre un motivo justo para reiterar el 27 de Diciembre del mismo año sus quejas al encargado de negocios de Rusia, que con motivo de las fiestas de Navidad, había sido recibido en audiencia particular por Su Santidad. Habiéndose empeñado la conversación sobre el estado doloroso de los asuntos religiosos, el Soberano Pontífice no pudo evitar el quejarse resueltamente por los obstáculos que habían impedido hasta ese momento la consagración del obispo electo de Chelm; obstáculos que no quería imputar al emperador cuya alma generosa conocía, sino mas bien a hombres que obraban contra las intenciones de su Majestad. Manifestó en seguida su dolor por ver a Mr. Felinski alejado de su diócesis; su vicario encarcelado; el Cabildo de Varsovia amenazado de serios trastornos, a consecuencia de la intimidación que el ministro del interior y del culto pretendía ejercer sobre sus miembros, para obligarlos a proceder a la elección de un vicario capitular para una sede que tenía su arzobispo, y donde se encontraban entre los mismos canónigos, dos representantes de este prelado. El encargado de negocios no temió objetar la exactitud de estos hechos, por mas que fuesen de notoriedad pública. Después de algunas alusiones in-

Al principio de la insurrección de 1863, Pio IX se dirigió directamente al emperador de Rusia, y le escribió dos cartas para defender la causa de los Polacos.

En Julio de 1863, envió a Viena al cardenal Reisach, con el encargo de insistir cerca del emperador de Austria «a fin de que tomase resueltamente en consideración la defensa de un pueblo heroico y martirizado, y la de la Iglesia católica amenazada.»

El 11 de Setiembre del mismo año, el Papa ordenó se hiciesen oraciones en favor de la Polonia, «este antiguo baluarte de la cristiandad,» y no se explican los reproches que dirigen hoy al Papado los diarios que se dicen amigos de la Polonia, con la cólera que excitó este acto entre los diarios rusos.

El 24 de Mayo de 1864, cuando las otras potencias habían olvidado ya a Polonia desarmada, entregada sin defensa a sus verdugos, el Santo Padre pronunció en la propaganda una alocución a su favor, que ha tenido un gran eco.

En Julio de 1864, dirigió una Encíclica a los Obispos de este desgraciado país.

En fin, aun ahora, cuando todos los soberanos de Europa, sin excepción, permanecen espectadores mudos de las persecuciones de la nación mártir, y no encuentran una palabra que pronunciar en su favor, solo el Santo Padre ha levantado la voz para defenderla. Es verdad que dirigió a la Polonia algunos reproches; mas cuando se ha dado á un pue-

razas?» El príncipe Gorschakoff, hablando de este pasaje, decía: «que las observaciones orales del marqués Pepoli estaban hechas con tan poca insistencia, que apenas podía creer que se les prestase atención.»

La Francia, que no temió por sostener a la Italia, combatir al Austria, insultar á la Alemania y sembrar el pesar y la desconfianza en el corazón de sus propios hijos católicos; la Francia, que por proteger en México miserables intereses pecuniarios, no ha dudado quebrar con una poderosa república, unida a su alianza por mas de medio siglo, ¿ha hecho otra cosa que manifestar a la Polonia estériles simpatías?

blo tales señales de cariño, se tiene el derecho de hablarle un lenguaje sincero. Resulta, pues, que entre los soberanos de Europa solo al Santo Padre, el mas débil de todos, no le ha faltado nunca ni energía ni valor al frente de la Rusia. *

Además, para apreciar su actitud, tomaremos una cita de un libro justamente apreciado en la diplomacia contemporánea, y que no será sospechoso, puesto que ha salido en los artículos de la *Revista de los dos Mundos*.

Su autor, M. Klaczko, estaba bastante al corriente de los negocios de su país para saberlo todo; y demasiado franco para decirlo, se expresa así:

Solo el Soberano Pontífice no ha escaseado a la desgraciada nación palabras y testimonios de una conmiseración profunda. No se limitó a despachos oficiales. Envío al cardenal Reisach a Viena en misión confidencial; escribió más de una carta tierna y ardiente al emperador Francisco José, a fin de comprometerlo a una acción común y enérgica con la Francia, y en las oraciones públicas proclamó resueltamente a la faz del mundo: «Soldados de la civilización y de la

* En este desfallecimiento universal de los grandes pueblos y de los grandes Estados, el mas débil, el mas desarmado de los soberanos europeos, es el que ha llenado únicamente su deber; solo él ha correspondido á la esperanza de los corazones generosos; solo él ha obedecido a la voz de la justicia y de la piedad. Y el mas débil de los soberanos es el jefe de nuestra religión, el padre de nuestras almas. Él es quien nos da en este momento el sublime y consolador espectáculo de la protesta del débil contra el fuerte, de la justicia contra la iniquidad, de la verdad contra la mentira. Abogando así por la Polonia, Pio IX, sin quererlo, y tal vez sin pensarlo, ha dado al mundo el mas poderoso argumento en favor del poder temporal del Papado. Nunca se ha probado mejor que no puede tener completa independencia mas que en la soberanía. Que se nos muestre otra manera de ejercer su autoridad libre y suprema como debe, como es necesario a la justicia y a la verdad que personifica en favor nuestro.

Procurad figuraros un Papa súbdito ó vasallo asalariado de un rey de Italia; representáoslo usando de este noble y generoso lenguaje ante un amo aliado ó cómplice de la opresión que es necesario denunciar, ó de la traición que es necesario descubrir!

fe,» a este pueblo armado, que los mas poderosos de la tierra no han podido decidirse a declararlo beligerante. Además, el año siguiente, cuando el silencio del sepulcro rodeaba despues de algun tiempo, la víctima de Mouravieff, Pio IX no temió evocar el nombre de la Polonia, y protestar delante de Dios y delante de los hombres, contra este exterminio de toda una raza cristiana, que se verificaba en la mitad del siglo XIX. Y ciertamente no tendrá que reprenderse en este mundo ni en el otro, "el haberse cansado de la piedad," y exclamar el *Vx mihi quia tacui!* que recuerda su conmovedora alocucion.

Exposicion de la conducta de la Santa Sede en los asuntos religiosos de la Polonia.

Nada es capaz de intimidar a Pio IX cuando se trata de su deber. El ejército frances iba a desocupar a Roma, y a abandonar al Papa a merced de sus enemigos que lo cercaban por todos lados. El Soberano Pontífice, fiel a la divisa: Haz tu deber, suceda lo que suceda, no dejó de publicar las piezas oficiales, tremendas para el gran perseguidor de la Iglesia, bajo el título: *Esposizione documentata sulle costanti cure del summo Pontefice Pio IX á ripari dei mali ehe soffre la Chiesa cattolica nei dominii di Russia, et Polonia. Roma della stamperia della segreteria di Stato, 1866.* Es un grueso volumen en 8.º de 313 páginas. La exposicion sola abraza 35. Comienza por la narracion de la conferencia del czar Nicolás con Gregorio XVI, y acaba por la de la famosa audiencia del baron de Meyendorff, el 27 de Diciembre de 1865, y por un apercibimiento sobre la deportacion y muerte de Mr. Kalinski, obispo de Chelm, así como sobre las últimas persecuciones del gobierno moscovita. La escena con M. de Meyendorff, es casi como la refieren los diarios.

El Papa se queja, no tanto de no haber recibido, aunque con gran sorpresa suya, ninguna demostracion del gobier-

no ruso, que tienda a desaprobear la incalificable conducta de su encargado de negocios, sino principalmente de haber visto redoblar las pretensiones contra la Iglesia, y llegar al fin, al punto hiperbólico é inaudito en que están ahora. El Santo Padre declara, que en presencia de estos atentados, de estos crímenes y de estas abominaciones, no le queda mas que deferir la presente Exposicion y los documentos que la acompañan, al tribunal de la opinion pública de la Europa y del mundo entero.

Esta apelacion solemne contra las enormidades del gobierno moscovita, se ha distribuido a los Cardenales, y enviado a todas las cortes extranjeras.

A consecuencia de este acto oficial, el gobierno ruso ha sido acusado por la autoridad mas grande, mas santa y mas venerable del mundo. Toca ahora a la Europa formular su veredicto.

Los documentos que acompañan a la Exposicion son cien, y todos de un interés indisputable. Entre ellos se nota especialmente, la Memoria remitida por Gregorio XVI el 13 de Diciembre de 1845, al Emperador Nicolás; la respuesta del czar presentada por él mismo al Papa, el 17 de Diciembre del propio año; las notas de la Santa Sede y de la diplomacia rusa, sobre los negocios de la Iglesia de Polonia; los ukases injustos y las ordenanzas tiránicas del gobierno ruso; la correspondencia del Papa con los obispos de Polonia; en fin, su correspondencia con Alejandro II.

Nuestro plan no nos permite reproducir la Exposicion toda entera, nos limitaremos a citar la conclusion que mira sobre todo a la conducta de Pio IX.

"Mientras el gobierno imperial publicaba ordenanzas severas, y las pasiones se enardecian, la lucha entre el pueblo y sus gobernantes tomaba proporciones gigantescas. Conmovido por las calamidades de las que era presa la nacion polaca, y de la ruina religiosa que la amenazaba, el gefe de la Iglesia creyó que su deber apostólico y su amor hácia este pueblo, le exigian que se dirigiese al emperador

una vez mas, para hacerle oír la voz de la verdad y de la justicia, y recordarle que la causa principal de las frecuentes agitaciones de la Polonia, era la opresion religiosa, bajo la cual gemia despues de noventa años, esta ilustre y generosa nacion, cuyo destino se encuentra intimamente ligado al catolicismo. Le dirigió noblemente la súplica de que volviese a la Iglesia su autoridad, y a los fieles la libertad de profesar plenamente su antigua religion; lo que quitaria uno de los mas graves motivos de descontento, y podria contribuir singularmente a restablecer la calma en los espíritus tan profundamente agitados.

Todo el mundo sabe las escenas de violencia y de sangre que siguieron entónces en el reino de Polonia. El digno arzobispo de Varsovia fué arrancado a su rebaño y relegado a Jaroslaw, en una region distante, desde donde no podia comunicarse con los sacerdotes y fieles de su diócesis, mas que por el intermedio de la cancilleria imperial, como si a ésta le tocase juzgar cuáles actos debian espeditarse, y como si el gobierno espiritual de la archidiócesis dependiese de esta cancilleria. Durante estos sangrientos conflictos, los eclesiásticos fueron ó proscritos ó encarcelados, ó sentenciados a muerte, únicamente por que no habian rehusado los auxilios de la religion a los heridos y moribundos en los campos de batalla; los monasterios eran profanados por la presencia de los soldados, y trasformados en cuarteles. Los objetos del culto y los ornamentos de los templos, fueron presa de los ladrones; las escasas rentas de los obispos y cabildos, estaban sujetas a contribuciones particulares y multas, cuyo pago se les exigia durante todo el tiempo del estado de sitio en Polonia. En un gran número de parroquias, la celebracion de los oficios divinos se suspendió, y la administracion de los sacramentos se hizo casi imposible por la deportacion continua de los miembros del clero a los confines de la Rusia y de la Siberia. Estas medidas, tomadas de preferencia contra los curas y capellanes, descubrian la voluntad reprimida de arrastrar al cisma provincias en-

teras. El general Mouravieff, nombrado gobernador de la Lithuania, tuvo que recurrir a los medios mas violentos para conseguir este fin y volver completamente rusas las provincias lithuanienses; ya instalaba millares de aldeanos rusos en las granjas y aldeas quitadas a los señores proscritos ó relegados a Siberia; ya forzaba a la clase média y al pueblo de las ciudades, a elegir entre el destierro a tierras lejanas ó la apostasia; de acuerdo con el metropolitano cismático de Lithuania, el general gobernador fundó una academia de teologia cismática en Wilna, a fin de ayudar a la propagacion de la religion dominante; anunció al obispo cismático de Kalonga, cómo iba a organizar la administracion rural y la instruccion primaria, para destruir en Lithuania el elemento religioso y polaco; envió una circular confidencial para impedir que la enseñanza de los aldeanos fuese confiada a los católicos, para eliminar la lengua polaca de las escuelas y catecismos, y para hacer organizar por sacerdotes cismáticos, escuelas rurales en el interés de la nacionalidad y religion rusa. Con el mismo fin el obispo cismático de Minsk, dirigió a su clero una carta pastoral para hacerle abandonar definitivamente la lengua polaca, y celebró en Wilna como un triunfo, el vigésimoquinto aniversario de la deplorable defeccion de los griegos-unidos. Mientras que se ponía todo esto en obra para promover el cisma en Lithuania, se trataba de la manera mas violenta a la Iglesia católica, y el respetable obispo de Wilna, por no haber querido prestarse a los caprichos injustos del gobernador, fué arrebatado a su rebaño y desterrado a un país desconocido. Parecia que no se podia ir mas léjos; pero un hecho reciente, que no tiene semejante en los anales de la Iglesia, acaba de demostrar aún mas claramente, el caso que el gobierno ruso hacia de la autoridad de los obispos y de los principios fundamentales de la religion católica. Un acto gubernamental decretó que el venerable prelado de Varsovia, fuese privado de toda jurisdiccion episcopal en su diócesis; prohibió a todo miembro de su rebaño, que se co-

convenientes, se permitió añadir que todo esto no hubiera sucedido si los católicos se hubieran conducido como los protestantes que habían tomado partido por el gobierno, en la última insurrección polaca, y habían obtenido de esta manera muchos favores que los católicos no podían reivindicar, puesto que se habían manifestado hostiles. Llegó su audacia hasta declarar que no debía admirarse que los católicos hubiesen obrado de esta suerte, porque catolicismo y revolución son una misma cosa (*giacche il cattolismo vale lo stesso che rivoluzione*). El Santo Padre, lleno de una justa indignación con esta respuesta y sintiendo profundamente el ultraje hecho a todo el cuerpo de los fieles de los que él es el augusto Cefe, replicó al ministro ruso, despidiéndolo, que él respetaba y estimaba a S. M. el Emperador, pero que no podía decir otro tanto de su encargado de negocios, que ciertamente contra la voluntad de su amo, venía a insultarlo hasta en su mismo palacio. Este odioso incidente ha sido el origen del estado actual de las relaciones diplomáticas entre la Santa Sede y la corte de San Petersburgo. El dolor del Santo Padre fué igual a su admiración por no haber recibido de parte del gobierno imperial algún acto que tendiese a desaprobación la incalificable conducta de su encargado de negocios, y a allanar las dificultades en que se colocaba a la Santa Sede si trataba de enviar un representante a San Petersburgo.

«Léjos de dar la satisfacción debida a la dignidad ofendida del Pontífice, no se hizo caso alguno de sus dolorosas reclamaciones. Al contrario, el obispo electo de Chelm fué a muy poco tiempo arrebatado a su rebaño y conducido a una tierra lejana. Apenas llegó al término de su viaje, succumbiendo bajo el peso de las fatigas y el dolor, dió su alma a Dios, como un holocausto por la salud de los fieles rutenos que quedaron privados de su pastor, y expuestos sin auxilio, a toda suerte de seducciones. No solamente no se permitió a los vicarios delegados por el arzobispo de Varsovia el libre ejercicio de su ministerio, sino que se les encer-

ró a los dos en la ciudadela de Varsovia, donde se encuentran ahora en compañía de otros cautivos eclesiásticos y legos, destituidos de todo socorro, y presa de los más crueles sufrimientos. Como si no fuesen bastantes tales medidas para sembrar la turbación en la conciencia de los pastores y de los fieles, el gobierno imperial publicó el 14 (26) de Diciembre de 1865, un ukas que contenía la promulgación de una ley sobre la organización del clero católico romano y sobre los bienes eclesiásticos. Los artículos de esta ley, combinados con los del reglamento anexo a ella, trastornaban por completo la organización de los cabildos de las catedrales, de las colegiadas, de los beneficios, de las parroquias y del patrimonio mismo de la Iglesia. En efecto, este patrimonio fué entregado al gobierno, y sustituido por sueldos asignados al clero a título permanente sobre el presupuesto del Estado.

Las iglesias colegiadas y otros beneficios se suprimieron; la colegiada de Kielce se erigió arbitrariamente en catedral; se impuso un nuevo reglamento a los cabildos de los canónigos, las parroquias sufrieron una clasificación contraria a los cánones, y se prohibió a los obispos que a nadie nombrasen, ni como titular, ni como administrador, sin el expreso consentimiento de la comisión de cultos. Para completar el cuadro de estas violencias, es necesario añadir lo que sigue: con desprecio de la autoridad de los obispos y de la libertad de culto, las ordenanzas del gobierno, dadas en el primer mes del corriente año, han prohibido a los católicos que hagan procesiones fuera de las iglesias; no se permite a los eclesiásticos el dar retiros u otros ejercicios espirituales en todas sus iglesias, sino solamente en las cabeceras de distrito, y aun en estos lugares no pueden hacerlo sin la autorización del gobernador militar local; está prohibido a los sacerdotes ir, sin permiso especial de la autoridad civil, a otra parroquia que no sea la suya, para ayudar a los curas en el sagrado ministerio y en las ceremonias del culto: los nombramientos para los oficios eclesiásticos están arreglados

Felicitaciones de Pio IX á Alejandro II.

Todos saben el odioso atentado cometido por un polaco refugiado contra el Czar, que habia venido á visitar la Exposicion Universal, sin duda para distraerse de los horribles recuerdos de tantas familias polacas que expian en la Siberia su fidelidad a la Iglesia.

Al terminar una de estas brillantes fiestas dadas por el mundo oficial al gran perseguidor de la Iglesia en el siglo XIX, un polaco ha hecho fuego sobre el autócrata, que debió haber muerto.

Se lee sobre el particular las siguientes líneas en los diarios:

« Las personas discretas de la emigracion polaca eran las mas preocupadas por la venida del emperador Alejandro. Los mas exaltados entre los emigrados, fueron desde el primer dia estrechamente vigilados por sus mismos amigos, pero nunca se habia tenido la menor sospecha de Berezowski.

tes de las víctimas de la violencia del gobierno ruso despues de la última sublevacion.

« 1º Condenados a deportacion simple, a trabajos forzados, y a destierro a Siberia (en este número 161 mujeres y eclesiásticos).....	18,682
« 2º Deportados al Oural (todos habitantes pacíficos y por sospechas solamente).....	33,780
« 3º Internados a las provincias lejanas de la Siberia (en esta categoría se encuentran 218 mujeres y 171 eclesiásticos).....	12,556
« 4º Incorporados por fuerza en los regimientos.....	2,416
« 5º Condenados a las compañías disciplinarias por un tiempo a cuya conclusion debian ser enviados a Siberia.....	31,500
« 6º Muertos en prision durante las sumarias.....	620
« 7º Enterrados en los campos de batalla, segun los partes rusos.....	33,800
« 8º Ahorcados ó fusilados.....	1,468
« 9º Emigrados.....	7,060
Número total de personas.....	141,882

Despues hemos oído afirmar que el padre de Berezowski, a consecuencia de los acontecimientos de 1863 fué llevado a Siberia. Se refieren con este motivo detalles dolorosos. Mme. Berezowski debió seguir a su marido y *sucumbió* en el camino. Su hija sufrió horribles tratamientos. *

Todos deploran las innumerables víctimas hacinadas en los hielos de la Siberia; pero todos los diarios han censurado enérgicamente esta tentativa de asesinato. **

* No será fuera de propósito poner a la vista las liberalidades del Czar en Paris, y los actos de expoliacion del gobierno ruso en Polonia.

El *Correo de Wilna* publicó hace algun tiempo una lista oficial de los bienes confiscados en Lithuania a los que tomaron parte en la insurreccion de 1863. El número de estas propiedades es de 236, con una extension de terreno de 203,922 *dessiatines* y una renta anual de 75,078 rublos de plata (350,000 fs.)

Muchos polacos que han logrado escaparse de la Siberia embarcándose en un navío que pudo llegar a América, acaban de llegar a Paris. Hay en Siberia mas de 40,000 polacos condenados ya a los trabajos de las minas, ya a la colonizacion. ¡Cuántas familias en duelo y en ruina!

** Se lee en la Union:

« Al reconocer las potencias el reino de Italia, ¿han medido bien la magnitud de lo que han hecho? ¿Han comprendido bien los actos violentos y salvajes, y las detestables doctrinas que han encubierto? ¿Aquel a quien la Europa saluda con el título de «rey de Italia» no ha encontrado al regicida en el bagaje de sus nuevos amigos, y el atentado de Agesilo Milano no ha sido inscrito como una accion gloriosa en las hazañas oficiales de la Italia regenerada?

« Los diarios no dejan ignorar nada de lo que pueda pervertir las inteligencias; hacen conocer los hechos y las ideas que prevalecen en el mundo. Todas estas cosas no pasan desapercibidas. Hay almas en el fondo de las cuales germinan pensamientos atroces y que están al acecho de ejemplos y doctrinas capaces de justificarlos.

« Se olvida que si hay perversidades teóricas, hay algunas que no piden mas que su conclusion: entónces estallan los rayos, y siempre es en el momento en que ménos se piensa: entónces tambien los gefes de los imperios pueden preguntarse si no han hecho nada para acreditar las doctrinas donde se fragua la tempestad. No basta indignarse de un cabo a otro de la Europa; era menester que todo suceso en que el crimen ha puesto la mano no pueda elevarse al rango de aquello que honra el mundo. Los tronos hacen la reverencia a la revolucion sin saber adonde los conduce.

Se lee en el *Monitor*:

«Informado del hecho Su Santidad Pio IX, se apresuró inmediatamente a dirigir al emperador Alejandro sus felicitaciones; y su excelencia el Nuncio, encargado de transmitir al Czar el sentimiento del Santo Padre, habia sido de los primeros en ir el juéves al Eliseo para presentar allí su tributo de homenaje con todo el cuerpo diplomático.»

La bendición de Pio IX, prenda de proteccion en los peligros.

El emperador de Rusia, que habia venido a Paris para tomar parte en los placeres que ha motivado la Exposicion universal, ha debido perecer, y a no ser por el escudero de Napoleon, hubiera probablemente encontrado la muerte donde buscaba el gozo. *

El *Monitor* ha hecho el siguiente relato:

«A la salida de la gran revista, pasada hoy por el empe-

«El crimen de 7 de Junio encierra lecciones para todos: para los pueblos que iluminan, que adornan sus casas, que dan a Dios acciones de gracias, y que juegan tan imprudentemente con las doctrinas de la revolucion; para los señores del mundo, que deberian tener por sagrados los derechos y la existencia de las naciones, y tener cuidado de no arrojar a los vencidos a la desesperacion.

«La humanidad gime, porque la justicia no marcha con ella; y donde no hay justicia, se abre un abismo. De aquí provienen la inseguridad, la turbacion, los terrores súbitos. Ved por qué las diversiones de los emperadores y de los reyes son trastornadas de repente por lívidos relámpagos: las catástrofes parecen acompañarnos en el camino, y amenazas formidables entristecen nuestras fiestas.»

* Todos saben que el emperador de Rusia en sus Estados, es el jefe espiritual del cisma griego, religion dominante en Rusia. Parece que con su alta dignidad tiene algunas conveniencias. Sin embargo, los hombres serios se han sorprendido de ver que el autócrata recurrió al telégrafo para conservar un palco, y poder así, a su llegada a Paris, asistir a una de las piezas mas inmorales donde el adulterio es glorificado brutalmente.

rador, en el bosque de Bolonia, en honor de los soberanos extranjeros, ante una multitud inmensa y en medio de un entusiasmo indescribible, un individuo, que se dice Polaco, ha disparado un pistoletazo sobre el carruaje que conducia a su majestad con el emperador de Rusia y sus dos hijos, el gran duque heredero y el gran duque Valdimiro.

«La bala hirió la cabeza del caballo del escudero de estribo; el arma brilló entre las manos del asesino que ha sido detenido por la multitud.»

Con este motivo escriben en el *Universo* las líneas siguientes, firmadas en Roma el 14 de Junio de 1867:

«M. Raimbaud, el escudero del emperador que ha tenido la felicidad de salvar la vida de Napoleon y del Czar, y de escapar él mismo de un peligro que habia afrontado valerosamente, es el cuñado del primer secretario de la embajada de Francia en Roma, M. Armand. Cosa extraña: este último habia enviado a su familia la mañana misma del dia en que esto acontecia, una bendicion del Papa; de suerte que muchos cristianos, aviniendo este hecho de la proteccion misteriosa que ha preservado los dias de los dos emperadores y del escudero, quieren ver en ello una nueva prueba de la virtud anexa á la bendicion de Pio IX.

«Podemos errar, y en esto convenimos, al buscar así las razones de la proteccion de Dios, y el Czar hará bien en juzgar de otra manera, se lo decimos sin faltar al respeto debido a su rango supremo; mas nosotros vemos las cosas con ojos cristianos.

«Ademas, podriamos citar muchos hechos en que se demuestra visiblemente la intervencion del Vicario de Jesucristo.

«Se nos asegura que muy frecuentemente, algunos hombres de fe, reciben gracias especiales orando por el Papa. Muchos fieles, dice nuestro corresponsal, están ahora en Roma, que han obtenido, ya alivio en sus males, ya favores espirituales inesperados, y que solicitan la dicha de darle las gracias y postrarse a sus piés.»

de tal suerte, que dependen casi todos de la autoridad gubernamental. Terminemos esta dolorosa enumeracion por el atentado de que se ha hecho culpable el gobierno imperial suprimiendo arbitrariamente la diócesis de Kameniek, que ha pretendido reunir a la de Lutz y Zytomir, arrogándose el derecho de quitar su jurisdiccion al prelado que aun vive y está colocado a la cabeza de esta Iglesia. Esta funesta medida, que hiriendo al pastor debia conducir a la dispersion del rebaño, ha llenado de dolor y desolacion el alma de todos los fieles de ésta diócesis, que por su antigüedad, por la larga serie de pontífices que lo han ilustrado, por el número de sus templos y la piedad de su pueblo, es una de las sedes mas célebres del reino. Semejante hecho no puede mas que llenar de una afliccion profunda el corazon paternal del Soberano Pontífice: así, entre los acontecimientos desgraciados recientemente acontecidos de que ha hablado al mundo católico en su última alocucion de 29 de Octubre, ha querido señalar particularmente este nuevo atentado, como para hacer ver mas claramente hasta dónde ha llegado el gobierno imperial en su desprecio hácia la autoridad divina de la Iglesia, de su constitucion y de su jerarquía.

«Hemos llegado al fin de la exposicion lamentable de los hechos que el Santo Padre ha debido dar a luz, publicando una serie de documentos auténticos cuyo conjunto permanecerá como una prueba irrecusable de la justicia y solidez de sus reclamaciones y protestas. El Santo Padre habia concluido un concordato, y jamás pudo obtener que fuese ejecutado: ha hecho oír sus reclamaciones y no se le ha dado satisfaccion alguna: ha levantado públicamente la voz repetidas veces en los consistorios, y no se han moderado las medidas violentas que se habian tomado: en fin, se ha dirigido directamente a la justicia del emperador, y en vano ha esperado respuestas consoladoras. No quedaba, pues, al Santo Padre otro medio de justificar a la Santa Sede, mas que hacer públicos los documentos de donde salta la prueba de su incesante solicitud para esta porcion elegida del rebaño de Je-

sucristo. El cuadro que ofrecen es muy doloroso; basta echar una mirada para convencerse de la situacion desoladora a que se encuentra reducida la Iglesia de Polonia, por las leyes y los actos del gobierno imperial. Se ven a los pastores arrancados de sus rebaños ó despojados de su autoridad; los sacerdotes proscritos ó privados de la libertad de ejercer el ministerio eclesiástico; los religiosos expulsados y reducidos a la mas cruel indigencia; los greco-unidos arrastrados violentamente al cisma; los latinos seducidos ó privados de socorros religiosos; el culto sagrado suspenso; los templos violados ó entregados a un culto no católico; las cátedras de la verdad reducidas al silencio; los bienes de la Iglesia usurpados; la jerarquía trastornada, la enseñanza secular y religiosa profanada, la religion escarnecida, el cisma propagado; quitado al supremo pastor todo medio para hacer llegar a tantos de sus hijos oprimidos y perseguidos, sus socorros, su enseñanza, sus consuelos.

«En este extremo, sin perder la esperanza de ver al poderoso y magnánimo monarca de todas las Rusias, rey de Polonia, tender una mirada benévola sobre este lamentable cuadro de males que afligen a la religion católica en sus vastos Estados, y tomar, en fin, una generosa resolucion en favor de los católicos tan cruelmente atormentados, el Padre comun de los fieles no encuentra en la amargura de su alma otro recurso, que dirigir sus oraciones al Dios de las misericordias para que sugiera pensamientos mas equitativos a aquellos que son los ministros de la voluntad del soberano, que redoble la constancia de los obispos perseguidos, que llene de fuerza a los ministros del santuario, presos ú oprimidos; que endulce los dolores de los desterrados, condenados a vivir desprovistos de todos los auxilios religiosos, y que se digne sostener la fe de esta ilustre nacion, que hace cerca de diez y ocho lustros, llora la libertad perdida de su santa religion.

«Roma, secretaría de Estado, 15 de Noviembre de 1866.»

Pio IX y Mr. Gaspar Borowski, obispo de Zitomir.

Habiendo prohibido el autócrata ruso, bajo las penas mas severas, toda especie de comunicacion de los fieles y del clero con el Soberano Pontífice, Pio IX tuvo que recurrir a la prensa para el nombramiento de los obispos en este desgraciado país.

Se lee al principio de la parte oficial del Diario de Roma, de 3 de Mayo de 1867:

“Despues del funesto decreto de 5 de Junio de 1866, por el cual el gobierno ruso ha suprimido arbitrariamente la diócesis de Kameniek, y quitado violentamente su pastor a mas de 200.000 fieles; y despues de las protestas reiteradas del Soberano Pontífice, que se encuentran, tanto en la alocucion de 29 de Octubre último, como en la Exposicion, con las piezas que la apoyan, publicada mas tarde, los hechos de que ha tenido conocimiento la Santa Sede, le han enseñado el estado de completo abandono en que están ahora estos infortunados católicos.

No pudiendo tolerar de ninguna manera, que un estado de cosas tan lamentable se prolongue, Su Santidad ha tomado en la amargura de su corazon, la resolucion de confiar provisionalmente esta diócesis, a la solicitud pastoral del obispo de Lutz y de Zytomir. Pero en atencion á las penas tan rigurosas de la prision y del destierro, a las cuales se sabe demasiado que se exponen todos aquellos que se comunican directamente con el Gefe supremo de la Iglesia católica, para no aumentar el número ya tan crecido de las víctimas, cuya suerte tenemos que deplorar, y viendo cerrado todo camino al ejercicio de su ministerio apostólico en estas desgraciadas comarcas, Su Santidad no encuentra ningun otro medio de hacer conocer a la dicha diócesis esta medida temporal, mas que la publicacion en este diario oficial, del decreto dado con este motivo. Su Santidad espera, que sien-

do reproducida esta pieza por los papeles públicos, podrá llegar a conocimiento del obispo y fieles a quienes concierne, y ser de esta manera una regla de conducta para el primero y un auxilio para los segundos, que en medio de las pruebas permanecen siempre unidos en espíritu, al centro de la unidad católica.»

DECRETO

Dado por orden de Su Santidad, por la Sagrada Congregacion de los Eminentísimos y Reverendísimos PP. encargados de interpretar y hacer respetar el Concilio de Trento.

La Sede apostólica ha tenido conocimiento, despues de algun tiempo, del decreto dado el 5 de Junio de 1866, por el cual el gobierno ruso ha osado suprimir la antigua é illustre diócesis de Kameniek, así como de las medidas por las que este mismo gobierno ha puesto al reverendísimo obispo de esta diócesis, Mr. Antonio Fialkowski, en la imposibilidad de ejercer ningun acto de su jurisdiccion, dispersado a los miembros, tanto del cabildo de la Catedral como del consistorio episcopal, cerrado el Seminario, y de esta suerte privado a esta Iglesia de toda administracion legítima.

En su alocucion consistorial de 29 de Octubre del mismo año, Nuestro Santo Padre el Papa Pio IX, ha deplorado solemnemente todos estos actos consumados contra la divina autoridad de la Iglesia y su jerarquía sagrada, y quiso que su queja fuese renovada en la Exposicion publicada por el secretario de Estado, el 15 de Noviembre siguiente. La gravedad de los hechos y la justicia de sus reclamaciones, le hacian esperar que el decreto en cuestion seria revocado, y quitados los obstáculos por los que se impedia al pastor volver á tomar su sede y ejercer su autoridad.

El Soberano Pontífice ha sido burlado en su justa esperanza: sabe además, que un crecido número de fieles de esta diócesis, se encuentra en la situacion mas dolorosa, y

en un grande peligro para su salud eterna, puesto que separado el pastor de su rebaño, ni puede gobernar á sus ovejas, ni conducir las á buenos pastos, ni preservarlas de las redes que les tienden los enemigos.

Queriendo en tales circunstancias, obligado por su ministerio apostólico, proveer lo mejor posible a las necesidades de esta Iglesia, el Santo Padre ha ordenado, que hasta el momento en que al obispo *legítimo* de Kameniek, no se le impida gobernar su diócesis, el gobierno de esta Iglesia sea confiado al obispo de Lutz y de Zytomir.

Por tanto, mientras que dure la situación indicada anteriormente, en virtud del presente decreto, se han concedido al Sr. Gaspar Borowski, obispo de Lutz y de Zytomir, todos y cada uno de los poderes necesarios y oportunos para el buen gobierno de la susodicha Iglesia. Estos poderes durarán todo el tiempo que lo juzgue conveniente la Santa Sede, y hasta el momento que tome otras medidas. En consecuencia, el mencionado obispo tendrá plena facultad de ejercer todos los poderes que de derecho, por privilegio, ó en virtud de la costumbre ejerza en su propia diócesis por derecho ordinario, ó legítimamente delegado. Que el clero y el pueblo fiel lo reconozcan, pues, como encargado extraordinariamente del gobierno de esta diócesis; que reciban dócilmente sus prescripciones, sus órdenes, sus advertencias, y conformen a ellas su conducta. Ojalá y de esta suerte se conserve, tanto como sea posible, la salud espiritual de estos fieles que nuestro Santo Padre inflama con su ardiente caridad. Ojalá y de este modo se conserve intacto, en medio de tantas dificultades, el lazo de union que tiene esta parte del rebaño del Señor, unido á la Cátedra de Pedro.

Dado en Roma, por la Sagrada Congregacion del Concilio, el 3 de Mayo de 1867.

PROSPER CARD. CATERINI, † PEDRO ARCH. DE SARD.,
 Prefecto. Prosecretario.

—Se escribía de Roma al Czar, el 15 de Mayo de 1867, con motivo del reciente decreto de la Santa Sede concerniente a la diócesis de Kameniek en Podolia.

Este decreto y la exposicion de los motivos que acompaña han producido aquí una impresion notable.

Es la primera vez que la Santa Sede se ve reducida en sus relaciones con los Obispos y los fieles de un país católico, a la necesidad de recurrir a los diarios y a la prensa europea para hacer llegar hasta ellos sus resoluciones.

Este paso excepcional y sin precedente debe convencer a todo el mundo que, en ningun país, en ningun siglo, bajo ningun gobierno, sea de la Cochinchina ó Japonés, la persecucion de la Iglesia y de los fieles ha podido igualarse a la que estamos viendo en la Polonia, bajo el gobierno ruso.

—Pio IX ha dicho a una de las mayores notabilidades de la sociedad romana:

«Yo he recurrido á la prensa para anunciar al obispo de Zytomir mi resolucion, concerniente a una porcion desgraciada de la Polonia invadida por el cisma. En el naufragio de la Iglesia, he obrado como un capitán de navío que encierra en una botella las últimas palabras a su familia, y las confía al borrascoso mar para que las deposite en la ribera, en donde serán halladas.»

Estas memorables palabras caracterizan perfectamente las relaciones actuales entre la Santa Sede y la Iglesia de Polonia. *

* En Polonia las persecuciones continúan. El Czar nos dice que el abad Domagalski, el último administrador legal de la diócesis de Varsovia ha sido deportado al gobierno de Samara (Rusia oriental), el 26 de Enero último. Era culpable de adhesion a la Iglesia y a su país. Los rusos no podrán decir que éstas son medidas de represalias determinadas por los últimos actos de la Santa Sede; porque desde el mes de Mayo del año pasado, estaba el abad Domagalski detenido en la ciudadela de Varsovia.

La *Gaceta Narodowa*, en su número del 5 de Mayo de 1867, contiene un manifiesto que dirige la Polonia a los pueblos y a los gobiernos europeos. En él se encuentran las cifras oficiales siguientes.



CAPITULO SEGUNDO.

ULTIMAS ALOCUCIONES DE PIO IX.

La palabra del Vicario de Jesucristo, aun cuando no hable *ex cathedra*, de lo alto de esa cátedra a la que solamente se ha prometido la infalibilidad, debe ser recibida con respeto y meditada ante Dios por todos los verdaderos hijos de la Iglesia.

Ved aquí cómo el animoso y elocuente obispo de Nimes, Mr. Plantier, aprecia la palabra del Vicario de Jesucristo:

« Pio IX tiene toda la majestad de la antigua lengua romana, engrandecida por la majestad de las Escrituras. A esta nobleza, tiene el secreto de unir la unción mas suave y penetrante; cada una de sus palabras es como una lágrima escapada de su corazón. La dulzura, sin embargo, no sofoca la energía. Sabe llamar a los autores de los crímenes que deplora, por su verdadero nombre: califica, como ellos se merecen, a los ambiciosos extranjeros que les prestan apoyo con sus consejos, con sus diplomacias, y en caso necesario, con sus armas: las usurpaciones sacrílegas, las intrigas odiosas, y los vergonzosos desórdenes de los unos y de los otros, los deprime con el vigor que exige su infamia. No ha hecho otra cosa que seguir el ejemplo de su Maestro; ha tenido el valor de decir a los fariseos: ¡Sepulcrós blanqueados, raza de víboras! ¡Falsos profetas cubiertos con la piel de oveja; pero con la ferocidad de los lobos en el corazón! Y sin embargo, después de haber tocado los resortes de la justicia, vuelve a las dulces inspiraciones de la misericordia. Ora y quiere que roguemos con él a su Dios, tan rico en amor, para que vuelva a los senderos de la verdad, de la obediencia y de la salud, a aquellos desgraciados que lo han despoja-

perio de paganos, y de paganos de tal manera perseguidores de la fe, que no permitian a ningun hombre llegar a sus riberas sin pisar el signo de la redencion, se hayan conservado las obras de la fe en el misterio durante siglos y siglos? . . . Pero lo que Dios quiere se cumple, porque los acontecimientos están en su mano, y él los regula. Sobre el árbol de la cruz fueron escritas estas cuatro palabras: *Jesus Nazarenus Rex Judæorum*. Los príncipes de los sacerdotes, los escribas y los fariseos, pidieron a Pilato que se borraran, para poner en su lugar, que *Jesus se decia* rey de los judíos. ¿Qué respondió Pilato? Lo escrito, escrito. Y un Padre de la Iglesia, comentando ingeniosamente estas palabras, nos enseña, que: *Idco Pilatus, dixit: Quod scripsi, scripsi; quia Deus dixerat: Quod dixi, dixi*: es decir, que las palabras de Dios no se borran jamas. . . . Y el hecho del Gólgota, lo vemos reproducirse en esto que pasa, porque este Jesus de Nazareth tambien habia dicho: *Regnum meum non est de hoc mundo*; por lo cual se debe entender que no habia recibido su reino de los hombres, sino de su Padre celestial. Es, pues, Rey de Jerusalem, Rey de Roma y del mundo; lo ha sido y lo será hasta la consumacion de los siglos. . . .

«¡Ah! recomendémonos a estos mártires, a fin de que nos inspiren el valor necesario, en los tiempos que atravesamos, aquí y fuera de aquí. Demos gracias a la Divina Bondad, porque conserva milagrosamente la union del episcopado con el centro de la unidad. Esta union nos da la fuerza para prevalecer constantemente contra nuestros enemigos. . . . Y cuando Dios vea que los furiosos de su justicia se han aplacado, que nuestros pecados están lavados, se acordará de su misericordia, y cambiará nuestro dolor en gozo.

«Este cambio, sin embargo, no puede obtenerse por las impaciencias, por las murmuraciones, sino por un corazón contrito y un espíritu humilde.

«Pidamos a Dios que nos consuele, y afirme nuestra esperanza con su bendicion. Que el Padre, el Hijo, y el Espíritu Santo os bendigan, y que esta bendicion esté acom-

pañada de la fuerza para combatir; de la sabiduría para confundir; de la caridad para amar.»

Alocucion de Pio IX sobre la promocion de los Obispos á las sede-vacantes de Italia.

La revolucion impía que desola la Italia, habia lanzado a multitud de obispos de sus diócesis, a fin de perder mas fácilmente a los rebaños privados de sus legítimos pastores.

El venerable cardenal de Nápoles, tan popular a causa de su santidad y de su amor a los pobres, no habia encontrado gracia ante estos filántropos y pretendidos amigos del pueblo.

El cardenal de Angelis, y otros muchos santos preladados estaban tambien en el destierro, sin que hubiese motivo alguno para estas medidas de rigor. Para hacer a la *Iglesia libre en el Estado libre*, los demagogos se han apoderado de los bienes del clero y de las congregaciones religiosas que eran el patrimonio de los pobres.

Los protestantes, ayudados por la revolucion, aprovechan este triste estado de cosas para venir a establecerse y levantar templos en medio de estas poblaciones totalmente católicas.

Se comprenderá fácilmente, cuánto habrá sufrido el gran corazón de Pio IX al ver a su querida Italia a merced de los sectarios que profanan las iglesias, expulsan a los religiosos, aprisionan a los sacerdotes y se entregan impunemente a todos sus desórdenes sacrilegos.

Por otra parte, el nuevo gobierno, despues de haber intentado vanamente establecer una iglesia cismática en este país donde la fe ha echado tan profundas raíces, queriendo dar una satisfaccion a la opinion pública, hizo algunas demandas cerca del Papa para el nombramiento de los obispos en las sede-vacantes. Pero a causa de la mala voluntad y de las pretensiones de los ministros del reino subalpino,

las cosas permanecieron en este estado. Vueltas a tomar en consideración mas tarde, gracias a la caridad de Pio IX, que quiere ante todo la salvación de las almas, han tenido un principio de ejecución.

En el consistorio secreto, tenido con este motivo el 22 de Febrero de 1867, en el palacio del Vaticano, Su Santidad Pio IX ha pronunciado la alocución siguiente, llena de esa caridad apostólica que caracteriza al augusto Pontífice.

Ved aquí la traducción de este discurso donde se resume admirablemente la cuestión de los obispos vacantes.

« VENERABLES HERMANOS: »

« Estrechado por la caridad de Cristo a procurar por cualquier medio posible que cese la viudedad de tantas diócesis de Italia, el mes de Marzo de 1865 escribimos de nuestra propia mano una carta al serenísimo rey Victor Manuel, suplicándole que nos enviase alguna persona con quien pudiésemos tratar de una cuestión tan grave. Habiendo accedido este Soberano a nuestros deseos, se comenzaron en efecto las negociaciones; pero sin que hubiese culpa por nuestra parte, estas quedaron sin resultado; y nuestro ardiente deseo de procurar la salvación de las almas, este deseo que la Santa Sede ha considerado y con razón como su objeto principal, fué también engañado.

« Ultimamente se han vuelto a tomar en consideración estas negociaciones por la voluntad de aquellos que mandan en Italia: pero, venerables hermanos, no podremos hablar sobre este asunto sin una profunda tristeza y un amargo dolor. Porque no solamente los obispos que vamos a enviar a las sede-vacantes encontrarán los bienes de cada mesa episcopal disipados, así como los recursos que servían habitualmente para su propio sostenimiento y el de los pobres, sino lo que es peor, las piedras del santuario dispersadas, los asilos de la perfección religiosa desiertos, los habitantes de los claustros privados de todos medios para subsistir, las vírgenes sagradas arrancadas de la celda don-

de se habían retirado con la ayuda de Dios para vivir allí y morir en el ósculo del Esposo celestial. Ciertamente es triste y doloroso enviar a los obispos a que ocupen sedes reducidas a tal estado, sobre todo en una situación tan crítica de la cosa pública. ¿Qué hacer entónces? ¿Renunciar a nuestro proyecto? Léjos de eso. Que vayan los obreros a la viña plantada por Dios y regada con la sangre de su Hijo; que vayan a cultivarla a nombre de Jesucristo, esperando de El su soberana asistencia; que partan confiando en la protección de la Madre de Dios, que tiene el poder de darles un apoyo invisible. Silla de la sabiduría, llenará a los pastores de disciplina é inteligencia; Refugio de los pecadores, les guiará con facilidad a muchos descarriados; Consoladora de los afligidos, aliviará por ellos los males de muchos desgraciados; Socorro de los cristianos, les conciliará el respeto y amor filial de una multitud, a fin de que la docilidad y amor de la mayor parte de sus ovejas les sea un alivio en el ejercicio de una carga tan pesada, y un consuelo en el combate que tienen que sostener contra los enemigos de Dios y las potencias de las tinieblas, que se esfuerzan por apoderarse de todo el campo evangélico para devastarlo. Esta es la razón porque entre los nuevos pastores, nombraremos a algunos que pertenecen a Italia, y esperamos nombrar otros en los consistorios futuros, si todavía las opiniones, ay! bien distintas de los hombres que viven según el placer del siglo, pueden convenir con las nuestras, principalmente en lo que mira a la elección de las personas. No hay lugar para extendernos mas sobre la situación actual: el porvenir, a ménos que la diestra del Altísimo intervenga, se anuncia ya bastante por los tristes acontecimientos que ya se han desarrollado. Nosotros debemos tener confianza en Dios. Así como por la intercesión de la Virgen Inmaculada y de los santos Apóstoles, nos ha tenido hasta aquí bajo la sombra de sus alas, protegiéndonos de una manera tan visible; de la misma manera, así lo esperamos, cambiará nuestro dolor en gozo. Esforcémonos, pues, venerables hermanos, para preparar y

do para entregar los harapos que han arrancado de su poder, a viles procónsules venidos de afuera. Él toma la palabra, ya como padre cariñoso, ya como juez ó monarca justamente indignado.»

Ademas de esta gloria, que no mira, por decirlo así, mas que al estilo de lenguaje, todos sus Breves tienen ademas la de conservar intacta la gran noción del Derecho. Se han fraguado millares de sofismas para justificar la revolucion de los Romaños. ¿Qué no se ha invocado para absolver esta maldad? El descontento de los pueblos, la caducidad ó el despotismo del gobierno pontificio, la imposibilidad de seguir con él el progreso y la civilización moderna, su pretendida adhesión a la causa austriaca, las necesidades imperiosas de la unidad y de la independéncia. Tales son las razones que se han hecho valer. ¡Razones imaginarias ó pueriles! pero al mismo tiempo razones fatales. No contienen mas que calumnias: pero suponiendo que tuviesen alguna solidez, si pudiesen prevalecer como un título serio para sacudir la autoridad pontificia, la noción del derecho y su estabilidad quedarían destruidas en el mundo. Todos los fanáticos ó los ciegos que las han aplaudido, de hecho no ven las consecuencias; los espíritus falsos ó apasionados, tienen ordinariamente cortos alcances y son tachados de imprevisión. Son al mismo tiempo poco lógicos y no miran jamas que ciertas doctrinas que profesan se vuelven contra ellos mismos para estrellarlos. Pero el Soberano Pontífice tiene su mirada mas profunda, ve mas léjos. Ninguna de las sutilezas que han invocado han ofuscado su sabiduría ni sorprendido su conciencia. A despecho de todos estos pretextos, mantiene la inviolabilidad de las donaciones y de los tratados, sobre los cuales reposan sus posesiones temporales: rehúsa tanto a las agresiones de la anarquía, como a las inícuas invasiones del extranjeró, el derecho de desmembrar el dominio apoyado sobre estas bases sagradas y seculares, y por esta protesta solemne, eleva la idea y la santidad del derecho en general, no solamente sobre las tempestades po-

líticas y vicisitudes sociales, sino aun sobre las incertidumbres y oscuridades donde las tiene sumergidas el vértigo de nuestra época. Es un servicio que ha hecho al mundo.

Recomendaciones de Pio IX á los oficiales de su ejército.

Quién no admirará la fuerza de espíritu del agosto Pio IX. Ora se dirija a los obispos ó a los príncipes de la tierra, ora a los sacerdotes ó a los soldados, lo hace siempre, segun las circunstancias mas ó ménos difíciles en que habla, con una oportunidad y una libertad de expresión cuyo secreto solo él posée.

El 27 de Diciembre de 1866, los oficiales del ejército pontificio fueron al palacio del Vaticano para ofrecer al Santo Padre sus homenajes con motivo del día de su santo. Nosotros encontramos en la correspondencia de Roma de *l'Unita Cattolica* el discurso pronunciado en esta circunstancia por el general Kanzler, ministro de las armas, y una versión mas detallada de la respuesta de su Santidad. Ved aquí la traducción.

«SANTÍSIMO PADRE:»

«El ejército pontificio, representado por la mayor parte de sus oficiales, deposita por mi conducto, a los piés de Vuestra Santidad, los votos mas respetuosos y los mas ardientes. Este pequeño ejército, considerablemente aumentado desde el año pasado con hombres adictos a la Santa Sede y a la santa causa que defiende, reconocido por los beneficios que Vuestra Santidad le ha prodigado, sabe apreciar su misión ahora doblemente gloriosa, y no retrocederá ante ningún sacrificio para mostrarse digno de ella. En este momento en que las simpatías de todas las personas honradas se vuelven con ansiedad hácia Roma, nosotros renovamos solemnemente nuestro juramento de fidelidad y de adhesión a Vuestra Santidad. Sabremos guardar esta aptitud de

calma y moderacion que conviene a soldados disciplinados; pero siempre que nos veamos precisados a tomar las armas, cumpliremos enérgicamente nuestro deber, y tendremos el consuelo de no haber combatido al pueblo romano que atestigua públicamente su veneracion y afecto por el Soberano Pontífice, sino a estos emisarios del mal, a esos sediciosos de profesion que anhelan por destruir, si fuese posible, los fundamentos de todo orden religioso y social. Dignaos, Santo Padre, recibir con bondad la expresion de estos votos y de estos sentimientos, y bendecirnos con nuestras armas, así como a nuestras familias y compañeros ausentes.»

El Santo Padre contestó:

«Me es muy grato encontrarme rodeado de los oficiales de mis tropas, recibir los votos que me dirigen, y oír repetir por conducto del señor Ministro de las armas, la seguridad de vuestra fidelidad y de vuestra adhesion a mí y a la Santa Sede. He tenido ya muchas pruebas de esta fidelidad y de esta adhesion, y estoy persuadido de que estos sentimientos se fortificarán mas y mas, y se manifestarán ahora que nos encontramos en momentos tan difíciles.

«Mucho me agrada el oír afirmar que vuestra resolucion, ante todo, es dar pruebas de moderacion, de prudencia y de disciplina, y que estais resueltos a usar de toda vuestra energía en el caso en que, por la defensa de mis derechos, del orden y de la sociedad, os veais obligados a tomar vuestras armas. Sí, ahora mas que nunca, es necesario que la conducta de la tropa esté exenta de toda provocacion. Yo leí ayer en un diario notoriamente revolucionario, un plan formado, dicen, para asestar un nuevo golpe a los derechos de la Santa Sede. Se esfuerzan por encontrar un pretexto que diese la aptitud de la tropa, para hacer a la poblacion hostil al ejército. Se espera además sembrar la division y la zizaña entre los diversos cuerpos extranjeros é indígenas que componen el ejército pontificio. A vosotros toca desbaratar estas tramas inicuas, hacer vanas estas detestables esperanzas. Bajo mi estandarte no debe haber nin-

guna diferencia de pais ó nacion. Todos vosotros sois católicos y defendeis al Papa; todos sois mis hijos, y velais por el Padre comun.

«Hay ahora en manos de la justicia un hombre que sembraba el desorden en mi Estado. Veis, pues, que mis enemigos continúan sus pérfidas maquinaciones; pero á la hora del peligro, apelaré a vosotros, y vosotros, fieles a vuestro juramento, sabréis cumplir con energía vuestro deber.

«Estoy muy agradecido a los que habeis abandonado patria y familia, para alistaros bajo el estandarte de la Santa Iglesia; y tambien doy las gracias a aquellos de mis súbditos que se han colocado voluntariamente bajo mi bandera. Que el Todopoderoso os bendiga, así como a vuestras familias y compañeros.»

El corresponsal termina su carta con una anécdota picante, que ayudará a apreciar la situacion actual de Roma, y el espíritu que anima a la gran mayoría de la poblacion romana:

«Mientras que los romanos, dice, contentos por no sentirse bajo la presion amenazadora de agentes provocadores de turbulencias, buscan todas las ocasiones de manifestar al Soberano Pontífice su adhesion y fidelidad, algunos jóvenes, afiliados en los comités revolucionarios, afectan salir de los cafés donde se encuentran, cuando los zuavos, ó legionarios pontificios entran a ellos. Esta pequeña manifestacion ha sido notada por Marforio y por Pasquino, los que uno de estos dias han cambiado el diálogo siguiente:

«MARFORIO.—¿Sabes por qué nuestros bravos jóvenes salen cuando los zuavos entran?

«PASQUINO.—No. Dímelo.

«MARFORIO.—Escucha bien. Es porque para librar a la Lóva esclava (Roma), se ejercitan en la célebre maniobra que el ejército y la flota italianos han ejecutado en Custozza y Lissa para tomar a Venecia.

«La poblacion romana ha recibido con una carcajada este epigrama dialogado, que han cambiado entre sí las dos

estatuas que tienen en Roma el privilegio de la sátira, y vuelve a comenzar la risa en las calles y cafés, cuando ven a uno de estos jóvenes héroes, tan hábiles para batirse en retirada."

El verdadero progreso, según Pío IX.

Todos saben cuántas gentes han sido engañadas ahora, haciendo resonar en sus oídos, las palabras sonoras de *Nacionalidad*, de *Civilización* y de *Progreso*. Pío IX no deja pasar ninguna ocasión favorable, sin protestar contra esta táctica de los revolucionarios.

Una correspondencia de Roma, da la versión siguiente de la respuesta del Papa a los agradecimientos que le dirigian en la Biblioteca del convento de San Agustín, después de la promulgación del decreto de la Sagrada Congregación de Ritos, relativa a la causa de los 205 mártires japoneses, muertos por la fe, de 1617 a 1632:

«La sociedad humana está dividida en dos grandes partidos: uno marcha bajo el estandarte de Jesucristo, otro bajo el de la revolución. Estos dos partidos son irreconciliables, porque sostienen principios diametralmente opuestos. Hay, es verdad, en Inglaterra, en Francia, en Bélgica y en Italia, un corto número de personas que quieren conciliar estos dos partidos; pero *stulto consumuntur labore*.

«Es necesario reconocer, que del lado de la revolución, se ve de cuando en cuando algunas personas, que fatigadas de los desórdenes y del mal, salen de los principios de esta revolución, y pasan bajo la bandera de Jesucristo. Todo el que desee procurar el bien del prójimo por la predicación, por sus escritos, por sus conversaciones, debe exhortar a estas personas a la perseverancia. Es necesario animarlas a la defensa de la verdad y de la virtud, por todos los medios de que se pueda disponer.

.

«El progreso y la civilización, son dos palabras cuyo eco llena la Europa, y más que la Europa; y Dios permite que los hombres que alaban tan alto estas dos palabras, estén encargados de arreglar, ó mas bien, de desarreglar (*sregolare*) la sociedad.

Pero la civilización y el progreso de que se trata, consisten en poner puentes, horadar túneles, establecer grandes vías de comunicación, construir edificios, satisfacer, en fin, las pasiones, el bienestar, los intereses materiales, y no en seguir el deber, en propagar la religión, en defender la Iglesia. . . . De ahí viene que un gran número de hombres, viendo prosperar este progreso y esta civilización, se ha lanzado a los trastornos y a las revoluciones que se suceden con una terrible facilidad. De ahí viene también que este gran número de hombres, se encuentre en un estado lamentable. ¡Tal es la civilización, tales son los progresos de nuestra época, separados de la fe! La Iglesia también tiene su civilización y su progreso, pero muy diferentes; porque sus fines son diametralmente opuestos a los fines de sus enemigos.

El progreso de la fe consiste para los cristianos en elevarse de virtud en virtud, *ibunt de virtute in virtutem*: hasta la unión perfecta con Dios, encuentran infaliblemente abundantes socorros en su camino; este camino que conduce a la vida, a la eternidad, *qui ducit ad vitam, vitam eternam*: se sienten penetrar por este espíritu de fuerza y de generosidad que los conduce hasta no temer, ni el encarnizamiento de sus adversarios, ni el dolor de los suplicios. El progreso de la ley procrea las poderosas legiones de mártires. Esto mismo es lo que nos reúne ahora en este lugar. ¡Cuántos mártires han derramado su sangre! . . . ¡cuántos jóvenes han expuesto su vida para propagar la fe! Así podemos aplicarles estas palabras que canta la Iglesia en el himno de los Inocentes: *¡Salvete, flores martyrum! ¡palma et coronis luditis! ¡Oh grandezas de Dios! ¡Oh triunfos de su gracia!*

«¿Quién se hubiera imaginado que en el Japon, este im-

apresurar este resultado tan deseado, por nuestras oraciones, por la union de las almas y por el ejercicio de todas las virtudes cristianas.»

Despues de esta alocucion, el Santo Padre ha preconizado a los nuevos arzobispos y obispos, entre los cuales se cuentan Mr. Hugonin para el obispado de Bayeux, y Mr. Gros para el obispado de Tarento en Saboya; y en Italia, Mr. Rosati, promovido al arzobispado de Turin, vacante hacia ya diez años por la muerte de Mr. Fransoni, muerto en Lyon despues de ocho años de destierro. Hacia, pues, diez y ocho años que la capital del Piamonte no recibia la bendicion de su arzobispo. Así lo quiere la libertad de conciencia, tal como la entiende la escuela mas ardiente del libre pensamiento.

—Se escribia de Roma el 23 de Abril de 1867, las siguientes líneas: Salvo muy raras excepciones, los obispos nombrados por Pio IX en Italia han sido acogidos con las muestras de la veneracion mas profunda. A este propósito se leía ayer en el Organó oficial de la Santa Sede, un artículo concebido en estos términos:

“Las cartas que hemos recibido con motivo de la recepcion hecha a la mayor parte de los nuevos obispos italianos, demuestran cuán arraigadas están aún la fe y la adhesion a nuestra santa religion en el seno de las poblaciones de la Península. Este hecho, que consolará a los hombres religiosos, es muy propio para probar a los que gobiernan la Italia, que un pueblo que quiere ser católico, no podrá ser gobernado en olvido de Dios y de su religion y en el odio de los ministros del santuario.”

El Santo Padre ha experimentado un inmenso consuelo al recibir estas cartas. Las esperaba con impaciencia.

Los diarios (pues por este conducto sabemos la mayor parte de los rasgos de la generosidad de Pio IX) refieren que Su Santidad provée al sostenimiento de los obispos que se encuentran en la necesidad.

Palabras de Pio IX al jóven Mortara.

Un judío de Bolonia, no teniendo en cuenta la ley que le prohibia tener a su servicio una criada cristiana, ha visto a su hijo en peligro de muerte bautizado por ésta. El Papa ha tomado bajo su proteccion a este niño cristiano hasta la edad en que gozando de su plena razon, pueda decidir libremente si quiere permanecer en la Santa Iglesia donde ha sido introducido por el bautismo.

La chusma de liberales, enemigos de la Iglesia, se posesionó de este hecho de por sí tan sencillo, a fin de vomitar toda suerte de injurias y calumnias contra el Santo Padre, que tuvo la crueldad de tomar este niño bajo su proteccion, y de hacerlo educar a sus expensas.*

Los judíos y los revolucionarios, ignorando sin duda lo que es un Papa, esperan intimidarlo y hacerle renunciar sus derechos. Pero el Soberano Pontífice ha contestado los

* No se ha retrocedido ante ningun escándalo a fin de amotinar al populacho contra el Soberano Pontífice. La posteridad tendrá trabajo en creerlo: ha habido un hombre que, a pesar de la posicion oficial é importante que ocupaba, no ha temido fabricar para los teatros de los barrios una especie de comedia (*La Tireuse de cartes*), en la cual, parodiando la conducta tan noble del Vicario de Jesucristó, ha tratado de arrojar el ridículo sobre su persona sagrada, y de calumniar sus intenciones.

Ved aquí cómo un docto y esforzado prelado Mr. Gaume, ha hablado de este hecho en su último opúsculo sobre el Credo:

«Cuando se ha querido popularizar el odio y el desprecio del Santo Padre, del dulce y augusto Pio IX, se le ha ridiculizado en el teatro. Durante *cientos* representaciones, una comedia muy famosa lo ha representado como un tirano, que hollando los derechos sagrados de la autoridad paterna, merece el vituperio de los unos, el odio de los otros, el desprecio de todos. Cien veces engañados los espectadores, han manifestado sus disposiciones hostiles con enérgicas reprobaciones y con lágrimas de compasion sobre las pretendidas víctimas del despotismo pontificio.» (Página 57.)

« La gran solemnidad de Pascua se ha concluido sin que ningun incidente haya venido a turbarla. Las tribunas estaban llenas con las señoras de la mas alta calidad. Diplomáticos, oficiales, funcionarios de todos los paises, vestidos con uniformes los mas diversos, poblaban los puestos reservados. La familia de Nápoles, el rey de Baviera y el príncipe Othon; los príncipes de Oldembourg, el sobrino del virey de Egipto, Ismael Pachá, etc., se encontraban en la tribuna real.

« El día de Pascua, en la bendicion, la plaza de San Pedro estaba literalmente cubierta de gentes de a pié, y carruajes que rodeaban a la guarnicion de Roma formada alrededor del obelisco.»

La bendicion que da el Papa el Juéves Santo y el día de Pascua, desde lo alto del pórtico superior de la basilica, y que se llama comunmente en Francia, *Benedictio urbi et orbi*, produce una impresion a la que ninguno resiste. Pio IX a pesar de sus setenta y cinco años, pronuncia las palabras de la fórmula con un vigor de voz admirable; porque a la extremidad de la plaza, de una plaza que no tiene ménos de 300 metros de largo, se oyen distintamente sus palabras. Los soberanos y los príncipes, los miembros del cuerpo diplomático, y las personas honradas con una mision especial, ocupan una tribuna dispuesta en el terraplen del palacio pontificio. Se notaban este año los miembros de la familia real de Nápoles; el príncipe de Wurtemberg, el príncipe Othon de Baviera, y el sobrino del virey de Egipto.

El número de peregrinos italianos ha sido verdaderamente extraordinario. Una multitud de eclesiásticos del reino que no habian podido hacer la peregrinacion a Roma desde 1860, habian venido a satisfacer su devocion. Como cuarenta senadores y cien diputados, aprovechando las vacantes del Parlamento, habian venido, llevados por esa atracción indefinible de la Ciudad Santa, a la que ni los mismos impíos pueden siempre sustraerse. Con estos sacerdotes y estos funcionarios, habian venido por millares los fieles de todas las clases de la sociedad, y entre estos fieles, se notaba, con emo-

cion, varios aldeanos de los Abruzos y de las Calabrias que llevaban la esclavina y el bordon.

Se han calculado en mas de cien mil las personas reunidas en la plaza en el momento de la bendicion; y Su Santidad ha cantado las oraciones de la absolucion en medio del recogimiento mas profundo. Cuando el Papa, llevando la tiara y levantándose de la *sedia*, levantó los brazos al cielo y entonó con la fuerza de este órgano tan puro y tan simpático: *Et benedictio Dei omnipotentis, Patris, et Filii, et Spiritus Sancti, descendat super vos, et maneat semper!* un temblor de cristiana y filial admiracion se notó en la inmensa multitud: despues, con un entusiasmo indecible, muchos se han levantado gritando: *¡Viva Pio IX! ¡Viva el Papa-Rey! ¡Lunga vita a Pio Nono!* Todos agitaban sus pañuelos; cinco músicas de los diversos cuerpos del ejército pontificio tocaban juntamente el himno de Pio IX; las campanas sonaban a todo vuelo; el castillo de San Angelo disparaba todas sus piezas, y a estos ruidos se mezclaban los relinchos de los caballos de la artillería, de los dragones, de la gendarmería, y de los numerosos carruajes que estaban en la plaza.*

Pio IX estaba radiante: a los que pudieron verlo de cerca les parecia como trasfigurado; ninguna señal de fatiga ó agitacion se notaba en su bello semblante.

La salud del Papa ha resistido admirablemente a las fatigas de la Semana Santa. Ha asistido a todas las ceremonias que tuvieron lugar en la capilla Sixtina y en San Pedro, y ha celebrado la misa como de costumbre, el día de Pascua en el altar papal de la Basilica. En este intervalo ha dado muchas audiencias. A fin de ahorrarle su tiempo y sus fuerzas, los fieles han tomado la costumbre de presentarse al Vaticano en grupos de cincuenta, cien, trescientos y hasta quinientos. Se les introduce generalmente en la sala llamada de las Cartas geográficas, a causa de los frescos que

* Se han contado cerca de tres mil carruajes en las plazas de San Pedro y Rusticucci.

la decoran. El Papa entra algunos minutos despues de ellos, toma su asiento en el trono, rodeado de algunos preladoss; si tiene tiempo, pronuncia una corta alocucion y bendice a la asamblea. El 20, por ejemplo, Su Santidad se ha dignado admitir a su presencia a mas de mil doscientas personas, *ex omni tribu et lingua*, americanos en la mayor parte. Tambien habia muchas señoras, y entre otras, algunas inglesas protestantes, atraidas por aquella curiosidad pertinaz hasta la insolencia que las distingue. Una de ellas no quiso arrodillarse ni aun inclinarse miéntras que el Santo Padre daba la bendicion. Las observaciones políticas, pero perentorias de un oficial inglés católico, acabaron por triunfar de su resistencia. El Papa se dirigió especialmente a las señoras, y les recordó que ellas habian sido las primeras que vieron a Jesucristo despues de su resurreccion.

Discurso de los católicos al Papa.

Las ceremonias de la Semana Santa han atraído este año como hemos dicho, un inmenso concurso de extranjeros, los que se han manejado admirablemente. Mucha devocion, muchas conversiones, y en toda esta multitud como un soplo divino de fervorosa piedad. Era hermoso verlo. Los italianos incrédulos estaban abismados con el espectáculo que ofrecia esta Roma embarazada con huéspedes de un dia, desguarnecida de tropas, amenazada por la revolucion, y sin embargo, tan llena de orden y de tranquilidad que la comparaban al paraíso. ¡En nuestra casa, decian ellos, es muy diferente!

El 24 de Abril, una multitud de católicos se habian reunido para expresar a Su Santidad sus votos y respetos filiales. Uno entre ellos, Mr. Enrique l'Epinois, estaba encargado de leer un discurso. Hombre distinguido bajo todos

aspectos, autor de libros, que han hecho su reputacion de historiador católico, sobre todo de este gran estudio tan justamente alabado: *Del gobierno temporal de los Papas y de las revoluciones en los Estados de la Iglesia*, nuestro compatriota ha desempeñado felizmente su mandato. Su conmovido acento ha hecho estremecer los corazones, y el Santo Padre lo ha escuchado con una atencion y un placer visibles.

Ved aquí el discurso:

«SANTISIMO PADRE:

«Prosternados humildemente a vuestros piés, venimos a tributaros el homenaje de nuestro respeto y obediencia filial. En estos dias de suprema angustia, somos dichosos al acercarnos alrededor de vuestro trono sagrado, objeto de tanto odio, objeto tambien de tanto amor.

«Venidos de todos los países: de Alemania, de Bélgica, de la Gran Bretaña é Irlanda, de España, de Portugal, de Francia, de Italia, de Polonia y de mas allá de los mares del continente americano, nosotros somos por la unanimidad de nuestros sentimientos, los hijos de las naciones católicas. Podemos decir, es su voz la que habla por nuestra boca, es su corazon el que palpita con el nuestro. En efecto, no hemos venido solos. Más de uno de los que hemos dejado en la patria, han envidiado nuestra dicha; nuestros padres, nuestros amigos, retenidos allá por otros deberes, nos han acompañado con sus oraciones, con sus votos, y nos han dado una especie de mandato tácito que nosotros tenemos que cumplir.

«Cada año, Santísimo Padre, los católicos venidos a Roma de los países extranjeros os han manifestado los mismos testimonios, estimándolo como un deber; este deber nos lo hace mas caro y sagrado la adversidad de los tiempos. Sí, Santísimo Padre, cuando el abandono parece consumado, cuando la revolucion, marchando con la cabeza erguida se precipita hácia su fin, nosotros debemos por nuestros ami-

despachos oficiales de la diplomacia con la palabra que en boca semejante, termina las disputas y no deja mas lugar que a la violencia: *Non possumus*. Lo podian haber previsto; mas no habiéndolo hecho, ¿por qué han cometido el error de apelar contra el Papa, contra su conciencia, a una opinion cuya brutalidad é injusticia era mas fácil prever? Cuando Pio IX no habia podido ceder a las instancias de un gobierno que amaba, ¿podia creerse que cediese a los clamores y a las amenazas de una batahola a la cual hubieran podido entregarle mas tarde? Como hay inspiraciones y luces de lo alto contra la astucia, hay socorros de lo alto contra el temor; y su propia historia basta para recordarle que su frágil barquilla es la única que Dios no deja zozobrar. Para vencer la tempestad, no hay mas que no hacer el sacrificio que ella pide.

¡Cosa triste y humillante! exclamaba Mr. Luis Veuillot, algunos dias ántes a aquel en que el *Constitucional*, con la *deferencia respetuosa* que se le conoce, trazaba al Santo Padre sus deberes hácia la sociedad católica, y autorizaba las amenazas del *Siglo*: los diarios ingleses nos traian la relacion de un *meeting* revolucionario tenido en Lóndres, bajo la presidencia del Dr. Bernard, cabeza del complot de Orsini. Allí un orador ha declarado que el único medio de hacer una revolucion completa, *es destruir a todos aquellos que la combatan*; ha anunciado que la república futura «castigaría a las *clases respetables* que han hecho abortar la república de 93 y *asesinado* a Robespierre.» ¡Y el negocio de Mortara es el que ocupa é indigna a los diarios del gobierno frances! ¡y al Santo Padre es a quien se le han hecho oír palabras amenazadoras! ¡y es al gobierno pontificio a quien se pide que se reforme por el interés de la humanidad!

Nosotros conocemos la odiosa comedia que se representa descaradamente a la faz del mundo. Echémos una ojeada sobre los principios conocidos de los autores; veamos el cismo de estas hipocresías.

Si fuera el emperador de Rusia el que se hubiese apode-

rado, no de un niño judío y para hacerlo cristiano, sino de muchos millares de niños católicos y para hacerlos cismáticos, con la perspectiva de ser pitos ó tambores en sus ejércitos, ¿qué dirian todos estos periodistas tan compadecidos por la suerte del jóven Mortara? Nada. Pues lo que nosotros damos como supuesto, el emperador de Rusia lo ha hecho, no con una familia, sino con una nacion: ellos no han dicho nada. Lo hace todavía, y no dicen nada, ni dirán nada, ni tendrán una palabra para los católicos de Polonia, arrancados de su hogar y de sus altares. La sangre se ha derramado, y mientras unos han muerto, los otros han insultado a los mártires.

Tienen horror de la verdad religiosa y de los que la profesan. Por mas que la herejía y el error atenten contra los católicos, lo encuentran bien. No se acuerdan entónces de este celo por la ley natural, de este respeto por los derechos de la familia que ellos afectan en este momento. No hace mucho tiempo, el protestantismo inglés dió al mundo el espectáculo de una iniquidad como las sabe cometer. Se trataba de emplear los fondos de una suscripcion general para educar a los huérfanos de los soldados muertos en Crimea. Muchos huérfanos eran católicos, muchos católicos se habian suscrito. Se apoderaron de las suscripciones de la Irlanda católica para educar niños protestantes, y se apoderaron de los niños católicos para hacerlos educar en escuelas protestantes. El arzobispo de Dublin ha protestado; ha señalado multitud de casos en que la astucia ejecutaba lo que la violencia manifiesta no hubiera podido hacer; ha nombrado a las madres y a los padres que habian engañado a fin de educar al niño ó retenerlo en el asilo cismático donde estaba encerrado. Aquí no se aplicaba una ley justa y anteriormente conocida; se violaba pura y simplemente el derecho no de una familia, sino de un pueblo: aquí habia raptos y rapiñas. Se robaba el dinero de los católicos para corromper la fe de niños católicos; se burlaban las últimas voluntades de los soldados muertos en el campo de batalla;

con esta injusticia cruel é infame se pagaba su sangre derramada por la patria.

El Diario de los Debates no ha sostenido las desoladas protestas del venerable arzobispo de Dublin; no ha apelado al corazón de todas las madres. ¡El *Siglo* no ha encontrado una palabra contra estas acciones que ofendian la conciencia universal!

Hay un artículo en la religion del *Siglo* que le prohíbe disputar contra los poseedores de esclavos en América, y contra el proselitismo anglicano. Algunas veces, por pudor y como de paso, cuando la iniquidad elama al cielo, el *Siglo* y el *Diario de los Debates* se permiten una alusion, una palabra tímida contra la intolerancia herética; pero sus dardos acerados, su elocuencia, caen en gracia a los perseguidores de la Iglesia, y los reservan para usarlos contra la Iglesia misma y contra su Pontífice. Ellos aborrecen la verdad.

El joven Mortara ha crecido bajo la proteccion paternal de Pio IX, es uno de los buenos alumnos del Seminario confiado a la Congregacion de los canónigos de Letran, de la basilica de San Pedro Advíncula, y el 12 de Abril de 1867 ha sido comisionado por sus compañeros para expresar al Santo Padre sus sentimientos de veneracion y de amor. Encontramos en una comunicacion dirigida de Roma al *Diario de Posen*, la respuesta de Pio IX a este discurso, y nos apresuramos a reproducirla. El Soberano Pontífice se expresa en estos términos:

« Me sois bien caro, hijo mío, porque os he adquirido para Cristo a un precio muy alto. Me habeis costado un buen rescate. Por causa vuestra un desencadenamiento universal ha estallado contra mí y contra esta Sede apostólica. Gobiernos y pueblos, poderosos de este mundo y periodistas que tambien son los fuertes de nuestra época, me han declarado la guerra. Los reyes mismos se han puesto á la cabeza de esta campaña y han hecho escribir por sus ministros notas diplomáticas, todo por causa vuestra. Yo paso en

silencio a los reyes. No quiero recordar mas que los ultrajes, las calumnias y las maldiciones pronunciadas por una multitud innumerable de simples particulares que parecian indignados, porque el buen Dios os habia hecho el don de su verdadera fe, sacándoos de las tinieblas de la muerte donde está aún sumergida vuestra familia.

« Se quejan sobre todo del agravio que se ha hecho a vuestros padres porque habeis sido regenerado por el santo bautismo, y porque habeis recibido una instruccion tal como plugo a Dios concedérosela. Y ninguno, sin embargo, me compadece, a mí el Padre de todos los fieles, a quien el cisma arranca millares de hijos en Polonia, ó se trata de corromperlos con su perniciosa enseñanza.

« Los pueblos, así como los gobiernos, se callan cuando yo clamo, gimiendo por la suerte de esta parte del rebaño de Jesucristo asolado por los ladrones en pleno dia. Nadie se mueve para acudir al socorro del padre y de sus hijos.» (Alocucion de Pio IX).

Algunas palabras del Papa á los protestantes.

Dotado de una gran facilidad, y proponiéndose ante todo hacer bien a las almas, Pio IX se acomoda siempre en sus piadosas exhortaciones a las circunstancias y calidad de su auditorio.

Varios diarios religiosos han dado el análisis siguiente de una alocucion que el Santo Padre ha pronunciado este año, el Jueves Santo, en San Pedro.

« MIS QUERIDOS HIJOS:

« En el tiempo en que estamos, en el que os he exhortado a todos a meditar la Pasion de Nuestro Señor Jesucristo, yo veo una gran multitud, un gran número de buenos cristianos que me rodean y que me piden mi bendicion; y

aunque os confieso que esto sea una fatiga para un anciano (me dicen el anciano del Vaticano), y esto quiere decir que el Papa no es un jóven, y que no puede fatigarse mucho; sin embargo, esta fatiga me tiene contento, y experimento un gran consuelo en veros reunidos alrededor de mí. Espero que todos vosotros venís aquí por el Espíritu, y con un buen espíritu. En nuestros días pocas personas piensan en el Espíritu, se ocupan demasiado de la materia. Es menester tener espíritu de fe, y espero que con este espíritu asistiréis a las bellas ceremonias de la Semana Santa, y recibiréis la bendición del Papa.

«Hay aquí muchos protestantes que no tienen espíritu de fe, y que sin embargo quieren asistir a estas funciones; quieren ser testigos de ciertas palabras. . . . Yo ruego siempre al buen Dios por ellos, a fin de que les dé el espíritu de Verdad. Porque no hay mas que una sola Fe, no hay mas que un solo Bautismo, no hay mas que un solo Dios; pero espero que llegará un tiempo en que todo el mundo tenga la misma Fe, el mismo Bautismo, y el mismo Dios. Os recuerdo que no se debe vivir solamente para la industria, las especulaciones, las riquezas. El mundo ha olvidado el espíritu; se ha consagrado a la materia. Este mundo de que hablo, no es mio, yo no soy del mundo; no es vuestro, vosotros sois una reunion de cristianos; pero el mundo en general ha olvidado mucho al espíritu para no ocuparse sino del cuerpo. No obstante, es permitido dedicarse a los negocios, a la industria, a las especulaciones con una justa medida: un padre de familia debe industriarse para sostener a su familia; pero es menester no hacer de esto el único objeto de la vida. Por eso cuando abandoneis a Roma, que llaman la Ciudad Santa, espero que llevaréis algo bueno que os mueva, que os haga bien; pero no un bien material. Os ruego que os acordeis que no estamos aquí abajo sino para ir a Dios; que nuestro único negocio es santificarnos.

«Para santificar el espíritu, es menester pensar en el término de nuestra vida. Es necesario pensar que todos debe-

mos comparecer delante de Dios en el gran día de la muerte y dar cuenta de nuestros actos. Yo os ruego, mis queridos hijos, que os acordeis que teneis una alma. Es menester que os ocupeis de ella mas que de las riquezas, de las especulaciones, de los caminos de fierro, mas que de todas estas miserias. No está prohibido pensar en esto, se puede hacerlo cuando se le acompaña un espíritu justo y mesurado; pero, lo repito, acordaos que teneis una alma creada a la imágen de Dios, y que debe comparecer ante Él, para dar cuenta de todos sus actos: dará cuenta de una vida de noventa, de noventa y seis, de cien años; ¡se deberá dar cuenta de todo! Pensadlo bien, hijos míos, y acordaos que el espíritu es mas que la materia.

«Así, pues, tomad esta bendición para todas vuestras intenciones. Yo os bendigo, mis queridos hijos; os bendigo á todos, en el nombre del Padre que os ha creado; del Hijo, vuestro Salvador, que ha sufrido para rescataros con el precio de su sangre; del Espíritu Santo, cuyas luces descenderán sobre vosotros para daros este espíritu de fé; para haceros conocer la verdad: *Benedictio Dei omnipotentis, Patris, et Filii, et Spiritus Sancti, descendat super vos et maneat semper!*»

Las fiestas de Pascua en Roma en 1867.

Las fiestas de Pascua han sido este año en la metrópoli del mundo cristiano, mas solemnes y mas bellas que nunca.

Leemos en diversas comunicaciones de Roma los detalles siguientes:

«La afluencia de fieles a Roma, excede a las cifras conocidas hasta aquí; y se ha notado el Juéves Santo, por ejemplo, que a las mismas horas, las basílicas de San Juan de Letran, de San Pedro y de Santa María la Mayor, estaban igualmente llenas.

gos y por nosotros mismos libertar nuestra responsabilidad de los acontecimientos y poner en salvo nuestro honor; pues en cuanto a nosotros, los mismos principios de justicia están en juego, el interés común se encuentra en peligro.

«¿Y cuáles son los hombres que, debilitando la soberanía temporal de la Santa Sede, comprometen así la independencia del jefe de la Iglesia? Los unos quieren abiertamente la ruina del catolicismo: tras de la guerra al Papa, se descubre la guerra a Dios. Para ellos todos los medios son buenos; y si los acontecimientos no marchan tan velozmente como agradaría a sus pasiones, salen de sus conciliábulos secretos y sorprenden cobardemente en las sombras a sus víctimas para herirlas a traición.

«Lo que los unos esperan de la violencia, los otros más reservados, lo esperan de la habilidad; pero esta habilidad llena de reticencias, de subterfugios, frecuentemente de mala fe, tiene un nombre maldito, porque se llama hipocresía; y sin embargo, la hipocresía triunfa. Se insinúan así en las principales clases, donde reclutan adictos, y por medio de bellas palabras de reforma, de progreso, de nacionalidad, extrañamente comprendidas, se alimentan estas aspiraciones morales, que deben, dicen ellos, conducir al triunfo. Pero este triunfo, si lo logran, y solo Dios lo sabe, no será más que efímero. ¿Cómo, en efecto, podremos olvidar las enseñanzas del pasado, que nos hablan con una elocuencia que es necesario llamar fulminante? La lucha contra los Estados que la fe de nuestros padres había nombrado con tanta propiedad Estados de la Iglesia, ha tomado en nuestros días proporciones inmensas; pero esta lucha es antigua, y el recuerdo de las pruebas ya sufridas nos permite contemplar lo futuro con calma. Vos sabéis, Santísimo Padre, cuántas veces se ha querido destruir esta soberanía, y a fin de sustituirla han puesto a la vanguardia combinaciones que para nuestros espíritus demasiado olvidadizos del pasado, parecen las más nuevas, pero nada han conseguido. ¿Mas cómo admirarnos de esto cuando tienen contra sí al mismo tiempo

el derecho, la justicia, y si estas palabras parecen añejas, la conveniencia social, la necesidad política, y sobre todo, esa honradez cuyo solo nombre despierta ahora las conciencias y es para las almas cansadas un grito de reunión?

«Por lo que a nosotros toca, Santísimo Padre, instruidos en esta escuela, y siguiendo vuestro augusto ejemplo, procuraremos imitar en la medida de nuestras débiles fuerzas, esta serenidad de ánimo, esta energía de carácter que el mundo admira y que vos poneis en Dios. Mientras que tengamos un soplo de vida protestaremos, pues no queremos ser cómplices de las violentas usurpaciones, de las palinodias hipócritas, y de las cobardes defecciones. A nombre de la libertad de conciencia comprometida, a nombre de vuestros derechos íntimamente ligados a todos los derechos, a nombre de este porvenir que todos nosotros queremos asegurar y defender, a nombre del honor, en fin, nosotros afirmamos, que en las condiciones actuales del mundo, es necesario al Papa, jefe de la Iglesia católica, una independencia plena y entera; que esta independencia no se encuentra eficaz, mas que en la soberanía; que suprimir esta soberanía, minorarla, es sacrificar todas las garantías necesarias; que desde luego nosotros no podemos aprobar a los que cometen tales atentados, a los que los aconsejan ó los aplauden.

«Tales son, Santísimo Padre, los sentimientos de que felizmente soy intérprete a nombre de esta asamblea. Nuestros corazones son vuestros, vos lo sabéis, Santísimo Padre, nuestros corazones y nuestros brazos.

«Muchos tal vez tacharán a nuestros acentos de ser demasiado vivos; pero a lo ménos son sinceros. La moderación no es siempre la justicia, y muy a menudo impide que se ataque a la injusticia. Bendecidnos a todos, Santísimo Padre, y que descendiendo esta bendición sobre nosotros, se extienda a nuestros parientes, nuestros amigos, y todos aquellos que están unidos con nosotros en el respeto y amor de la verdad, de la cual, Santísimo Padre, vos sois el augusto é inquebrantable sosten.»

te al de la audiencia, que Su Santidad, respondiendo a las declamaciones del revolucionario italiano sobre la Italia, sobre la unidad de la Italia, le habia interrumpido con estas palabras: «La Italia para vosotros, es vuestra bolsa.»

Puesto que los vivos se callan, la Iglesia hace hablar á los muertos.

Se escribia de Roma el 12 de Febrero de 1867:

«Contamos un santo más, el bienaventurado Benito d'Urbino, de la orden de los Capuchinos. Pero ¿por qué tantos santos, tantos bienaventurados, dicen algunos? El mismo Pio IX se encarga de respondernos. En una visita reciente con que Su Santidad honraba al convento de Capuchinos, decia: «Acaba de llegar a mis manos un folleto con este título: «¿Por qué tantos santos? ¿Pero hemos tenido nunca mas necesidad de intercesores en el cielo, y de modelos de virtudes religiosas sobre la tierra?» El R. P. Eusebio, autor de la vida del nuevo Bienaventurado, resume con una energía notable este bello pensamiento del Santo Padre: «*E poiché tacciono i vivi, la Chiesa fa parlare i morti*; puesto que los vivos se callan, la Iglesia hace hablar a los muertos.»

«En efecto, proponer el ejemplo de hombres que han adquirido la verdadera fuerza, abrazando todo aquello que el mundo desprecia, es un inmenso servicio, mayor que los mas bellos discursos. Por su conducta, los santos conservan intacto el ideal de la virtud y mantienen en el mundo la tradición práctica, para sacudir a las almas de su entorpecimiento.

«Si el heroísmo de las virtudes del bienaventurado se ha desarrollado a la sombra del claustro, ¿no deben ser propuestas al hogar de la familia? ¿No es por esto por lo que dicen comunmente que ya no hay virtudes religiosas?»

«Este Bienaventurado, de la familia de los Pasioneri, contaba entre su parentela tres ilustres pontífices: Clemente XI, Alejandro VII y Clemente VII. La carrera de los honores le estaba abierta, y sin embargo practicó la humildad hasta el heroísmo. Estaba destinado a grandes riquezas, y se hizo capuchino para no poseer un óbolo.

«En su vida, como despues de su muerte, el cielo dió testimonio de su santidad, obrando prodigios por su intercesion. Los principales se encontraban detallados, el dia de su beatificacion, en la basílica Vaticana, que en estas ocasiones se reviste con nuevos esplendores para indicar que Dios se ha erigido un templo nuevo en la persona de un nuevo santo. Nunca hay mas claridad y luces para indicar los resplandores que inundan a los santos en la Jerusalem Celestial.

«Toda Roma ha venido a tributarle su homenaje; primero, en la mañana durante la lectura del Breve; el Te Deum y la misa solemne a dos orquestas; pero sobre todo, en la tarde a la llegada del Soberano Pontífice, la inmensa basílica estaba llena. Hé aquí como el verdadero pueblo romano se prepara a las revoluciones, de las que se le quiere suponer capaz.

El Papa contestó en frances con un discurso, del cual no recordamos exactamente todas las palabras, pero cuyo sentido general es el siguiente:

«Hace ya varios años que algunos buenos católicos se reúnen con motivo de las fiestas de Pascua, para expresar-me sus sentimientos; yo a mi vez les dirijo algunas palabras, y lo haré en este momento.

«Al veros reunidos de países tan diversos, me parece oír la voz del Profeta, que me dice: *Leva in circuitu oculos tuos, omnes isti congregati sunt.* Yo quiero deciros lo que esto significa para mí. Lo he estudiado un poco, y ved aquí lo que he aprendido, para dirigirnos, a fin de saber lo que es necesario esperar ó temer.

«Cuando San Pedro vino aquí no tenía mas recursos que las palabras de su Divino Maestro: Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia. Vino aquí a un país todo pagano, que segun la expresion de mi predecesor San Leon, estaba lleno de bestias feroces, de hombres entregados a las mas brutales pasiones. ¿Cómo pudo obrar San Pedro sobre este mundo? Porque el mundo estaba cansado de sus errores.

«El mundo es una cosa entregada hoy a multitud de errores y de discordias, y la palabra del Divino Maestro os ha dejado ver el centro de unidad, hácia el cual os habeis dirigido. Como en tiempo de San Pedro, las dificultades son grandes, y particularmente en esta época en que aquellos que tienen el cargo de dirigir las sociedades, comunmente no hacen mas que poner trabas al bien, y dejar la libertad al mal. Pienso esto con tristeza, pero tengo confianza en vosotros al veros tan ardientes en rechazar las doctrinas de la impiedad. De todas partes, de Francia, de Inglaterra, me parece que hay un retorno de las almas hácia el catolicismo, que se hace un movimiento hácia la unidad, y yo bendigo a Dios, porque veo, que como otras veces, el mundo está cansado de sus errores. Yo voy a bendeciros, a bendecir a vuestras familias, a bendecir a vuestras patrias, a

«fin de que esta bendicion apostólica os dé fuerza y valor hasta que os introduzca por la eternidad, cerca de Dios.»

Al terminar Pio IX, el semblante radiante de esta lumbrera apostólica que el mundo admira, ha invocado las bendiciones del Padré, del Hijo y del Espíritu Santo sobre los fieles presentes, sobre sus parientes y amigos.

La asamblea, no pudiendo dominar su entusiasmo, ha contestado a Su Santidad con los gritos frecuentemente repetidos de *viva Pio IX!* y cada uno ha sido admitido al beso del pié, y ha recibido de la boca misma de Su Santidad, algunas palabras de edificacion.

La correspondencia de Roma, trae en seguida de esta relacion, las reflexiones siguientes:

«Cada vez que se tiene la dicha de oír al Papa, sea en audiencias particulares, sea en reuniones numerosas, como de la que acabamos de hablar, el alma y la inteligencia, así como tambien el corazon, saçan algun fruto de sus discursos. Es que el fiel al prosternarse a los piés del Vicario de Jesucristo, no hace solamente un simple acto de homenaje y de fidelidad igual a aquel por el cual se honra a los soberanos de la tierra; ejecuta un acto piadoso que le vale con una recompensa de orden sobrenatural, una causa de edificacion. Sacerdote y Padre, el augusto gefe de la Iglesia, habla siempre a sus hijos con una unción apostólica; es siempre elocuente, porque cualquiera que sea el asunto que se verse, lo trata naturalmente de una manera elevada, y encuentra presto en el orden mismo de las ideas, en medio de las cuales vive su pensamiento, relaciones ú oposiciones tomadas en los Libros Santos.

«Así Pio IX ha citado al responder al discurso de los católicos un texto de Isaías. Cuando hemos abierto las profecías, en el capítulo 49 hemos leído los versículos que se refieren admirablemente al tiempo actual y a la situación misma de Su Santidad. Las palabras que siguen a la cita: «Levantad los ojos y mirad en torno vuestro: toda esta grande asamblea viene a rendirse a vos,» son estas: «Yo

«juro por mí mismo, dice el Señor, que todos estos serán como un vestido precioso del que seréis revestido y del cual seréis engalanado, como una esposa lo está con sus adornos.»

Después: «Vuestros desiertos, vuestras soledades y vuestra tierra, cubierta de ruinas, serán demasiado estrechas para la multitud de los que se vengan a establecer allí, y serán arrojados lejos de vos los que os devoraron. . . .—Hé aquí lo que dice el Señor Dios: Yo extenderé mi mano hacia las naciones, y enarbolaré ante los pueblos mi estandarte. A vuestros hijos los traerán en brazos, y en hombros llevarán a vuestras hijas.—Los reyes os alimentarán y las reinas serán vuestras nodrizas; os adorarán bajando el rostro hacia la tierra, y besarán el polvo de vuestros pies. Y sabréis que yo soy el Señor, y que todos los que esperan en mí no serán confundidos. . . .—Yo haré comer a vuestros enemigos su propia carne, y los embriagaré con su misma sangre, como con un vino nuevo; y todo mortal sabrá que yo soy el Señor que os salva, y que el fuerte Dios de Jacob es vuestro Redentor.»

La libertad de los cuadrúpedos.

Dios ha dado a Pio IX un espíritu de oportunidad tal y una firmeza tan llena de suavidad, que desconciertan á sus enemigos. Los fariseos modernos, diplomáticos ó sectarios, a pesar de su habilidad proverbial se han rendido siempre ante este carácter franco y sin doblez. Nosotros hemos dado de esto numerosos ejemplos en nuestros volúmenes precedentes. Hé aquí algunos nuevos que agradarán a nuestros lectores.

Después de la batalla de Sadowa, la Prusia tiene una jactancia sin igual. Las otras potencias pueden estar obligadas a observar los reglamentos y los usos; pero ella, potencia de

primer orden, no conoce leyes; lo que no impide que se cubra del ridículo, como se va a juzgar por el siguiente hecho acontecido en Marzo de 1867.

Se escribía de Roma en esa época:

«El incidente diplomático suscitado por M. d'Arnim, con motivo de la denegacion de un centinela suizo para que entrase a los patios del Vaticano con un carruaje de un caballo, ha sido terminado. Se asegura que el ministro de Prusia se ha encontrado muy avergonzado en su espera por la excentricidad de M. de Bismark, el cual ha tomado la cosa con una seriedad y una importancia tal, que le hubiera dado mucho en qué pensar si su agente en Roma pudiera tener razon, lo que no es así. El Papa, elevándose sobre todas estas miserias, ha concedido a los embajadores y ministros el que entren como les agrade al Vaticano.

Hasta aquí no se habia previsto en las reglas de etiqueta, mas que el caso en que los representantes de las potencias retribuidos de una manera espléndida quisiesen aparentar un lujo en relacion con sus enormes sueldos, reservándose al soberano las carrozas de cuatro ó seis caballos. Hoy los embajadores son mas modestos y se les deja en Roma el campo libre. Pueden, como dicen los romanos, en tono de chanza, entrar al Vaticano con la cabalgadura del rey de Ivetot.»

Se lee en una correspondencia de Roma, publicada por la *Gazette du Midi*:

«Os he enviado en mi última carta una relacion exacta de la diferencia que habia estallado entre el gabinete de Berlin y la Santa Sede, y no puedo mas que confirmar de la manera mas positiva y perentoria los detalles que os habia trasmitido. Quedará, pues, consignado en la historia, que el conde de Bismark ha ordenado al ministro de Prusia, cerca de la Santa Sede, que quite las armas de la legacion y se retire si no se le concede inmediatamente el entrar con

un caballo al patio del palacio de los Papas. Quedará igualmente consignado, que el embajador de Francia se ha hecho el intérprete de su colega de Prusia, y ha llevado al cardenal Antonelli el ultimatum de Mr. de Bismark. El secretario de Estado ha contestado a Mr. de Sartiges, que hacia valer el silencio que sus prescripciones comunicadas por escrito al cuerpo diplomático guardaban respecto de los carruajes de un caballo, que la corte de Roma no podia prevenir que los representantes de las grandes potencias, que se suponen bien pagados por sus gobiernos para llegar cerca de Su Santidad, con cuatro y seis caballos, quisiesen un dia presentarse a audiencia con un caballo y amenazarian pedir su pasaporte si el Papa no accedia a semejante pretension. La carta que el cardenal ha dirigido a Mr. de Arnim está aun más terminante. En ella le encarga haga saber a Mr. de Bismark, que Su Santidad, compadeciéndose de las angustias de la diplomacia, permitiria de hoy en adelante a los representantes de las grandes potencias, llegasen al Vaticano con un *cuadrúpedo* CUALQUIERA. Estas son sus palabras, y os lo garantizo de la manera mas positiva. Mr. d'Arnim ha quedado de tal manera confundido, que no ha querido enseñar la carta de Su Eminencia a sus colegas, y solo la ha comunicado al vencedor de Sadowa.

«*La Unitá Cattólica* ha escrito un artículo intitulado: *La libertad de los cuadrúpedos*, que Su Santidad, dice, acaba de conceder al conde de Sartiges y al baron d'Arnim. La agitacion de la diplomacia debia ser grande, puesto que el baron de Hubner se quedó en Sicilia para no ser envuelto a su pesar en la cuestion de los Cuadrúpedos, suscitada por el gabinete de Berlin, y no vino sino al dia siguiente de la solucion de la diferencia.»

La bolsa es la Italia de los unitarios.

Tomamos de la *Correspondencia de Roma*, perteneciente al mes de Mayo de 1867, las noticias siguientes de Roma é Italia:

«Todos conocen la inagotable bondad de Pio IX, su afabilidad, su fácil acogida. Los fieles que han venido a Roma en estos últimos tiempos, han podido verlo, oírlo, hablarle, ya en recepciones públicas, ya en audiencias particulares. No ha impedido que lleguen a él los revolucionarios mas conocidos, aun cuando sepa de antemano que estos hombres de mentira abusarian de su longanimidad, é intentarían, como ya ha sucedido, atribuirle un lenguaje que no ha tenido, ó interpretarlo en pro de sus designios. Pero siempre la sabiduría, la simplicidad de corazón, la elevacion de inteligencia acaban por triunfar de los cálculos y artimañas de los malvados.»

Se escribia de Roma al *Universo* las siguientes líneas el 8 de Mayo de 1867:

«Los diarios italianos que han recibido las confidencias de Mr. Celestino Bianchi, han dado sobre la audiencia que ha obtenido del Santo Padre, detalles muy erróneos, y ha sido preciso, por respeto a la autoridad del Soberano Pontífice, rechazar las versiones de la prensa revolucionaria. El *Giornale di Roma* lo ha hecho en dos frases muy cortas, que dan la medida del menosprecio que debemos tener por estos procedimientos *morales* de los políticos del reino. Por una condescendencia inaudita, el gefe de la Iglesia se digna recibirlos y hablarles, y ellos se retiran alterando las conversaciones, omitiendo lo dicho, agregando lo que no se ha dicho, mintiendo en fin, como siempre.»

Nuestro corresponsal nos ha referido con motivo de esta conversacion lo que puede ser conocido sin lastimar mucho a Mr. Celestino Bianchi. Agrega despues un detalle que no habia querido dar primero. Se aseguró el mismo dia siguien-



CAPITULO TERCERO.

LAS CARTAS DE PIO IX.

Las cartas tan múltiples y tiernas que el augusto Pio IX ha dirigido durante su laborioso pontificado a una multitud de personas pertenecientes a todas las clases de la sociedad, formarán un magnífico monumento que será la admiración de la posteridad.

A ejemplo del Apóstol, este muy amado Pontífice se hace todo para todos. Encuentra para los jóvenes un lenguaje que esté a su alcance, está a la altura de su sublime misión cuando se dirige a los príncipes de la tierra para recordarles su deber, y a los obispos para trazarles las reglas de conducta que deben seguir, a fin de ser los modelos del rebaño confiado a su solicitud pastoral.

No siéndonos posible publicarlas todas, nos contentaremos con reproducir algunas de ellas.

Esfuerzos de Pio IX por la conversion de Lamennais.

Pio IX nos ofrece un perfecto modelo del Divino Salvador, cuyo representante y vicario es entre nosotros. Este Santo Pontífice, lleno de mansedumbre y de caridad, no acaba nunca de romper la caña a medio quebrar, no apaga la mecha que aun humea. Su corazón paternal siempre está dispuesto a recibir con bondad a aquellos de sus hijos extraviados que quieren volver a Dios.

Pio IX, sentado apenas en la cátedra de San Pedro, se siente poseído de una inmensa compasión hacia el sacerdo-

dad para con Mr. Cousin, sino que inspirado del cariño mas paternal hácia él, le hemos dirigido el 23 de Junio del año pasado una carta llena de ternura. En ella le decimos, que en las obras que ha publicado, hemos encontrado muchas cosas que nos darian confianza sobre la pureza de su fe, pero que hay otras mucho ménos exactas sobre la enseñanza de la Iglesia.

«Le hemos prevenido con tanto celo como afecto, y para alejar todo motivo de escándalo, lo hemos comprometido, a que declare públicamente que acepta todos los dogmas enseñados por la Iglesia, y que rechaza todo lo condenado por ella. Tambien, cuando estaba enfermo, el 26 de Febrero de 1857, le hemos escrito una carta, *toda de nuestra mano*, en la que le exhortamos de nuevo, con tanta consideracion como solicitud, a que manifestase la docilidad y sumision de su espíritu a la autoridad de la Iglesia, y siguiese el ejemplo de nuestro querido hijo el sacerdote Antonio Gunther, que sin ninguna dilacion, y con la mas profunda humildad, se sujetó al juicio de la Santa Sede en estos términos: «Por lo que toca a mí y a las obras que he publicado, estoy vencido, como nos enseña el Apóstol, que toda inteligencia debe cautivarse a la voluntad de Cristo; por lo mismo, fiel a los deseos y promesas de Aquel que ha establecido como Soberano Pastor de la Iglesia, digo y declaro, que descanso plenamente en la autoridad de la Sede apostólica.»

Veis, pues, querido hermano, cuál ha sido nuestra longanimidad de padre y nuestra caridad para con Mr. Cousin. Esta paciencia, y esta caridad han hecho, que aunque se habia conocido que sus obras deban estar en el Indice, hemos diferido publicar el decreto que las condena. Animado siempre de este espíritu de condescendencia, consentimos en retardar todavía mas la publicacion de este decreto. Nosotros no dejaremos de ofrecer nuestros votos todos los dias al Padre de toda luz y misericordia, a fin de que ilumine con su gracia el espíritu y el corazon de Mr. Cousin, y se digne volverlo a colocar en el camino de la verdad, de la justicia y de

la salud. Pero vos sabeis muy bien, venerable hermano, que nos es imposible faltar a los deberes de nuestro ministerio apostólico, y no hacer todo aquello que pueda poner a salvo la salud del rebaño que Dios nos ha confiado.

«Con mucha satisfaccion hemos recibido los sentimientos de piedad, de amor y de respeto de que está lleno vuestro corazon hácia nosotros. Estad tambien seguro de la benevolencia que tiene para vos nuestro corazon paternal. Os damos de ello una prenda en la bendicion que os concedemos de lo íntimo del corazon y con amor, a vos, venerable hermano, a todo el clero y a todos los fieles de vuestra diócesis.

«Dado en Roma, en San Pedro, el 16 de Setiembre del año de 1858, 13.º de nuestro pontificado.

PIO IX, PAPA.

«¿Cómo pudo M. Cousin ocultar a Mr. Rendu las cartas que habia recibido de Roma? Si Monseñor hubiera tenido conocimiento de ellas, nunca hubiera dado cerca del Santo Padre un paso tan importuno.

«Por deferencia hácia el anciano obispo de Annecy, la dilacion que pedia fué concedida; pero se ve por la carta del Papa, que cuando la Iglesia se decide a dar un gran golpe, se han tomado de antemano todas las precauciones para prevenirlo. Hé aquí que se han pasado nueve años, y M. Cousin no se ha sometido aún. Tal vez si Mr. Rendu hubiese continuado con él, las conversaciones de Evian, el excelente obispo cuyo espíritu era tan elevado, como bueno su corazon, hubiera podido conducir al filósofo al regazo de la Iglesia. Esperamos que las oraciones del piadoso obispo, unidas a las de Pio IX, le obtendrán la gracia de no morir sin haber hecho su paz con la Iglesia.»

¡Ay! este deseo no se realizó. Dios, despues de haber esperado al célebre filósofo durante tres cuartos de siglo, lo ha citado a su juicio en el momento en que ménos lo esperaba. Se sabe que M. Cousin ha muerto en Cannes, herido por un ataque de apoplejia fulminante mientras que se desayunaba

con varios de sus amigos. Ha muerto sin haber podido recobrar sus sentidos y retractar los errores que habia sembrado en las nuevas ediciones de sus obras.*

Carta admirable de Pio IX á Mr. el obispo de Nimes.

El elocuente y esforzado obispo de Nimes, que no ha dejado pasar una sola ocasion sin combatir con su lógica irresistible y su entusiasmo eminentemente frances a los enemigos de la Iglesia, acaba de recibir del Soberano Pontífice una carta admirable. Nosótro no recordamos haber leído otra tan fogosa y que contenga tantos elogios.

La ponemos a la vista de nuestros lectores. En ella se repite con frecuencia que es menester defender los derechos de la Santa Sede con mas calma y moderacion, y se verá lo que el augusto Pio IX, tan competente en esta cuestion, ha escrito con este motivo a Mr. Plantier.

La comunicacion siguiente ha sido dirigida al clero de la diócesis de Nimes:

* M. Cousin acaba de morir súbitamente en Cannes. Los detalles dados sobre sus últimos momentos por el médico que lo asistió, no permiten creer que haya recobrado su conocimiento desde el momento en que fué atacado. Lo que se habia trabajado en el espíritu de M. Cousin, el carácter de sus últimas obras, sus relaciones mas frecuentes y tal vez las mas caras, permitian esperar que sus últimos momentos serian consolados por los auxilios de la religion. Dios no lo permitió. El golpe súbito que ha herido a M. Cousin deja sobre sus últimos pensamientos una duda que aclararán tal vez las declaraciones ó los escritos que no han visto aún la luz. La religion no tiene necesidad de extender y asegurar su imperio de adhesion y homenajes de los grandes ingenios que han ejercido sobre la opinion una influencia poderosa; pero ¡cuán consolador seria saber que han podido, a lo ménos en este momento supremo, buscar en ella consuelos a los cuales nada puede suplir, y pedirle esas esperanzas que solo ella puede dar!

(*Semaine d'Alby.*)

« Mr. el obispo habia tenido el honor de depositar a los piés del Soberano Pontífice un ejemplar de su *Carta pastoral sobre los peligros actuales de la Santa Sede y la crisis de trasformacion social que atraviesa el mundo.*

« Su Santidad Pio IX, en respuesta a este filial homenaje, se ha dignado dirigir a nuestro primer pastor una carta de agradecimiento y de felicitacion. Todos los sacerdotes de las diócesis serán dichosos con leer y conservar en los archivos de sus parroquias estas páginas solemnes, donde la autoridad suprema del Papa-Rey, para tributar el elogio y manifestar su gratitud, ha querido emplear el lenguaje de la mas paternal afeccion.»

Sigue el texto de la carta del Soberano Pontífice, acompañada de una traduccion que nosotros reproducimos:

PIO IX, PAPA.

Venerable hermano, salud y bendicion apostólica.

La carta pastoral que habeis hecho imprimir el 7 de Octubre último, para dirigirla al clero de vuestra diócesis, Nos ha causado el mas sensible placer. Cuando la recibimos, hace pocos dias, la leímos con un inefable consuelo, y la hemos admirado por muchos títulos.

En esta Carta, en efecto, Venerable Hermano, vuestra religion tan ilustrada, vuestra adhesion tan tierna, vuestro celo tan ardiente por los intereses católicos, os han *arrancado quejas elocuentes* sobre los peligros más y más graves, con que una revolucion tan impía como funesta, amenaza cada día a Nuestra Persona y a esta Sede apostólica.

Al mismo tiempo, y con sobrada razon, deplorais los irreparables daños que esta misma Revolucion no cesa de causar a la sociedad civil por las turbaciones y desórdenes continuos.

En un magnífico lenguaje, impregnado de una libertad y energia verdaderamente episcopales, vos mostrais cómo los propagadores temerarios del espíritu revolucionario, levantan en todos los países su frente cada vez más y más inso-

lente,—declarando a la Iglesia católica, a Nosotros, y a Nuestra Cátedra, la guerra mas irreconciliable y la mas sacrilega,—empleando todos los medios para destruir y usurpar con provecho suyo Nuestra soberanía temporal, así como la autoridad de la Sede apostólica, esforzándose, en fin, en aniquilar la idea misma de la verdad, de la virtud, de la justicia, y por una confusión voluntaria de los derechos de Dios y de los derechos del hombre, intentan hasta borrar la noción de estos derechos sagrados.

Vos señalais con un sabio discernimiento, venerable hermano, denunciáis con un legítimo dolor estas mentiras incontables y pérfidas, estas maquinaciones criminales, estos excesos horribos de impiedad sistemática, estas doctrinas en fin, peligrosas, abominables, que los revolucionarios esparcen por doquier, con el fin declarado de corromper las inteligencias y los corazones, de apartarlas de las santas prácticas de nuestra religion, para precipitarlas despues y hacerlas perecer miserablemente en el abismo de la incredulidad, de la indiferencia y de un odioso ateísmo.

Vos no habeis descuidado, venerable hermano, recordar el imperio que ejercen ahora, las injusticias y crímenes que hacen cometer una ambición sin límites y una concupiscencia, de la que San Pablo ha dicho «que es la raíz de todos los males.»

¿Podríamos, pues, nosotros no felicitaros por haber escrito una *Carta pastoral tan digna de un obispo católico*, cuando por otra parte sabemos que estais resuelto a sostener intrépidamente, sin cansaros nunca, la causa de Dios, de su Iglesia, de esta Cátedra, la causa de la verdad y de la justicia?

Nuestro gozo ha sido grande también, al ver por esta carta el empeño que habeis tenido en excitar a vuestros diocesanos a que rueguen a Dios sin descanso para obtener de Él el triunfo próximo de su santa Iglesia. Este es el deber de todos; todos deben suplicar al Padre clementísimo de las misericordias, «que se levante, en fin, a juzgar su causa, a en-

cadenar los vientos y la mar, a dar a su pueblo la paz,” y a hacer abandonar a los enemigos de esta Cátedra, las vías de su impiedad, para volverlos a los senderos de la justicia y de la salud.

Creed, venerable hermano, *en la especial benevolencia de Nuestro afecto hacia vos*, y tened de ello una prenda segura en la bendición apostólica que os damos, del fondo mas íntimo de nuestro corazón, para bendeciros a vos, y con vos al rebaño confiado a vuestra solicitud.

En Roma, cerca de San Pedro, el 19 de Noviembre de 1866, el 21 de Nuestro Pontificado.

PIO IX, PAPA.

(De su propia mano.)

Cuánto ama Pio IX al obispo de Nimes.

Se escribía de Roma a *L'Union*, el 6 de Junio de 1867, estas líneas muy honrosas para Mr. Plantier:

«El miércoles pasado, el Santo Padre estaba en la Villa Borghesa, donde la multitud le rodeaba y seguía respetuosamente en su paseo. Hubo un incidente muy notado. Mr. el obispo de Nimes, llegó el mismo día a Roma, y pasando por los alrededores, se apresuró a ir al lugar donde se encontraba el Papa, para mezclarse con las personas que le seguían. Uno de los prelados que acompañaban al Santo Padre, le hizo advertir la presencia de Mr. Plantier, é inmediatamente se dirigió hacia él, le dió a besar su mano, y lo recibió de la manera mas afectuosa; despues, haciéndolo colocar a su lado, y adelantándose a su acompañamiento, entró a la ciudad enteramente solo con el prelado francés, recorrió a pié con él toda la plaza del pueblo, una gran parte del Corso, y no lo abandonó mas que para subir a la carroza en la plaza de San Carlos. Este favor particular que

te infortunado, que despues de haber sido un célebre apolo-
gista como Tertuliano, habia dado en los errores mas deplora-
bles, a ejemplo del duro africano.

El padre Ventura escribia el 10 de Agosto a F. Lamennais,
su antiguo amigo, estas líneas que siempre serán una prue-
ba sensible de la bondad y condescendencia del augusto
Pio IX, y un terrible testimonio del endurecimiento del des-
graciado que tuvo el triste valor de resistir a tales agasajos:

«Tengo que haceros una embajada: es de parte del Angel
que el cielo nos ha enviado, de Pio IX, a quien he visto esta
mañana. Me encarga deciros que os bendice y os espera
para abrazaros. Es el buen pastor que busca a su oveja, es
el padre que va en pos de su hijo. Así yo no desespero ve-
ros volver a la antigua bandera para combatir reunidos,
como lo hemos hecho ya, por la gloria de la religion y la
felicidad de la pobre humanidad. Con la esperanza de no ser
desairado, soy como siempre, vuestro afectisimo amigo y
hermano.—«VENTURA.»

Lamennais respondió el 8 de Noviembre:

«Como despues de las pruebas tan numerosas que me ha-
beis dado, mi querido amigo, no he dudado un solo instante
de vuestros sentimientos hácia mí, tampoco podeis dudar de
los que os he manifestado hace tanto tiempo y que no se ex-
tinguirán sino conmigo. Pero, unidos siempre por el cora-
zon, hemos dejado de estarlo completamente por las convic-
ciones del espíritu»

«Ruego con todo mi corazon a Aquel que dispone soberana-
mente de las cosas humanas, que bendiga los designios
que inspirará al mismo Pontifice venerable, cuyos esfuerzos
en este momento encarecen los pueblos por sus aclamaciones
unánimes. La mision que la Providencia ha confiado a su
celo es inmensa. No se quedará atras, marchará con firmeza
hasta el fin en la senda gloriosa abierta ante él. Pio IX.

«Os suplico pongais a sus piés mis votos y respetos.»

*Bondad de Pio IX para con M. Cousin.**

«En 1858, Mr. Rendu estaba en Evian con Mr. Rivet,
obispo de Dijon, y M. Sauzet. El mismo año llegó M. Cousin.
Estrechas relaciones se entablaron entre los dos prelados y el
filósofo. Mr. Rendu, demasiado fácil para creer de buena fe
a los demas, creyó notar que M. Cousin se unia a la Iglesia.
Viejo y gastado por la desgracia, más que por los años, M.
Cousin estaba consternado porque su filosofia habia muerto
ántes que él.

«Padre del eclecticismo frances, tenia la pretension de con-
ducir al espiritualismo las ideas de un siglo que veía con es-
panto precipitarse al materialismo y al deleite. Aun no era
viejo M. Cousin cuando todos sus discípulos lo habian aban-
donado, y decia: «Solo la Iglesia permanece siempre.»

«En este momento, los diarios anuncian que la Santa Sede
va a poner en el Indice las obras del filósofo. De temor que
esta condenacion, a la cual son sensibles aun aquellos que
fingen no creerla, no retardase la conversion de M. Cousin,
Monseñor se atrevió a escribir a Roma para que la publica-
cion del decreto del Indice fuese diferida. Ved aquí en efecto
la carta que dirigió a Su Santidad:

«Annecy, 1.º de Setiembre de 1858.

«SANTÍSIMO PADRE:

«Si no estuviese detenido por las enfermedades que vienen
a consecuencia de la edad, no seria una carta la que iria a so-
licitar las miradas de Vuestra Santidad; el obispo de Annecy
seria feliz en ir personalmente a pedir el favor de besar los
piés venerados del Gefe de la Iglesia. Aquel que ha tenido
una vez la dicha de ver a Vuestra Santidad, desea verlo aún;

* Estas páginas están tomadas de una vida muy interesante,
aunque demasiado corta, de Mr. Rendu, obispo de Annecy, publi-
cada recientemente por M. el abad Guillermin, su limosnero.

en cuanto a mí, Santísimo Padre, no pido a Dios otra cosa que este favor ántes de morir.»

«SANTÍSIMO PADRE:

«Se me asegura que personas bien intencionadas manifiestan el deseo de ver poner en el Índice las obras de M. Cousin, antiguo ministro de Luis Felipe, y profesor de filosofía. Si me fuera permitido expresar mi opinión sobre la oportunidad de esta medida, yo suplicaría se prolongase la longanimidad de que la Santa Sede ha usado hasta hoy. He visto a Mr. Cousin en las aguas de Evian, en mi diócesis; le he visitado con frecuencia, y he encontrado en él un hombre disgustado de las incertidumbres de la filosofía, y que marcha a pasos agigantados hácia la infalibilidad de la Iglesia, de la que no habla sino con un gran respeto, y a la cual mira como el camino mas seguro para llegar a la verdad. Experimenta además una decepción que le es muy útil. Mr. Cousin habia pasado su vida en fundar un sistema de filosofía ecléctica; creía haber establecido para siempre la filosofía espiritualista en Francia, y hé aquí, que aun viviendo, ve establecer entre sus propios discípulos una escuela que parte del ateísmo, para llegar al conocimiento de las cosas. A un profesor de filosofía de Turin, Mr. Ferri, que le hacia una visita, le dijo hace algunos dias: «Escuchad, yo soy un viejo veterano en esta parte; creedme, sed siempre cristiano en vuestra enseñanza, y sobre todo, no os desavengais con la Iglesia.»

«Yo pienso, pues, Santísimo Padre, que seria bueno aprovechar esta alta inteligencia, para que se abra a la fe. No ha sido condenado cuando estaba poderoso en palabra y acción; ahora es ménos peligroso; no hay por lo tanto, mas que ganarlo y esperar. Él es al mismo tiempo una arma contra esa escuela del ateísmo, que se extiende y seduce a tantas gentes de gran capacidad, como los Taine, los Renan, los Reynaud, etc.

«Habiendo llenado mi objeto, no me queda más, Santi-

simo Padre, que postrarme a vuestras plantas, besar vuestros piés, y pedir para mí y para toda mi diócesis, vuestra santa bendicion.

«Me atrevo a decir con un profundo respeto,

«De Vuestra Santidad, el mas humilde y obediente servidor,

«† LUIS, OBISPO DE ANNECY.»

«La condenacion iba a aparecer, cuando la Santa Sede creyó podia acceder a los deseos del Obispo de Annecy. Monseñor recibió por la nunciatura de Paris una respuesta del Soberano Pontífice, que nos enseña con qué miramientos trata Roma a las personas, aunque condene sus doctrinas.

«A nuestro Venerable Hermano Luis, Obispo de Annecy.

«PIO, PAPA IX.

«Venerable hermano, salud y bendicion.

«Con felicidad hemos recibido de vos, venerable hermano, el 1.º de este mes, una carta en la que nos participais que últimamente habeis visto a nuestro querido hijo Victor Cousin, en los baños de Evian, en vuestra diócesis, y que él mismo reconoce el error de su vana y engañosa filosofía. Nos decís que está ahora dispuesto a reconocer la autoridad infalible de la Iglesia como la vía mas segura para encontrar la verdad, y asimismo, que Mr. Cousin, hace pocos dias, ha declarado a un ilustre filósofo de Turin, que habia ido a verlo, que al enseñar la filosofía, lo hiciese como cristiano, y que nunca pretendiese atacar a la Iglesia. Al afirmar todo esto, nos manifestais vuestros deseos de que se retarde la publicacion del decreto que condena las obras publicadas por Mr. Cousin, y esperais que él volverá a la fe católica.

«Nosotros no queremos que ignoréis, venerable hermano, que no solamente hemos usado de una gran longanimi-

habrá sido para Mr. de Nimes una doble recompensa de su valor y celo infatigable para luchar contra los enemigos de la Iglesia y de la sociedad, ha llamado fuertemente la atención y ha sido el objeto de multitud de comentarios de parte de la multitud que seguía al Soberano Pontífice, hasta que se supo que el simple sacerdote de sotana negra, que caminaba con Pio IX en conversación íntima, era el ilustre obispo de Nimes. Sin embargo se ha notado (lo que es muy lisonjero para la Francia), que el Papa, solo en favor de los obispos franceses hace semejante excepción de la etiqueta.

«Aquel día la salud del Santo Padre parecía perfecta, y su paso era firme y ligero, de tal suerte que Mr. Plantier tenía trabajo para seguirlo.»

Breve de Pio IX al hermano de Mr. Pavy.

Pio IX posee en un grado superior el secreto de una atención delicada, y pocos hombres tienen el mismo grado de gratitud. Aprovecha todas las ocasiones favorables para decir alguna cosa grata a la memoria de aquellos que han servido generosamente a la santa Iglesia.

Su Santidad Pio IX se ha dignado dirigir al abad L.—C. Pavy, antiguo vicario general, un breve de una efusión paternal, admirable, para consolar a él y a toda la diócesis de Argel, por la pérdida inmensa que han tenido en la persona de su ilustre y muy querido prelado Mr. Pavy. Hé aquí la traducción:

«PIO IX PAPA.

«Querido hijo, salud y bendición apostólica.

«Con justa razón llorais la muerte de vuestro ilustre hermano, no solamente como pariente, sino aun como unido a esa diócesis que ha gobernado tan gloriosamente. Nosotros

también lloramos con vos la pérdida de este apóstol que ha llenado siempre tan infatigablemente las funciones de su cargo pastoral. Pero su gloria, que parece deber aumentar el dolor de Nuestro pesar, es precisamente la fuente donde Nosotros creemos poder hallar nuestro consuelo.

«La tierna adhesión que ha mostrado siempre a Nuestra persona; su firmeza para defender los derechos de la Iglesia y de esta Santa Sede; sus cuidados asiduos en reunir y formar para su diócesis los obreros más numerosos y los más hábiles; su vigilante solicitud en visitar el rebaño confiado a su cuidado, a pesar de las distancias de los lugares, a fin de proveer a las necesidades de todos; su habilidad para encontrar en las congregaciones religiosas, auxiliares para formar a los pueblos en la piedad; su celo para desarrollar todas las obras de la caridad cristiana, caridad de la cual se mostró el más perfecto modelo, sobre todo, cuando el cólera invadió a su pueblo; en fin, su trabajo incesante en dedicarse todo entero a su rebaño: todas estas grandes cualidades, nos hacen ver en él claramente, al servidor fiel que ha debido encontrar gracia delante del Señor.

«Al mostrarnos así la suerte del difunto más digno de envidia que de lágrimas, nos invitan al mismo tiempo a pensar, que lejos de estar privados de los frutos de su amor y de su celo, recibiremos aún una parte mayor. ¿Cómo podría suceder, en efecto, que en la mansión de la caridad perfecta, no empleara constantemente por nosotros, todo el valimiento que tiene delante de Dios? ¿Que estos pensamientos sean, pues, nuestro consuelo! Tributémosle, sin embargo, todos los deberes de la caridad, a fin de que, si ha contraído alguna mancha en su peregrinación terrestre, sea purificado y obtenga más pronto la recompensa debida a sus trabajos.

«Por ahora, Nosotros pedimos ardientemente al Dios de toda consolación, para vos y para toda la diócesis de Argel, una dulzura en vuestras penas, y el auxilio de lo alto. Como prenda de nuestra benevolencia paternal, Os concedo»

Se leerá con interés la pieza siguiente extraída del excelente *Mensajero del Sagrado Corazon, y del Apostolado de la Oracion*:

« Uno de los mas preciosos resultados de la obra del Óbolo de San Pedro, es la adhesión filial que inspira a los jóvenes por la persona augusta del Vicario de Jesucristo. La carta siguiente, que nos ha sido dirigida recientemente por un profesor del pequeño seminario, nos ofrece un rasgo tierno de esta adhesión y de la bondad del Santo Padre.

Al principio del mes de Diciembre, viendo a mis discípulos llenos de solicitud por las desgracias de la Santa Sede, y deseando por otra parte atraer sobre ellos bendiciones todas especiales, les propuse envíen a nuestro Santo Padre el Papa, una protesta de adhesión y respeto filial, con una ofrenda formada de los ahorros que pudieran economizar. Esta idea fué recibida con gusto por todos, y bien pronto cada uno puso manos a la obra para hacer un proyecto de discurso, y para traducir un pasaje de San Juan Crisóstomo, en el que todas las palabras convenían admirablemente a la situación aflictiva del Jefe supremo de la santa Iglesia. ¡Qué emoción para estos niños cuando pusieron su firma al fin de esta carta, que iba a partir a Roma! ¡Con qué gozo no uniría cada uno su óbolo, que pudo elevarse, ayudando un poco el profesor, a la modesta cifra de cien francos. La clase no contaba, por otra parte, mas que con veinte discípulos. En cuanto a la carta, ved aquí su contenido:

SANTISIMO PADRE:

« En el momento en que se levanta tristemente sobre nuestras cabezas el primer sol de este mes fatal, en el que la impiedad, locamente triunfante se apresta a celebrar los funerales de la dominación sagrada de los pontífices sobre los Estados de la Iglesia, nuestras tiernas conciencias experimentan un dolor profundo a vista de las angustias indecibles de que os juzgamos oprimido. Nuestra aflicción es tanto más grande, cuanto que en medio de un siglo perverso, cuyo fin

manifiesto es aniquilar, si posible fuera, con el poder temporal del Vicario de Jesucristo, el Reino de Nuestro Señor Jesucristo mismo sobre las almas, la fe de los pueblos está en peligro: y nosotros mismos, vista la debilidad de nuestra edad y la hipocresía de los enemigos de la Santa Iglesia, estamos expuestos, si no nos ponemos en guardia, a ver borrarse en el santuario de nuestras almas el don tan precioso de la fe y de la práctica cristiana. A fin de alejar de nosotros esta horrorosa desgracia, y confiando en la palabra del Divino Maestro, que ha dicho: « Dad, y os será dado, » venimos a depositar humildemente a los pies de Vuestra Santidad una ofrenda bien modesta, fruto de nuestros pequeños ahorros; pero sobre todo, a abrigar nuestros tiernos corazones bajo la bendición del Padre muy querido de todos los cristianos, del sucesor de Aquel a quien Nuestro Dios y Salvador Jesucristo dijo: « Apacienta mis ovejas, apacienta mis corderos. »

« Hemos traducido en clase estos últimos días, Santísimo Padre, una carta de San Juan Crisóstomo a los obispos perseguidos. Ella parece escrita expresamente para la situación tan gloriosa como aflictiva a que se ve reducida. Vuestra persona sagrada. Permitidnos tomar a este gran Doctor sus propias expresiones. Ellas os dirán mucho mejor de lo que nosotros podríamos hacerlo, la admiración, el respeto, la ternura filial de que nos sentimos penetrados por Vuestra Virtud oprimida con las amargas pruebas.

« Dichoso sois vos, dice este santo Doctor, dichoso y mil veces dichoso, por haber conquistado con vuestro afecto al universo entero, y llenado de amor hacia vos los pueblos mas remotos. En todas partes, en las islas como en el continente, se celebra vuestra virtud, vuestra energía, vuestras resoluciones inmutables, vuestra heroica libertad. Nada de lo que espanta a los hombres ha podido alteraros: ni vuestros enemigos estremeciéndose de rabia y dirigiendo contra vos lazos sin número, ni tantas calumnias y acusaciones impudentes, ni aun la muerte, mostrándose cada día inmi-

nente a vuestra vista. Vuestro consuelo lo habeis encontrado en la justicia de vuestra causa. Así todos os decretan en alta voz la corona; todos, no solamente aquellos que os aman, sino aun vuestros enemigos, los autores mismos de vuestros males, publican vuestras alabanzas; y si pudiésemos sondear el fondo de su conciencia, encontraríamos en ella una profunda admiracion por vos.

«En efecto, es propio de la virtud forzar la admiracion aun de aquellos que la atacan, mientras que el vicio encuentra su condenacion en el corazon mismo de los que lo cometen. Y si tal es aquí abajo vuestra recompensa, ¿qué lenguaje podrá describir lo que os está reservado en el cielo? Vuestro nombre está inscrito en el libro de la vida; habeis tomado lugar en el rango de los santos mártires.

«Es cierto que no habeis recibido el golpe mortal; pero han sido mucho mas crueles vuestras pruebas. La muerte no pide sino un instante de valor: ¿qué es esta en comparacion de tantos años en que se os ha visto oprimido con el dolor, el temor, las amenazas, el lenguaje impudente de los hipócritas, las injurias, los ultrajes, y los sarcasmos de la impiedad? ¡Pero tambien qué consuelo para vos al considerar cuántas almas habeis conquistado al Señor con vuestros sufrimientos; cuántos espíritus vacilantes habeis afirmado; cuántos corazones cristianos habeis hecho estremecer, no solamente con el espectáculo, sino aun con el simple relato de lo que habeis padecido!

«Nosotros esperamos con confianza el pronto fin de la prueba y la hora de la libertad.

«¡Ojalá podamos, Santísimo Padre, apresurar esta hora tan deseada, por el fervor de nuestras oraciones y la piedad de nuestra vida!

«En cuanto a nosotros, a pesar de la distancia de los lugares, os hemos tenido siempre presente en nuestro espíritu. Y ahora, nos postramos a vuestros sagrados piés, suplicándoos que Vuestra mano paternal bendiga a estos niños cristianos, dichosos con poder expresar hoy a Vuestra Santidad

algunos de los sentimientos de que Nuestro Señor los ha animado hácia ella.

«De Vuestra Santidad,

«Los humildes y respetuosos hijos.»

«La carta fué enviada a Mr. el Nuncio que se quiso encargar de hacerla llegar a Su Santidad. ¡Cuán dichoso hubiera sido con acompañar en su viaje, a esta carta afortunada! Ella fué desde entónces el asunto de las conversaciones de cada día, y aun de los sueños de la noche. La imaginacion se deleitaba representándose al Soberano Pontífice echando una mirada paternal sobre estas líneas, y bendiciendo a aquellos que las habian firmado. Se abrigaba, aunque tímidamente, la esperanza de una respuesta firmada de mano del mismo Soberano Pontífice. Mientras más se hacia esperar la respuesta, más se aumentaba esta esperanza: no ha sido engañada. El 14 de Enero, mientras estaban los alumnos, como de costumbre, reunidos en clase y ocupados en la explicacion de sus autores; llegó una carta dirigida al profesor que tenia el sello de la nunciatura. Los corazones palpitaban ya con un sentimiento religioso, que no se puede definir. Pero ¡qué trasportes no han estallado, cuando bajo esta primera cubierta se descubrió la carta del Soberano Pontífice sellada con su sello, y con esta inscripcion: *Dilectis Filiis N. Professori et alumnis!* Eran lágrimas de gozo, estremecimientos de alegría indecible. Se hacia pasar de mano en mano el Breve venerado; se besaba con amor el sello pontificio. Despues se pusieron de rodillas para dar gracias al cielo, y tambien para invocar al Espíritu Santo ántes de la santa lectura. Entónces el profesor, con una voz conmovida, leyó en medio del mas profundo recogimiento el texto latino del Breve, cuya traduccion hecha en la clase es la siguiente:

«PIO IX, PAPA.

«Queridos hijos, salud y bendicion apostólica.

«Con buen derecho deplorais la impiedad y los estragos

de la guerra suscitada por el infierno contra la Iglesia y su pastor supremo; y teneis razon en temer los lazos y peligros a los que están expuestos los fieles por todas partes. Pero lo que Nos consuela, y lo que debe tambien reanimar vuestro valor, es esta devocion y este amor hácia la Iglesia y a esta Cátedra de Pedro de donde nacen el dolor y los temores que experimentais. En efecto, si teneis cuidado de conservar estos sentimientos de religion y de piedad, si permanecéis inviolablemente unidos a este centro de la unidad católica, ningun artificio os seducirá, ningun poder enemigo quebrantará vuestras resoluciones, porque la luz de la verdad brillará siempre para vosotros, y el socorro del Altísimo no podrá faltar a vuestra buena voluntad. Esta disposicion de vuestras almas Nos hace más agradable la expresion de vuestro cariño y más preciosa la ofrenda que habeis formado de la reunion de vuestras pequeñas economías. Y puesto que un óbolo así acumulado y generosamente ofrecido por la causa de Dios, no podrá ser privado de su justa recompensa, Nos tenemos confianza que os obtendrá esta gracia celestial de que teneis necesidad. De todo corazon os la deseamos abundantísima; y como presagio de esta gracia y prenda de Nuestra benevolencia paternal os concedemos afectuosísimamente la bendicion apostólica.

«Dado en Roma, cerca de San Pedro, el 2 de Enero del año de 1867, el XXI.º de nuestro pontificado.

PIO IX, PAPA.»

«Despues de la primera lectura, el Breve ha sido dictado a toda la clase, y cada uno creyó de su deber hacer la traduccion lo mejor posible y confiar al papel las impresiones que habia experimentado en este momento para siempre memorable: en fin, quisieron aprender de memoria estas palabras tan graves, tan tiernas, tan paternales, y podemos creer con fundamento que sacarán frutos abundantes. Sí, el Señor se digne grabar para siempre en los corazones de estos niños muy amados, las palabras del grande y santo

Pontifice, que en medio de las más amargas pruebas y de la sollicitud de la Iglesia universal, no se ha desdeñado descender hasta ellos, a imitacion del Padre celestial, cuya adorable providencia, para velar sobre los grandes intereses del mundo, no se ocupa ménos de las cosas más pequeñas y tiene el cuidado más delicado y minucioso.

«Añadiré para terminar, mi Reverendo Padre, que mis discípulos han guardado sobre todo esto, fuera de la clase, un profundo silencio que para niños de esta edad tiene algo de heróico.»

mos a todos, con un vivo amor nuestra bendición apostólica.

«Dado en Roma, cerca de San Pedro, el 5 de Enero de 1867. De nuestro pontificado el XXI.

PIO IX, PAPA.”

Deberes de los obispos, trazados por Pio IX.

Mr. Hacquart, obispo de Verdun, en la carta pastoral que acaba de dirigir a los fieles de su diócesis, con motivo de su toma de posesion, hace conocer en sustancia, las palabras que Pio IX le ha dirigido el 21 de Febrero de 1867. Mr. el obispo de Verdun, se expresa en estos términos:

«Una palabra mas alta y mas autorizada que la nuestra, va a manifestaros, nuestros queridos Hermanos, el fin y el carácter de la mision que vamos a llenar en medio de vosotros. Por el interés que le inspira la salvacion de vuestras almas, por su benevolencia hácia nosotros, el Soberano Pontífice, nuestro muy amado Padre en Jesucristo, aquel que lleva con tanta nobleza, mansedumbre y valor, el cargo de Pastor de los pastores, Su Santidad Pio IX, se ha dignado quitar algunas horas a su vida tan fructuosamente ocupada, para dirigirnos él mismo, con fecha de 21 de Febrero último, las palabras que os vamos sumariamente á transcribir, pero en las que guardaremos con escrupulosa fidelidad, el pensamiento que las ha inspirado:”

«En respuesta a vuestra carta de 17 de Enero del presente año, en la que atestiguais vuestra veneracion hácia Nuestra persona y vuestra sana inteligencia de los derechos imprescriptibles del Espíritu Santo sobre el nombramiento de los obispos, os anunciamos, querido Hijo, que seréis promovido a la Sede-vacante de Verdun en un consistorio próximo: porque Nosotros tenemos la consoladora esperanza que la dignidad episcopal manifestará y aumentará cada dia

vuestra fidelidad, vuestra veneracion, vuestro amor, vuestra sumision a la Santa Sede, como es el deber de todo obispo católico.

«La responsabilidad episcopal, que os parece grave en todo tiempo, se muestra para vos mas formidable, cuando la religion es, como en nuestros dias, el blanco de los ataques ardientes de la impiedad.

«Tambien Nuestro cargo apostólico nos prescribe el deber de exhortaros a que reclameis los auxilios de Dios, a fin de que los intereses de su gloria y el celo por la salud de las almas sean el objeto exclusivo de vuestros esfuerzos.

«Procurad, pues, de corazon ante todo, guardar intacto el depósito de la fe, y defender con energía la causa de la Iglesia católica, la pureza de su doctrina, sus derechos y su libertad.

«Despues aplicaos sin descanso en inspirar a los eclesiásticos el sentimiento de su dignidad, a fin de que, por la santidad de su vida, la sinceridad y solidez de sus virtudes, sean la edificacion y la luz de los fieles; que sean verdaderamente hombres de oracion. La Santa Escritura, los Padres de la Iglesia, los autores mas acreditados en la enseñanza del dogma y de la moral, constantemente meditados, les harán tomar la doctrina de las fuentes mas puras, y los pondrán en estado de dar la explicacion de la ley cristiana a aquellos que la pidan, de refutar victoriosamente a los que la ataquen, de proveer a la salud de las almas, y de llenar con inteligencia y santidad todas las funciones de su ministerio.

«Para preparar a la Iglesia tales sacerdotes, es necesario dar a la educacion clerical una atencion soberana. Tened, pues, cuidado de no confiar la educacion de los jóvenes clérigos, sino a hombres eminentes por la piedad y por la doctrina, a fin de que inspirando a sus discípulos el verdadero espíritu eclesiástico, el amor al estudio y a las santas letras, sepan tambien prevenirlos contra todos los errores de nuestro tiempo. Este es el único medio de que tengais un dia

auxiliares capaces de cultivar bien el campo de las almas, y de combatir victoriosamente el vicio y la mentira.

«A los cuidados que reclama la juventud levítica, no olvideis unir los cuidados, no ménos serios que reclama la educacion religiosa de los jóvenes y de las jóvenes de vuestra diócesis. A estas tiernas almas que la inexperiencia expone a tantas caídas, vos debéis asegurarles el beneficio de una educacion verdaderamente cristiana, instruir las sólidamente en las verdades de la fé, formarlas en la piedad, en la modestia y en todas las virtudes que hacen la fuerza, el honor, la prosperidad de la religion y de la sociedad.

«Es necesario que todos los fieles de vuestra diócesis estén bastante instruidos por la predicacion, bastante purificados y fortificados por el uso de los sacramentos, para que la luz de la fé crezca en medio de ellos, el bien triunfe allí y el mal sea vencido, y para que todas las almas se encaminen hácia la corona que la gracia de Jesucristo les ha merecido.

«Con este objeto, estad, querido Hijo, estad constantemente en guardia contra las astucias, los lazos y las tentativas audaces de los enemigos de Dios y de los hombres, que se esfuerzan en seducir los espíritus, corromper los corazones, arrancarlos del imperio de la religion, a fin de destruir todos los derechos y todos los deberes. Que vuestros diocesanos encuentren sin cesar en vuestras palabras, en vuestras exhortaciones, en vuestros escritos, un preservativo eficaz contra las sorpresas y las agresiones de la serpiente infernal.

«Pero puesto que vos debéis ser en medio de los hombres el representante de Jesucristo que vino a este mundo por salvar a los pecadores, emplead todos los medios que puedan sugerir la prudencia y el celo, no excusando, ni la paciencia, ni los sabios consejos para apartar del error a los que estén descarriados, y volverlos a conducir por el camino de la justicia y de la salud.

«No desfallezcáis jamás en medio de las dificultades y solicitudes inherentes al cargo pastoral; confiad por el contra-

rio en los auxilios de lo alto, y marchad valientemente hasta el fin, acordándoos que aquellos que hayan extendido el imperio de la verdad y de la justicia, brillarán como los astros en el firmamento.

«Contad con Nuestras humildes y ardientes súplicas para obtener a vuestro ministerio la abundancia de las gracias divinas y la solicitud exclusiva de los intereses de Jesucristo: en fin, para asegurar a vuestras obras y a vuestras palabras el respeto de todos; y en seña de Nuestra benevolencia pontifical, os concedemos, de lo íntimo de Nuestro corazón, muy querido hijo, la bendicion apostólica.

«Dado en Roma, en San Pedro, el 21 de Febrero de 1867.

(Firmado.) Pio IX.»

Homenaje de la municipalidad de Toledo á Pio IX.

La España, a pesar de todos los esfuerzos y las maquinaciones de los sectarios y diplomáticos de la escuela de Maquiavelo, es siempre una nacion eminentemente católica. Así es como en Toledo, la municipalidad toda entera ha dirigido una súplica al augusto Pontífice, para el caso que la revolucion triunfante obligase a Su Santidad a alejarse por algun tiempo de la Ciudad eterna.

Hé aquí, segun *La Esperanza*, el texto de la carta dirigida por Nuestro Santísimo Padre Pio IX a la municipalidad de Toledo:

PIO IX PAPA:

Muy queridos hijos, salud y bendicion apostólica. La fe antigua y la constante adhesion a esta Santa Sede apostólica que distinguieron a vuestros antepasados en esa nobilísima ciudad de Toledo, acreditada por tantos monumentos de la piedad católica, brillan de una manera espléndida en vuestra respetuosa carta del 19 de Noviembre, recibida por

Nos con un singular placer. Si hay algo que endulce Nuestros males, es el pensamiento consolador de que otros se afligen de Nuestro dolor. Nosotros hemos experimentado este consuelo leyendo vuestra carta del principio al fin. Nos hemos regocijado, sobre todo, con la vista de las pruebas palpables que habeis manifestado de vuestra adhesión filial, elevando a Dios fervientes súplicas por Nos, y ofreciéndonos en vuestra ciudad una hospitalidad querida, si por acaso la necesidad nos obligaba a abandonar Nuestra capital. Nosotros tenemos ciertamente la confianza de que Dios atenderá vuestras súplicas y las de los otros fieles, y que alejará los peligros que nos amenazan. Pero ya que nos sea dado permanecer en Nuestra Sede, ó que las circunstancias Nos aconsejen ir en medio de vosotros, ó el trasportarnos a cualquier otro punto, Nosotros conservaremos grabado en Nuestra alma el recuerdo de este testimonio de vuestra buena voluntad, y Nuestro corazón alimentará por vosotros, que lo merecéis tanto y tan bien, una ternura toda particular de Padre. Nosotros queremos que la bendición apostólica que enviamos con afecto a la municipalidad y a todos los habitantes de Toledo, sea como un testimonio de esta solitud.

Dado en San Pedro de Roma, el 26 de Diciembre de 1866, en el XXI.º año de Nuestro pontificado.

PIO XI, PAPA.

La municipalidad de Toledo habia dado una prueba de sus sentimientos católicos, poniendo a disposición de Pio IX esta noble ciudad, para el caso en que la revolución lo obligase a abandonar a Roma.

Penetrado de reconocimiento por un paso tan honroso, el Papa ha escrito de su propia mano al alcalde de Lavandero una carta que respira los sentimientos mas tiernos, y donde agradece afectuosamente a la municipalidad la oferta espontánea que le habia hecho, pero que no podia aceptar,

bien persuadido de que la Providencia le evitaria la humillación de abandonar a su muy querida capital.

El día en que llegó la carta, el alcalde convocó a la municipalidad a sesión extraordinaria para presentarle las letras de Su Santidad. Todos los miembros han escuchado la lectura, de pié y descubiertos, por respeto a Aquel que les hacia un honor tan grande. Cuando llegó al fin de la carta, donde el Papa da su bendición apostólica a los representantes de la ciudad: *De rodillas, señores*, exclamó el alcalde; y todos movidos como por una chispa eléctrica, han caído de rodillas, y han recibido con los sentimientos de un corazón verdaderamente católico, la bendición del Inmortal Pio IX, y sin levantarse, han besado respetuosamente la firma.

Aquí vemos ciertamente una demostración digna a la vez del pueblo español, y de aquel a quien se dirige, la que regocijará el alma del Papa en medio de sus crueles tribulaciones.

Adhesión de los jóvenes á Pio IX.

La iniquidad se ha mentido á sí misma, dice el Espíritu Santo. Ella se ha propuesto a fuerza de calumnias y persecuciones debilitar la autoridad é influencia del Papado. Pero la Providencia ha burlado sus pérfidos designios. Los católicos nunca han amado y servido tanto a la Santa Sede, como despues de que ha sido el blanco de los ataques de los sectarios.

Durante nuestros estudios muy poco oíamos hablar del Santo Padre, apenas conocíamos el nombre del Papa reinante. Hoy por el contrario, el nombre de Pio IX está en todos los corazones y en todos los labios. Los niños mas pequeños se creen dichosos cuando se les permite hacer algun sacrificio por Aquel que se llama el Papa.



CAPITULO CUARTO.

BONDAD DE PIO IX.

La paternidad es el carácter mas divino de Dios. El Cristo su Hijo se llama á sí mismo «Padre del siglo futuro.»

La Paternidad Divina de donde desciende toda paternidad al cielo y a la tierra, es mas tierna, mas indulgente, mas vigilante que el amor maternal.

«La madre, dice el Señor a Jerusalem, figura de la Iglesia, ¿puede olvidar a su Hijo y no tener compasion del fruto de su vientre? ¡Ahora bien! aun cuando ella lo olvidase, «yo no lo olvidaré jamas.»

Para gobernar la Iglesia, Pedro ha recibido esta llama celestial que Dios ha encendido en el corazon de las madres. Ha sido elegido, porque amaba mas que los otros a Cristo, y por consiguiente a la Iglesia. Así es, que este amor ha pasado al corazon de todos los Papas, y particularmente al de Pio IX. *

Roma tiene muchas magnificencias, pero lo que más ha impresionado á los peregrinos, y sobre todo a los Obispos, que han experimentado mas particularmente su actividad, es el amor invencible del Papa-Rey a Dios, a la Iglesia y al menor de sus hijos. Los monumentos, las ceremonias, las iglesias llaman ménos la atención que la inefable bondad, que la caridad sin limites de Pio IX.

* La jóven princesa de Prusia visitando a San Pedro en compañía de su padre, se encontró con el Soberano Pontífice, que le dirigió algunas palabras. La princesa, aunque protestante, estaba llena de admiración. Se habia servido un refresco, y se le comprometia a sentarse a la mesa: ¡Oh! no, dijo ella, mi corazon está lleno; yo estoy harta de felicidad por haber visto y oído a Pio IX.

diócesis daban alumnos al Seminario frances. Se adelantó un poco mas, y continuó haciéndonos felices con una graciosa sonrisa de sus labios, y una palabra salida de su corazón: leía en el rostro de éste que era nuevo; decia á aquel que habia venido por la primera vez a la Ciudad Santa, y tal vez habia emprendido esta peregrinacion porque era pecador, pero que despues de su llegada a Roma, ya no lo seria: a este otro mas jóven, le manifestaba el interés que se tiene al Benjamin de la familia; para todos en fin, tuvo una palabra llena de oportunidad, espiritual y afectuosa. Y nosotros, recibiendo con un piadoso cuidado cada una de sus palabras, hemos estado trasportados de felicidad: esta bondad noble y simple nos ha llenado de admiracion, de respeto y de gozo.

«Despues de haberse dedicado a todos, Pio IX volvió al medio de la sala, diciendo: «Yo os voy a bendecir, a vosotros y a todo lo que teneis sobre vosotros, rosarios, medallas y otros recuerdos:» despues, recogiendo y levantando los ojos al cielo, prosiguió: «Yo rogaré a Dios que haga descender sobre vosotros su espíritu, para que ilumine vuestra alma. Yo le rogaré que ilumine vuestro espíritu, primero, para vuestra propia direccion, a fin de que uniéndoos siempre a la verdad, avanceis con seguridad en la práctica de una sólida virtud; y en seguida, le conjuraré a que os ilumine en el estudio de las ciencias, donde la gracia de lo alto debe conducirnos todos los dias a nuevos progresos; porque vos debeis instruiros, no solamente por vosotros, sino tambien por los demás, y de esta suerte, al volver cada uno a vuestras diócesis, iluminaréis a vuestros hermanos; hay muchos que tienen necesidad de ser iluminados, en Italia sobre todo, y tambien en Francia.» Despues dió su bendicion; pero apenas la hubo dado, cuando el afecto de sus hijos, vuelto ménos tímido por sus bondades, no pudo contenerse; y en el entusiasmo de su piedad filial, todos se arrojaron a las rodillas de Pio IX, para besarle con una respetuosa avidez las manos ó los piés.

«El Santo Padre, contento con nuestra felicidad, nos decia con una espiritual confianza: «Vamos, vamos, nos os lastimeis, porque yo no tengo la facultad de curaros.» Y demasiado pronto aún, para nuestro ardor insaciable, se retiró con pena de en medio de nosotros, dándonos por última vez su bendicion. A la salida lo encontramos en la sala ménos íntima donde recibe a los soldados franceses; y allí algunos de nosotros más dichosos, pudimos recibir un recuerdo muy precioso, una medalla de mano de Pio IX.»

Violetas ofrecidas á Pio IX.

Extracto de una carta del Sr. Abad Michardiére, de la diócesis de Luçon, a una hija de la sabiduría.

«..... Era el 12 de Diciembre de 1866, a las seis de la tarde, cuando fui presentado al Soberano Pontífice; y os confieso que habia desesperado completamente el obtener esta audiencia en circunstancias tan graves y difíciles. Escribí sin embargo á Mr. Pacca, luego que tuve alguna libertad, hice anotar mi demanda por Mr. Baillés, y yo mismo la llevé al Vaticano, pero sin gran esperanza.—Cinco dias despues, un dragon de palacio bajaba del caballo a la puerta del Seminario, y me daba la respuesta de Su Excelencia. Era el 11 de Diciembre, en el momento mismo en que el pabellon frances se alejaba de Roma, es decir, en el instante mas crítico en que nos pudiéramos encontrar; la revolucion entretanto podia estallar de un momento a otro. Apenas podia creer a mis ojos.... En ella se me prevenia que Su Santidad se dignaba admitirme en audiencia al dia siguiente a las cinco de la tarde....—Yo agradecia mil veces a Dios un favor tan inesperado, y al mismo tiempo una gracia tan providencial para mí: era la víspera de mi entrada al retiro para la ordenacion. ¡Mayor felicidad no podia acontecerme! Al dia siguiente, pues, a la hora indicada, fui al Vaticano,

y subí a la claridad de las lámparas que se reflejaban por todas partes (porque ya era noche), esas espléndidas escaleras de mármol, donde estaban apoyados sobre sus grandes lanzas, ó bien paseándose silenciosamente, los centinelas Guarda-Suizos, á quienes cualquiera tomara al ver su porte y bella actitud por caballeros de la edad media. ¡Nada es tan imponente, nada tan majestuoso y noble como el interior de este inmenso palacio, donde reina una tranquilidad soberana! Parece que se aproxima la más grande majestad del mundo: estos pacíficos esplendores donde brilla por todas partes la dulce imagen de la cruz, dicen elocuentemente que esta morada es, no la de un rey ordinario, sino la del Vicario de Jesucristo. A lo ménos bajo esta impresión fué como despues de haber atravesado siete ú ocho salas magníficas, fuí dejado solo en la sala del trono, donde debia hacer antecámara, y donde llegaron bien pronto algunos personajes que iban a tener audiencia.—El Soberano Pontífice trabajaba esta tarde en estos momentos con su camarero secreto, Mr. Ricci. Nosotros esperamos casi tres cuartos de hora. Las primeras audiencias fueron bastante cortas; a la tercera fuí llamado. Mi corazón palpitaba de gozo y emoción. El Prelado me introdujo al gabinete de Su Santidad anunciándome por mi nombre, y se retiró inmediatamente. El Papa escribía: sin dejarlo de hacer y sin levantar los ojos me dijo en italiano: «*Acercaos, hijo mio, acercaos.*» Estaba sentado frente a su mesa, volteado hácia el interior de la cámara; yo llegué por su derecha; a la tercera genuflexion besé sus piés. Me tendió su mano que yo oprimia en mis labios con efusion, mientras que él me decia, mitad en frances, mitad en italiano: «*Ah!... de Luçon.... un Vandeano.... ¿pero ahí está vuestro antiguo obispo?....*»—Yo respondí: «*Sí, Santísimo Padre, gracias a su protección, he tenido la felicidad de acercarme a Vuestra Beatitud.*»—«*Ah! sí, sí, él es muy digno, muy santo.... ¿Y qué es esto, qué es esto?*» añadió él con un tono lleno de franqueza, viendo y tomando el ramo que yo tenía en la mano, pero todavía encerrado en

su estuche.—«*Oh! esto es muy bello, pero muy bello!*» replicó él, volteándolo por todos lados. «*Pero cómo se abre esto?*» Yo puse el pulgar sobre el boton, él mismo quitó el estuche, y el ramo se me quedó en la mano sobre su sostén. El lo volvió a tomar en seguida, exclamando: «*¡Ved cuán hermoso es el pequeño ramo!.... ¡sí, es muy hermoso! ¡es encantador!....*» Yo le dije de dónde y de quién venia este presente tan modesto, y que estas pobres flores eran el emblema de la ofrenda aun mas pobre que cubrian; y diciendo esto, le pedí el ramo. El buen Papa, viendo entónces las piezas de oro ocultas en la rosa blanca que yo acababa de descubrir, se puso a tocarla con el dedo, y me dijo riéndose y con un aire festivo: «*¡Radix! ¡Radix!*» es decir, *¡hé aquí la raíz!....* Despues me citó uno ó dos versículos de la Santa Escritura, que se aplican deliciosamente al asunto: «*Et flos de Radice ejus ascendet. Y una flor se levantará de su raíz.*» Despues otro, que significaba poco mas ó menos: «*Cual es la raíz del árbol, tal es su flor de donde nace el fruto.*» Yo he olvidado desgraciadamente el texto.—Le recordé en seguida que la comunidad de San Lorenzo le habia enviado recientemente para el Óbolo de San Pedro.... los que han sido presentados a Su Santidad por Mr. Baillés.—«*¡Sí! sí!*» dijo con un tono afectuoso y como acordándose (porque tiene una memoria admirable): yo añadí que habia querido ofrecerle esta suma aparte, a causa de su origen tan tierno y delicado.... Me dijo que la aceptaba con todo su corazón. Despues, volviendo a ver el ramo que estaba sobre la mesa y que le interesaba: «*¡Pero estas son flores naturales!....*» exclamó el buen Papa examinándolas. Yo respondí: «*Santísimo Padre, imitan tan bien las flores naturales, que tienen el mismo perfume.*» Entónces se puso a aspirarlas, y dijo con un aire contento: «*Verdaderamente tienen un olor de violeta.*» Despues de esta escena, que fué encantadora, le presenté la carta, y le pregunté si Su Santidad queria que yo la leyese.—«*Ah! yo no sé.... Puede que tenga muchos cumplimientos.... Yo voy a leerla para mí....*» Esto me pareció

Esta dulzura, esta bondad, esta caridad, esta paternidad maternal de Pio IX, es su fuerza, fuerza que será la salud del mundo, pues ha hecho pasar á todos los corazones la llama celestial que Dios ha encendido en el suyo. De ahí esta unidad de corazón y de alma que ha estallado en Roma, y que derribará al italianismo, porque la unidad todo lo puede cuando es la caridad de Cristo quien la liga. «Puede todo, porque es una» * dice la Escritura hablando de la Sabiduría que dispone el universo. Lo mismo sucede con la Iglesia: la unidad, he ahí su fuerza.

A pesar del cargo de su doble gobierno, a pesar de sus correspondencias sin número, sus *funciones* incesantes, sus largas oraciones, el Papa da todos los días tres horas de audiencia, en donde son admitidos los más humildes; porque todo católico está en el Vaticano en la casa de su padre. Las salas y los jardines están abiertos a todos; y los funcionarios parecen colocados más bien para indicar las entradas que para prohibirlas.

Como el Vaticano la ciudad entera es la casa paterna. Todo católico está allí en su casa, aun más todavía que la casa de su propia ciudad; porque más que la patria terrestre, Roma toca al cielo, verdadera patria del cristiano desterrado en la tierra.

En las audiencias y en las recepciones es donde la bondad de Pio IX aparece en su majestuosa simplicidad, en su dulce serenidad. Yo he tenido la dicha de asistir varias veces a ellas, en familia, con las caravanas, con mi obispo, con los soldados, y he salido siempre admirado por la inalterable dulzura y bondad del Santo Pontífice, y al ver adónde llega, los corazones que atrae y hasta dónde se extiende su influencia, he comprendido esta palabra de Cristo: «Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra.»

Cristo ha derramado esta bendición sobre la cabeza de

* Cum sit una, omnia potest. Sap. VII., 27.

su Vicario para hacer a su pontificado uno de los más fecundos de la Iglesia. A los furros de los enemigos de Dios y del género humano, Dios opone el corazón de Pio IX. Se ve que la sabiduría que dispone todo con una dulce fuerza, *fortiter et suaviter*, reposa sobre él. Se ve «que él posee la tierra» porque de un polo a otro todos los corazones de buena voluntad son de él. Sus actos muestran al gran Pontífice, sus *funciones* al santo; el Padre se revela en las audiencias y recepciones. Nada puede fatigar su indulgente bondad, ni la multiplicidad de las audiencias, ni las indiscreciones de la ternura filial ó del celo. *

Hé aquí un bello retrato de Pio IX, trazado por Mr. Plantier:

«No solamente soy dichoso con obedecerlo, estoy celoso de verlo. Esta admirable intrepidez en el deber, esta noble impasibilidad ante las traiciones, las amenazas y los atentados sin cesar renacientes de la fuerza, esta serenidad maravillosa al traves de las injurias más monstruosas y los más amargos dolores, todas estas virtudes heroicas y dulces espersen sobre esta gran figura, yo no sé qué belleza que todas las almas cristianas presienten de lejos y aspiran al contemplarla de cerca. Si ellas están libres, no hay una que no vuele de las extremidades mismas del mundo para procurarse este piadoso goce. Y cuando ya se le ha podido tener; cuando se ha tenido la dicha de reposar un instante su mirada sobre esta frente de Pio IX, que ninguna nube ha podido oscurecer, y sobre el límpido azul de su ojo, a la vez penetrante y dulce, se le quiere volver a ver aún. Es un espectáculo en que el corazón queda siempre más ávido a medida que lo ha podido considerar más, y cuando se ha podido recibir de su mano tan paternal y de su voz tan grave y tan simpática una bendición, se siente una especie de tristeza incurable si está uno obligado a decirse que será la última.

* El conde de Maumigni.

Audiencias privadas de Pio IX.

Se lee en los *Sumarios históricos de Bruselas*:

«Las audiencias privadas tienen un carácter muy tierno y un poco más familiar. Pio IX se presenta con gusto y deja hablar a su corazón ante sus hijos. Un día recibió a algunos jóvenes belgas, católicos celosos, les hizo colocar alrededor de él, platicó con ellos con el abandono de un padre, les habló del presente y del porvenir con una calma, un olvido de sí mismo, una serenidad, una confianza en Dios, que llena a las almas de admiración; después les platicó de ellos mismos con una dulce familiaridad, les dió las gracias, y los bendijo. Otro día recibió al conde y a la condesa de***—«¡Ah! dijo al verlos entrar, qué bella mañana para mí! ¡qué dichosa casualidad me ha traído tan buenos católicos, tan excelentes personas!»—Acababa de recibir poco antes a Madama la marquesa de Pimodan, la condesa de Spaur, la familia de B. . . . y lady Campden.—«Verdaderamente replicó él, es una muy bonita mañana para mí, la que ha traído a mi presencia tan buenos amigos.»—Después de algunas palabras sobre el mismo tono:—«¿Vos tendréis dos ó tres hijos?» dijo a la condesa de***—«Siete, Santísimo Padre.»—«Y yo, ocho» dijo el conde su esposo, que había sido casado dos veces.—«¡Tanto mejor! ¡Tanto mejor! siete y ocho, replicó él, son dos bellos números místicos: siete son las Virtudes; siete los Sacramentos; siete los Dones del Espíritu Santo; y ocho son las Bienaventuranzas.» De aquí tomó texto para dirigir a los dos esposos una corta pero tierna exhortación. Continuó en seguida conversando con un tono de paternal intimidad, escuchó sus demandas, platicó con ellos, y los despidió bendiciéndolos.

La bendición de Pio IX para los protestantes de Ginebra.

El padre Alet, misionero, acababa de predicar una estación en San Luis de los franceses. Antes de abandonar a Roma obtuvo una audiencia de Su Santidad.—Santo Padre, dijo el padre Alet, yo os pido una bendición especial para mi próxima cuaresma que debo predicar en Ginebra. Aun es Roma todavía; pero Roma de los hugonotes.—Sin embargo, respondió el Papa, nosotros los católicos vamos progresando en la ciudad de Calvino. ¿Cuántos católicos había en Ginebra al principio de este siglo?—Santo Padre, se contaban cerca de dos mil quinientos, comprendiendo en ellos la guarnición francesa; porque Ginebra era de Francia.—¿Y ahora cuántos hay?—Cerca de veintitres mil, esto es, más de la mitad de la población.—Otro de nuestros pequeños triunfos ¡oh Dios mío! exclamó Pio IX con una sonrisa y un entusiasmo indecible. Después, dirigiéndose al padre Alet: «Sí, yo bendigo al obispo, a su cuaresma y a su predicador, a todos los católicos y aun a todos los protestantes de Ginebra.»

Bella respuesta para aquellos que escriben todos los días que la Iglesia maldice a los herejes.

La Palestrina de Pio IX.

El célebre abad Listz trabaja en este momento en un *Oratorio* * intitulado el Cristo, cuya ejecución dicen que exigirá cerca de tres horas. El Soberano Pontífice ha sido el primero en tener algunos trozos ingeniosos de este *Oratorio*,

* Canto sagrado.

y despues de haberlos oído y vuelto a pedir, Pio IX ha abrazado a Frantz Listz exclamando: «¡Hijo mio, mi querido hijo, tú eres mi Palestrina!» Esta exclamacion de Pio IX, dice el autor de estas líneas, me recuerda la de Inocencio X a Bernin que acababa de hacer brotar el agua de su admirable fuente de la plaza Navona: hijo mio, por este espectáculo has añadido diez años a mi vida!»

(Anales religiosos de Orleans.)

Tu es Petrus.

El Vicario apostólico de Nankin en China, Mr. Languillat, obispo de Cergiópolis, *in partibus*, no habia visto jamas al Papa. Cuando se le introdujo en el departamento pontificio, se postró sobre el suelo, y levantando los brazos hácia Pio IX, se puso a gritar lleno de emocion: *Tu es Petrus!*

—Venid a mí, hermano mio, le dijo Pio IX.

—*Tu es Petrus*, replicó el obispo, *Tu es Petrus*.

Se arrastró de rodillas hasta los piés del Vicario de Jesucristo, el cual tan conmovido como él, le ha levantado, lo ha oprimido sobre su corazon, y ha mezclado sus lágrimas con las del obispo.

Pio IX en medio de los seminaristas franceses.

Se escribe de Roma a la *Foi Picarde*:

«Señor Director:

«Hemos tenido la felicidad de ser conducidos al Vaticano con todo el seminario frances el 15 de Diciembre; nuestros directores han tenido la dicha de poder, una vez mas, colo-

carlos bajo la mirada del inmortal Pio IX, y de recomendarlos de nuevo a su inagotable benevolencia.

«Es imposible pintar la bondad tan graciosa y llena de soberana dignidad con que el Santo Padre recibe a los sacerdotes, y sobre todo a los hijos de la Francia.

«Apénas el Santo Padre puso el pié en la sala donde sus hijos lo esperaban de rodillas, cuando al punto para inspirarles confianza, exclamó con un tono paternal y afectuoso: «¡Esto es magnífico! ¡esto es magnífico! ¡Aquí hay para convertir la mitad de la Francia!» Aludia a una palabra que ya le habia oido pronunciar con motivo de los alumnos del Seminario frances: «Si doce apóstoles han bastado para convertir a todo un mundo, ¿qué no podrán hacer cinco docenas de franceses, si son apóstoles y santos?»

«Despues de este prelude, tan propio para quitarnos la emocion llena de embarazo que se experimenta siempre a la vista del Santo Pontífice, agregó: «Yo no os admito al beso del pié, porque sois muchos; seria necesario para esto mucho tiempo, y yo quiero mejor emplear estos momentos en veros y dirigiros algunas palabras.» Despues se puso a dar la vuelta a esta corona de seminaristas que le rodeaban, radiantes de gozo y amor por su Padre, felices y orgullosos con depositar a sus piés, en su nombre y a nombre de todos los que representaban, el homenaje de su adhesión filial.

«Desde sus primeros pasos, Pio IX vió a un alumno que tenia entre sus manos algunos rosarios, y adivinando su deseo, el Santo Padre tomó estos recuerdos en sus manos venerables, y dijo: «Este sin duda es nuevo, pues está lleno de ardor.» Nuestro R. P. superior respondió: «Hace ya mas de un año que está en Roma, Santísimo Padre, pero para venir a recibir la bendicion de Su Santidad, el ardor no se enfria,» y continuó: «Este alumno es de Beauvais.»

«¿De Beauvais?» replicó el Papa, con un tono que indicaba que este nombre no le era del todo extraño é indiferente; «¿de Beauvais? ah! muy bien; este pais me es conocido.»

«Manifestó su gran satisfaccion al ver que casi todas las

excelente. Le ayudé a romper el nema, y le dí la carta abierta.—«Ah! pero esta pequeña letra!...»—Después empezó con un tono solemne, como si fuera una de vuestras pequeñas hijas quien leyese: «*Las pobres hijas de la Vendée...*» La palabra *Vendée* lo detuvo. «Ah! bien, leedla, yo no puedo...» Yo se la leí toda entera, aunque era algo larga. Pio IX estaba un poco recostado sobre su sillón, tenía juntas las manos y escuchaba con la mayor benevolencia. Llegué al fin, leí los títulos: las pequeñas obreras congregantes de la Santa Virgen; las niñas de la escuela de las Hijas de la Sabiduría. «Sí, sí, después toda la retahíla.... todos los nombres,» interrumpió él, mostrándome con el dedo las firmas. Y tomando la carta:—«Ah! bien! bien!» Yo le dije entonces que sería muy dichoso con poder enviar a estas pequeñas niñas y a sus maestras la respuesta de que Su Santidad les concedía su bendición.—«Ma figlio, hijo mío, la respuesta! yo la voy a poner en seguida.... Aquí en la misma carta, y después vos la enviaréis....» Extendió sobre su mesa la carta abierta, tomó su gran pluma, y con sumo empeño escribió las dos líneas tan preciosas que vos veis: «*Que el Señor os bendiga y os guarde, jóvenes hijas; y vosotras, vírgenes, alabad el nombre del Señor.*» Durante este tiempo, yo tenía los ojos fijos sobre su afable y bella figura, que tocaba, por decirlo así, y que ahora tengo tan profundamente impresa en mi memoria, como su amor en el corazón. ¡Yo admiraba esta frescura de semblante, este aire de salud en un anciano de setenta y cinco años, que lleva el peso del universo entero desde hace tanto tiempo, que ha sufrido tan crueles pruebas, que ha conocido los dolores del destierro, todas las amarguras de la contradicción, todas las angustias del martirio interior, con el alma más sensible que haya en el mundo!... ¡Yo admiré esta serenidad extraordinaria en el momento mismo en que la Francia abandonaba a Roma, en que todos los socorros humanos le faltaban!... En que la revolución triunfante contaba su última hora.... ¡Dios mío! ¡Cuán bello es ver a un santo oprimido por las mas

grandes adversidades!... ¡Era verdaderamente un espectáculo digno de Dios y de sus ángeles! Al retirarme, yo estaba tan vivamente conmovido, que no veía, ni por dónde pasaba, ni quién me conducía; pero oía siempre la voz tan tierna y tan paternal del Vicario de Jesucristo. Yo tenía los labios aún ardiendo por los besos que había impreso con tanto respeto, pero también con tanto amor y devoción, sobre su mano venerable; aun creía sentirla posada sobre mi cabeza. En fin, yo llevaba en mi corazón, con su bendición, las deliciosas palabras que me había dicho: porque yo no os he referido sino la mitad de mi audiencia; el tiempo y el espacio me faltan: y he tenido por otra parte que deciros a grandes detalles todo lo que os concierne.

Una lágrima de Pio IX.

En el Aveyron, dos jóvenes señoritas que pertenecían a una familia principal, habían sido educadas en uno de los primeros pensionados de la capital. Todo parecía gozo, sonrisa, felicidad en el porvenir que les ofrecía el mundo; pero un bello día resolvieron entrar las dos juntas en esa tumba mística que se llama el claustro, y de donde se sale radioso y resucitado con la gloria de Cristo. Pero antes de sepultarse vivas, escribieron a Pio IX, enviándole su último diamante, su último tesoro. Se dice que el Santo Pontífice no pudo impedir que una dulce lágrima corriera por sus párpados, y el 28 de Abril, tomando su mano la pluma, trazaba estas dos líneas inspiradas, que ellas conservan como una reliquia: *Dominus vos benedicat, ut semper unius sitis voluntatis, et ibi sint corda, ubi vera sunt gaudia!*
Pius PP. IX.—El Señor os bendiga a fin de que no tengáis jamás sino los mismos deseos, y que vuestros dos corazones estén allí donde están los verdaderos goces! . . .

Pio IX en el taller del P. Besson.

Era en 1852. El convento de San Sixto en Roma, donde Santo Domingo había establecido a sus hijos, y que había visto sus mas grandes milagros, entre ellos, la resurreccion de tres muertos, era el objeto de una restauracion artistica. Un pintor frances que había tomado el hábito de Santo Domingo, había emprendido restaurar la sala capitular y los conoedores acudian para admirar sus diseños. Un dia el Santo Padre tomó el convento de San Sixto como objeto de uno de sus paseos. La entrada del carruaje y de la escolta del Soberano Pontífice al patio desierto donde se encuentra la sala del Capitulo no había podido distraer al artista de su trabajo, y desde lo alto de sus andamios, con su delantal, la paleta y los pinceles en la mano, fué como recibió a Pio IX.

El augusto visitador gozó mucho con su sorpresa, examinó con interes sus pinturas y bendijo sus proyectos. Despues se dignó entrar en conversacion con él. Esta roló sobre la Francia. Pio IX dijo entre otras estas memorables palabras:

« Vosotros los franceses teneis celo, sois excelentes para la accion; pero no teneis prudencia. La prudencia está en Roma, porque Nuestro Señor la ha puesto allí. Veis que como hombre yo no soy digno de moler vuestros colores ó de servirlos de hermano converso de San Sixto; pero como Papa siento en mí un peso enorme. *Sento in me un peso enorme.*» Y volteándose hácia el Crucifijo: « Ya no soy yo el que vivo, es Jesucristo quien vive en mí. *

* Carta del P. Rouard de Card, citada en Un Religioso dominico. El R. P. Jacinto Besson; su vida y sus cartas, por E. Cartier, Poussielgue, 27, calle Cassette. *El hombre a quien Pio IX se dirigia era al R. P. Jacinto Besson.*

Pio IX catequista.

Se escribia de Roma el 28 de Febrero de 1867:

El Papa toma sus vacaciones durante el Carnaval visitando algunos establecimientos de caridad, yendo a orar a alguna iglesia en la mañana, a la hora que las diversiones están suspensas. La multitud se precipita sobre su paso con las señales ménos equívocas de su simpatía y de su veneracion.

Hace algunos días, dirigiendo su paseo del lado de San Juan de Letran, el Santo Padre ha querido visitar una humilde escuela de niñas dirigida por las religiosas de la Preciosa Sangre. No era esperado. A la vista del cortejo pontificio, maestras y discípulas han caído de rodillas pidiendo la bendicion apostólica que el augusto visitador les ha dado con efusion. Parecia decir a los que le rodeaban, como el Divino Maestro: *Dejad que los niños se acerquen a mí.* Casi por media hora ha interrogado a muchas niñas sobre el catecismo y ha hecho recitar a otras sus oraciones de la mañana y de la noche. Antes de abandonar la escuela, ha dado a las maestras medallas para las discípulas mas adelantadas y una suma de dinero para las mas pobres. Así es como el augusto Vicario de Jesucristo, a ejemplo de su Divino Maestro, *pasa haciendo el bien.* . . . Antes de entrar al Vaticano el Papa ha ido al Colegio Romano, quiso visitar la capilla donde se reúne la congregacion de Maria llamada *Prima Primaria*, porque es la primera que se erigió bajo este título. Arrodillado ante una imágen muy antigua de la Madre de Dios, traída de la Catacumba de San Ermes, Su Santidad ha recitado en alta voz las Letanias de Nuestra Señora de Loreto; despues ha exhortado a los asistentes a que perseveren mas que nunca en la devocion a la Madre de Dios.

Pio IX y el obispo de Angers.

La mayor parte de los obispos franceses han ido a Roma, y los que han tenido algun impedimento no han dejado de dar sus excusas al Soberano Pontifice: se sabe que Mr. Angebault, obispo de Angers, ha querido, a pesar de su avanzada edad (tenia en Junio setenta y siete años), ir a Roma para celebrar el Centenario de San Pedro. El Soberano Pontifice se ha conmovido sobremanera por este supremo esfuerzo y le ha dado señales de una gran benevolencia. Al verlo, refiere la *Semana Religiosa de Angers*, Pio IX exclamó: «*Eccolo, il vecchio!* Hé aquí al anciano. * Y lo abrazó. Su Santidad ha concedido una bendicion especial al cabildo, al clero y a todas las personas cuyas ofrendas le presentó Mr. Angebault.

* Comme sta il vecchio; ¿cómo está el anciano, pregunta frecuentemente a los argevinos que tienen el honor de serle presentados.

CAPITULO QUINTO.

EL OBOLO DE SAN PEDRO EN 1867.

A pesar de las inundaciones, los temblores de tierra, las crisis comerciales, las malas cosechas y las muchas obras que reclaman el auxilio de los fieles, * el Óbolo de San Pedro continúa provocando la generosidad de los verdaderos hijos de la Iglesia. Se ha dicho lo bastante sobre esta interesante Asociacion. Ved aquí, sin embargo, algunas tiernas palabras del venerable obispo de Angers:

«Si aun tomamos ahora la palabra en su favor, no se trata solamente de la pobreza personal de Pio IX. Nada hay

* Ved aquí como Mr. el Obispo de Angers resume en algunas palabras las obras por las que se interesan sus diocesanos:

«Y por qué nos hemos de quejar cuando somos todos los dias testigos de vuestra generosidad? ¿Por ventura no todo lo que hay aquí habla de vuestra fe y de vuestros beneficios? Ellos son conocidos en todo el mundo: *Fides vestra annuntiatur in universo mundo.* Vuestra caridad ha sido bendecida, hace muy pocos años, en las playas de la Siria y en las montañas del Líbano; ha sido bendecida en las vastas comarcas de la China, donde millones de huérfanos han aprendido a conocer y amar a Dios, aprendiendo tambien a conocer y amar a sus bienhechores; ha sido bendecida en la península de la India, adonde ha enviado a uno de sus hijos el apóstol de Mayssour; ha sido bendecida en las islas de la Oceanía por los celosos é infatigables misioneros salidos de esta diócesis para llevar el Evangelio y extender allí el reino de Jesucristo; ha sido bendecida en la Africa, en Asia, en América, donde nuestra congregacion del Buen Pastor mandó sus santas hijas para extender la enseñanza católica y desafiar los furios del cólera; ella ha sido bendecida en fin, y sobre todo, en las riberas del Tíber, sobre la roca inmóvil del Vaticano y del Quirinal, en donde el ángel del mundo católico está arrodillado, levantando hácia el cielo sus manos suplicantes, y de lo alto de la gran tribuna de San Pedro derrama sus bendiciones.»

Pio IX y el camarista del cardenal Gousset.

Los diarios, con motivo de la muerte del cardenal Gousset, han citado ciertos rasgos encantadores de la vida de este prelado eminente; pero hé aquí uno que han olvidado.

Mr. Gousset, al ir a dar cuenta al Santo Padre del estado de su diócesis, había llevado naturalmente con él a Roma, a su camarista, hombre fiel y adicto. Su Eminencia estaba hacia ya algún tiempo en la ciudad Eterna, y pensaba volverse a Francia; pero la enfermedad de su doméstico lo inquietaba y le hacía dudar en sus proyectos. Sin embargo, habiendo tenido una mejoría en su salud, se fijó el día de partida. Pero entretanto el camarista tenía otro cuidado que no era el de su enfermedad, no había podido ver al Papa, y esto le disgustaba mucho. Era la víspera de abandonar a Italia: el cardenal, después de haber hecho sus últimas visitas, va a su casa y entra al cuarto de su servidor, para tener nuevas de su salud y hacerle conocer sus resoluciones relativas al viaje. Pero ¡oh sorpresa! ¡No estaba allí Fernando!

El prelado se inquietó; temía un accidente a causa de la fiebre. Hizo buscar a aquel que había dejado en el lecho, y cuya desaparición era tan inexplicable. Fernando no se encontraba en ninguna parte. Pasó un cuarto de hora, media hora; la alarma aumentaba en el corazón de Monseñor. No sabía qué pensar, cuando repentinamente nuestro hombre aparece, fresco, dispuesto, listo y rozagante. «Ah! vos aquí? De dónde venís? ¡Cuántos temores he tenido por vos! Su Eminencia es muy bueno: yo vengo de casa del Papa.— ¡Cómo! querido criado, estáis delirando. Yo voy a llamar al médico.—Tranquilícese su señoría. Lo repito, yo vengo del Vaticano, donde he sido recibido perfectamente.— ¡Pobre amigo! acostaos, estáis delirando. ¡Os compadezco!— Perdon, monseñor, pero vuestra Eminencia se engaña. Que-

reis la prueba, héla aquí.» Diciendo esto, Fernando pone a la vista del cardenal estupefacto, un rosario conocidísimo, que el Santo Padre traía en la misma mañana. Durante la ausencia de su amo, dijo para sí: en efecto, nosotros partimos mañana; si yo no veo al Papa hoy. . . . esto es hecho. Así es, yo quiero verlo; voy pues á su casa. Y saltando de la cama se vistió y se fué derecho al palacio. Allí hizo llamar a Mr. de Merode, y le contó sencillamente lo que quería, suplicándole que lo introdujera. Como es fácil creerlo, Mr. de Merode declaró la cosa imposible, haciéndole ver todas las formalidades necesarias aun a los príncipes de la Iglesia, para obtener una audiencia, que por lo común no se concedía sino después de mucho tiempo. «Todo es bello y bueno, replicó el solicitador, cuando se tiene tiempo para esperar; pero yo no lo tengo: pártome mañana, y es necesario, Monseñor, que me presenteis.» Cediendo a esta firmeza tan simple, Mr. de Merode, después de haber resistido largo tiempo, fué a ver al Santo Padre, que estaba en su gabinete, el que ordenó que entrase el buen doméstico, llegado su turno. Éste no se lo hizo repetir: pasando por en medio de una multitud numerosa que estaba en la antecámara, se presentó delante del Papa, le dijo quién era, y le expuso con una efusión tal, el deseo que había tenido de ser admitido a su presencia, y el gozo que sentía por haberlo logrado, que Pio IX no solamente le concedió su bendición, sino también, sacando de la bolsa su propio rosario, se lo dió como un recuerdo.

No tenemos necesidad de decir con qué transporte de reconocimiento fué recibido este presente.

El dicho camarista, enseñando su tesoro a quien quiere verlo, pretende que su Eminencia está celoso de él.

Admirable condescendencia de Pio IX.

A pesar de sus numerosas ocupaciones, y los negocios tan importantes de la Iglesia entera, que pesan sobre su augusta persona, Pio IX sabe encontrar tiempo para recibir a innumerables visitantes, que vienen a él de todas las partes del mundo. Su Santidad se digna hablarles con una bondad y una condescendencia, que recuerdan la mansedumbre y la caridad del Divino Maestro. Nadie se retira de estas audiencias tan apreciadas, sin llevar en su corazón alguna buena palabra inspirada por el mismo Dios a su Vicario, y cuyo recuerdo es imposible perder.

No es esto todo: este muy amado Padre responde a todas las cartas que sus hijos no temen dirigirle, y sus respuestas están siempre llenas de esta unción celestial que les da tanto precio.

En fin, quién lo creería, si no viera con sus propios ojos innumerables pruebas, que el glorioso Pontífice, colocado tan alto, y cuyos momentos están todos llenos, no se desdeña en escribir sobre una imagen ó sobre un álbum que se le presente, un texto de la Escritura, ó una sentencia propia para hacer bien al alma, recordándole alguna verdad saludable.

Ved aquí algunos ejemplos elegidos entre mil:

—«Cristo ha dicho a Pedro, y en la persona de Pedro a sus sucesores: *Ego rogavi pro te ut non deficiat fides tua. Et tu aliquando conversus confirma fratres tuos.* Y nosotros vemos, en medio de todas las agitaciones, de todos los temores, de todos los dolores presentes, coronarse la frente de Pio IX con los resplandores de la Fe, de la Esperanza y de la Caridad.

—Como un personaje admitido hace algunos días a presencia del Santo Padre, expresase los temores mas vivos so-

bre la situación de Roma, Su Santidad, sin responderle, ha escrito algunas líneas con mano firme, y las ha presentado a su interlocutor, diciéndole: leed. Eran los versos de un clásico italiano, cuya traducción es como sigue.*

«La mas grande de todas las faltas, es el exceso de un temor impío é injurioso para la Divina Bondad. El que desespera no ama, no cree, porque la Fe, la Caridad y la Esperanza, son tres antorchas que brillan juntamente, y que una de ellas no podrá tener luz si la otra tampoco la tiene.»

—Se escribía de Roma al *Journal de Rennes*:

Febrero de 1867.

«El general Randon está muy pesaroso en este país. Aunque protestante, siempre se ha mostrado personalmente, favorable a la causa del Santo Padre, y no ha cesado de manifestar las mejores disposiciones por la legión romana.

«El mismo Santo Padre encuentra que el ministerio de este protestante, ha sido mas católico que otros muchos. Además, dijo al saber que el Mariscal Niel se encargaba de los negocios: «Yo conozco a M. Niel, me ha llevado hace algunos años las llaves de Roma a Gaeta; yo espero que él «no dejará que me sean quitadas.»

«Podeis garantizar la exactitud textual de estas palabras «del Santo Padre.»

* D'ogni colpa la colpa maggiore
È l'eccesso di un impio timore
Oltraggioso all'Eterna pietá.
Chi dispera non ama, non crede
Che la Fede, l'Amor, la Speme
Son tre faci che splendono insieme
Ne una ha luce se l'altra non l'ha.

Algunas buenas palabras de Pio IX.

Un diario cuyas opiniones católicas son muy sospechosas, confesaba el otro día, a su pesar, es cierto, que el Santo Padre está dotado de una excelente salud, y que su voz es mas bien la de un jóven que la de un anciano. En Pio IX, el espíritu es tan vivo, como jóven el cuerpo. Ved aquí un rasgo bastante agudo que refiere de él *La Italia* de Florencia:

«Yo no sé, decía jocosamente Pio IX, si M. Ratazzi nos «tratará mejor que M. Ricasoli; él se llama Urbano y nosotros debemos suponer, por consiguiente, que nos tratará «con urbanidad.»

—Un zuavo pontificio de nuestra diócesis, dice la *Semaine de Nantes*, M. Alfredo Gerbaud, de Lege, cuenta en estos términos la visita que tuvo la felicidad de hacer al Vaticano: «...El Santo Padre dirigía a cada uno de nosotros algunas palabras llenas de bondad. Cuando llegó a mí, me preguntó de dónde era.—Santo Padre, soy de Nántes.—¡Ah! sois breton. ¿Sabéis lo que se dice de los bretones? «Donde el sol pasa los bretones pasan.» Santa Catarina de Sena ha dicho verdad, cuando estaba sitiada en su propia ciudad de Sena, por los sarracenos: ella imploró el auxilio de los bretones, los que acudieron inmediatamente. Mas a pesar de su valor, su energía y su perseverancia, el enemigo no retrocedió. En fin, llegaron a rechazarlo y a librar a la Santa; lo que le hizo decir estas palabras: «Donde el sol pasa, los bretones pasan.» Y diciendo esto, el Santo Padre apoyaba la mano sobre mi cabeza, y de cuando en cuando me tocaba dulcemente sobre la mejilla. Yo estaba trasportado de gozo y abrazaba con amor la mano que me tendía. El me dió una medalla, diciéndome: «Valor, hijo mio. Sed un hijo bueno y virtuoso, y seréis un buen breton.» Nunca olvidaré este bello día de mi vida.

—Durante un paseo que hizo Su Santidad, el mes de Enero de 1866, por los alrededores de Roma, en el Monte Mammolo, con el fin de visitar un puente nuevamente construido sobre el Teverone, hubo un incidente que pinta con mucha propiedad la paternal bondad del Santo Padre.

Despues de haber platicado largamente con el ingeniero en jefe, Pio IX, un poco cansado por tan larga inspeccion, descansó un instante bajo una tienda dispuesta a este efecto a la entrada del puente, donde se sirvió una ligera colacion.

La presencia del Soberano Pontífice habia atraído a este lugar toda la poblacion vecina. Cada uno trataba de acercarse lo mas posible a él, a fin de gozar mejor de su vista; y como los gendarmes pontificios se dispusiesen a retirarlos, el Santo Padre, haciendo una señal con la mano detuvo su celo, y ordenó que avanzasen sucesivamente los niños, las mujeres y los hombres, a quienes distribuyó él mismo los dulces, los pasteles y los bizcochos que estaban sobre su mesa. En seguida, dirigiéndose al ingeniero en jefe y a algunos familiares: «No olvidéis, dijo, que necesitamos construir un puente para llegar al cielo, y este es el puente de la caridad.»

—Ved aquí una palabra donde se manifiesta el corazón y el espíritu del agosto Pio IX. Todos los viérnes de cuaresma el R. P. Luis de Trente, capuchino, predica en el Vaticano ante el Sagrado Colegio y los obispos. El Papa se sienta en una tribuna cubierta y cerrada con una reja. La semana anterior, el orador, hombre de un gran talento, habia predicado sobre la Envidia, y como despues del sermón viniese a arrodillarse ante el Soberano Pontífice para recibir su bendicion, Pio IX le dijo:

—Verdaderamente, querido padre predicador, yo no habia sentido jamas este mal de la envidia: pero vos me lo habeis hecho experimentar hoy, porque al oiros, he envidiado vuestra gran elocuencia.

Pio IX y el obispo de Angers.

La mayor parte de los obispos franceses han ido a Roma, y los que han tenido algun impedimento no han dejado de dar sus excusas al Soberano Pontifice: se sabe que Mr. Angebault, obispo de Angers, ha querido, a pesar de su avanzada edad (tenia en Junio setenta y siete años), ir a Roma para celebrar el Centenario de San Pedro. El Soberano Pontifice se ha conmovido sobremanera por este supremo esfuerzo y le ha dado señales de una gran benevolencia. Al verlo, refiere la *Semana Religiosa de Angers*, Pio IX exclamó: «*Eccolo, il vecchio!* Hé aquí al anciano. * Y lo abrazó. Su Santidad ha concedido una bendicion especial al cabildo, al clero y a todas las personas cuyas ofrendas le presentó Mr. Angebault.

* Comme sta il vecchio: ¿cómo está el anciano, pregunta frecuentemente a los argevinos que tienen el honor de serle presentados.

CAPITULO QUINTO.

EL OBOLO DE SAN PEDRO EN 1867.

A pesar de las inundaciones, los temblores de tierra, las crisis comerciales, las malas cosechas y las muchas obras que reclaman el auxilio de los fieles, * el Óbolo de San Pedro continúa provocando la generosidad de los verdaderos hijos de la Iglesia. Se ha dicho lo bastante sobre esta interesante Asociacion. Ved aquí, sin embargo, algunas tiernas palabras del venerable obispo de Angers:

«Si aun tomamos ahora la palabra en su favor, no se trata solamente de la pobreza personal de Pio IX. Nada hay

* Ved aquí como Mr. el Obispo de Angers resume en algunas palabras las obras por las que se interesan sus diocesanos:

«Y por qué nos hemos de quejar cuando somos todos los dias testigos de vuestra generosidad? ¿Por ventura no todo lo que hay aquí habla de vuestra fe y de vuestros beneficios? Ellos son conocidos en todo el mundo: *Fides vestra annuntiatur in universo mundo.* Vuestra caridad ha sido bendecida, hace muy pocos años, en las playas de la Siria y en las montañas del Líbano; ha sido bendecida en las vastas comarcas de la China, donde millones de huérfanos han aprendido a conocer y amar a Dios, aprendiendo tambien a conocer y amar a sus bienhechores; ha sido bendecida en la península de la India, adonde ha enviado a uno de sus hijos el apóstol de Mayssour; ha sido bendecida en las islas de la Oceanía por los celosos é infatigables misioneros salidos de esta diócesis para llevar el Evangelio y extender allí el reino de Jesucristo; ha sido bendecida en la Africa, en Asia, en América, donde nuestra congregacion del Buen Pastor mandó sus santas hijas para extender la enseñanza católica y desafiar los furios del cólera; ella ha sido bendecida en fin, y sobre todo, en las riberas del Tíber, sobre la roca inmóvil del Vaticano y del Quirinal, en donde el ángel del mundo católico está arrodillado, levantando hácia el cielo sus manos suplicantes, y de lo alto de la gran tribuna de San Pedro derrama sus bendiciones.»

Un venerable cura adicto al Santo Padre.

Se leía últimamente en la *Revue catholique de Troyes*:

« Un venerable cura de esta ciudad, nos escriben, ha llegado hace poco a su quincuagésimo año de presbiterado, y no há mucho en una reunion distinguida y numerosa se le comprometia a que festejara, como es costumbre, esta fecha interesante de su vida sacerdotal. El buen cura parecia no oír, y no decia nada, esperando que la conversacion tomara muy pronto otro giro, y no tardarian en dejarlo en paz; pero las sollicitaciones fueron cada vez mas urgentes, y al fin le fué preciso responder, a riesgo de turbar tal vez con sus palabras de tristeza aquella fiesta de familia, en la que él tenia un papel tan principal. ¡Ah! señores, exclamó, no pudiendo contenerse más, vosotros quereis que me regocije y que invite a mis hermanos a participar de mi gozo, cuando nuestro Padre, el magnánimo Pio IX está sobre la cruz, cuando lleno de amarguras y sumergido en la angustia, implora la caridad de sus hijos. ¡Oh! no, no lo esperéis de mí: permitidme mas bien que me esfuerce en responder a la voz que nos llama, y que por una filial limosna asegure a la debilidad de mis últimos dias las bendiciones de que tanto necesito. » Todos los asistentes aplaudieron, y el buen cura, dichoso con ver sus sentimientos tan bien comprendidos y tan vivamente secundados, prometió dar 600 fs. a la caja del Óbolo de San Pedro. Por lo demás, su cincuentena no será ménos solemne, y la fiesta religiosa, la única importante despues de todo, no faltará. El señor cura dirá una misa, a la que serán invitados particularmente los pobres de su parroquia, y cuyo dia no tardará en fijarse. »

—La *Revue catholique* de Troyes, en su número 11 de Noviembre, añade:

« El lunes último, en San Urbano, el señor abad Bourcelot, cura de esta parroquia, celebraba el jubileo semi-secular de su sacerdocio. A las diez, una asistencia numero-

sa de sacerdotes y de fieles se encontraba reunida bajo las bóvedas de la antigua colegiata, y el señor abad Bourcelot comenzó la misa mayor, en la que todas las funciones, así del coro como del santo altar eran desempeñadas únicamente por sacerdotes. Otros muchos eclesiásticos distinguidos ocupaban la sillería del coro. El R. P. Gruel predicó, y en su sermón mostró lo que ofrece de grande y de sublime una série de cincuenta años pasados dignamente por un hombre en el sacerdocio de Jesucristo. ¡Cincuenta años de sacerdocio! ¿No es esto una porción considerable en el intervalo de diez y ocho siglos y medio que cuenta solamente de duración la Iglesia? El reverendo padre se esforzó al concluir en hacer resaltar el carácter particular de la fiesta que se celebraba, y la edificación que en ella se añadía por el donativo hecho a Pio IX por el venerable cura con motivo de un aniversario tan memorable. Despues de la misa se cantó el *Te Deum*, en medio de un depósito solemne, en el que la brillante iluminacion, unida a las otras decoraciones de la iglesia, daba a esta pompa religiosa el esplendor de una gran solemnidad. No habia allí que lamentar más que la ausencia de Monseñor: compromisos contraídos con anterioridad debian alejar de Troyes al prelado, que habiendo venido el domingo a San Urbano para la fiesta de las señoras de la Sociedad de San Matías, habia manifestado públicamente el sentimiento que tenia por no poder asistir a la ceremonia del dia siguiente. Su Señoría ha dicho cuán feliz será al enviar al Santo Padre la bella ofrenda puesta desde hace algunos dias en sus manos por el señor cura, y con hacer saber a Su Santidad el amor y adhesión que encierra este acto de una piedad filial que no ha querido contar ni aun con las necesidades mas legítimas. Estas palabras han sido recibidas por el auditorio con la mas viva satisfaccion, y una limosna distribuida en la tarde de la fiesta a las Pequeñas Hermanas, a la Obra de la Misericordia, y a los pobres de la parroquia, ha coronado dignamente para el Buen Pastor este dia de gracias y bendiciones. »

Las ofrendas de los pobres.

Se lee en la *Semaine Catholique* de Rodaz:

«Hace poco tiempo, un propietario de la diócesis de Rodaz, de una mediana fortuna, ha dado al morir, 2,000 fr. para el Óbolo de San Pedro.

«Hé aquí el extracto de una carta dirigida por un venerable cura al señor secretario general del obispado de Rodaz: «Encontraréis aquí incluidos dos billetes de banco de 100 fr. cada uno; además, os daré cuenta de 210 fr. Dos jóvenes obreros han reunido esta suma de 210 fr. céntimo por céntimo, imponiéndose diariamente algunas privaciones. Profundamente conmovidos por las persecuciones que no cesan de suscitar a Nuestro Santo Padre el Papa, le envían esta pequeña suma para auxiliarlo en su triste posición en cuanto lo permitan sus facultades.»

«Una sirvienta de Rodaz ha dado la semana pasada, 100 fr. para el Óbolo de San Pedro.»

Sacrificios admirables.

Se lee en la *Semaine de Toulouse*:

«Varios obreros jóvenes de nuestra ciudad tienen la costumbre de reunirse cada año, para regocijarse inocentemente, durante algunas horas, alrededor de una *torta del rey*, y ya han concertado entre sí el sacrificio de esta alegre fiesta, con el doble pensamiento de asociarse a los presentes dolores de la Iglesia, y de sacar con sus privaciones, un pequeño aguinaldo para ofrecerlo al Pontífice-Rey.

— «Nosotros mismos hemos recibido hace poco tiempo, la visita de una sirvienta anciana y pobre que nos era desconocida, y que por una simple lectura de la *Semana Católica*, ve-

nia a suplicarnos que trasmitiésemos en su nombre una suscripción al empréstito pontificio. Todas las observaciones que creímos prudentemente hacerle sobre la magnitud de su proyecto no pudieron hacer que cambiara su resolución. Ella dió cerca de *mil francos*, esto es, todo el ahorro de una larga y penosa vida. ¡Cuán consolador es saber que existen aún tan grandes almas en medio de nosotros! ¡pero también qué acusación tan terrible para tantos cristianos tibios, aquí y en el tribunal de Dios!

Economías ofrecidas al Papa.

Se lee en la *Union*:

«Se nos ha referido un hecho muy tierno que acaba de pasar en Quimper. Un doméstico y una persona cuya posición es más modesta aún, han suscrito al empréstito pontificio una suma de 1,980 francos. Esta suma representa la totalidad de las economías realizadas durante algunos años de buenos y leales servicios.

«En vano se ha hecho observar a estas personas, que en las dolorosas circunstancias que atravesamos, la revolución puede de un momento a otro consumir sus atentados contra la augusta persona del Soberano Pontífice y destruir su soberanía temporal, corriendo el riesgo de ser aniquilada su pequeña fortuna... Estas esforzadas gentes no tienen más que una inquietud... el temor de que su dinero no llegue al Santo Padre. «Por lo demás, dicen ellas, esperamos en Dios y en su Divina Providencia, que proveerá a las necesidades de nuestra ancianidad.» Hé aquí el hecho en su sublime simplicidad.»

Bellos ejemplos.

Se nos escribe de la casa de las Ursulinas de Avranches, con fecha de 20 de Mayo de 1867:

«Permitidme, mi Reverendo Padre, para regocijar vuestro corazón tan adicto al Soberano Pontífice, el que os diga que nuestras hijas acaban de hacer una rifa para el Óbolo de San Pedro. La cifra se ha elevado a 300 francos: ¡oh! y con cuántos trabajos han podido reunir nuestras niñas esta suma: como siempre, la ofrenda del pobre ha sido su mas grande auxilio: ¡cuántas mujeres faltas de todo, han dado 10 céntimos, diciendo: ¡yo me la pasaré sin comer ahora para dar esto a nuestro Santo Padre! Un jóven doméstico, apoyo de su familia, y no teniendo por esta razon mas que una fortuna de 30 céntimos, ha dado 20 francos, excusándose por guardar el resto. ¡Qué ejemplos!

«Ste. M. . . . R. Ursulina.»

—En Ruan, un buen anciano de las Pequeñas Hermanas de los Pobres, encargado de las comisiones de la casa, recibia desde hace algun tiempo de la superiora, como recompensa, las cortas sumas de cinco ó diez céntimos. El dia de la Anunciacion, el pobre anciano fué al encuentro del sacerdote que venia a officiar y le dió una pieza de 5 francos *para la propagacion de la Fe*. El sacerdote, conmovido por un paso semejante, rehusó esta cuota como excesiva. El hombre insistió y rogó al ministro de Jesucristo que dijese una misa por su mujer difunta, y guardase el resto de los honorarios para la propagacion de la Fe. El padre apartó sus honorarios, y lo de la propagacion de la Fe, y volvió al caritativo huésped de las Pequeñas Hermanas una pieza de 2 francos. «Gracias, Señor abad, gracias, exclamó nuestro buen viejo; tomad estos 2 francos para nuestro Santo Padre el Papa.»

¡Oh! ¡quién podrá decir los rasgos de este género que quedan ocultos! Mas ¡cuán bello es que algunas indiscreciones los descubran, a fin de que sirvan de leccion y estímulo para los otros!

A beneficio del Santo Padre.

En el mes de Mayo la *Semaine religieuse de Sens*, señala una generosidad admirable:

«Una persona que habita en la pequeña poblacion de S*** acaba de vender una casa en 2,000 francos, más que el capital representado por el alquiler que sacaba de ella. La ocasion le pareció excelente para hacer una ofrenda al Óbolo de San Pedro. La obra se aprovechó de toda la diferencia; los 2,000 francos fueron remitidos al cura de la parroquia, quien se apresuró en hacerlos llegar al Santo Padre.»

Dos cristianas generosas.

Desde 1859 ó 1860 dos señoras se presentan regularmente, cada año, en casa de un prelado que se sabe tiene relaciones directas con Roma. Su porte es sencillo, su exterior más que modesto: nada puede manifestar quiénes sean. «Monseñor, se contentan ellas con decir al prelado, os traemos nuestra ofrenda para el Óbolo de San Pedro.» Al mismo tiempo sacan de una gran bolsa ó de una cartera, algunas monedas y billetes de banco y los depositan sin decir palabra sobre la mesa de Monseñor; después saludan respetuosamente al prelado y se retiran. La ofrenda que dejan es ordinariamente de 15 a 20,000 francos. Varias veces Mr.*** ha querido entablar conversacion con ellas y preguntarles bajo

más modesto y mas simple que la existencia privada del piadoso Pontífice. Lo que el gran San Pablo decia en otro tiempo de sí mismo, el Santo Padre está pronto a decirlo como él: el pan de cada día y un vestido para cubrirnos es suficiente para nosotros: *Alimenta et quibus tegamur, his contenti sumus*. Lo que sucede a la letra; y si pudiésemos descender a pormenores, nosotros sabemos y diríamos cuál es la frugalidad de su mesa, cuál es la simplicidad de este aposento en donde su cabeza cargada de negocios, trata de encontrar reposo. Pio IX no tendría necesidad de ningun esfuerzo para pensar y repetir con el Apóstol de las naciones: «Yo sé llevar la humillacion, y sufrir la afliccion, así como estar en la abundancia; sé sufrir el hambre, así como estar saciado: *Scio humiliari et abundare et esurire et penuriam pati*, y tambien añade: *omnia possum in eo qui me confortat*. Discípulo de un Dios paciente y humillado, todo lo puedo con la gracia de Aquel que me fortifica.»

«Así podemos deciros, nuestros muy amados hermanos, con uno de nuestros venerables colegas: «No es por él, sino por nosotros por lo que Pio IX necesita recursos.»

«Debemos hacer notar, dice Mr. Pie, que nunca ha tenido mas necesidad el dinero que hoy de ser lavado de sus manchas y purificado de sus excesos. ¿No es en verdad una gracia la que se nos ofrece en esta ocasion para hacerlo servir a la causa de Dios y de su Cristo, a la causa de la verdad, de la virtud, de la justicia y del derecho; esta moneda que puede tan legítimamente ser llamada «la riqueza de iniquidad,» puesto que, cuando ella no es el fruto, generalmente se le hace servir como instrumento?» *

* Se leerán con interes las siguientes líneas tomadas de uno de los mas ilustres obispos de Francia, Mr. Pie:

«El producto total del Obolo de San Pedro representa cada año una suma de cerca de nueve millones. Si a nosotros los católicos nos puede parecer esta suma corta, los enemigos de la Iglesia no tienen el derecho de pensarlo ni de decirlo. ¿Cuál otro poder, acá en la tierra, obtendría anualmente un don gratuito de esta impor-

Solo Dios que los inspira conoce los rasgos sublimes de desprendimiento y generosidad de que ha sido ocasion la bella obra del Óbolo de San Pedro.

Adhesion de los indios al Papa.

Mientras que otros ofrecen su sangre, nosotros podemos dar un poco de oro para la más santa de las causas. ¿Podremos mostrarnos ménos adictos a esta causa que los pobres indios?

Ved aquí lo que un misionero escribe de Maggué (Maysur) el 3 de Enero de 1867:

—«¿Y qué hace nuestro Santo Padre el Papa? ¿Y vosotros, europeos, qué haceis que no habeis aplacado la cólera de Dios con vuestras oraciones? Por acá nosotros oramos tambien, pero no nos atrevemos a decir la última palabra a nuestros indios; los escandalizaríamos. Cuando se les habla de los enemigos del Santo Padre, preguntan si todavía hay muchos paganos en Europa. No creen que los cristianos puedan ultrajar de esta manera a Cristo, a su Iglesia y a sus sacerdotes. Muchos nos preguntan con admiracion: «¿Acaso ha muerto Napoleon para que los infieles amenacen al Papa?» Aquí, en mi pequeña aldea de cuatrocientos diez y seis habitantes, hubo un día en el año, más de cien comuniones por el Papa. ¿Cuán feliz soy en hacer orar a estos pobres indios y alistarlos en batalla contra los orgullosos impíos de la Europa!»

tancia? Como tambien ¿qué otro poder se hubiera atrevido a proponer varios préstamos sucesivos bajo condiciones tan poco ventajosas al prestamista? «¿Qué venimos hoy a pedirnos, N. Q. H., y qué es necesario para poner vuestras liberalidades al nivel de las necesidades actuales de la Sede apostólica?»

Rasgos sublimes de generosidad.

La adhesión a Pio IX no disminuye. Los diarios insertan todos los días en sus columnas los rasgos más conmovedores. Ultimamente una familia de Orleans partía para Roma; cada uno se apresuraba a llevarle su ofrenda para el Papa, y aun los obreros venían a depositar unos 15 francos, 10 francos, otros ménos, todos querían llevar su ofrenda para el Óbolo de San Pedro.

Una jóven, que vivía en un paraje retirado, estaba triste por no tener una suma de dinero disponible para unirlo a esta remesa; algunas lágrimas silenciosas se escaparon de sus ojos. De repente su rostro se ilumina, el gozo sustituye a la tristeza: «Y yo, exclama ella, yo también tengo mi ofrenda para el Santo Padre!» Sale al instante y lleva los dos únicos recuerdos de la familia que le quedaban, los anillos de oro y la sortija de diamantes legados por su madre: ¡el deshacerse de estas cosas no era ya para ella un gran sacrificio!

Me complazco en señalar estos actos de generosidad, esta espontaneidad de las almas sencillas y piadosas, que siendo pobres son conmovidas en su fe y en su caridad por un infortunio más grande, más profundo que el suyo.

—El Santo Padre está profundamente conmovido por los testimonios de adhesión y generosidad que no cesan de llegarle de todos los puntos del mundo católico, y sobre todo, de la Francia.

Entre mil rasgos, citaremos los siguientes:

«Una pobre enferma de la diócesis de Tolosa, reducida a lo estrictamente necesario, estaba profundamente afligida por no poder llevar como los otros fieles su óbolo para el Papa: esta mujer pasó entonces una parte de las noches en tejer medias, y después las rifó a provecho del Papa. ¡Cuán industriosa es la caridad y poderosa la fe!»

—El Óbolo de San Pedro no perjudica a otras obras. Un médico de Tolosa, muy adicto al Papa, recibió un honorario de 600 francos por los cuidados que había tenido con buen éxito, con uno de sus enfermos, y dedicó toda esta suma para el establecimiento de los Jóvenes Ciegos. No hemos podido resistir al placer de señalar tal liberalidad. Ella ha sido acogida con tanto más reconocimiento, cuanto que el instituto de que hablamos, recibiendo todos los días nuevas personas, tiene una necesidad urgente de agrandarse, para cuyo objeto se organiza en este momento una suscripción.

La ofrenda de los pobres.

Las niñas confiadas a las religiosas del Buen Pastor de Sens han depositado en poder del arzobispo, a título de aguinaldo, para el Soberano Pontífice, la suma de 130 francos. Esto era el producto de algunas horas de recreo que han consagrado estos últimos meses a trabajar por el Papa.

—«Vais a Roma, decía últimamente una hija del pueblo, de la diócesis de Nántes, a un sacerdote que iba a partir a la Ciudad Eterna; aquí tenéis los ahorros de toda mi vida: tomadlos, ponedlos a los pies del Papa, y pedidle para mí su bendición.» Este sacerdote al ver una suma relativamente considerable, se creyó obligado a dirigirle algunas preguntas antes de aceptar su ofrenda:—«¿Qué edad tenéis?—Mas de cincuenta años.—¿Cuánto tiempo habeis necesitado para ahorrar esta suma?—Cerca de cuarenta, pues desde los doce ya ganaba mi pan. ¿En qué pensabais emplear esta suma antes de conocer las necesidades del Santo Padre?—La había destinado para vivir en mi ancianidad.—¿Y ahora de qué vivís?—De mi trabajo.—¿Y si caís enferma?—¡Ah! entonces. . . . *iré al hospital.*—Diciendo estas palabras desapareció, dejando su ofrenda en manos del sacerdote. El Santo

Padre, instruido de esta generosidad, se ha conmovido profundamente.

—Escriben de Auxerre a la *Semaine religieuse de Sens*:

«Algunas mujeres del asilo de mendigos de nuestra ciudad, que asistian a la misa mayor de nuestra parroquia, en San Eusebio, y que oyeron las tiernas exhortaciones con que el Señor Dean acompañaba la carta pastoral de Monseñor sobre el Óbolo de San Pedro, tomaron la resolución de dar también a lo menos sus quince céntimos al bueno y pobre Santo Padre; la piadosa resolución se inspiró a las que no habían asistido a la misa y se comunicó también entre los hombres. ¿Pero quién es rico en el asilo de mendicidad? Los más sanos pueden por su trabajo ganar 10 cs. por día, los enfermos no ganan nada, y son los más. Algunas de las mujeres que ganan 10 cs. diarios, dan cada una a dos ó tres enfermas, los 15 céntimos exigidos por el reglamento. En fin, tuvo lugar la cuesta, y produjo 11 francos 70 céntimos.

—Se lee en la *Semaine religieuse d'Angers*:

«La parroquia de San Pedro de Saumur ha dado 1,200 fs. para el Óbolo de San Pedro.

«Dos personas han remitido para el mismo Óbolo títulos del empréstito pontificio.

«Se han ofrecido 550 fs. a nombre de la parroquia de Bécon para el Soberano Pontífice.

«La pequeña parroquia de Epire, que no cuenta más que con cuatrocientos habitantes, ha ofrecido para el Óbolo de San Pedro, la suma de 320 fs., gracias a una piadosa industria que nos apresuramos a contar. Hay una antigua costumbre entre las mujeres de esta localidad, de hilar para la conservación de la ropa de la iglesia. Este hilo, del peso de 6 kilogramos, se puso a remate, y encontró inmediatamente un postor que lo pagó a 25 fs., declarando desde luego que dedicaba su nueva propiedad a beneficio del Óbolo de San Pedro. Tuvieron lugar nuevas adjudicaciones, y

sucesivamente los 6 kilogramos de hilo fueron pujados a la cifra de 168 francos, que unidos a la cuesta hecha en la iglesia, han producido la suma de 320 francos. El gozo de las hiladoras ha sido grande, al ver que el fruto de su trabajo ha contribuido a aliviar las angustias del augusto Pio IX, y se proponen hilar más y con más ahinco.

El Óbolo de San Pedro en España, en Italia y en Bélgica.

Los donativos recibidos para ayudar a las necesidades de Nuestro Santo Padre Pio IX se han elevado en las Islas Canarias y de Tenerife, a la suma de 153,571 reales.

—Se lee en el *Observateur Romain*, Febrero de 1867:

«Hemos hablado ya de las ofrendas hechas al Santo Padre por los católicos belgas, ofrendas que provienen de suscripciones abiertas por la prensa católica para presentar aguiñaldos al Pastor universal de los fieles. Hé aquí la cifra de las sumas colectadas por estos diversos diarios:

El Bien público de Gante, 37,400; *La patria de Brujas*, 13,500; *El Diario de Courtrai*, 5,000; *El Diario de Ipres*, 11,200; *El Diario de Anvers*, 4,530; *La Gaceta de Lieja*, 32,600; *El Amigo del Orden de Namur*, 12,000; *La Voz de Luxemburgo*, 8,000; *El Henao (Mons)* 5,200; *El correo de Escaldá (Tournai)*, 11,800; *La Union de Charleroi*, 7,100; *El Constitucional de Hasselt*, 3,000; *La Union de Dinant*, 600; *El Novelista de Verviers*, 2,000; *El Correo de Halle*, 1,500; *El Correo de Bruselas*, 90; *La Gaceta de Nivelles*, 200; *El Monitor de Lovaina*, 4,200; *La Dyle de Malinas*, 100,000; *El Diario de Bruselas*, 51,400. Total, 222,650 francos.

En esta suma no están comprendidos los diarios flamencos,

qué nombre inscribía una ofrenda tan rica. Una graciosa sonrisa, y algunas palabras llenas de modestia, le han hecho comprender que no debía insistir.

Este año las dos misteriosas señoras no se presentaron en la época acostumbrada. Mr.*** pensaba que estas generosas visitadoras habían renunciado a hacer sus donativos al Óbolo, ó que se habían dirigido por otro conducto. Al cabo de cinco ó seis semanas, se presentaron misteriosas y sencillas como de ordinario. Esta vez añadieron algunas palabras a su fórmula acostumbrada. Esto fué para excusarse. «Monseñor, dijeron, nos hemos tardado en venir, pero fué con el fin de aumentar un poco nuestro presente, a causa de las necesidades mas urgentes del Santo Padre.»

Cuando se retiraron se encontró sobre el bufete del prelado 26, ó 28,000 francos.

Este hecho nos ha sido referido por el mismo Monseñor*** †

Joya de una pobre obrera vendida para el Obolo.

«Señor y muy venerable Cura:

«Yo no soy mas que una pobre obrera. He perdido todo, mis queridos padres, y mi bien. Yo estoy casi sola sobre la tierra.... pero no, estoy en los brazos de la Providencia y bajo la proteccion de la Gloriosa é Inmaculada Virgen María. Desde hace mucho tiempo, señor, he deseado hacer una ofrenda a nuestro muy querido Padre el Soberano Pontífice. Hubiera querido enviar una suma mayor, pero el trabajo ha faltado y os confieso que no hubiera podido dar nada si no hubiese recurrido a un pequeño expediente. Poseía una pequeña joya; me era muy querida, pues la heredé de mi

† Historia de la justificación del Obolo de San Pedro, por el abad Dumax.

madre. Me he desprendido de ella a fin de manifestar a Dios cuán sensible soy a los dolores de su Vicario. Yo anhelaba con todo mi corazón el que me fuese permitido a mí también, débil mujer, como al joven David, ir al frente de todos estos Goliath que se atreven a atacar a nuestro Santo Pontífice Pio IX.—N.***»

Un billete de 50 francos estaba encerrado en la carta de la pobre pero generosa obrera.

El cajon de Pio IX está frecuentemente vacío.

El Santo Padre tiene en su bufete un cajon ó especie de cofre donde deposita el dinero que destina a sus buenas obras. Frecuentemente este cajon está vacío.

Una persona se presentó hace pocos meses en audiencia. Llevaba al Papa cierta suma de dinero. «Hijo mio, le dijo con bondad Pio IX, haceis bien de traerme este dinero, yo no tenía nada.» Y el Santo Padre que conocia muy bien a su piadoso visitador, y que le queria mostrar que le trataba con una confianza paternal, abrió el famoso cajon: estaba muy vacío. Su Santidad prosiguió con una amable jocosidad: «Pio IX como un pobre hijo de San Francisco que es, no tiene nada. Pero he notado siempre, que la Providencia no lo deja jamas así, porque tiene necesidad de dinero para sus obras. Cuando este cajon está vacío, no se pasa ordinariamente el día sin que reciba alguna cosa, aunque no sea mas que un escudo. ¡Vedlo! no tenía nada y hé aquí que me traeis una ofrenda, y ciertamente, es más que un escudo.» *

* N. S. P. el Papa es, en efecto, de la Tercera Orden de San Francisco. En una modesta sala del pobre convento de Franciscanos, cerca del coliseo en Roma, se leen estas palabras abajo de un retrato de Pio IX. *Pius IX P. M. hoc in s. recessu, MDCCCXXI, ad tertium Franciscanum ordinem adscissus est.*

dre, quinientos veinte francos bien contados. ¡Dios sea bendito!

Los huérfanos y los pobres, harán a fuerza de multiplicar el óbolo de la viuda, que se incline la balanza del lado de la misericordia, del triunfo y de la salud. Así sea!!!

Tengo a la vista el privilegiado y maravilloso estuche que encierra la preciosa suma destinada a sostener un zuavo al Pontífice-Rey.

¡Pobres niñas de la Caridad, que el buen Dios dé agilidad y gracia a sus dedos, para hacerlas aptas y ejecuten bellas obras! Sobre las faces exteriores se lee:

«*Viva Pio IX, Pontífice-Rey y Papa.—De la Inmaculada Concepcion.*» (Raso blanco, letras de oro.)

Sobre las caras exteriores, (raso azul, letras de oro), se lee:

«*A Pio IX—Las niñas de la Providencia—San José—en San Chamond [Loira.]*

Cada esquina del romboide, está adornada con preciosas guarniciones de perlas de todos colores! ¡Esto es bello! . . . Casi iba a decir, *digno del Papa*. Dentro de poco, una señora de Marsella habrá remitido de mano en mano, estuche y limosna al Soberano Pontífice, Papa de nuestro corazón.

Una carta va a interpretar este regalo, al que acompañan tan santos deseos.

En esta carta, las queridas niñas van a pedir al Vicario de Jesucristo, algunas bendiciones para sí.

Las vocaciones al sacerdocio, recompensa de la adhesión á Pio IX.

Solo Dios que los ha inspirado, conoce todos los sacrificios heroicos que han suscitado entre los cristianos las persecuciones sufridas por el augusto Pio IX. En medio de una sociedad devorada por el egoismo, ofrecen un espec-

táculo magnifico los sacrificios de todo género, que los fieles se han impuesto voluntariamente y con placer para auxiliar al Pontífice-Rey. Las madres le dan sin vacilar, lo que tienen de mas caro en el mundo; ellas son las primeras en comprometer a sus hijos a que se alistén bajo los estandartes del Gefe de la Iglesia. Los jóvenes de las mejores familias, renuncian voluntariamente las mas bellas carreras para alistarse como simples soldados en la milicia del Papa. Los pobres son ingeniosos para encontrar, a pesar de su indigencia, el medio de manifestar tambien, a su manera, todo su amor hácia el Vicario de Jesucristo, y Dios se complace desde este mundo, en recompensar su generosidad. Ved aquí un tierno relato segun el *Messenger de la Semaine*:

«A vista de una de las costas de la Bretaña, se encuentra una pequeña isla que solamente está habitada por pobres pescadores. Del número de estos habitantes es una familia compuesta de veintidos personas: el abuelo, la abuela, el padre, la madre é hijos de todas edades. De estos, los que tienen mas fuerza, tienen mucho trabajo para ganar la subsistencia necesaria para todos, y para perder ménos tiempo confían a uno de los mas jóvenes el cuidado de ir a vender a la costa vecina el producto de la pesca. Este año, la importante mision de comisionado se habia confiado al buen Jacobo, verdadero tipo de rectitud y de simplicidad.

«En el día en que nos encontramos, despues de haber hecho su oracion a Dios por el buen éxito de su empresa, Jacobo atravesó el brazo de mar que lo separaba de las costas de Francia, y llegó al mercado, donde trataba de recoger las mas interesantes noticias para contarlas en la velada. Las que circulan en este momento son seguramente las mas interesantes de todas para los corazones cristianos, puesto que se refieren a Roma y al Soberano Pontífice. Los unos hablan de una derrota mas gloriosa que la victoria, puesto que ninguno habia retrocedido ante la palma del martirio, única manera que les queda de protestar contra los despojos consumados respecto del Padre comun.

«Se cuenta también que el Santo Padre, cediendo a las necesidades absolutas de su gobierno el producto del Óbolo de San Pedro, cuyo rasgo generoso nos trasporta a los primeros siglos de la Iglesia, no teniendo más, había entregado todos los objetos dejados en su palacio para una lotería, cuyo producto sería conservado exclusivamente para socorrer a los más desgraciados de sus hijos. Se añade que cada billete será de veinte sueldos para que todos puedan tomarlos.

«Jacobó, que más de una vez había sentido que su poca edad no le permitiese solicitar el honor de estar en Castelfidardo, sintió latir su corazón al comprender que con veinte sueldos podía aún manifestar su adhesión a la causa santa; pero, ¡veinte sueldos! ¿cómo reunir jamás semejante suma fuera de las necesidades absolutas de la pobre familia?

«Jacobó se dirigió como siempre, a sus dos buenas madres del cielo: «La Santísima Virgen María y Señora Santa Ana de Auray,» rogándoles le sugiriesen el medio de adquirir también un «billete de la lotería pontificia,» a nombre de la pobre familia. ¡Qué felicidad para todos, si cada uno podía darse el testimonio de haber concurrido al deseo del Santo Padre, dándole los medios de hacer aún una limosna!

«¿Es a esta respuesta del cielo prometida a toda oración fervorosa, ó es al corazón de Jacobó solamente a quien debemos atribuir el repentino pensamiento que vino a iluminar su alma y a reanimar todas sus esperanzas? De cualquier manera que sea, Jacobó aceleró el paso, ardiente con el deseo de comunicarlo al consejo de los ancianos en el hogar doméstico. Así, después de haber contado las noticias del día al humilde auditorio doblemente atento, Jacobó, que ya había visto correr más de una lágrima de ternura y de pesar, aventuró en fin su proposición, esta ambiciosa proposición de llegar a encontrar, «sin gravar la conciencia, la suma de veinte sueldos contantes,» entre ellos en que con tanta frecuencia faltaba lo necesario. La proposición de Jacobó héla aquí: prometer un ayuno de veinte días, que so-

portarian solamente los más fuertes de la familia. «La privación de una comida puede muy bien calcularse en un sueldo, ¿no es así, buena madre?»

«A esta proposición siguió un grito general de gozo: ¡viva el santo ayuno! ¡viva el buen pensamiento, Jacobó! exclamaron a la vez todas las voces y todos los corazones del hogar. Pero no vayais a creer que te cedemos nuestros derechos, añadieron aún los más viejos y los más jóvenes; no, ¡no hay cuartel!

«Desde el día siguiente, la primera comida no contaba con los veintinueve convidados, y al cabo de veintidós días, Jacobó voló más bien que corrió para depositar su ofrenda y traer en cambio su billete de la lotería pontificia.

En fin, hénos aquí en el día en que llegados los lotes a su destino, se consulta los nombres de aquellos a quienes la suerte ha sido favorable y toda la comarca toma parte en la felicidad de Jacobó cuando recibe la invitación de llevar su billete para demostrar su derecho en la distribución. Como es fácil adivinar, no faltó al llamamiento, y llenadas legalmente todas las condiciones, Jacobó se encontró en posesión de un paquete de forma casi circular y cuidadosamente cerrado por varias cubiertas selladas con lacres de color, el cual tomó violentamente, sin abrirlo, a pesar de las instancias que se le hacían.

«Como siempre, puso desde luego en manos del venerable anciano el precioso depósito, y varios encontraron sus movimientos demasiado torpes para corresponder a la impaciencia que dominaba a todos. Todos los ojos, todas las voces estaban como en suspenso, hasta el momento decisivo de la rotura de estos sellos, que debían mostrar a las claras este objeto tan sagrado que venía del Santo Padre el Papa.

«Este venerable jefe de una familia tan numerosa, después de haberse inclinado profundamente ante un depósito tan sagrado para él, pronunció estas palabras con una voz solemne y penetrada de una piadosa emoción: «Hijos míos, ninguno de los que estamos aquí es digno de romper estos

sellos que vienen de una fuente tan venerada. Así pues, Jacobo mio, nuestro consuelo, tú partirás mañana ántes de amanecer, para encontrarte en la iglesia en el momento en que el señor cura vaya a decir la misa, porque solo a él es debido el honor de romper estas cubiertas benditas.»

«A esta orden tan formal del venerable abuelo, toda la familia se sometió, aunque con gran tristeza, y despues de hacer como siempre la oración en comun, la piadosa familia invocó el olvido del sueño, a fin de que la llegada del dia siguiente les pareciese ménos larga.

«Entretanto este día tan deseado llegó al fin, y habiendo roto el digno pastor todos los sellos, los dos testigos se encontraron en presencia de una especie de cofrecito cubierto con una piel morada y cerrado por tres broches dorados.

«Ya el cofre, al cual daremos el nombre de estuche, apareció con una gran belleza; ¿pero cuál sería su admiración cuando habiendo hecho voltear los broches, el cofre ofreció a los ojos sorprendidos de nuestros dos espectadores un aderezo de gruesas piedras de un color brillante, rodeadas cada una por otras pequeñas mas brillantes aún que las primeras? La admiración fué tal para ambos, que quedaron como mudos. «¡Ah! señor cura, exclamó Jacobo, yo sabia muy bien que esto habia de suceder de un modo ó de otro.—¡Cómo! ¿tú sabias que habias de ganar un presente tan bello? Veamos, Jacobo, explicate.»

«Jacobo entónces, volteándose por todas partes como para asegurarse bien de que ninguno podia oírlo, se acercó mucho al señor cura y le dijo en voz baja: «puesto que el señor cura me ordena hablar, Jacobo no puede callarse; yo voy pues a decirle mi secreto, tal cual es, sin que jamas hasta ahora lo haya oído alguno sobre la tierra. Falta, pues, que sepais, señor cura, que en el bello dia de mi primera comunión que vos tuvisteis la bondad de darme, en el momento que yo acabé de recibir a Nuestro Señor Jesucristo, sentí como una voz que me hablaba allá en mi corazón y que me decía: «¿Jacobó, no serias muy feliz si un dia te hiciese el

«honor de tomarte a mi servicio como al señor cura? ¡Ah! «mi buen señor, Jacobo moriria de gozo» respondí yo, sin saber a quien hablaba. Todo el resto del dia creí oír siempre estas mismas palabras; y aunque trataba de olvidarlas, como no hacia mas que llorar, tomé el partido de ir a contar todo esto a nuestra buena Santa Ana. Y mientras enjugaba mis pobres ojos, hé aquí que oí en el corazón una voz que me dijo: «no lloréis mas, Jacobo mio; lo que tú deseas te será concedido.»

«Despues de haber convertido el lote de la lotería pontificia en provisiones de toda especie para la pobre familia, el buen Jacobo tuvo la dicha de ser admitido gratuitamente en un pequeño seminario, donde es un alumno piadoso, activo y que promete muchas esperanzas.»

Las dos ciudades.

La Italia presenta en este momento el espectáculo de las dos ciudades de que habla San Agustín, la ciudad del Bien y la ciudad del Mal; la ciudad de Jesucristo y la de Belial; la ciudad de Pio IX y la de Garibaldi.

Hé aquí un extracto de la *Correspondance de Rome*, Febrero de 1867, que servirá de pieza justificante á nuestro aserto:

«Nosotros tenemos frecuentemente la ocasion de afirmar que hay dos Italias bien distintas, la que forman los *revolucionarios* y la que forman los *cristianos*. A los hombres que se precian de moderados que nos reprochen esta distincion y reivindiquen para los revolucionarios la cualidad de cristianos, les responderémos que por sus actos y por sus doctrinas, los revolucionarios encarnizados en la persecucion de la Iglesia y en la destruccion del Papado, rechazan esta cualidad, la desprecian y la odian; y a fin de dar una prueba irrecusable del contraste que presentan sin cesar los unos y los otros, recogémos algunas de las leyendas que acompañan las ofrendas al Óbolo de San Pedro y las ofrendas al *Consortio Nazionale*.

«Se sabe que la *Unitá Cattólica*, órgano principal de los católicos en Italia, acogiendo la proposicion de un patricio de Módena, el señor conde Claudio Boschetti, se ha encargado de recibir la ofrenda de *cien ciudades de Italia*, con motivo del centenario de los mártires Pedro y Pablo, y de publicar un *Album* que reúna con la indicacion de las suscripciones particulares, las leyendas que acompañan a estas suscripciones. Así nosotros encontramos en la primera publicacion de la *Unitá Cattólica*, con fecha de 18 de Enero, las siguientes líneas:

«¡Oh Dios Eterno! en vos ponemos toda nuestra esperanza, y ofrecemos al Santo Padre, 21 francos implorando su bendicion.—Yo imploro la bendicion apostólica, porque quie-

ro obtener una grande gracia del cielo, y envio 1 franco 50 céntimos a Pio IX.—E. G., que desearia ofrecer 100,000 fs. ofrece al Soberano Pontífice 20 y pide una bendicion especial para sí y para sus hijos. ¡Que la caridad del amor de Jesucristo inflame su corazon! El pequeño Julio, 2 francos, la pequeña Emilia, 1 franco.—Padre Santo, nosotros os amamos y pedimos a Dios por vos. Y vos bendecidnos y rogad por nuestra perseverancia y por la salvacion de aquellos que os persiguen, porque no conocen ni a vos ni a la amable religion católica, 30 fs.—Santisimo Padre, he aquí 5 fs. que un pobre capuchino de la diócesis de Suse ofrece a Vuestra Santidad; son la limosna de las cinco primeras misas que ha celebrado despues de haber sido expulsado de su muy amado convento.—Un sacerdote que vive en el interior de un valle de la Liguria, separado del mundo, pero unido con el corazon y el espíritu a la santa Iglesia católica y a vos, ¡oh! Pontífice romano, 5 fs. Santo Padre, yo pido vuestra bendicion para mi padre enfermo.—Una mujer pobre que admira la pobreza del niño Jesus y de su Vicario.—Una cristiana enferma é incurable implora la bendicion, a fin de sufrir con paciencia.—¡Oh María Inmaculada, consolad al angélico Pio IX, convertid a los pecadores, dad la paz a la Iglesia y a la sociedad.—Una escuela de niñas, 5 francos 15 céntimos.—Un cura pobre de la diócesis de Imola y sus pobres parroquianos, os ofrecen, ¡oh Santo Pontífice y Rey! 10 francos que han colectado durante la novena de María Inmaculada.—Aunque nuestras miserias aumenten, no dejaremos de ofrecer os nuestro óbolo.—Mientras que tengamos mi familia y yo un pedazo de pan, lo dividiremos con nuestro Padre.—Nosotros somos unos pobres aldeanos que ganamos con trabajo nuestra vida, os ofrecemos lo que tenemos.—Bienaventurado Padre, los ángeles nos han anunciado la paz el dia de Navidad, y nosotros os deseamos la paz.—Una mujer viuda se presenta al Vicario de Cristo con la fe que llenaba el corazon de los pastores de Bethlehem ante el niño Jesus.—Mis ojos se vuelven hácia vos, ¡oh Vi-

cario de Dios vivo! Bendecidme.—Yo no soy mas que un niño, pero lo que recibo de mi padre, os lo ofrezco, ¡oh Pontífice Santo!—Un obrero tipógrafo, que obligado ha impreso algunas poesías contra el poder temporal del Papa y contra la religion, implora el perdon y la bendicion de Pio IX.—Hé aquí mi ofrenda a la magnánima pobreza y a la soberana debilidad del Rey-Pontífice Pio IX, al cual quisiera poder decir con Bossuet y Fenelon: «Santo Padre, olvideme yo de mí mismo si llego a olvidaros, y séquese mi lengua y permanezca inmóvil en mi boca.»*

* Ha llamado mucho la atención este año, el gran número de extranjeros que han venido a Roma de las diversas regiones de la península Italiana. Este número era muy limitado desde 1860, y esto se comprende. Ahora los católicos italianos son menos tímidos en la manifestacion de sus sentimientos, y además, se afanan en afirmarlos abiertamente para consolar al Santo Padre de las amarguras que le vienen de la Italia misma. En este momento se recoge en esta comarca tan querida para la Iglesia, pero tan trabajada por el espíritu del mal, un álbum de firmas y ofrendas para el Obolo de San Pedro, que serán presentadas a Su Santidad, el 29 de Junio, aniversario del martirio del Príncipe de los apóstoles. No abrimos un diario católico de Turin, de Milan, de Venecia, de Florencia, de Bolonia, de Nápoles, de Palermo, sin encontrar en él columnas enteras de nombres y de sumas.

Así la *Unita Cattolica* del 23 de Abril contiene un artículo titulado *Ancona a Pio IX con motivo del Centenario*. El obispo, algunos sacerdotes y los seminaristas, a pesar de la penuria a que están reducidos, ofrecen 623 fr.—Un eclesiástico da 120 fr.—El marqués Mancinforte y su esposa envían 100 fr.—Una señora que no se da a conocer se inscribe con 106 fr.—Una pobre sirvienta con 3 fr.—Un esportillero del muelle con 7 fr. 50 cs.—Una pobre familia que ha sufrido mucho a causa de su adhesión a la Santa Iglesia y a sus derechos, con 53 fr. etc.

Los diarios dan en páginas suplementarias, las listas de estos donativos, y en ellas, se ven a muchos napolitanos: la condesa María Statella ofrece un anillo de oro y una cruz de diamantes; la baronesa Sezza una onza de oro, sus hijas un fístel, un brazalete, pendientes y anillos de oro. La princesa Bisignani, un fístel; la duquesa de Scandito, un lapicero de oro adornado con piedras preciosas; la marquesa de Casalbore y sus cinco hijas ponen á los pies del Santo Padre todas sus joyas, etc., etc. Al lado de estas señoras de alto

«Tales son los sentimientos expresados por los italianos cristianos. Se sienten algunas veces los ojos húmedos al recorrer estas inscripciones, porque en ellas se encuentran los recuerdos mas tiernos de los primeros tiempos de la Iglesia.

«Después de haber señalado las manifestaciones de amor de los cristianos, mostraremos las explosiones del odio de los revolucionarios. Son los de Roma los que hablan, y es el periódico clandestino *Roma dei Romani*, que les sirve de órgano, el que publica la cuarta lista de las ofrendas al *Consorcio nacional*. «¡Viva Victor Manuel, rey coronado en el Capitolio!—¡Que la hipocresía sacerdotal sea destruída!—¡Viva el rey, hombre galante!—¡Gran golpe!—¡Los romanos esperan la solución!—¡La libertad ó la muerte!—¡Abajo la tiranía!—¡Abolicion del poder temporal!—¡Hechos y no palabras!—¡Maldición a la gente avara!—¡Abajo los extranjeros!—¡Muerte a los extranjeros!—¡Viva Garibaldi!—Muerte a quien yo sé!—¡Mi hijo esclavo! ah! mas bien degollarlo!—¡Viva la guerra!—Muerte a los católicos!—¡Odio al enemigo de mi país!—¡A despecho del Papa!—¡No hay Cristo que se tenga!—Destruíd el nido y los cuervos desaparecerán!—¡El hombre muerto, ya no hace la guerra!—¡Odio a los sacerdotes, amor a Víctor Manuel!—¡Muerte a los traidores!—¡Muerte a los bárbaros!—¡Callaos, excomulgadores!—Ya no mas misas!—¡Mañana seréis cadáveres!—¡Los gazmoños apestan y son malsanos!—¡Abajo los Chinos del Vaticano!—¡Muera la canalla católica!»

«No hemos temido poner a la vista de nuestros lectores las palabras de odio y de venganza, los votos impíos y de-

rango, se presentan algunas mujeres pobres, pero mas ricas tal vez de adhesión y amor, y dan tambien sus anillos, sus pendientes, sus peinetas de oro.... y su corazón de oro.

¡Ah! ¡qué historia tan bella de filial ternura obliga la impiedad a escribir a los católicos! Las damas romanas no quieren ser vencidas en generosidad, y se dice que preparan al Santo Padre dones magníficos. La princesa Corsini ha ofrecido ya un anillo de un valor inmenso.

testables de los revolucionarios. Estas palabras y estos votos opuestos a las manifestaciones del espíritu católico, bastan ampliamente para hacer apreciar el carácter de las dos Italias, la Italia de la revolución y la Italia del Papa.»

Una pobre holandesa á los piés del Santo Padre.

La adhesión, así como la piedad, afectan en su delicadeza, formas diversas. Hé aquí un rasgo citado por un testigo:

«Una pobre holandesa, Catarina N***, era cocinera en Bruselas. Habiendo caído enferma, hizo voto de ir a Nuestra Señora de la Saleta, si sanaba. Sanó, pero muy pronto olvidó su voto. Dios se lo recordó con toda clase de males físicos, y sufrimientos morales. Entonces vendió una parte de sus bienes, y tomó con resolución el camino de la Saleta. Al pié de la montaña, aunque el cansancio y sus sesenta años la postrasen, a pesar de que hacia frío y caía una lluvia muy fuerte, se quitó su calzado y subió como penitente. Las caídas fueron numerosas; llegó golpeada, ensangrentada, pero llena de consuelo. Una peregrinación llama a otra. Catarina se dijo: «Iré a orar sobre la tumba de los apóstoles Pedro y Pablo,» y llegó a Roma. Trató además de ver al Papa. Catarina tiene un ángel de guarda que se encarga de allanar todas las dificultades. Ha sido presentada a Pio IX por Mr. de Merode. El alma es insaciable acá en la tierra. Catarina ha pensado: «¿No es necesario que yo dé las gracias a la Santa Virgen por todo lo que me ha sucedido?» Y partió para Loreto. Aquí algunas personas piadosas le han encargado algunas comisiones para Roma. Como los viajes no le cuestan nada, Catarina está de vuelta. Hay más, se queda en Roma.

—Vos sois cocinera, le dijo Mr. de Merode; bien, vos me haréis para comer, algunos platos de nuestro país. Os tomo para mi servicio.

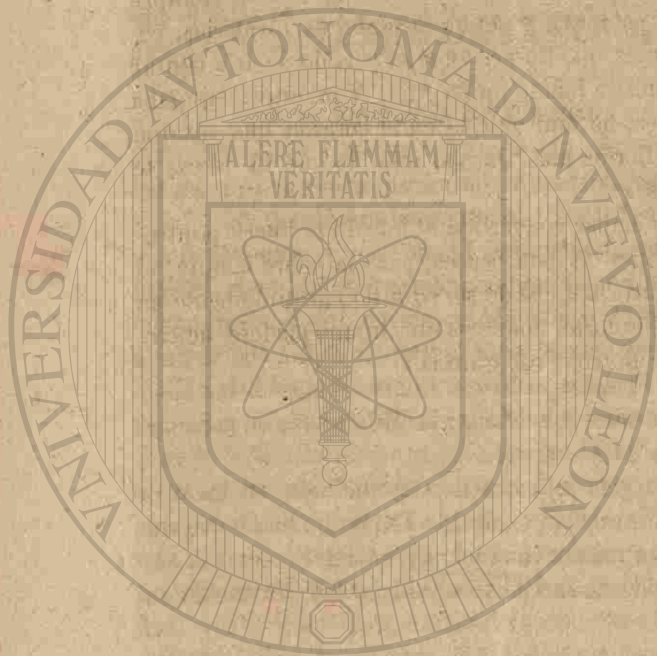
—Ah! cuán bueno es Dios, exclamó la anciana cocinera en su lenguaje sencillo! ¡Yo le había pedido que me diese por amo un buen cura, y me da un arzobispo, y todavía más, de nuestro país, y me hospeda en el Vaticano! Pero así sucede. ¡Pedid a Dios una cosa pequeña como la punta del dedo, y os dará una grande como el brazo!

A Pio IX, las hijas de la Providencia.

Se necesitarían volúmenes y mas volúmenes para referir todo lo que los católicos de todos los países hacen por el augusto Pio IX. Jamás, sin que temamos afirmarlo, ningun Papa ha sido tan amado como el Santo Pontífice que ha glorificado tanto a María inmaculada. Apénas los niños tienen el uso de la razón, cuando ya solicitan como un favor, el poder hacer algunos sacrificios por aquel a quien se llama el Papa. Se leerá con edificación el siguiente extracto de una carta que hemos recibido hace algun tiempo:

Las niñas de la Caridad ó de la Providencia de San Chamon, bajo la inspiración de su directora, religiosa de San José, han tenido el pensamiento de confeccionar, estimuladas por la lectura del Propagador y del Triunfo de Pio IX, pequeños estuches de carton, cubiertos de raso blanco, azul, rosa, etc. Las grandes y generosas señoras de San Chamon, la ciudad de las buenas obras, las han pagado a precios muy altos, y añadiendo el precio de la conveniencia y de la caridad, se dejan fácil y religiosamente tentar en favor del Santo Padre, por pequeñas divisas provocadoras, encerradas en cada uno de estos maravillosos estuches.

Gracias a esta piadosa cita, dada por la tímida ambición de estas pobres niñas (que no hubieran tenido nunca cinco céntimos para sí), y gracias también a la opulencia que sabe prodigar el oro, me han enviado para llevar al Santo Pa-



CAPITULO SEXTO.

LOS NUEVOS CRUZADOS.

Nosotros asistimos a un espectáculo magnífico que los bellos siglos de la Iglesia nos hubieran envidiado.

Mientras que los sectarios, ligados por juramentos diabólicos hacen infernales maquinaciones para quitar la libertad al augusto Pio IX con el último abrigo que la Providencia le conserva, se ve que de todos los puntos de la Bélgica, de la Suiza y de la Francia, acuden a Roma los hijos de las mejores familias prontos a derramar la última gota de su sangre por el Vicario de Jesucristo.

El asesinato y la matanza de Castelfidardo, en lugar de desanimar a los servidores de Pio IX, no ha hecho mas que inflamarlos con un nuevo ardor, haciéndoles esperar la gloria y la felicidad de sacrificar su vida por el Vicario de Jesucristo. *

* Se lee en un autor contemporáneo:

« Los romanos están sumamente admirados al encontrar en estos jóvenes tanta abnegación y disciplina; los zuavos, dice un testigo extranjero, inspiran a la población, a lo menos a la parte sana, un verdadero respeto, una estimación sincera. Estos sentimientos, que en Italia tienen raramente por objeto a un simple soldado, se traducen por esta fórmula respetuosa: *¡ Signore soldato! Señor soldado*, exclaman los romanos cuando interpelan a alguno de los voluntarios. Otras veces se les oye decir: *Non sono soldati, sono cavalieri*, son mas bien caballeros que soldados. *¡ Quanto sono buoni! ¡ Cuán buenos son! exclaman maravillados. Y como estos jóvenes franceses están al mismo tiempo llenos de entusiasmo y de furia francesa*, los romanos los han denominado los *Diablos del Dios bueno*. Se les llama también *¡ zuavetti* (los pequeños zuavos, a causa de su extrema juventud, y este diminutivo tiene un acento encantador en una boca romana, *in bocca romana*.

forme de los zuavos: este es un excelente ejemplo, y esperamos que otros gentiles hombres romanos sabrán imitarlo.

—Mr. de Banecourt de Béthune acaba de conceder a su hijo el permiso de ir a alistarse entre los defensores de la Santa Sede.

—Mr. de Saint-Aubin abandona un empleo en la prefectura de Ille-et-Vilaine, y va alistarse en el cuerpo de zuavos pontificios.

—Se lee en la *Union*:

Sabemos que uno de los descendientes del gran Cathelineau, sobrino de aquel que en 1859, acompañado de un hijo de seis años, fué a reunir en Roma a los Lamoricière, los Pimodan y tantos otros, se dispone a partir para alistarse en los zuavos pontificios. La Sra. de Cathelineau, su madre, lo acompañará para presentarlo ella misma al Soberano Pontífice.

—M. el conde de Bourbon-Chalus, antiguo comandante de los guías del general Lamoricière, que las calenturas romanas lo habían alejado desde hace algunos meses de Roma, ha vuelto a tomar su lugar, llevando a su hijo, joven de diez y ocho años. El mismo día de su llegada el conde ha presentado a su hijo al despacho de alistamiento, le ha visto vestir el uniforme de los zuavos y lo ha conducido inmediatamente al batallón de Velletri.

«Sirvamos a Jesucristo y a su augusto Vicario, hijo mío, le ha dicho al abandonarlo, y si es necesario, muramos sin temor: así seremos dignos de nuestra patria y de nuestro nombre.»

—Se lee en la *Semaine catholique*:

«La familia de Villèle da en este momento un bello ejemplo a la juventud francesa. El joven conde Luis de Villèle, ex-oficial de los zuavos pontificios, y casado hace dos años,

ha oído el llamamiento dirigido por el Santo Padre. Ha vuelto de la isla de la Reunion, y después de haberse arrancado de los dulces gozos de la familia, va a tomar su espada de Castelfidardo, que había roto cuando cesó el peligro. Este cristiano generoso arrastra consigo a su hermano y a tres de sus primos, verdaderamente dignos de su nombre. Tales sacrificios no quedarán estériles; suscitarán a la Santa Sede otros defensores.

«Se nos refiere igualmente la partida de M. Enrique de Montbel, que va a volver a tomar su puesto en las filas de los zuavos pontificios. M. Benezet, antiguo redactor de la *Gazette du Languedoc*, envió al Santo Padre a sus hijos más jóvenes. Sabemos también el alistamiento de otro tolosano, M. Enrique Naudeau, y de otros muchos cuyos nombres no nos han sido transmitidos.

«Estos bellos ejemplos no serán los últimos, y tendremos el orgullo de ver que nuestra ciudad envía al augusto Gefe de la Iglesia, no solamente el tributo de su oro, sino también el brazo de sus más nobles e intrépidos hijos.» *

Dos compañías de zuavos, mandadas por los Sres. de Albiousse y de Sézy, ocupan el castillo de San Angelo, así como una batería de artillería mandada por M. Polani. El mayor Pifferi, tiene el mando de la fortaleza.

Los cazadores y el regimiento de línea, tienen una acti-

* Si el corazón del Santo Padre encuentra en los acontecimientos del día, motivos de grande tristeza, recibe, sin embargo consuelos abundantes, y estos consuelos le vienen de sus hijos fieles. ¡Oh qué bellos son los actos del sacrificio cristiano, y qué poco tiene que envidiar nuestra época a los tiempos apostólicos! Esta obra, llamada de los *Zuavos pontificios*, no es una sublime manifestación de amor, de respeto y de fidelidad hacia Pio IX, y las edades venideras no la considerarán como una de las señales del honor del siglo XIX? Nos es difícil manifestar los sentimientos de que están penetrados Roma, el Papa y la corte pontificia. Las almas capaces de tan nobles actos saben, y es para ellas un principio de recompensa, la tierna y paternal bendición con que las cubre el Gefe de la Iglesia universal.

tud perfecta, y todo inclina a creer, que la guardarán al frente del motin, si tiene lugar.

Los dragones están muy bien mandados, el primer escuadron por M. el capitán Orsètti, el segundo por M. de Sain-tenac, y los dos tienen por gefe al mayor, marqués de Lepri, antiguo ayuda de campo del general de Lamoricière. *

—Escriben del departamento de la Haute-Marne, á la *Union*, que en el mes de Noviembre último, un jóven alemán, de origen prusiano, y que residia en Francia desde la guerra de Holstein, en la cual tomó parte como soldado, abjuró el protestantismo y recibió el bautismo, despues de haber sido instruido en la religion católica, con un celo admirable, por M. el abad Guerre, cura de Vauxbons. Desde entónces, fiel a la gracia de su bautismo, y penetrado de un respeto todo filial hácia el Papa Pio IX, este jóven partió para Roma.

Los dos nietos del ilustre José de Maistre.

La diócesis de Evreux cuenta con orgullo en las primeras filas del ejército pontificio a dos de sus hijos, herederos de uno de los mas ilustres nombres de la Normandía. Estos son los dos nietos de M. el conde José de Maistre: herederos de las virtudes así como del nombre de este hombre extraordinario, se han sacrificado a la misma causa, y fieles a las nobles tradiciones de su familia, han ido a prestar el apoyo de su brazo a esta misma Iglesia, á cuyo servicio, apénas hace medio siglo, que su ilustre abuelo dedicó su

* Lo limitado de nuestra obra no nos permite reproducir aquí, los nombres de todos los generosos defensores de Pio IX, que pertenecen a las primeras familias. Nadie ignora que los de Quélen, de Tournon, de Cursaz, de Banecourt, tienen sus representantes entre los nuevos cruzados.

talento y su pluma. A estos nombres, Evreux acaba de añadir otros dos, ménos ilustres, es cierto, pero no ménos adictos a la Iglesia y a su Gefe; uno de ellos, M. Luis Aubert, hace tres meses que en el ejército romano, ha tenido ocasion de mostrar su valor en presencia de estas tropas de bandidos que sin cesar amenazan a la Ciudad Eterna; el otro, M. Fortuné de la Pille, partió de Evreux el 4 de Mayo. Los dos han dejado el pequeño seminario de Evreux, donde concluyeron sus brillantes estudios, para emprender otra carrera no ménos gloriosa. Esperamos que su ejemplo será bien pronto seguido de otros muchos, y que así Evreux tendrá nuevos nombres que añadir a estos, y nuevos defensores que ofrecer al augusto Pio IX.

Roma y Francia.

Se lee en el diario *Le Monde*, del 6 de Enero de 1867:

«Tenemos noticias de Roma del 2 de Enero. La antevíspera en la tarde, al ir el Santo Padre a la iglesia de Jesus para asistir al *Te-Deum* de costumbre, ha recibido de la poblacion romana y de los fieles de diversas naciones que están en este momento en Roma, una acogida tal vez aun mas entusiasta que la del 7 de Diciembre. A medida que se aproximan los malos dias, de los que segun la opinion de los hombres políticos es una señal precursora la calma actual, el mundo católico parece que se une mas estrechamente alrededor de aquel trono cuya destruccion quiere la revolucion, y de todas las partes del globo vienen a Pio IX protestas admirables de fe, de adhesion, de simpatía, al mismo tiempo que ricas ofrendas. Así, el Óbolo de San Pedro ha producido este año sumas mucho mas abundantes, y si se cree en las previsiones de los diversos miembros del episco-

« La posteridad, dice Mr. Pie, nunca admirará bastante a estas jóvenes falanges, bañadas ya en el bautismo de sangre, que hacen revivir a nuestra vista el espíritu de sacrificio y el ardor caballeresco de los antiguos soldados de la cristiandad. Nuestro gozo, más dulce como pastor y como padre, es contar cada día un número mayor de nuestros hijos entre estos defensores de la más grande, de la más santa de las causas. Unos dan su vida: otros el deber y el mérito secundario de dar su dinero. Solo nuestra diócesis, donde no abundan las grandes fortunas, ha enviado ya al jefe de la Iglesia mas de trescientos mil francos.

Las Santas Escrituras nos enseñan que las grandes causas no triunfan siempre por el mayor número, mas por otra parte, cualquiera que sea el éxito de la empresa, el mérito de haberse sacrificado en ella, subsistirá tal cual es ante Dios y ante los hombres. Tal vez aparecerá como pretensioso y prematuro pronunciar la palabra *crucada*. Sin embargo, decimos que esta gran palabra, desviada tan frecuentemente de su sentido por criminales ó temerarias acepciones, no ha de haber tenido jamas en los tiempos modernos una aplicacion mas exacta. ¿Acaso las antiguas expediciones de la cristiandad se propusieron un fin mas directamente religioso que éste? ¿No es verdad que la supremacía espiritual y la independencía del Pontífice romano pertenecen a la esencia misma del cristianismo? Ciertamente Jerusalem es y será siempre para los cristianos un grande é incomparable recuerdo; pero Roma sola es para los cristianos una necesidad. Aquí es donde Cristo cumple su promesa de estar con nosotros hasta la consumacion de los siglos. Aquí es donde su cruz, siempre viva, reina sobre el Occidente, patria de la civilizacion y sobre el resto del universo para iluminarlo y vivificarlo, dice Mr. Pie. La antigua Sion conserva los monumentos y las señales de la dolorosa pasion de Cristo; pero es a Roma, la nueva Jerusalem, a quien está reservado el depósito y el vaso de la sangre del Redentor, y ella lo derrama y lo sirve al mundo entero por todos los canales de la

jurisdiccion, por todos los conductos del sacerdocio. Jerusalem es nuestra historia; Roma es nuestra vida.

El islamismo haciendo pesar la opresion sobre Jerusalem, insultaba a nuestros lugares de origen, y nos heria en estas afecciones delicadas que unen a todos los corazones generosos a la tierra natal: la revolucion, arrojándose sobre Roma, asesta a la cabeza y al corazon de la cristiandad; la ataca en sus partes mas nobles y en los órganos mismos de la respiracion y de la vida. « Herid al rostro » *Vultum feri*; tal es en este momento el grito de guerra de los hijos de Belial. Ellos saben que el Antecristo de quien son las avanzadas y zapadores ganaria mucho el día en que Roma fuese la Sede definitiva de su imperio; tambien para conseguir esta ventaja indican algunas veces a media voz por la boca de los malvados y por la de los utopistas ó incautos, la perspectiva de rehacer un trono al Vicario de Jesucristo sobre el sepulcro de Jerusalem. ¡Como si la piedra fundamental de la Iglesia pudiese ser removida arbitrariamente por la mano de los hombres! ¡Como si pudiese legitimamente ser retirada del lugar determinado por la voluntad Divina! Así, pues, podemos decir con seguridad, que en la cuestion actual en la *cuestion romana*, como ha querido llamársele, los intereses más graves, los más considerables del cristianismo, son los que están en juego. Si la resistencia al enemigo no es en esta vez una lucha religiosa, no es una cruzada, ninguna lucha habrá merecido jamas este nombre. *

Nadie querrá permanecer extraño a este gran impulso de la caridad, a esta gran demostracion católica, que se ha hecho hoy una necesidad para todos. Las pruebas son fuertes sin duda; Dios solo tiene el secreto del porvenir; solo Él sabe lo que debe acarrear para Roma y el Papado, la terrible lucha que tiene al mundo suspenso; pero cualesquiera que sean los acontecimientos que lleve en su seno este misterioso porvenir, se habrán adquirido resultados inmensos, y quedarán

* Mr. Pie.

para honor eterno de la fe católica. Desde luego jamás el Papado habrá resplandecido con una claridad mas viva, ni habrá entrado mas en el pensamiento de los hombres como en estos tiempos difíciles y tormentosos. Jamás se habrán elevado protestas mas enérgicas y de mayor adhesión. Esto no se ha visto hasta los tiempos presentes. *

La flor de la nobleza al servicio de Pio IX.

« Cuando Pio VI, cuando Pio VII, dice la *Semaine Religieuse* de Sens, tuvieron que sufrir pruebas casi semejantes a las que sufre en este momento el augusto Pio IX, hubo un silencio de terror en el mundo cristiano; alrededor de los Papas no habia mas que el vacío; nadie voló a su socorro. Y hé aquí que hoy, de todos los puntos de la tierra, hombres de corazon, nobles hijos de la Francia, acuden cerca de Pio IX, para hacerle una muralla de su cuerpo, dando así al cielo y a la tierra un ejemplo que la posteridad futura admirará sin poderlo sobrepasar. Otros, que no pueden partir, se hacen reemplazar bajo los pabellones del Soberano Pontífice; otros tambien manifiestan su celo procurando el sostenimiento de alguno de estos cruzados de nuestro siglo.

« ¡Honor a la Francia, hija primogénita de la Iglesia, a esta querida Francia de San Luis y de Carlomagno! Ella

* El regimiento de voluntarios está actualmente compuesto en Roma de 2,256 hombres, entre los cuales se cuentan más holandeses que franceses, más franceses que belgas, lo que debe ser así siendo nuestro país mas extenso.

La *Semaine Religieuse* de Nántes nota que si esta diócesis no ocupa sino el segundo lugar en la obra de los zuavos, está á la cabeza de todas en cuanto al envío de voluntarios. Más de 300 jóvenes de esta diócesis han ido desde hace siete años a defender la causa de la Santa Sede, y cuenta aún actualmente mas de 80 voluntarios bajo los estandartes pontificios..... (El 9 de Junio esta cifra habia ascendido a 95.)

comprende que mientras aumenta y se acerca el peligro, más tambien debe encenderse el fuego sagrado en el alma de sus hijos.» *

Los soldados pontificios que habian pedido su licencia, ó que tenian permiso, se han apresurado a volver a entrar en sus cuerpos.

Mr. de Saintenac ha vuelto a tomar el mando del 2.º escuadron de dragones. Mr. Aiguesvives, hermano de Mr. de Malaret, Ministro de Florencia, ha vuelto a entrar como teniente en los dragones. Mr. Daudier, capitán de artillería, que se portó tan valientemente en Castelfidardo, y Mr. de Falaiseau, subteniente de artillería, se han vuelto a poner al servicio de su ejército. Mr. Fernando Charette, antiguo capitán de una compañía de suizos bajo el rey Fernando II de Nápoles, se ha vuelto a enganchar como simple zuavo. Anteriormente nunca habia querido aceptar ningun grado. La familia de Charette da al Papa en este momento tres defensores enérgicos: el baron Atanasio, mayor; el capitán Alain y el soldado Fernando. Los otros dos hermanos están en Roma prestos a entrar al servicio.

El hermano de un prelado de la casa del Santo Padre, Mr. Negrotto, camarero participante, se ha vestido el uni-

* Cada paquebot que viene de Marsella a Civita-Vecchia desembarca nuevos reclutas para la legion francesa y el batallon de zuavos. No tememos incurrir en repetición hablando de la piedad admirable de los defensores del Papa. Los romanos por más que tengan una fe tan viva, esa fe de que San Pablo los elogia en términos tan elocuentes; los romanos, decimos, quedan conmovidos al aspecto de estos jóvenes de razas diversas, prosternados aisladamente en los lugares santos, ó reunidos cantando visperas el domingo en las iglesias, lo que no acostumbra aquí el pueblo sino en las cofradías.

Hay cuarteles como el de San Salvador, *in Lauro*, donde la iglesia está contigua, y los zuavos pasan allí el tiempo que les deja libre el servicio. No es raro, en fin, encontrar cabezas de soldados en las cuales es aún visible la tonsura del seminarista. La tonsura es la corona sacerdotal, como el laurel es la corona militar. La edad media supo reunir estas dos coronas sobre las cabezas de los caballeros de San Juan de Jerusalem. ¿No es satisfactorio volverlas a encontrar ahora sobre las cabezas de algunos zuavos?

pado de Europa y de América, la organizacion que se le dará a esta obra eminentemente apostólica, pondrá bien pronto a la Santa Sede en disposicion de proveer dignamente a todas las exigencias de su mision universal. Tal vez no será una de las menores maravillas de nuestra época, ver prosperar las rentas pontificias ó al ménos sostenerse como la barca del Apóstol, sobre el océano que habrá absorbido la mayor parte de las fortunas públicas de la Europa.

«El *Observatore romano* del 31 de Diciembre de 1866, ha confirmado la noticia que nos habia dado nuestro corresponsal respecto del proyecto de diversos patricios romanos, de formar una tropa ó batallon selecto al servicio del Santo Padre. Una comision, compuesta de los señores, el príncipe Rospigliosi, el duque Graciosi, D. Eugenio de los príncipes Ruspoli, y el marqués Patrizzi, habia sido admitida el 10 de Diciembre, y tenido el honor de someter este proyecto a Su Santidad, el que por rescripto fechado el 26 del mismo mes, se ha dignado expresar su satisfaccion y gratitud, y al bendecir a estos súbditos fieles, se ha reservado aprovecharse de su accion en el caso que lo crea oportuno.

«Tal expresion por parte del soberano, dice el *Observatore*, y la esperanza de ver cumplida su oferta, es la mas bella recompensa a que pueden aspirar aquellos que, unidos a muchos de sus conciudadanos, sirviendo fielmente al gobierno pontificio, ya en las tropas, ya en las administraciones, desean probar por los hechos, cuán grata les sea la defensa de los derechos de la Santa Sede y la conservacion del orden público en Roma, como tambien su ambicion de permanecer siempre lo que son, súbditos felices de su muy amado Pontífice y soberano.»

«Continúan llegando a Roma voluntarios de Francia, Bélgica y Holanda. Algunos pertenecen a familias poderosas y llevan nombres ilustres: visten el uniforme de simple zuavo, de dragon, de artillero, y aceptan resueltamente y con un corazon satisfecho todas las fatigas y cargas del soldado. Zuavos casados hace poco, han dejado a sus muje-

res para volver a tomar la espada. Los oficiales han querido servir sin sueldo.

—Un diario revolucionario, la *Perseveranza*, ha recibido de Roma una carta donde se lee lo siguiente:

«Será necesario añadir un capítulo a la historia de las invasiones de Roma, y este será el de la invasion de los zuavos en 1866. No os podeis figurar de cuántas personas está compuesto un regimiento de zuavos. Roma está llena: van en grupos al *Corso* y a las plazas, se están mucho tiempo en los cafés y restaurants principales, invaden las iglesias donde permanecen horas enteras arrodillados, rezando oraciones con una compuncion que es el efecto de una fe fervorosa; pero que no deja de hacer contraste con los pantalones anchos, el cuello desnudo, y los capuchones grises de estos nuevos cruzados.»

En vano se ensaya el ridículo sobre los nobles caracteres del ejército pontificio. Ciertamente es la honra de este ejército tener soldados «que invaden las iglesias y permanecen allí arrodillados.» Los actuales dueños de la Italia están persuadidos por otra parte, que a la hora de los combates estos soldados se batirán como héroes. No daremos otra prueba de esto más que el odio con que son perseguidos por la secta, y el terror que trata de inspirar el comité revolucionario romano a todos aquellos que tratan con estos soldados.

A propósito del comité romano, uno de sus gefes ha sido arrestado, y de él ha querido hablar Su Santidad en su discurso a los oficiales el día de San Juan. Este gefe se llama Montanucci; parece que se han encontrado en su casa no solamente proclamas y correspondencias de los sectarios, sino tambien listas de afiliados y listas de proscripcion: en estas últimas listas figuran las personas mas recomendables, sobre todo sacerdotes.

mitir al gefe de la Iglesia la suma de cien francos, producto de la colecta hecha en el hospital de San Mandrier.

« Nos atrevemos a esperar, Monseñor, que Vuestra Señoría, se tendrá por dichoso con depositar a los piés de Su Santidad nuestra modesta ofrenda, testimonio muy débil de nuestro amor filial. Todos en lo íntimo de nuestro corazón, rogamos a Dios que conserve por mucho tiempo a la Iglesia, a su muy amado Gefe, y quedaremos eternamente reconocidos a Vuestra Señoría, si se digna pedir para nosotros su santísima bendición al Padre comun de los fieles.

« Somos con el mas profundo respeto,

« De Vuestra Señoría,

« Los humildes y obedientes servidores.

« *Los enfermos del hospital de San Mandrier.*

« 25 de Mayo de 1867. »

El zuavo pontificio.

Se lee en la *Union del Ouest*:

« El sacrificio heroico de los zuavos pontificios, que será ante la posteridad el honor y la gloria de nuestro siglo, la reparacion de tantas ignominias, traiciones é infamias, este sacrificio acaba de inspirar una bella composicion poética y musical. Debemos el conocimiento de esta pieza, al excelente diario de Poitiers, el *Courrier de la Vienne* que ha dado cuenta de una fiesta dada recientemente en el colegio de San José de esa ciudad, dirigido por los RR. PP. Jesuitas. Uno de sus alumnos ha conmovido profundamente a toda la concurrencia cantando un romance, titulado: *El zuavo pontificio*. Se trata de un jóven que vivia en San José, hace algunos

años. Alistado en el ejército del Papa desde los primeros llamamientos, habia vuelto con su familia en el momento en que su presencia en Roma parecia inútil. Pero no habia renunciado por esto al deseo que tenia fijo de defender los derechos desconocidos de Jesucristo y de su Vicario. Llegó la hora solemne, estrechaba el peligro. Vuela a Roma por la tercera vez, busca nuevos peligros, tal vez la muerte. Entretanto, su madre, una noble y santa mujer, al saber una resolucion tan firme, se abandona a los primeros transportes de un dolor sin medida. ¡Bien! será el padre, el padre afligido, quien emprenderá reanimar, por la voz de su hijo mas jóven, el valor y la fe de una madre desesperada. Hé aquí las heroicas estrofas de M. Carlos de Chergé, cantadas por su hijo Raimundo, sobre esta tercera partida de su hermano Jorge:

I.

Léjos del hogar donde nuestro padre— Se complace en reunir a sus hijos,— Ayer ví partir a mi hermano,— Y a mi pesar yo me estremecí,— Pero luego la voz de la dulce esperanza— A mi oído murmuró:— «De la causa de Dios su brazo toma la defensa,— A su turno Dios la defenderá.

II.

¿Por qué llorar, mi buena madre?— ¿Por qué llorar por vuestro hijo?— ¿Por qué este dolor amargo, aun en presencia del Crucifijo?— Sobre nuestro querido ausente, estad, estad sin temor;— Porque por la Iglesia él combatirá.— Bajo esta noble bandera, en esta lucha santa,— Dios es quien nos le volverá.

III.

Si del deber la ley severa— Ha marchitado vuestro pobre corazón,— La fe os dice: En esta guerra— Dios, es quien será el vencedor.— Su generoso soldado depositará las armas,— Nuestro hogar lo volverá a ver;— Y secando en

fin la fuente de vuestras lágrimas,— Para siempre Dios os lo volverá.» *

* Hé aquí el original frances.

I.

Loin du foyer où notre père
Aimait à réunir ses fils,
Hier je vis partir mon frère,
Et malgré moi je treissaillis;
Mais aussitôt la voix de la douce espérance
A mon oreille murmura:
« De la cause de Dieu son bras prend la défense,
A son tour Dieu le défendra.

II.

Pourquoi pleurer, ma bonne mère,
Pourquoi pleurer sur votre fils?
Pourquoi cette douleur amère,
Même en face du crucifix?
Sur notre cher absent soyez, soyez sans crainte,
Car pour l'Eglise il combattra.
Sous ce noble drapeau, dans cette lutte sainte,
Et c'est Dieu qui nous le rendra.

III.

Si du devoir la loi sévère
A meurtri votre pauvre cœur,
La foi vous dit: Dans cette guerre
C'est Dieu qui sera le vainqueur.
Son généreux soldat déposera les armes,
Notre foyer le reverra,
Et, tarissant enfin la source de vos larmes,
Pour toujours Dieu vous le rendra.»

« El encantador grabado que figura en la primera página del romance es obra de la hermana mayor del joven zuavo, Mme. María de Chergé. La música ha sido compuesta por el señor abad Moreau, que ha conquistado ya su lugar entre los maestros del arte.»

Roma y la Bélgica católica.

Como lo hemos dicho ya, la católica Bélgica toma una gran parte en esta adhesión de todos los nobles corazones a Pio IX. Solo la diócesis de Gante ha dado más de 160 voluntarios. Con este motivo, Mr. Verspeyen refiere el rasgo siguiente:

« Pio IX aprecia la adhesión de nuestros voluntarios flamencos. Hé aquí una tierna prueba, tomada de una carta que nos dirige de Roma el presidente de nuestra Asociación. Acaba de llegar uno de nuestros jóvenes a la Ciudad Eterna para alistarse en el cuerpo de los zuavos pontificios. Antes de ir a la guarnición y reunirse a sus camaradas, obtuvo el favor de una audiencia pontificia. Es imposible describir la emoción de este hijo de nuestros campos flamencos, viéndose admitido al palacio del Vaticano y postrado ante el más augusto soberano de este mundo. Lloraba ardientes lágrimas besando el pie del Santo Padre. El mismo Pio IX estaba conmovido de esta efusión de ternura. Y fijando en el joven soldado una mirada penetrante y dulce: « ¿Sois belga? le dijo.—Sí, Santo Padre.—Flamenco, ¿no es esto?—Sí, Santo Padre.—¡Ah! así lo imaginaba yo. »

No tenemos necesidad de decir que este pasaje de la relación ha provocado transportes de entusiasmo.

—Se leerá con interés el fin del elocuente discurso pronunciado en el mes de Mayo último por M. Verspeyen en la reunión general de las Conferencias de San Vicente de Paul de la diócesis de Gante, en presencia del nuncio apostólico y de varios obispos:

« ¡La caridad! ¡Es nuestra Madre y nuestra Reina!.... La Sociedad de San Vicente de Paul nos acerca a ella y nosotros somos sus guardias-de-corps. ¡Señores y queridos consocios, permanezcamos invenciblemente fieles a este puesto de honor! Siervos de los pobres, somos por lo mismo siervos

Un recuerdo glorioso.

Leemos en la *Semaine du Fidèle* de Mans, del 10 de Febrero de 1867:

«Todavía ayer el vástago de una familia muy conocida en nuestro país por su adhesión al Santo Padre, se embarcó en Marsella con multitud de reclutas. Lo que hay que notar es, que nuestro Maine no se queda atrás en esta adhesión, así como en generosidad por la obra más y más importante del Óbolo de San Pedro. ¡Que los corazones de los verdaderos fieles no se resfrien pues, y que tomen por el contrario en la justificación de este hecho ánimo y aumento de celo!...

.... La diócesis de Laval acaba también de enviar su generoso contingente de celosos defensores de la santa causa. El día del embarque, en la pequeña parroquia de San German de Auxure, toda la población asistió a la misa solemne celebrada para encomendar a Dios a un joven cruzado que enviaba también al Pontífice Soberano, y con este motivo un diario de *Laval* refiere un hecho glorioso de los tiempos antiguos. «En el año de 1158, dice el citado diario, Guillermo de Passavant, obispo de Mans, bendecía en la iglesia de Nuestra Señora de Mayenne, a numerosos peregrinos que bajo el mando del Sr. Geoffroy, tomaban la cruz para la guerra santa.» ¿Por qué no hemos de recordar en esta ocasión, las nobles palabras que dirigía a su madre otro valeroso hijo de este lugar, en una carta donde le pedía la autorización para alistarse por la misma causa? «Nadie me ha obligado a dar este paso, decía él; yo temo, una vez alistado, decepciones, dificultades y disgustos sin número; pero yo espero que nunca me arrepentiré de haberme ofrecido a Dios; Él afirmará mi alma contra los peligros; mi hermana orará por mí, y vos oraréis como ella. Así mi determinación está tomada; tomad vos vuestra decisión como yo he tomado la mía, en presencia de Dios....» Por un zuavo que

cae bajo el puñal de las sociedades secretas, de todos los puntos de Francia y de todas las condiciones sociales se lanzan cien defensores nuevos. «¡Valor, pues, jóvenes héroes de la fé! ¡Vuestro sacrificio es magnífico y con él dais un ejemplo sublime!» *

Carta de un noble hijo de la Francia católica.

M. Gaston de Coligny, joven de diez y siete años, ha escrito de un colegio donde termina sus estudios, la carta siguiente a M. el conde su padre, para pedirle el permiso de alistarse en los zuavos pontificios:

«Vos no habeis olvidado, padre mio, que yo gemia por no ser mas que un niño cuando mis hermanos combatian en Castelfidardo por la santa causa de la Iglesia: ahora que he

* Un comerciante de carbon, en cuya industria prosperaba, y su dependiente, han partido para Roma con el fin de entrar en el batallón de zuavos. El Sr. arcipreste de Burdeos se ha comprometido, á su nombre y á nombre de sus parroquianos, a dar a la caja pontificia la suma necesaria para su sostenimiento durante cinco años. El domingo último, dice la *Semana Católica* de la provincia de Aquitania, el señor cura ha hecho un llamamiento á la generosidad de sus parroquianos a fin de poder llenar el compromiso contraído con estos jóvenes, y el mismo diario asegura que este llamamiento ha sido escuchado.

Todos los días los periódicos de Marsella anuncian la partida de nuevos voluntarios para Roma. *El Eco de Fourvière* cita a M. Víctor de Gerphanion, de Lyon; *El Propagador del Norte* á M. Julio Besème, de Turcoing; *El Diario de Rennes* a MM. Vicente Brien, de Josselin, Olivo, de Rohan, Antonio de Maquillé, Antonio de Cambourg, de la Rochelle, de Doré y Enrique de Reau, que cuenta ya a dos de sus hermanos al servicio del Santo Padre.

En Tolosa, en ménos de seis semanas, solo el librero Garigues ha vendido 1,600 retratos de Pio IX, y CINCUENTA Y CUATRO MIL ejemplares de las *Oraciones compuestas por Pio IX para las necesidades actuales de la Iglesia*.

crecido y han aumentado mis fuerzas, quiero emplearlas por aquel que merece el homenaje mas completo. Si algun dia vuelvo sano y salvo, mi tiempo habrá sido empleado honrosamente, y estaré preparado para servir mejor a mi país. Si muero bajo los estandartes del Papa, tanto mejor; mi carrera habrá sido llenada cumplidamente. Si vuelvo inválido, yo estaré, y vos tambien, padre mio, orgulloso con mis heridas de mártir, y sabré contentarme con vivir poco. Vos sabeis, querido padre, cuántos abuelos contamos, que derramaron su sangre en la Tierra Santa: nosotros somos tan nobles como ellos: yo me arrojo a vuestros piés, ¡oh padre mio! y os ruego que me dejéis continuar estas nobles tradiciones. Dios os ha dado cinco hijos, ¡oh padre mio! vos haréis bien en darle uno para defender a su Vicario. Tengo a mi vista una madre que no tenia mas que dos hijos: al mayor lo vió partir con gozo a la defensa de la Santa Sede, y no ha impedido al segundo correr en pós de su hermano, pues no han podido vivir separados.»

Un octogenario alistado en el ejército pontificio.

Un antiguo prefecto de la Restauracion, anciano octogenario, que habia sido honrado por la Santa Sede con una distincion noblemente merecida, ha dejado su residencia hereditaria y ha querido ir a ofrecer a Pio IX el tributo de su activa y vigorosa ancianidad. Pidió, y obtuvo, hacer cerca del Papa su servicio de honor: ¡cuán dichoso seré yo, decia, si me es dado derramar la última gota de mi sangre por la causa del Pontífice-Rey!

Por mas que los asesinos redoblen su audacia y perversidad, nunca intimidarán la adhesion de la juventud católica por la causa del Papado. En varias provincias francesas se organizan suscripciones para reclutar y sostener nuevos soldados de la legion romana, y los jóvenes responden en todas

partes al llamamiento de los donadores. En la diócesis de Nántes, varias parroquias se disponen para enviar cada una un defensor al Santo Padre. En Ligue, un joven llamado Lemarié, queria partir cuando reflexionó que ya tenia dos hermanos bajo el estandarte pontificio y que él era el único sosten de su padre el cual es pobre y septuagenario. « ¡Párte, hijo mio, le dijo el piadoso anciano, pártete! Dios no me abandonará. Párte, mi bendicion te acompañará; aquí hay almas cristianas que me ayudarán en la necesidad.»

Homenaje de los marinos franceses á Pio IX.

La adhesion al Santo Padre va en aumento; los folletos publicados para pervertir la opinion, las calumnias esparcidas por la mala prensa patrocinada por los judíos, nada ha podido alterar en el pueblo frances este amor a la Santa Sede que hace la gloria de nuestra patria.

Se ha dirigido la carta siguiente a Mons. el obispo de Frejus:

« Monseñor:

« Los enfermos del hospital de San Mandrier han sabido la próxima partida de Vuestra Señoría para Roma. Los marinos y los soldados franceses, están, vos lo sabeis, Monseñor, penetrados de una respetuosa afeccion hácia la persona del Santo Padre, y si no estuviéramos alistados bajo las banderas de la Francia, la mayor parte de nosotros iria con gusto a ofrecer sus brazos y sus corazones al Santo Obispo de Roma. Sin embargo, todos deseamos con ardor hacer saber al Santo Padre que somos sus hijos respetuosos y fieles. Así, Monseñor, venimos a suplicar a Vuestra Señoría que se digne re-

de la Iglesia y siervos de Dios. Los pobres, la Iglesia y Dios son nuestras tres grandes afecciones de católicos: son la felicidad de nuestra vida; y serán, así lo esperamos, el consuelo de nuestra muerte.

«Señores míos, recibid aquí la sincera expresión de mis sentimientos, y dignaos en Roma, depositar este homenaje al pie del trono del grande y bondadoso Pio IX!.... Nuestros corazones, nuestros votos, nuestras oraciones os seguirán en la nueva peregrinación que vais a realizar. ¡Qué grande espectáculo vais a dar al mundo!.... Del Oriente, del Occidente, de la América y hasta de las islas remotas de la Oceanía, la falange inmortal del apostolado vendrá a colocarse alrededor de Pedro, a reconocer su primado, a afirmar la plenitud de sus derechos, y a proclamar con él estas grandes y saludables verdades de las que es el infalible oráculo. La Iglesia militante de la tierra conocerá pues uno de estos inefables gozos, que el himno Ambrosiano no nos muestra sino en la Jerusalem del cielo. Ella verá en los pórticos del Vaticano, bajo la cúpula de San Pedro, el *Gloriosus apostolorum chorus!*....

«Y mientras que la Ciudad Eterna celebrará estas fiestas de la fe, la civilización material, acumulando todos los esplendores, exaltará sus conquistas.... Oiremos en París glorificar el genio del hombre, las maravillas del arte, los prodigios de la industria, la difusión de las luces, el progreso y la libertad!.... ¡Ah! yo convengo en que demos una mirada a estas magnificencias de la tierra y sepamos reconocer allí la liberalidad de Dios; pero reservemos nuestra admiración y nuestro entusiasmo para otras grandezas. ¡Que nuestros corazones estén en la exposición universal de la fe, de la justicia, de la verdad! (*Aplausos.*) En París, se coronará a los constructores de locomotivas y a los fundidores de cañones; en Roma, se colocará sobre los altares a los confesores y a los mártires. En París, se cantarán los efímeros triunfos del tiempo; en Roma, se celebrarán las victorias eternas. En París, se festejará el reino de la materia; en Roma, se

exaltará el inmortal reinado del espíritu. ¿De qué lado está la verdadera grandeza, el verdadero progreso, la verdadera libertad? En Roma, porque en Roma se está más cerca de Dios; en Roma, porque en Roma estará Jesucristo presente en medio de los que se van a reunir en su nombre! (*Bravos prolongados.*)

«¡Partid pues! ¡oh padres y pastores nuestros, partid para estas fiestas magníficas! ¡Que los ángeles de vuestras iglesias velen por vosotros y conduzcan todos vuestros pasos! ¡Que María, la Estrella del Mar, sea vuestra guía!.... «¡Oh Dios, bendecid su partida, sed el velo que los proteja contra los ardores del sol, el manto que los abrigue contra las intemperies de las estaciones, el carro en que reposen sus miembros fatigados, su fuerza en la hora del peligro, el báculo que los sostenga en las pendientes rápidas del camino, el puerto que los salve en los abismos: conducidlos al lugar de su peregrinación y volvedlos entre nosotros, radiantes de fuerza y de salud, con el corazón rico de grandes emociones é inmortales recuerdos y las manos llenas de bendiciones y de gracias!»

La misa de los zuavos pontificios.

El domingo 16 de Junio, Mr. el obispo de Orleans ha celebrado en Roma, en la Iglesia de *Santa María Traspontina*, cerca del castillo de San Angelo, la misa de los zuavos pontificios. Todo el batallón armado, asistió a esta ceremonia. Después del santo sacrificio, el ilustre prelado dirigió a los zuavos la alocución siguiente:

«Señores, siento que mi extrema fatiga no me permita hablaros largamente: pero no quiero bajar de este altar sin decir os cuán dichoso he sido en celebrar el Santo Sacrificio de la misa en medio de vosotros y sin dejaros al menos una

un acento francamente militar, han probado que el ejército pontificio comprende la alta misión que tiene que llenar, y que sabrá ser fiel a ella.

Los aplausos mas entusiastas acogieron estas alocuciones y el *Viva* dado al pabellon pontificio por el comandante Castilla. Este valeroso oficial, que ha inmortalizado con su nombre el sitio de Ancona, al terminar su viva a la bandera, dijo en voz alta: «Como en otro tiempo Pedro el Ermitaño arrastraba a los cristianos a la defensa del sepulcro de Jesucristo al grito de «¡A Jerusalem! ¡A Jerusalem!» ahora todos los cristianos deben levantarse para la defensa de la Iglesia, gritando: «¡A Roma! ¡A Roma!»

Este grito, mil veces repetido, ha terminado esta *soirée*, durante la cual se han estrechado los lazos de fraternal union que unían todos los católicos del mundo a los generosos defensores del Papado.

Sacerdotes y zuavos.

El cuerpo de los zuavos pontificios encierra, como es sabido, jóvenes que pertenecen a las mejores familias de la Francia, de la Bélgica, de la Holanda, etc., etc.

Bendigamos a la Providencia por haber dado a la nobleza católica una ocasion tan solemne de lanzarse al sacrificio.

Las razas que hayan dado defensores a la mas santa de las causas serán benditas de Dios.

Se citan mil rasgos encantadores que han pasado con motivo de las grandes fiestas de Roma.

Los sacerdotes, los monjes y los zuavos fraternizan desde luego; estos últimos se complacen en guiar a sus compatriotas en la visita de los Santos Lugares.

Queriendo un cura recompensar a un zuavo, de quien habia recibido algunas indicaciones, le tomó la mano, la estrechó con las suyas y deslizó una pequeña moneda. El

zuavo se muestra satisfecho, acepta, da las gracias, y sacando de su cartera un billete de banco, lo deja modestamente en la mano del cura diciendo a media voz:

«Para vuestros pobres, os ruego, señor cura.»

Este zuavo se llama el conde de L....

Otro cura que, en la conversacion con un zuavo, habia descubierto cierta ciencia eclesiástica, unida a un sublime estilo, exclamó:

—¡Ah! amigo mio, si no fuérais zuavo, diria que érais abad.

—Soy abad.

—¿Cómo?

—Sin duda: queriendo dar mi vida por Jesucristo ó por su Vicario, me alisté en la milicia pontificia, y acudí a lo mas urgente. Pero si la voluntad de Dios es que los negocios de Roma se terminen sin efusion de sangre, abandonaré bien pronto el uniforme para volver a tomar la sotana.

Congregacion de la Santa Virgen de los zuavos.

Cuando vemos a los hombres en masa renegar de la fe, y perderse persiguiendo a la Iglesia, nosotros debemos seguir atentamente los pasos de los verdaderos fieles. El Espíritu de Dios parece difundirse con mas abundancia sobre ellos: oran, combaten, sufren, mueren como para restablecer en provecho de la sociedad el equilibrio roto por el mal entre la misericordia y la justicia divina. Así, mientras que en odio del Vicario de Jesucristo, las sectas impías ofrecen a los zuavos pontificios el insulto, el desprecio, el puñal; los zuavos en general dan el ejemplo de la moderacion, de la calma, de la humildad. Algunos, caminando ignorados en las vías de la perfeccion cristiana, remontan su vuelo hácia la mansion celestial. Cuatro ó cinco zuavos, holandeses ó

flamencos, han muerto recientemente en el hospital con sentimientos admirables. El último, Domingo Clays, ha sucumbido edificando a las hermanas de la Caridad, a los médicos y a sus camaradas, por su resignación angélica y los actos de su piedad fervorosa. En su delirio no sabía hablar sino de Jesús, de María, de la Iglesia y de Pio IX. Como en ausencia de M. Paaps, limosnero titulado de los flamencos y holandeses, Mr. Sacré, rector del colegio belga de Roma, le dijese: Tened esperanza, mi amigo, vos volveréis a ver a vuestra patria.—¡Ah! sí, exclamó, yo lo espero, y soy muy feliz con morir para verla cuanto antes.—Cuando quisieron vestir a Domingo Clays, se advirtió que traía un gran cilicio alrededor de la cintura. El heroico joven había tenido oculta esta mortificación. Por respeto no se lo han querido quitar; pero sus camaradas enviaron el uniforme a su madre.

Los zuavos han establecido entre sí, en 1861, una congregación de la Inmaculada Concepción. En el registro de sus asientos, Pio IX escribió de su mano: *¡Quam bonum et jucundum habitare fratres in unum sub umbra B. Mariæ Virginis Immaculatæ!*

Un bello camafeo ofrecido á un zuavo.

Nadie ignora el amor ardiente de Pio IX a María Inmaculada. El Soberano Pontífice aprovecha todas las ocasiones favorables para recomendar la mas grande confianza en la augusta Madre de Dios.

Se cuenta que un zuavo llegado recientemente, se presentó en el Vaticano, en la sala de las Guardias, y preguntó en alemán a uno de los suizos, si un simple soldado podía ver al Papa.

—Dirigíos a este *monsignore*, dijo el suizo señalando a un Prelado.

Este Prelado era Mr. Pacca, camarero de Su Santidad, que acogió al zuavo con una afabilidad que tiene mucho más de la caridad apostólica que de una virtud ordinaria, y le dijo:

—¿Amigo, cómo os llamais?

—Strouss, Monseñor.

—¿De qué país sois? Replicó el Prelado.

—De Venloo, en Holanda.

—Bien, yo hablaré de vos a Su Santidad.

Se fué el zuavo. Pero dos días despues, con gran sorpresa suya, miéntras que estaba en el cuartel, un dragon le trajo una carta de audiencia.

El primer día, no había pensado en lo atrevido de este paso, y ahora que espera, que sabe que el Vicario de Jesucristo está allí, a algunos pasos de él, que iba a verlo, se siente conmovido, lleno de temor. Pero bien pronto al temor sucedió la confianza y el gozo mas dulce. Pio IX le habla con la ternura de un padre, elogia los actos de sacrificio y de heroismo que suscitan en el mundo las desgracias de la Iglesia.

Despues, yendo a una cómoda, sacó un estuche que dió al zuavo. El estuche encerraba un hermoso camafeo con la imágen de la Santa Virgen.

—Tomad, hijo mio, dijo el Santo Padre; tomad lo que os doy, y rogad mucho a la Madre de Dios. ¡Ella os protegerá siempre!

palabra y un recuerdo. Esta palabra, héla aquí; es de San Pablo, este gran corazón, y también puedo decir, este gran soldado de Jesucristo: ¡*State!* permaneced de pie y firmes; firmes en vuestros sentimientos, en vuestros principios, en vuestro generoso sacrificio. Esto será el honor eterno de vuestra juventud y de vuestra vida.

«¡Cuán bella y santa es vuestra causa! Por ella han muerto vuestros hermanos en Castelfidardo; varios de entre vosotros han combatido, y todos estais prontos a combatir aún, si Dios señala el día y la hora. Permaneced, pues, constantes y firmes, y por vuestra firmeza suscitad en lo de adelante otros sacrificios. Que vengan aquellos que sientan en el corazón fe y valor, y que se hastian de una juventud inútil y sin gloria; que vengan de la Francia, de la España, de la Irlanda, de la generosa Bélgica, de la misma infortunada Polonia, de todos los países católicos, a aumentar vuestras filas ó las de esta brava y fiel legión que defiende la misma causa. ¡*State!* Perseverad.»

La correspondencia de la *Gazette de France*, de la cual tomamos estos detalles, añade que después de esta corta alocución, «Mr. el obispo de Orleans fué seguido a la sacristía por M. el coronel de los zuavos y todo el cuerpo de oficiales, todos soldados de Lamoricière y que llevaban todos sobre el pecho la cruz de Castelfidardo. Cordiales palabras se cambiaron entre el obispo y estos valientes oficiales.

Fiesta dada en honor de los zuavos.

Durante las fiestas del Centenario y de la canonización, los zuavos pontificios han recibido los testimonios más tiernos de simpatía de parte de todos los católicos venidos a Roma de todas las partes del mundo.

La fiesta de Minerva, dada por los visitantes extranjeros

a los oficiales del ejército pontificio, y especialmente a los oficiales de los zuavos, ha sido brillantísima. Los vastos salones, iluminados y adornados espléndidamente, eran demasiado estrechos para la multitud que se agolpaba. En el fondo de la sala principal estaba el busto de Pio IX; enfrente, el busto del general Lamoricière, rodeado por un trofeo de armas que se destacaba en medio de laureles. Afuera la música con sus sonatas alegraba la fiesta, y en la plaza de la Minerva aplaudía una multitud inmensa de romanos.

Se deseaba que Mr. Mermillod viniese a pronunciar algunas palabras. A las nueve y media entró a la sala en medio de los coroneles d'Argy y Charetté. Entre los oficiales se veían con emoción algunos mutilados de Castelfidardo, y uno de ellos pronunció el brindis: «¡A Pio IX, Pontífice y Rey!» Fué recibido con los más vivos aplausos, y se respondió por otro: «¡Al ejército pontificio!» Habiéndose entonces colocado Mr. Mermillod cerca del general Kanzler, ministro de la guerra, expresó inmediatamente el gozo que experimentaba por la simpatía que rodeaba a los valientes defensores del Papado.

Habló de la felicidad que disfrutaban los obispos, al pensar que cuando se alejasen, para conservar la verdad y las almas, dejarán aquí alrededor de Pio IX, reunidos de los cuatro vientos del cielo, a hombres de fe y de valor que protegerán su soberanía y defenderán su trono.

Cuando Mr. Mermillod, al terminar, dirigiéndose a los oficiales dijo, que habían venido conducidos por solo la fuerza viva de su convicción y para afirmar en medio de las decadencias actuales, la libertad del alma, su palabra fué interrumpida por aclamaciones unánimes a Pio IX y al ejército pontificio.

El general de Courten ha contestado a Mr. Mermillod a nombre del ejército pontificio, y en un lenguaje simple y noble, ha demostrado que este ejército, pequeño por el número, es grande por el valor y espíritu de adhesión que lo animan; éstas y algunas otras palabras pronunciadas con



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO SETIMO.

OBRA DE LOS ZUAVOS PONTIFICIOS.

Habiendo sido la Francia el primer reino bautizado en la persona de su gefe, ha sido llamada la Hija primogénita de la Iglesia, y mostrándose mas que otros, fiel a las obligaciones del bautismo, se le llama la noble Francia.

La hija ha sido repetidas veces el brazo y el apoyo de la madre. Cuando Clodoveo oía leer la pasión, blandiendo a su lado la espada de la Francia, decía: « ¡que no estuviera yo allí! » El que no tenga estas palabras, no lo creo frances. Viene de otra parte.

El buen Pepino, acudiendo en auxilio de la Santa Sede contra los lombardos, lanzó a estos ladrones de las provincias de que se habian apoderado; inmediatamente los griegos, cargados de presentes, vinieron a buscarlo para darle a Ravena y la Pentápolis. El los despidió: « Yo no he hecho esta guerra para enriquecerme, sino por amor de San Pedro y a fin de obtener el perdon de mis pecados. Ni por todo el oro del mundo quiero quitar a San Pedro lo que ha recibido de la espada de los francos. » El que no obre como Pepino, no pertenece a la noble Francia. Viene de otra parte.

La noble Francia se arroja la primera a las cruzadas, *¡Dios lo quiere!* y ella no busca ningun otro interes. Hay ahora franceses de otro estilo, que dicen: *Cada uno para sí, cada uno para su casa.* Pero estos son villanos: vienen de otra parte.

Cuando la política de estos hombres sube al trono de Francia, cuando no quieren hacer nada sino por interes, la noble Francia protesta con la espada de su nobleza, con el

ción rigurosa de rogar por el reposo de su alma, puesto que habrá muerto en mi lugar. ¡Ojalá que mi modesta ofrenda llegue a tiempo y mis deseos sean cumplidos! Dignaos, Monseñor, por vuestra gran bondad, hacérmelo conocer si es posible. He prometido algo al Dios de los ejércitos si me concede esta gracia.

«Dignaos, Monseñor, recibir los humildes homenajes de vuestra indigna pero respetuosa servidora.

«A. G.»

Poco despues que el limosnero habia concluido su lectura, un jóven seminarista romano, se acercó conmovido, embarazado, cabizbajo, con los ojos húmedos, y dijo con una voz vacilante:

—Monseñor, esta carta es de una santa.... Es sublime.

—Y bien, ¿qué sucede?

—¿Qué sucede? que yo quiero ser el soldado que ha de reemplazar a esta jóven.

—Pero amigo mio, ¿y esta sotana?

—Yo la dejaré por un poco de tiempo. Y despues, si sucede lo que dice la jóven, que el que la va a reemplazar puede morir.... entonces mi sotana será un vestido de mártir.

El abismo llama al abismo, *abyssus abyssum invocat*, canta el rey David. ¿No podemos decir tambien, el sacrificio llama al sacrificio?

—Se lee en la *Semaine de Lyon*:

«Señor Director:

«Habiendo leído uno de mis amigos uno de los últimos números de la *Semaine Religieuse*, se ha conmovido por la generosidad de ciertas personas para la obra de los zuavos pontificios, que habiendo reunido por su trabajo y economía una suma de 800 francos, han dado inmediatamente 500 a un venerable sacerdote de la diócesis de Lyon, a fin de que los hiciese llegar a nuestro Santo Padre, para el sostenimiento de un zuavo pontificio; dignaos, querido Señor, publicar este tes-

timonio de afecto de un buen católico que desea permanecer desconocido, y cuyo buen ejemplo podrá animar a los corazones generosos en favor de esta santa obra.

«Dignaos recibir, etc.—T. P.»

El egoismo, como vemos, no ha gastado a todas las almas. No son solamente los ricos y los poderosos los que abren sus cajas para la defensa del Vaticano, sino tambien los humildes y los pequeños. No lo dudeis, la revolucion habrá comprendido cuánta fe hay en el impulso dado en Lyon por una jóven, al inscribirse la primera para esta obra tan bella de los 500 francos, así como tambien comprenderá cuán significativo es el acto de un pobre que toma sobre sus economías de muchos años la moneda que la fortuna encontró toda reunida en la jóven que quiso darla.

Cierto diario democrático, a quien todavía no hemos arrojado el guante, pero con el que podremos tener más tarde alguna polémica, ridiculizaba no há mucho a las *señoras devotas* porque se limitaban a estériles votos por las necesidades del Santo Padre. El considerará tal vez lo importante que es en sí mismo el don de este obrero, que modesto en una conducta sublime oculta su nombre aun cuando ofrece a la cruzada moderna el peculio que él posee adquirido a fuerza de trabajo. Este ejemplo vale tanto como los de los señores del siglo XIII, que empeñaban su tierra para partir a libertar el Santo Sepulcro.

Que la revolucion cese de provocarnos y verá convertirse las gotas de nuestro sudor en piezas de oro; nuestros principios insultados se reanimarán en nosotros, en la plenitud de estos entusiasmos que forman a los Huniade y a las Juana de Arco.

—Hay ofrendas extremadamente conmovedoras, y esto en todas las condiciones; tales son las que cita la *Chronique de Dijon*:

«La partida de Monseñor el obispo para la capital del mun-

do católico, ha provocado donativos considerables por parte de muchas personas, los que Su Señoría está encargado de depositar a los piés del Pontífice-Rey.

—Una señora desconocida se ha despojado de sus alhajas mas preciosas, cuyo valor asciende a 600 francos. Los pobres obreros y simples domésticos han quitado algo de sus ahorros, y tal vez se han impuesto grandes sacrificios para confiar a nuestro venerable prelado sus limosnas para el Santo Padre. Algunos han dado cinco francos; otros, dos, y algunos, céntimos.... ¡Solo Dios sabe el precio de estas ofrendas secretas! ¡Solo Él las recompensará dignamente!

Buen amo y buen servidor.

Hace quince días, un sacerdote de Lyon que partía para Roma, vino a despedirse de un compañero suyo retirado en esta ciudad a causa de sus enfermedades. Los buenos católicos se imaginaron fácilmente el asunto de la conversacion, los encargos dados para la Ciudad Eterna, los votos y deseos del enfermo para con el dichoso peregrino. Escuchad lo mas tierno de la historia: El doméstico del anciano cura, comprendiendo la partida del señor abad X, dijo a su amo: «Ved, señor, una bella ocasion para enviar al Santísimo Padre su pequeña ofrenda.»—Si; ¿y cuánto queréis darle?—Tomad, si os agrada, cien francos a cuenta de mis sueldos.—Bien, sea así; esto es una quinta parte para sostener un zuavo.—«Esto es lo ménos que podemos hacer, pues no podemos ir a defender a este buen Padre.» Ya el año pasado habia remitido su pequeña suma a un eclesiástico que iba a pasar las fiestas de Pascua en Roma. Tocado por la generosa piedad filial de su doméstico, el amo, como podéis pensar, no pudo ménos que asociarse al loable proyecto de aumentar la suma que llevaba tan contento el sacerdote lyonés.

¡Ojalá este ejemplo provoque otros muchos y aumente en la ciudad de María el número de los defensores del Vicario de su Hijo!

Generosidad admirable de varios domésticos.

Se leerá con edificacion el extracto siguiente de una carta dirigida a la *Semaine Catholique de Séz*:

«Estos días, hablaba con dos personas de la bella manifestacion del clero de Séz hacia el Santo Padre, de las necesidades del tesoro pontificio, de los deberes que tenemos, tanto los sacerdotes como los legos, en esta grave circunstancia. No habiamos fijado la atencion en que cuanto deciamos era escuchado por Francisco B.... doméstico. Algunos días despues, este buen Francisco me dijo:

«—Yo quiero contribuir tambien al alivio del Santo Padre: aquí tenéis 60 francos que os doy para las obras de que os he oído hablar.

«—Pero, le dije yo, tal vez consultais más a vuestro corazón que a vuestros medios. Seguramente que no hay ahora nada más urgente, ni más interesante para un buen católico que sostener al Padre comun en su afliccion; pero yo creo que el deber de vuestra posicion no va hasta el sacrificio de esta suma.

«—Mi intencion, me respondió él, era emplear estos 60 francos en ir a ver la *Exposicion*. ¡Y bien! yo me privaré de este placer, hé aquí todo.

«Despues de haber obligado a esta alma generosa a que reflexionase todavia más, y estando cierto de que su determinacion estaba bien pensada, acepté con emocion este donativo, que tiene ciertamente ante Dios un gran precio.

«Os envio la mitad (30 fs). La otra mitad está destinada a la colecta que hará probablemente nuestro dean en el can-

sacrificio de sus sacerdotes, con las limosnas de su pueblo, con la redencion de los cautivos.

La Francia es una noble nacion, una nacion que se sacrifica porque es cristiana. Es tal su espíritu de sacrificio, que es mas fácil falsearlo que extinguirlo. Si no se la guía a sacrificarse por el bien, lo hace por el mal. Sacrificarse es su principal interes. Lo que se quiera se puede hacer de ella con tal que se le presente bajo los colores de la grandeza y de la justicia. Decidle que va a libertar a los pueblos, que va a hacer que reine la libertad, la igualdad; y sin pensarlo, dará su oro y su sangre.

La *Obra de los Zuavos pontificios* tiende a tomar en Francia una extension considerable. Su iniciativa, ademas, pertenece a un frances, el señor baron Onfroy. No hay diócesis en la actualidad donde no esté establecida; y es un deber para nosotros el recomendarla vivamente a todos los amigos de la causa católica. Se sabe en qué consiste esta obra. Se trata de dar 500 fr. para el sostenimiento de un zuavo pontificio, sea dando esta suma una sola vez, sea prometiéndola dar cada año para el mismo objeto. Es un excelente medio para alimentar el tesoro del Soberano Pontifice y ayudarle a conservar el pequeño ejército que le es tan necesario para el sostenimiento de sus posesiones.

Pocas obras católicas han tenido igual éxito. Apénas se ha propuesto a la generosidad de los fieles, cuando ha tenido numerosas adhesiones en todas las clases de la sociedad. Así los pobres como los ricos, los jóvenes como los ancianos, todos han querido concurrir a ella. *

* Leemos en la *Semaine Religieuse* de Cambray:

¿Qué dirán los hijos de Voltaire en presencia de la generosidad de los hijos de los cruzados?—Ellos han querido crear una manifestacion en favor de los hijos de la incredulidad, del despreciador de nuestras glorias nacionales las mas tiernas y las mas puras. Es posible que obtengan un cierto resultado material. Pero no es este el caso en que ahora ó nunca debemos aplicar la palabra *Non tam numeranda quam ponderanda*, por mas que esté en oposicion mani-

Sería necesario un gran volúmen para detallar los nombres de los suscritores, y los tiernos testimonios de adhesion a que ha dado origen esta obra. Nosotros nos limitaremos a referir algunos rasgos.

El amor de los romanos por el Papa es conocido. No solamente los patricios dan cuantiosas limosnas, sino que se dan a si mismos. El joven príncipe Julio Borghese, que ha hecho la expedicion a China y a Corée, con el almirante Roze, ha entrado como simple soldado en la artillería del Papa.

Los jóvenes marqueses Machi y Théodoli han seguido su ejemplo, así como el joven Rospigliosi, cuya madre es duquesa de Cadore.

El príncipe Sarcona, de la familia de los Aldobrandi, da 500 fr. cada mes para el sostenimiento de un zuavo pontificio.

Noble emulacion.

La *Gazette de Liège* contiene una suscripcion de 10,000 fr., inscrita en las primeras líneas de sus listas en estos términos:

fiesta con el sufragio universal? «No basta contar, es necesario pesar los votos.»

¿Cuánto pesan, pues, las adhesiones de 50 cs? ¿No será tal vez que el primer advenedizo, un hombre desconocido, un holgazán, por seguir el ejemplo de algunos amigos, ó desembarazarse de las importunidades de los semi-colectores, habrá arrojado en los despachos del *Siecle*, ó en otra parte su medio franco, sin dar ningun significado á su ofrenda? Nosotros creemos que así sucederá, por lo ménos en las tres cuartas partes de los suscritores a la estatua de Voltaire.

Las adhesiones que se nos han remitido ofrecen otras garantías. No son 50 cs. los que pedimos, no son 50 fr. sino 500 fr. Así, pues, se nos permitirá creer, atendidos los tiempos que atravesamos, que semejante sacrificio es un acto de fe serio y reflexivo. Hé aquí por qué nos felicitamos al agregar esta semana veintiun zuavos a los ciento cuarenta que acusamos la semana pasada.

« Para el sostenimiento anual de un zuavo pontificio, depositado a vuestros piés, Santo Padre, un capital de 10,000 fr.

« *M*** de Liège.* »

El ejemplo se ha dado, y esto basta; el bien lo mismo que el mal se comunican prontamente. Se necesitarían volúmenes enteros para registrar los felices efectos de este hecho aislado.

— Hemos visto en la *Semaine Catholique de Tolosa*, que se han hecho algunas ofrendas semejantes por personas de esta diócesis. Hé aquí cómo habla de ellas el referido diario:

« Al referir la liberalidad de una señorita belga que ha ofrecido al Santo Padre la suma necesaria para el sostenimiento de un zuavo en Roma, sentimos el pesar de que esta señorita no fuese francesa. Esta susceptibilidad de patriotismo, ha sido bien pronto calmada por la siguiente carta llegada esta semana sin ninguna firma, al secretario del arzobispo de Tolosa, el cual nos la ha comunicado; puede pasar sin comentario.

« Señor secretario, mi sexo no me permite ir personalmente al servicio de la gran causa del Santo Padre; sin embargo, deseo con todo mi corazón, estar representada en el seno de estas legiones y contribuir a su triunfo según la medida de mis facultades. Dignaos recibir en consecuencia, la suma de 500 francos que tengo el honor de remitiros para el sostenimiento de un soldado del Papa.

« Vuestra muy humilde y adicta servidora. — *N**** »

— « Hace algunas semanas, dice la *Semaine Religieuse* de Nantes, una anciana doméstica, más que septuagenaria, se presentó en casa de un eclesiástico de nuestra ciudad para darle quinientos francos para el Óbolo de San Pedro: como aquel pareciese sorprendido y temiese que este don tan generoso, fuese superior a sus fuerzas, le dijo ella: « Señor abad, tengo hechas todas mis reflexiones; yo he apartado esta suma para el Papa, os ruego la hagais llevar a su des-

tino. Yo me impondré, si necesario fuese, mas privaciones durante los pocos años que aun pueda pasar sobre la tierra. Solamente os pido, el que no hagais conocer mi nombre a nadie. »

Se escribe a la *Semaine Religieuse* de Limoges:

« En el último número de vuestro diario, dais la suma de 606 francos como producto de la cuesta hecha para el Óbolo de San Pedro el día de la fiesta del Corazón inmaculado de María: pocos días después la suma ha pasado de 1.000 francos. Nosotros hacemos constar con gozo y con elogio, que la clase obrera ha contribuido para esto en gran parte.

Una niña depositó en el platillo de la señora cuestadora 30 francos envueltos modestamente en un papel. Otra, trabajando en el taller del Buen Pastor, a fuerza de imperceptibles economías, llegó a reunir 5 francos que destinaba al fotógrafo que debía hacer su retrato. La niña oyó un sermón en el que se habló sobre nuestro Santo Padre el Papa y se anunciaba una cuesta para el Óbolo de San Pedro; al día siguiente tomó sus cinco francos tan queridos y los llevó a la maestra religiosa de las obreras: « Tened, madre mía, os doy esto para el Papa.

— Esto es mucho, querida hija, tomaré cincuenta céntimos, y cuando hubieseis rescatado esta suma, podréis hacer vuestro retrato: tomad el resto. — ¡Oh madre mía! no es esto lo que yo esperaba; tomadlo todo. » Y como todavía insistiese la religiosa, la niña le dijo: « Yo tenía la costumbre de enviar cinco francos en esta época del año a mi padre: ha muerto. Ahora, mi padre es el Papa. »

Se lee en la *Semaine Religieuse* de Arras:

« Los alumnos del pequeño seminario no contentos con haber pagado su tributo a esta obra de los zuavos, tan simpática a todos los corazones católicos, movidos de un noble entusiasmo, han hecho el generoso abandono de sus premios en favor del Soberano Pontífice.

«El pequeño seminario, al ir a ver a Monseñor, la víspera de su partida para Roma, para presentarle sus felicitaciones anticipadas por el día de su santo y sus votos por este gran viaje, ha puesto su ofrenda en las manos de Su Señoría, con un discurso al Padre comun de los fieles, en el que expresan los sentimientos de la adhesión mas profunda a la causa de la Iglesia y a la persona de Pio IX.

«Sabemos que Monseñor se ha conmovido con este paso; y al comprender Su Ilustrísima por la alegría que notaba en los semblantes, que esto era mas bien un gozo que un sacrificio para estos jóvenes, les dió las gracias con efusión, diciéndoles que era el mas bello ramo que podían ofrecerle por su natalicio, les prometió además que llevaría su recuerdo a Roma, y les traería una bendición especial de parte del Soberano Pontífice.»

—La Bretaña y la Vendée han hecho mucho por la obra de los zuavos pontificios. Las poblaciones de estas dos provincias han mostrado, en esta ocasión, cuán dignas son de su antigua reputación de hidalguía y fidelidad.

—Se nos escribe de Cotanza, que con motivo de la partida de Monseñor Bravard para Roma, han tenido lugar en esta ciudad las mas vivas manifestaciones de adhesión en favor del Soberano Pontífice. Cuando se ha leído en Thorigny-sur-Vire, la carta en que el venerable obispo anunciaba su partida, los habitantes han manifestado un verdadero entusiasmo. Han querido oír esta lectura de pié, en señal de respeto, y si Mr. Havin hubiese estado en medio de sus mandatarios, él mismo se hubiera conmovido.

El obispo de Cotanza lleva para Roma la suma de 35,000 francos, destinada al sostenimiento de setenta zuavos, de los que once son dados por su ciudad episcopal, y además 130,000 francos ofrecidos para el Óbolo de San Pedro. Estas dos sumas comparándolas con el número de católicos de la diócesis de Cotanza, dan por término medio 30 cs. por católico.

Esta es la suma que indicamos como necesaria para cubrir el déficit anual de las rentas pontificias.

Una carta tierna y una buena obra.

Roma, 7 de Febrero de 1867.

El limosnero de la legión de Antibes ha recibido y leído públicamente una carta que nos complacemos en reproducir, para gloria de la Iglesia, honor de la persona que la ha escrito y provecho de las almas a quienes edifican siempre los nobles sentimientos:

«Lyon, 14 de Enero de 1867. *

«Monseñor:

«Siento el mas amargo pesar por no poder servir a la santa causa en el heroico ejército pontificio. ¡Ay! tal honor es incompatible para mí, pues soy una joven. Dios, en su bondad, no quiere que mi ardiente deseo sea del todo estéril. Me ha hecho la gracia de que reúna la suma necesaria para el sostenimiento de un soldado. Os la envío, Monseñor, y os suplico que me hagais reemplazar. Adjunto al billete de 500 francos, que encontraréis en mi carta, va un escapulario para el soldado que ha de hacer mis veces. Está bendito en Nuestra Señora de Fourvière y hecho del uniforme de un general que fué un santo y un héroe. Si este soldado tiene la felicidad de morir bajo la bandera pontificia, os suplico me lo aviséis inmediatamente, porque me he impuesto la obliga-

* Es falsa la opinión que quiere privar a Lyon de este entusiasmo caballeresco que se manifiesta comunmente en el Mediodía y en el Oeste de la Francia. La carta que publicamos es una prueba de ello. Es hermoso ver a mujeres tímidas que responden al grito de la cruzada. Aquí la oración y el donativo generoso de una joven iguala al mérito de uno de esos esforzados jóvenes que van a alistarse bajo la bandera de la guerra santa.

ton, para sostener, como os he dicho que se hace en Séez, un zuavo cantonal.

«Debo añadir que este buen doméstico acaba de asociarse a varias decenas del Óbolo de San Pedro, que comienzan a formarse en nuestras comarcas. Parece que no puede negarse a cualquiera que le tiende la mano a nombre del Santo Padre, cuyas penas siente no haber conocido ántes.»

—Siete domésticos han enviado a la *Semaine Catholique* de Séez su suscripción para la obra del zuavo pontificio, y han unido al envío la carta siguiente, que nos ha parecido merecer ser reproducida como su acción merece ser imitada: nosotros somos domésticos así como también Francisco B..., de quien habláis en vuestro último diario, y que os ha enviado 60 fr. para nuestro Santo Padre. Nosotros leemos también vuestra *Semaine Catholique*, y creemos amar al Papa tanto como B. Solamente que nosotros no podemos tener la felicidad de hacer una suscripción tan fuerte, pues aun nos falta mucho; pero lo poco que damos es de buena voluntad. Después de haber oído y consultado al señor cura, que es muy celoso y que ya se ha suscrito para el objeto, hemos puesto cada uno 1 fr., lo que hace el total de 7 fr. que podeis añadir a vuestras gruesas sumas; y esperamos que á pesar de la pequeñez del don, tendremos una parte en las bendiciones de Pio IX, a quien todo el mundo llama un santo, y todavía mas, un santo mártir.

«Juan R..., Juan B..., Enrique C..., Luis N..., Pedro P..., los hermanos S...»

La adhesión á la Santa Sede va en aumento.

Se lee en la *Semaine de Tolosa*:

«Los alumnos del pequeño seminario de la Esquil y de la sucursal, renuncian voluntariamente a sus premios para ce-

der su valor al sostenimiento de dos zuavos pontificios 1,000 francos.

«Los alumnos de Polignan hacen espontáneamente el mismo sacrificio, 1,000 francos.

—Leemos en la *Semaine Religieuse* de Rodaz:

«Por la misericordia infinita de Dios, me siento con la mejor voluntad para sacrificar mi vida por la defensa de la Iglesia católica romana y por el sostenimiento de nuestro Santísimo Padre el inmortal Pio IX. ¿Mas cómo con mis setenta y un años podré llevar las armas, cuando ya toco al momento en que con dificultad podré llevar el Santo cáliz al altar?

«Para que no queden frustrados los deseos de mi corazón, ofrezco la suma de 500 fr. para el sosten de un zuavo papal.... y solamente pido en recompensa de este sacrificio la bendición del Santo Padre para mis buenos parroquianos y para mis parientes.»

—Hé aquí otras indicaciones tomadas de diversos diarios: En la diócesis de Lyon, las alumnas del pensionado de religiosas Benedictinas de la Rochette, aunque no son mas que cincuenta, no han querido ser vencidas en generosidad por establecimientos mucho mas numerosos; han tomado de sus pequeños ahorros la suma de 500 fr. que envían al Santo Pontífice para el sostenimiento de un zuavo.

La *Semaine Religieuse* de Angers calcula en cincuenta el número de zuavos sostenidos por esta diócesis. El mismo periódico, dice, que se han dado a Mr. el obispo de Angers, ántes de su partida para Roma, 76,000 fr. para el Óbolo de San Pedro.

El número de zuavos sostenidos por la diócesis de Arras es de ochenta y nueve, y el de la diócesis de Nántes de setenta. Se lee en la *Semaine Religieuse* de esta última ciudad:

«Acaban de partir para Roma dos voluntarios de nuestra diócesis con la intención de entrar en la artillería pontificia.

triosa caridad, ha sucedido que estos últimos han conquistado una parte de la gloria de los primeros, al ofrecer por sus liberalidades al Padre comun de los fieles, los medios de sostener a sus soldados. Vuestra carta a Su Santidad el Papa Pio IX prueba que habéis tomado parte en esta obra segun vuestras fuerzas. Por eso ha querido el Santísimo Padre, manifestaros por mi conducto, su gratitud y su benevolencia por vuestra piedad y adhesion... y daros con afecto para vos y los vuestros, la bendicion apostólica.

«Roma, 8 de Mayo de 1867.»

—Hé aquí, segun los datos suministrados por los Seminarios religiosos que recibimos, el número de suscripciones de 500 francos colectadas en diversas diócesis para el sostenimiento de los zuavos pontificios; mas siendo nuestros informes de una fecha algo atrasada, la cifra real es ciertamente superior a la que indicamos.

Rodaz.	100	El Mans	41
Nantes	80	Quimper	20
Angers	70	Troyes	25
Sens.	40	El Puy	20
Saint-Brieuc	50	Metz	12
Poitiers	35	Frejus	11
Nevers	35	Verdun	9
Limoges	35	Lion	35
Arras	99	Bayona	50
Rennes	90	Alby	15
Tolosa.	60	Périgueux.	10
Turs.	40	Clermont	9
Langres.	40	Chalons.	8
Laval	40	Burdeos.	50

Otras muchas diócesis, tales como la de Nimes, por ejemplo, la de Marsella, la de Vannes, de Bourges, de Grenoble, de Carcassonne, de Aire, etc., etc., han dado un número de suscripciones más considerable que muchas de las diócesis

puestas en esta lista; pero nos faltan los datos para dar las cifras exactas.

—Leemos en la *Semaine Religieuse* de Cambray:

Por una vez más se han realizado plenamente nuestras esperanzas. Tenemos nuestra segunda Compañía de zuavos: la tenemos completa: nuestros cuadros están llenos. ¡La diócesis de Cambray sostiene cerca de Pio IX *doscientos* defensores!—Si nos fuese permitido felicitar a nuestros venerables Hermanos en el sacerdocio, a las Comunidades religiosas, a los Institutos para la educacion cristiana de la juventud, a las familias católicas, y a todas las personas piadosas que han ayudado a obtener en algunos meses este glorioso resultado, les diriamos cuán felices y orgullosos estamos en este momento. Pero como la alabanza no tiene *peso sino en razon de la altura de donde cae*, debemos dejar a voces mas autorizadas que la nuestra la felicidad de hacer justicia a la generosidad del Clero y de los Fieles de nuestra diócesis. Ademas, Dios mismo proveerá a ello: porque la causa de Pio IX es la de la Iglesia, y la causa de la Iglesia es la de Dios.

—El movimiento religioso en Alemania está muy bien indicado en el pasaje siguiente de una carta particular del *Monde*:

«La asociacion de San Miguel de Colonia ha firmado un discurso al Santo Padre, que Mr. Melchers está encargado de llevar a Roma, con los 14,000 thalers del Óbolo de San Pedro que ha reunido esta Sociedad. El discurso de la misma asociacion de Viena, será llevado a Roma por S. A. el land-grave José de Fürstenberg, los Sres. Dilgskron y Rengelrod, empleados superiores del ministerio, y los Sres. Sartori y Hofer, libreros de Viena. Los condes Prashma, Chamar y Stolberg, de la Silesia prusiana, se unirán a esta diputacion.

Las asociaciones de San Miguel, de la diócesis de Seskau,

de Gurk, de Brünn y de Breslau han firmado el discurso de Viena.

El discurso de la diócesis de San Hipólito está confiado al señor doctor Zillich, el de Praga a los señores Mayer, profesor, y Wobornik, doctor; el de Olmütz al conde Seilern; el de Inspruck al Sr. Zahlinger, consejero; el de Paderbon al baron Nagel-Itlingen, acompañado de algunos otros delegados; el de Münster al conde Droste-Vischering, acompañado tambien de algunas otras notabilidades; el de Passau será llevado por el Sr. Bucher, periodista; el de Munich por el doctor Papius, y el de Aix-la-Chapelle por el Sr. Lingens.

Un número considerable de otros laicos se preparan al viaje de Roma, ó han partido ya. Se ve que las fiestas actuales de Roma producen una gran impresion en la Alemania, y sobre todo en Austria; como lo manifiesta este concurso.»—*Kunn.*

—Se escribe de Roma a la *Semaine Religieuse* de Paris:

« Mr. el Arzobispo de Olmütz ha partido para Roma, donde irá en cuerpo todo el episcopado húngaro, como fué a la coronacion. Un grupo de peregrinos, compuesto de cincuenta aldeanos bávaros, ha llegado a Roma el 12 de Junio, despues de haber hecho a pié casi todo el camino. Otros diferentes grupos del mismo país, del Tyrol y de la Styria, se preparan al mismo piadoso viaje.»

—Se lee en el *Moniteur*:

« Con motivo del Centenario de San Pedro, las diferentes ciudades de Italia acaban de remitir al Santo Padre, por conducto de Mr. Balma, obispo de San Juan de Acre, una suma total de 300,000 libras.»

—Se dice que Mr. Manning ha puesto a los piés de Su Santidad 2.500,000 francos, testimonio opulento de la caridad de la Inglaterra. La Bélgica es siempre digna de sí misma. Su cardenal-arzobispo de Malinas, ha llevado él solo

400,000 francos. Un arzobispo, Mr. Ledochowski, de Posen, ha ofrecido, segun se nos asegura, como señal de la fidelidad de sus diocesanos, mas de medio millon. Mr. Labastida, arzobispo de México, ha dado más de 300.000 francos. Se calculan, en fin, como en veinte millones el total de las ofrendas del Episcopado y de los fieles.

Esta es la respuesta del mundo católico a la Italia despojadora de la Santa Sede. No olvidemos que del seno de esta Italia, dominada por sectarios impíos y rapaces, se elevan tambien nobles protestas cristianas. Desde hace algun tiempo todos los diarios religiosos, la *Unità Cattolica* principalmente, publican listas de suscripciones en favor del Papa.

El Santo Padre se ha encargado de la habitacion y alimentos de ochenta y cinco obispos elegidos entre los más pobres, que son los Italianos, los Orientales y los Misioneros. No solamente proveerá a su manutencion durante su permanencia en Roma, sino que no los dejará partir sin darles algunos auxilios para su seminario, para sus iglesias, para sus hospicios. Si, pues, los obispos austriacos, franceses y españoles, llevan a su Santidad ofrendas considerables, Su Santidad las recibirá con una mano, y las dará con la otra.

—Se lee en la *Epoca de Madrid*:

« La ofrenda llevada a Su Santidad por el arzobispo de Cuba y el obispo de la Habana, es de 100,000 duros. Los otros preladados españoles presentaron tambien cerca de 60,000 duros (el duro equivale a 5 francos 43 céntimos).»

El primero llamado Judic, y padre de un zuavo, representa a la parroquia de Couëron, que ha entregado en el obispado la suma de 200 fr. para cubrir los gastos del viaje; el segundo llamado Rojer, de la parroquia de Cambon, habia servido hace tres años en el ejército del Santo Padre y acaba de contraer un nuevo compromiso por dos años. La parroquia de Cambon ha dado sucesivamente veintidos soldados a Pío IX, y tiene el honor de contar aún once de sus hijos en el número de los defensores de la Santa Sede.»

—Se lee en la *Semaine Liturgique* de Marsella:

«Los señores de la parroquia de la Santísima Trinidad, que se ocupan muy especialmente de la Obra del Óbolo de San Pedro se han suscrito en una junta con la suma de 500 fr. en favor de un zuavo pontificio, cuya cantidad han remitido a Monseñor el obispo, ántes de su partida de Marsella.

«Una señora, por su parte, ha hecho llegar a Su Señoría igual suma con el mismo objeto por conducto del señor cura de la misma parroquia.»

«Monseñor el obispo, ántes de su partida para Roma, además de las sumas que hemos tenido el consuelo de remitirle a nombre de los lectores de la *Semaine liturgique*, ha recibido de un anónimo la suma de mil francos para el sostenimiento de dos zuavos.

«El señor cura de San José ha recibido igual suma, producto de una colecta hecha en su parroquia por una persona piadosa; con lo que llega a cuatro el número de los zuavos pontificios sostenidos por dicha parroquia.»

La carta siguiente ha sido dirigida al *Univers*:

«Béziers, 21 de Mayo de 1867.

«Contento y orgulloso con lo que hace de siete años a esta parte la parroquia de la Magdalena de Béziers, en la que tengo el honor de ser cura, habia creído de mi deber guardar silencio sobre la iniciativa que habia tomado para esta obra tan importante de la defensa del Papado en su poder

temporal. Ahora cedo al deseo de varios de mis parroquianos, haciéndoos conocer, que desde el mes de Enero de 1861, sostenemos un soldado en el ejército pontificio. Este año, por la sétima vez hemos enviado 500 francos para esta obra, y tengo la esperanza de duplicar esta ofrenda. Además, el año pasado, con motivo de la tercera peregrinacion que hice a Roma, mis buenos parroquianos quisieron que llevase un suplemento de 2.000 francos a los piés del Santo Padre para ayudarle en la reorganizacion de su ejército, en el momento en que nuestras tropas debian abandonar a Roma y al territorio pontificio.»

—Nos escriben de Bayona el 18 de Mayo:

«Los alumnos del gran seminario de Bayona acaban de mandar al Santo Padre 500 francos para un zuavo. Los que deben combatir en la milicia sacerdotal, han tenido que ser representados en esta otra milicia, cuya mision es defender por las armas, la causa del Pontífice-Rey.

«Los señores directores han hecho lo mismo: aquellos que saben formar tan bien el corazon de sus alumnos no podian obrar de otra manera.»

—La comunidad llamada de las Recoletas del Doué ha tenido una encantadora idea: en una caja ha encerrado una violeta que imita perfectamente bien una flor natural. En los pétalos están ocultas algunas piezas de oro que importan la suma de 500 francos, para el sostenimiento de un defensor del Santo Padre.

—Mr. Pie, que llegó a Roma la víspera de Pentecostés, dió al ministro de las armas 12.500 francos que provienen de 25 ofrendas hechas con anterioridad.

La diócesis de Poitiers sostiene actualmente 27 zuavos.

—Se nos escribe de Brives, diócesis de Tulle, que las hijas de la Providencia (casa de asilo y orfanatorio), creyen-

do dar a su manera un testimonio de su adhesión a la Iglesia, han aprovechado una parte considerable de sus recreaciones para confeccionar una docena de camisas que acaban de enviar al Santo Padre, por conducto de su venerable cura, que iba para Roma.

—Se escribe de Laval a la *Semaine du Fidele* de Mans:

«La diócesis de Laval no solamente con su oro ayuda a aumentar el ejército de la Santa Sede, sino también con los soldados que envía. Hasta aquí, creemos que ha dado cuando menos, cuarenta y dos, salidos de todos los rangos de la sociedad. Cuatro han combatido en Castelfidardo; uno de ellos ha recibido una herida, otro ha dado allí su vida. . . ., dos han continuado sirviendo a la causa que habían abrazado; y en este momento la diócesis cuenta treinta de sus hijos presentes entre los defensores de Pio IX.»

—Se lee en el mismo periódico:

«Una mano generosa ha dado la suma de 500 francos provenientes de una suscripción hecha por ella, en la que cada uno de los suscriptores no ha dado más de diez francos. La lista de estos donadores ofrece una particularidad singular y piadosa a la vez: tomando la primera letra de los nombres inscritos en esta lista, encontramos el anagrama que sigue, que es una piadosa oración y un voto de circunstancia: *Corazon de Jesus, protege a nuestro Santisimo Padre el Papa Pio IX.* (Por todo cincuenta letras, número de suscriptores.)»

—Se nos escribe de Arras, que los alumnos del seminario de esta ciudad, han dirigido una petición a su superior para que se les permita ceder el importe de sus premios en favor de la Obra de los zuavos. Las dos cuevas de este establecimiento para el Óbolo de San Pedro, han producido 490 francos. Las suscripciones para las obras de la Propagación de la Fe y de la Santa Infancia se calculan en 800 frs., y las de la obra de las campiñas en 300 francos: estos jóve-

nes, aunque pobres en su mayor parte, sostienen todavía su conferencia de San Vicente de Paul.

Una generosa señorita de Bélgica, muy adicta a Pio IX, ha ofrecido una suma de 10.000 francos, cuyos intereses servirán para sostener perpetuamente, un soldado en el ejército pontificio.

—Una piadosa obrera de Lyon, ha ido hace algunos días a entregar al contador de la casa, viuda Guerin, una suma de 1.000 francos destinada para el Óbolo de San Pedro.

No ha querido dar a conocer su nombre, y se tiene por muy dichosa ayudando con esta generosa ofrenda, a la santa y gloriosa angustia del Gefe de la Iglesia.

—Mr. Brunoni, vicario apostólico, al partir para Roma fué portador de una suma de 10.000 francos producto de una colecta en favor del Óbolo de San Pedro.

—El Santo Padre ha recibido 20.000 francos enviados por el *Standard cattolico*, diario católico de Génova. Esta suma estaba acompañada con un discurso en el que espresaban los donadores los sentimientos de veneración y afecto de que están animados.

Todos estos testimonios de amor y adhesión filial, llenan el corazón de Pio IX de consuelo y confianza en medio de tantas desgracias.

En todas las diócesis de Francia, hay un entusiasmo, una emulación extraordinaria para ayudar al sostenimiento de los zuavos pontificios. Los alumnos de los pensionados se cuotizan entre sí, los pobres sirvientes no vacilan en tomar algo de sus modestos sueldos para contribuir a esta obra admirable.

—Se lee en la *Revue Catholique* de Castres, diócesis de Albi:

«Las parroquias de San Martin de Damiatte acaban de

ofrecer a Monseñor el Arzobispo, la suma de 500 francos para un zuavo pontificio. Su señoría, en su próximo viaje a la Ciudad Eterna, depositará él mismo esta humilde ofrenda a los piés del Padre comun de los fieles.

«Ya esta parroquia habia pagado con liberalidad el impuesto de sangre al gobierno del Pontífice-Rey. Al primer trueno del cañon de Castelfidardo, un noble jóven de San Martin, se arrancó de los brazos de un padre y de una madre tiernamente amados, pidió su bendicion, y aunque hijo único y elevado por su posicion social, voló en auxilio del trono de Pedro audazmente atacado. Todavía hoy, otro jóven de Damiate tiene el honor insigne de estar de guardia en las puertas del Vaticano.

«Que estos fervorosos católicos nos perdonen si añadimos que a la primera demanda de auxilios pecuniarios que dirigió el Soberano Pontífice, esta parroquia se apresuró en derramar donativos abundantes en la caja del Óbolo de San Pedro, y en suscribirse con una cifra considerable al empréstito pontificio.

«En Castres, Mr. el arzobispo de Albi ha recibido un pequeño estandarte con los colores del Soberano Pontífice. En él se leía: A nuestro muy querido arzobispo, suplicándole lo entregue al Soberano Pontífice para el sostenimiento de un zuavo. Del estandarte bajaban cinco cintas y en cada una de ellas habia una pieza de oro de 100 francos. De la misma ciudad, se han remitido a Mr. el arzobispo, por un sacerdote, dos obligaciones al empréstito romano, con un capital de 500 francos cada una para dos zuavos.»

—Se lee en el *Echo de Fourvière*:

«Uno de nuestros amigos, que debe partir muy pronto para Roma, acaba de recibir 500 francos, con encargo de darlos al Santo Padre. Este donativo es una parte del pago hecho, en favor de algunas obras buenas, por un jóven negociante de nuestra ciudad, por las utilidades de su primer balance. Aquel que asocia a Dios en su trabajo, está seguro

de no trabajar en vano; este hecho no es nuevo en Lyon, y tal vez en estas tradiciones podamos encontrar el secreto de mas de una de las prosperidades comerciales que son la gloria de nuestra ciudad.»*

Cuán agradecido es Pio IX.

Habiendo hecho llegar a Nuestro Santísimo Padre el Papa, una señora de Lyon, la suma de 500 francos, ha recibido de Mr. Francisco Mercurelli, secretario de Su Santidad, una carta cuya traduccion es la siguiente:

«Muy honorable señora:

«En medio de los tiempos difíciles en que se encuentra la Sede apostólica, el celo de aquellos que se esfuerzan por la defensa del órden exterior en el territorio romano, es digno de alabanza. El acceso a este campo de honor parecia estar prohibido a aquellos que su edad ó su sexo los aleja de la carrera de las armas. Pero por el hecho de una indus-

* *L'Avenir national* está, en verdad, muy engañado. Hé aquí en qué términos se expresa en su Boletín, con motivo de las fiestas espléndidas que deben tener lugar en Roma por la celebracion del Centenario:

«Será necesario no hablar mas de la escasez de las rentas pontificias: evidentemente el tesoro romano no sabe en qué emplear su dinero, puesto que lo gasta en fuegos artificiales é iluminaciones de tanto costo como variadas y numerosas.—*Dornant*.»

Ciertamente estamos muy apesadumbrados por el *Avenir national* y sus consocios en democracia y en libre pensamiento; pero creemos que si el gobierno pontificio se encuentra en estado de poder dar a estas fiestas todo el brillo que deslumbra a M. Dornant, esto prueba que la literatura de los Renan y consortes no han hecho en las filas compactas del catolicismo esa brecha inmensa de que se lisonjean algunas veces, y que el Óbolo de San Pedro ha tenido mas éxito que la suscripcion a la estatua de Voltaire. Hé aquí todo.



CAPITULO OCTAVO.

DIOS SE COMPLACE EN GLORIFICAR AL PAPA QUE HA DEFINIDO LA INMACULADA CONCEPCION DE MARIA.

Todos aquellos que se acercan al augusto Pio IX se sienten heridos de la santidad que respira toda su persona sagrada. Como el Divino Maestro, puede desafiar á sus enemigos a que le reprochen algo serio. Todos se ven obligados a confesar que en él brillan todas las virtudes que forman a los santos pontífices que Dios da a su Iglesia en los tiempos difíciles que debe atravesar.

Siendo cardenal, se hablaba muy poco de él; pero desde que ocupa tan gloriosamente la Cátedra de San Pedro, su nombre llena el mundo entero. De todas las partes de la tierra se acude a sus piés para recibir sus consejos y su bendición, y Dios se complace en manifestar la santidad de su Vicario, de aquel a quien ha predestinado desde la eternidad, y que eligió entre todos para agregar a la diadema de su Divina Madre su mas bello florón.

Se lee en la *Semaine Religieuse* de Tours los extractos siguientes de una carta en la que el autor da cuenta de una conversacion que tuvo con un ilustre y piadoso cardenal:

«Yo creo que no os interesará ménos otro asunto: y es lo que me ha dicho S. E., del Soberano Pontífice y de sus cualidades privadas. Como yo me felicitase por la bondad exquisita y la extrema condescendencia de que habia sido objeto en la audiencia privada que me habia sido concedida, «Esto seria, me dijo, no conocer al Santo Padre sino a medias y juzgarle por estos exteriores de bondad, de mansedumbre y de paciencia que todo el mundo admira. Es me-

« Sin embargo, habiéndose notado un ligero alivio, el doctor permitió que lo llevásemos al campo. Partimos el 7 de Julio en la tarde, a fin de evitar el calor. Para ponerlo en el carruaje, lo hice bajar de mi quinto piso por una persona, y llegado a la estación de Orleans, un factor del camino de fierro lo tomó en sus brazos para colocarlo en un wagon.

« Cuando llegamos a nuestro destino, volvió a tomar la cama, la que no abandonaba sino de cuando en cuando. Tuvo aún frecuentes padecimientos, y cuando se le permitía levantarse, se arrastraba de su cama a la ventana ó al jardín, con la ayuda de su muleta, y sostenido por alguna otra persona cuando yo no estaba allí. Se volvió sumamente impresionable: un relámpago, un trueno, lo ponían en una dolorosa agitacion; el temblor de tierra del 14 de Setiembre le ocasionó una crisis terrible.

« Permaneció tres meses en el campo y volvió a Paris el 6 de Octubre, no trayendo de su viaje sino un alivio apénas sensible. Sin embargo podía aun ir a la ventana, ó a su silla, y sostenido por mí, pasar al comedor para comer con nosotros. Pero el 10 del mismo mes de Octubre, se resbaló su muleta sobre el pavimento, cayó sobre su lado enfermo y experimentó un dolor extremo; se acostó para no volverse a levantar.

« Casi en dos meses, la cama de Edmundo no se hizo mas que dos ocasiones. Esta desgraciada caída fué la señal de una nueva série de vivos sufrimientos, y era tan grande la sensibilidad desarrollada en el lado derecho, que no podía sufrir sin dolor la postura de una cataplasma ó de una pomada untuosa, que se le extendía ligeramente sobre la epidermis.

« El señor doctor Ferrand, que lo habia asistido interinamente al principio de su enfermedad, vino a verlo como amigo, y al retirarse dijo a mi mujer, que le preguntó lo que pensaba, que él estaria así por mucho tiempo, y que durante algunos meses se veria precisado a usar de sus muletas.

« El señor abad Codent vino a verlo el 15 de Noviembre, y dijo al salir a alguno que le acompañaba, que era un niño desahuciado, que la parálisis lo invadiria poco a poco, y que acabaria por sucumbir. Nuestro doctor mismo nos habia dicho, que era necesario no pensar en que se levantase ántes del mes de Enero, y todavia....

« Lo que nos causaba más pena, al ver a este pobre niño, era que además de sus horrorosos sufrimientos, tenia en la cama una postura imposible; su talon tocaba casi la parte inferior de sus riñones, y algunas veces se oía en la articulacion de la rodilla, crepitaciones que horrorizaban a las personas presentes.

« El 14 de Noviembre, yo me encontraba en casa de uno de mis amigos, el que me comunicó la relacion publicada en el *Echo de Notre Dame des Victoires*, de la curacion repentina, operada en la calle de Villedo, al contacto de un pedazo de sotana del Soberano Pontífice Pio IX, y los dos admiramos la manera con que el Señor parece querer glorificar a su Vicario. Este amigo, ¡gracias le sean dadas! me aconsejó que hiciese leer este artículo a nuestro enfermo, a fin de estimular su fe, y otro de mis amigos me ofreció prestarme una média que tenia, que habia pertenecido a nuestro muy querido Pontífice Pio IX, autorizándome para que la pusiese en la pierna enferma del niño, y se la dejase durante toda una novena que comenzariamos en honor de la Santísima Virgen.

« Yo llevé la média a mi casa con una emocion profunda, é hice leer el relato en cuestion a mi hijo, el que se conmovió mucho y manifestó el deseo de utilizar tambien la preciosa reliquia que le mostré. Todos al principio tuvimos la intencion de no comenzar esta novena sino hasta el 30, para terminarla el día de la fiesta de la Inmaculada Concepcion; pero el desgraciado niño continuó sufriendo tanto, que no quisimos retardar por más tiempo el medio que la Providencia ponía en nuestras manos.

« Nuestro piadoso doctor habia manifestado la intencion

de aplicarle un vejigatorio, y aun nuevos cauterios (ya le habia puesto dos en el mes de Junio); pero asociándose a nuestra intencion con una exquisita delicadeza, dejó la ejecucion de esta medicina para despues de la novena, diciendo que era preciso no hacer dos remedios a la vez.

«Nosotros comenzamos nuestra novena el 21 de Noviembre, dia de la Presentacion de la Santa Virgen. La mañana de este dia, mi mujer puso la preciosa média en la pierna enferma. En este momento Edmundo sufría mucho; recitó interiormente la oracion: *¡Acuérdate, oh piadosísima Virgen!* y apenas se le puso la média *cuando los sufrimientos cesaron instantáneamente*. No ha vuelto a sufrir despues. Sin embargo, continuamos nuestra novena hasta el 29; los dolores no habian vuelto a aparecer, hasta el dia 25 en la tarde, durante algunos minutos, y de una manera muy soportable. Esta cesacion de sufrimientos era cuanto nos habiamos atrevido a pedir; estábamos resignados con verlo quedar enfermo toda su vida, y él mismo participaba de nuestra resignacion.

«Pero la soberana bondad no quiso hacer las cosas a médias.

«El 30 de Noviembre, en union de todos nuestros amigos, volvimos a comenzar la segunda novena en accion de gracias, y el doctor permitió a Edmundo que se levantase al dia siguiente. En efecto, el 1.º de Diciembre, mi mujer le ayudó a levantarse; le habia quitado la média del Santo Padre; pero apenas se levantó, se puso a llorar: «Mamá, mamá, exclamó él, mi pierna no me soporta. ¡Yo no podré andar nunca!» Su madre, llena de fe, le respondió que Dios queria probarlo, y lo consoló lo mejor que pudo. En el mismo instante, Mr. Ségur llegó para ver al niño.

«Yo no conocia del todo a Mr. Ségur. Durante esta larga enfermedad, habia oído hablar de nosotros a uno de nuestros amigos; se habia dignado informarse a menudo sobre el estado de Edmundo; aun habia tenido la atencion de enviarle una obra intitulada: *La Journée des Malades*; que no conocia-

mos mas que de nombre. Habiendo sabido el 29 de Noviembre, que estaba de regreso despues de una larga ausencia, creí de mi deber llevarle la noticia de la cesacion de los sufrimientos del niño, por quien se habia dignado interesarse. Me recibió con una extrema bondad y me comprometió vivamente a pedir, en una tercera novena que nosotros queriamos empezar, la curacion completa de la pierna enferma. Insistió de nuevo durante su visita a Edmundo, y comprometió a mi mujer a que le volviera a poner la preciosa média de Pio IX. Esta média fué puesta de nuevo en la pierna enferma, que estaba ya tan aliviada, y el lúnes 3 de Diciembre, nuestro enfermo quiso levantarse. Cuando lo vistieron, su madre le presentó su muleta. «Es inútil le dijo, yo andaré solo; ya siento mi pierna.» Su madre insistió para que la tomase, pero él no lo hizo sino por obediencia; anduvo sin apoyarse en ella. Su pierna, tan recta como ántes de su enfermedad, funcionaba como la otra y lo sostenia bien. Entónces se deshizo en lágrimas, pero esta vez de gozo y de felicidad. Mi mujer, conmovida tanto como él, lloraba tambien, y en estos momentos llegó una de mis hermanas que habita en Paris, y que no se conmovió ménos al ver parado y andando a un niño enfermo a quien estaba acostumbrada a ver desde hace quince meses sobre el lecho del sufrimiento: ella ignoraba la historia de esta preciosa média.

«Cuando volví de mis ocupaciones, fuí recibido con un grito de gozo, y mi emocion fué suma, no tanto por el alivio de mi hijo, cuanto por considerar la extrema bondad de Dios, que se dignaba honrar a mi familia y a mi casa con un favor tan estupendo; el niño fué conmigo al comedor sin apoyarse sobre mí, aunque le daba el brazo, y sin experimentar fatiga ni dolor.

«Prevenido su médico en la tarde, llegó a la mañana siguiente radiante de gozo y de felicidad. Lo hizo andar, bailar, subir y bajar nuestra escalera. En una palabra, él demostró una cura completa y radical.

«Desde el 3 de Diciembre, Edmundo anda todos los dias

nester, como nosotros, verle todos los días de cerca y en su vida práctica. Tiene una austeridad y regularidad de vida toda monástica. Todos los días preside las congregaciones hasta las diez ó las once; quiere verlo todo, apreciarlo todo, estudiarlo todo por sí mismo. Cuando hay alguna duda, ó dificultad, se encarga personalmente de decidir, de transar la cuestión; y quedamos pasmados al ver el buen sentido, la justicia, la prevision que resplandece en todas sus decisiones.

«Todas las veces que hemos tenido alarmas é inquietudes a consecuencia de las complicaciones políticas, él es quien nos afirma y fortifica, con su calma y su serenidad. Tiene una memoria tal que nos admira, frecuentemente, al cabo de dos ó tres años, se acuerda de cosas que los demás habían olvidado. Después de estos trabajos de la mañana que hubieran bastado para fatigarlo, da sus audiencias privadas ó públicas, que se prolongan algunas veces dos ó tres horas consecutivas donde se muestra tan bueno, tan afable, tan franco, y con una inteligencia tan viva y tan pronta para las necesidades de todos....» Hé aquí lo que me decía el cardenal, con esa franqueza que lo caracteriza. Me pareció lleno de afecto y de admiración hácia la persona del Santo Padre. De donde concluyo que Pio IX es un gran Papa y un santo, cuyas facultades naturales han sido evidentemente engrandecidas y sobrenaturalizadas por su gran piedad y el contacto de los dolores de la Iglesia. Dios lo ha hecho tal como es, precisamente para las necesidades del momento. Alrededor de él todo participa de su influencia. El ejemplo de su afabilidad con los extranjeros se hace sentir en torno suyo; y tiene en el giro de los negocios eclesiásticos y civiles una actividad que no podíamos suponer nosotros.

—Se escribía de Roma:

«El 18, fiesta de la dedicación de las basílicas de San Pedro y San Pablo, se vió al Soberano Pontífice en la basílica de San Pedro, expresando por una amable y religiosa son-

risa la paz y la resignación de su grande alma. En el momento de la veneración de las Santas-Reliquias, la multitud que le rodeaba no podía contener su admiración. *Es un santo, es un santo*, exclamaban. Los ingleses mismos, con un tono penetrado, decían en alta voz: *He is truly an holy man, verdaderamente es un santo.*»

—Se lee en la *Semaine Catholique* de Ródaz:

«Hará como dos años, que uno de los venerables eclesiásticos de Ródaz se encontraba en Roma. Pidió al Santo Padre su bendición para una hermana de la caridad que hacia mucho tiempo sufría un dolor en la mano, y la pidió también para un sacerdote de ochenta y cuatro años, que estaba entonces muy grave, y que se creía desahuciado. Estas bendiciones le fueron concedidas de muy buena voluntad. A su vuelta supo que la Hermana había quedado completamente sana en la misma hora en que se le había dado la bendición, y que en el mismo instante se había obrado una mejora sensible en el estado del anciano, que no tardó en recobrar la salud.—Para formarse una idea de la santidad de Pio IX, es menester verlo al pié de los altares. Es necesario asistir a la Santa Misa que celebra como un ángel bajado del cielo. A menudo las lágrimas inundan su bello semblante iluminado con una luz celestial.

Con mucha frecuencia se aprovecha el Santo Padre de sus paseos para ir a visitar algún santuario.

Quando el cortejo papal encuentra al Santo Viático en las calles de Roma, baja el Papa de su carruaje y lo acompaña hasta la cabecera del enfermo. Este caso se presentó últimamente. Pio IX se colocó al lado del sacerdote que llevaba el pan de los fuertes al marqués de Bargagli, ministro de Toscana cerca de la Santa Sede. Según la piadosa costumbre de Roma, una multitud numerosa seguía al sacerdote cantando oraciones. Pio IX se arrodilló durante la comunión, y dirigió al marqués algunas palabras llenas de unción cristiana.

Amor de los obispos á Pio IX.

La procesion del *Corpus*, que se hizo con una magnificencia extraordinaria, atrajo una inmensa multitud a la Plaza de San Pedro. Se contaron cerca de trescientos cuarenta cardenales, patriarcas, arzobispos y obispos. Los orientales con las vestiduras resplandecientes, las posturas graves y recogidas, los mas con su larga barba blanca, atraían todas las miradas. Nadie podia dejar de enternecerse viendo la figura del Papa conducido en hombros y llevando entre sus manos al Santísimo Sacramento. Alrededor de él estaban agrupados todos estos prelados que, venidos de las extremidades de la tierra, atestiguaban con su union a la Sede de Roma la unidad de la fe.

Decimos de las extremidades de la tierra: y en efecto, como un eclesiástico de Canadá felicitase a un obispo de este país por el celo, con el cual, a pesar de su edad, habia venido a asistir á la fiesta del Centenario:

No he hecho nada que valga la pena de ser admirado, respondió el obispo, porque solamente he atravesado el Océano en un paquete, y la Europa por camino de fierro. Pero ved a este otro obispo. Viene de las extremidades de las posesiones inglesas del Norte de América y ha debido hacer cosa de cuatrocientas leguas á pié antes de encontrar un camino abierto.

Los obispos han traído al Santo Padre donativos preciosos y magníficos. Hemos dicho que las sumas depositadas por ellos a los piés del Padre comun de los fieles se extienden a cuatro millones de escudos (20.000.000 de francos), sin contar los objetos de inestimable valor que le han sido ofrecidos. El cardenal-arzobispo de Besançon presentó a Su Santidad un gran viril adornado de piedras preciosas; los obispos de Canadá (y segun otros, los obispos españoles) le han remitido un buquecito de mas de un metro de largo,

verdadera obra maestra de platería. El lastre de este navío está formado con piezas de oro; sus camarotes contienen algunas monedas de oro de los principales países del globo.

Un obispo muy anciano se presentó en la audiencia apoyado sobre un largo y grueso baston. Se le obligó a que lo depositara en la sala de espera haciéndole observar que era contrario a la etiqueta el entrar al gabinete de Su Santidad con baston. El obispo insistió, he informado el Papa de la cuestion, dió orden para que se le introdujera como deseaba. Entónces el anciano, objetando la pobreza de su diócesis, se excusó con el Santo Padre por no tener otra cosa que ofrecerle mas que su baston. El Papa un poco admirado lo tomó de mano del obispo, pero se apercibió de que era extraordinariamente pesado, y no tuvo trabajo en reconocer que era de oro macizo.

Cura maravillosa é instantánea atribuida á Pio IX.

La carta que se va a leer ha sido ya reproducida en parte en varios diarios religiosos franceses y extranjeros que aparecen bajo la proteccion de los obispos diocesanos. No se trata de un hecho oscuro é ignorado que no ha tenido testigos. El jóven enfermo curado era frecuentemente visitado por eclesiásticos distinguidos que compadecian su deplorable estado de salud; citaremos entre otros, a M. el cura de Nuestra Señora de los Campos de Paris, que habita en la misma casa, y a M. el abad Foulon, superior del pequeño seminario, hoy obispo de Nancy:

Dejémos hablar al mismo padre del jóven curado, que da parte de su felicidad a uno de sus amigos.

«Paris, 15 de Diciembre de 1866.

«Mi querido amigo:

«El interés que habeis manifestado al mas jóven de mis

hijos me pone en el deber de informaros de la gracia maravillosa de que acaba de ser objeto.

«Sabeis, mi querido amigo, que la fiebre tifoidea, de que fué atacado el 1.º de Setiembre de 1865, le dejó huellas profundas y crueles que lo debilitaron y lo hicieron sufrir de una manera increíble. Luego que se me informó del carácter de la enfermedad, pedimos a Dios que nos lo conservara, y conforme a nuestras continuas oraciones, desapareció todo peligro el 19 de Setiembre, aniversario de la aparición de la Santa Virgen a los pastorcitos de la Saleta. Pero Dios no quiso que terminasen aquí nuestras pruebas.

«Después de una parálisis de intestinos, enérgicamente combatida por el doctor Douillard, nuestro joven y hábil médico, le sobrevino otra en la pierna derecha, acompañada de una fuerte inflamación en la articulación del fémur.

«Me es imposible expresar lo que sufrió este pobre niño; no podía extender su pierna inerte, y para ir del lecho a su sillón, cuando se le permitía levantarse, se arrastraba mas bien que andaba, con la ayuda de una muleta y un bastón, y aun así era necesario sostenerlo bajo los brazos.

«Este estado enfermizo fué indicado además por accesos de sufocación que nos hicieron temer una muerte próxima. Una tarde, particularmente, del mes de Enero último, mientras que yo comía en casa de nuestro querido doctor, se puso repentinamente tan malo que su madre me envió a buscar. El doctor y yo corrimos apresurados, y nos encontramos al niño moribundo. Mi mujer, ayudada de un vecino, había sacado su cama frente a las ventanas abiertas, y a su mirada interrogadora, el médico le indicó que mandara inmediatamente a buscar a su confesor, M. el abad Hello, limosnero del patronato de Nazaret. Sin embargo, gracias al hábil y enérgico método que fué empleado, desapareció el peligro y la crisis cesó poco a poco. Algunos otros ataques se sucedieron los días siguientes, pero menos violentos, y el tratamiento que se siguió los hizo cesar completamente.

«Llegó el 30 de Abril, día en que mi hija debía tomar el

hábito de las Hijas de Santo Domingo, en el convento de Sévres. En razón de la circunstancia, nos aventuramos a conducir al pobre enfermo a esta ceremonia. Se le condujo al parador del Monte Parnaso; luego que llegó á la estación de Sévres, el factor del camino de fierro lo condujo al convento en un carro de brazos que le sirve para trasportar fardos. No se fatigó mucho con esta excursión, y el 10 de Mayo siguiente, día de la Ascension de Nuestro Señor, vino conmigo, siempre ayudado de su muleta, para asistir a la misa en el convento de los RR. PP. Dominicos. Recibió allí la santa comunión, de pié (no se podía arrodillar), en la puerta que separa la sacristía del altar mayor. El padre Larchey dijo la misa. En la tarde de este mismo día, asistimos en familia al depósito del Santísimo Sacramento, en la capilla de Nazaret, pero, al volver el pobre niño no podía más; mis brazos y su muleta lo sostenían con gran trabajo; se veía obligado a sentarse a cada instante sobre los pilares de la calle. Luego que entró, se acostó, y desde entonces comenzó para él una serie de sufrimientos espantosos, que muchas veces me han hecho temer por su razón.

«Nunca he comprendido tan bien como ahora la impotencia del hombre, porque esta larga enfermedad no ha podido ser vencida ni por los cuidados incesantes y multiplicados de una madre, ni por la ciencia más vasta puesta a disposición del tierno afecto y cariño sin límites que nuestro buen doctor tiene al pobre paciente.

«Durante cerca de dos meses, los sufrimientos ordinarios de mi hijo se complicaron con crisis nerviosas que me hicieron muchas veces erizar los cabellos; deliraba completamente, y le ví sobre sus labios accesos de una risa de tal manera idiota é imbécil, que tenía el corazón hecho pedazos. Estaba de tal manera agitado, que para sostenerlo en su cama, me veía precisado a emplear toda la fuerza de que estoy dotado. Habiéndolo abandonado una vez para ir a la pieza inmediata, saltó de un solo brinco de su cama al medio del cuarto, donde permaneció tendido sin movimiento.

sin experimentar el menor dolor; solo toma las precauciones exigidas por la debilidad consiguiente a sus sufrimientos pasados y a su larga permanencia en la cama.

«El ha querido que su primera salida fuese para la Santísima Virgen. El 8 de este mes, día de la Inmaculada Concepcion, fuimos a las siete de la mañana, a la misa de Mr. Amanthon, al convento de los PP. Dominicos, y en la tarde, a las cuatro, a Nuestra Señora de las Victorias, donde se han asociado bondadosamente a nuestra novena. El domingo siguiente, fuimos a la misa al convento de los PP. Capuchinos, donde nos encontramos una numerosa reunion de amigos, que despues de haber orado tanto por él, se regocijaron con nosotros por esta curacion tan imprevista, humanamente hablando. En fin, en la tarde asistimos al Depósito del Santísimo Sacramento, en la capilla de Nazaret, en donde fuimos acogidos igualmente con numerosas pruebas de gozo y de felicidad.

«Debo añadir, para no faltar en nada á la verdad, que estos dos días de salidas sucesivas le han ocasionado una poca de fatiga, a consecuencia de la cual experimenta en su paso cierta dificultad que no experimentaba ántes del 8 de Diciembre; pero no siente ningun dolor. Nosotros no nos quejamos por esto, y si debiera permanecer así, tampoco nos quejariamos. Esto seria como un recuerdo de su larga enfermedad, durante la cual ha recibido tantas gracias completas y coronadas por esta gracia suprema de una curacion que, contra las previsiones de la ciencia, nos ha llegado tan súbita, tan instantáneamente.

«Hé aquí la relacion fiel y exacta de la curacion de mi hijo. He aquí un hecho conocido por multitud de testigos. Mi hijo, de edad de cerca de catorce años, estaba enfermo desde hace quince meses. *Enfermo, paralítico de una pierna, sufriendo enormemente, se le ha puesto en la pierna una médica de Pio IX; INMEDIATAMENTE los sufrimientos cesaron.* Algunos días despues, anda solo y sin apoyo, con grande admiracion de todos los que lo han conocido. El hecho cada uno lo

explicará como lo entienda; *a mí no me toca apreciarlo públicamente:* yo guardo en mi fuero interno los sentimientos que llenan mi corazón de admiracion y de amor; pero no puedo impedirme el exclamar con mis parientes y mis piadosos amigos:

«¡Vivan JESUS y MARÍA! ¡Gloria a Pio IX! Dignaos recibir, etc.

«Ch. Desperrins.»

El *Echo de Fourriere*, al citar la última parte de esta relacion, la acompaña de las reflexiones siguientes:

«De todas partes nos llegan relatos de curaciones atribuidas a la bendicion del Santo Padre, ó al contacto de los vestidos que le han pertenecido. Los autores de estos relatos se guardan bien, así como nosotros mismos nos guardamos, de atribuir a estos hechos un carácter milagroso. Solo a la Iglesia está reservado este derecho.

«El Vicario de Jesucristo participa del amargo cáliz de su Maestro, ora con Él en el jardín de los Olivos. ¿Nos debemos admirar, pues, que la virtud de su oracion inspire una confianza ilimitada? ¿Qué espectáculo mas encantador que el de la indulgencia de este buen Pastor, que agobiado con la solicitud del gobierno de la Iglesia en estos tiempos difíciles, quiere algunas veces dirigir sus miradas hácia una de las mas humildes ovejas de su rebaño, unirse a las intenciones personales que le son manifestadas, y hacer violencia al cielo por el efecto de esta fe que transporta las montañas! «Reios si os agrada, espíritus fuertes, de este pobre enfermo que coloca sus labios sobre un giron del blanco ropaje del sucesor de San Pedro; él nos recuerda a la mujer del Evangelio que se aproximó a Jesus, diciéndole: «Si puedo tocar solamente la orla de sus vestidos quedaré sana.»

«Reios de estos padres desconsolados, que poniendo al servicio de su fe la velocidad de la mas maravillosa de las invenciones modernas, exclaman como el Centurion: «Señor, decid solamente una palabra y mi hijo quedará sano.»

prisiones del fuerte de San Nicolás, y puso todo su cuidado en adornar la capilla destinada a los presos.

«La iglesia de San Carlos no ha olvidado la numerosa concurrencia de oficiales y soldados que viene desde hace tanto tiempo, todos los domingos, a asistir a la misa militar, habiendo dado el ejemplo el general de division y una gran parte del estado mayor. Pocos de entre nosotros saben tal vez que la Srita. Lautard tuvo mucha parte en esta creacion, especialmente favorecida por el excelente general de Courtigis, tan adicto a las cosas sublimes.

«Esto no era bastante, y como la caridad tiene recursos para todos los lugares y para todos los tiempos, se vió una tarde en los salones suntuosos de uno de nuestros mas ricos banqueros, a la buena Srita. Lautard, acompañada de nuestro primer magistrado, para pedir a la multitud alegre y dichosa una limosna para aquellos cuya habitacion es sombría y que no tienen pan.

«Muy pronto las obras del dia no bastan a la piedad de la Srita. Lautard. Mr. de Mazonod acababa de establecer la fundacion admirable de la Adoracion perpétua, tanto tiempo meditada por él. La Srita. Lautard, cuyos sentimientos religiosos aumentaban al paso que las fuerzas de su cuerpo se debilitaban y gastaban con el santo y fatigoso ejercicio de la caridad, tomó un gusto extremo por estas oraciones nocturnas al pié del Santísimo Sacramento. Ella nos dijo frecuentemente cuán gratas le eran estas noches silenciosas al pié del altar, y cuánta necesidad sentia de una vida ménos agitada y más solitaria. Aquí es seguramente donde se le manifestó el proyecto de vida religiosa y fundacion de un convento de *Hermanas reparadoras* que queria, poco tiempo antes de su muerte establecer en nuestra ciudad.

«Ya la Srita. Lautard habia hecho un viaje a Roma; su alma tan tiernamente religiosa sintió allí una viva impresion, y Roma que debe guardar sus restos al lado de sus gloriosos mártires, en uno de sus más ilustres templos, la recuerda por todos estos rasgos piadosos. Hace un año que nos

abandonó para no volvernos a ver, y que nos dió su último adios mostrándonos, con gran placer, lo que habia podido coleccionar para el Óbolo de San Pedro.

«Esta obra tan católica llamó con justo motivo toda su atencion, como todo lo que interesaba a la Santa Sede. Las numerosas cartas que nos ha escrito de Roma, y que guardamos con tanto aprecio, manifiestan su adhesion y su fe. ¡Con qué acentos tan conmovidos nos pintaba la bella ceremonia de la consagracion de Mr. Place, y cuánta verdad decia cuando nos prometió que estaríamos muy contentos con tener muy pronto por primer pastor a este obispo segun el corazon de Dios!

«En el mes de Noviembre último, nos escribia:

«Los rumores más contradictorios circulan en Roma: la serenidad, la calma, el abandono del Papa en medio de las siniestras conjeturas que se hacen, inspiran más confianza que temor. Las hijas de Jerusalem seguian a Nuestro Señor en el Calvario; un sentimiento filial me detiene en Roma. Oremos: el poder de la oracion obtiene todo.»

«El 10 de Diciembre nos hablaba de estos nobles hijos de la Francia a quienes el corresponsal de un diario se ha atrevido, hace algunos dias, a llamar mercenarios:

«Nuestros queridos zuavos han hecho su entrada en Roma; han pasado bajo mis balcones. Es lo mas selecto de la nacion francesa. Tienen la energia que da el espíritu de fe. Es muy bello verlos comulgar antes de tomar las armas. «Esta mañana *mil ochocientos*, con su música a la cabeza, llegaron valerosamente a la Ciudad Eterna, resueltos a derramar su sangre por la causa de Dios; al verlos, no puede uno ménos de recordar a la legion Tebana. Yo he sido testigo de un espectáculo muy conmovedor; el Santo Padre los encontró en su tránsito, y cayeron todos de rodillas como un solo hombre; el Santo Padre los bendijo con el amor de un Padre inspirado por el sacrificio de sus hijos. Los Flamencos y los Bretones se distinguen particularmente; las tradiciones antiguas se conservan entre ellos; los hijos

«las han heredado. Esta tarde han acompañado al Papa al Vaticano, y lo han victoreado con el entusiasmo de corazzones cristianos. Es imposible no llorar al ver á nuestro venerable Pontífice fijar un instante su mirada afable sobre súbditos que le son tan adictos y cuya fidelidad le está asegurada. ¡Cuán bella es la posición del soldado cristiano en nuestra época, en las condiciones de nuestros zuavos! Si la juventud francesa desocupada comprendiese la felicidad de servir a Dios, las familias serian dichosas y benditas así en este mundo como en el otro. Yo he visto a algunos jóvenes que olvidando un instante el buen camino de la vida, han tenido la felicidad de comprenderlo y son hoy dichosos, puros como los ángeles, adictos a la Iglesia y al Vicario de Jesucristo. Su única ambición es el martirio; se complacen con solo pensar en esto; yo veo cosas admirables sobre este particular.

«Adios, querido señor y amigo; oremos.»

El sábado 15 de Diciembre, la víspera misma del día en que hizo en manos del Santo Padre el heroico sacrificio de su vida, y depositó a sus piés su abundante colecta para el Óbolo de San Pedro, nos escribía en una carta conmovedora que la muerte dejó sin acabar:

«Continuamos en la calma mas completa. Los queridos zuavos que son ahora los franceses, tienen el valor del leon; toman sus fuerzas en la sangre de los mártires. En general son piadosos como los ángeles; dejan el puesto en los momentos libres; depositan el saco y las armas para ir a arrodillarse a los piés del sacerdote; no abandonan jamás el santuario sin ir a orar a los piés de la Reina de los ángeles; son los hijos de la Iglesia.» *

Hé aquí cómo han contado los diarios religiosos, segun sus correspondencias de Roma, la muerte de esta generosa cristiana:

«La señorita Amelia Lautard abandonaba algunas veces

* Julio de Magallon, Gazette du Midi.

su ciudad (Marsella), para venir a Roma. Ella era seguida por esta idea sublime de la *Reparacion*, idea que de preferencia se apodera de las almas puras, y que ella queria poner en práctica. Antes de fundar el instituto que era su delirio, se habia ejercitado en la práctica de las virtudes de la humildad y de la caridad. Muy hospitalaria, habia recibido en su casa a los religiosos, a los sacerdotes y a los pobres; a todo el que conocia convidaba a su mesa. A sus expensas habia dotado el hospital de Marsella de las Hermanas de San Vicente de Paul, y tomado la iniciativa de diversos establecimientos de regulares; por último, se desembarazó de una cosa que le molestaba: la fortuna.

«Sin embargo, el ensueño de sus meditaciones, de su amor, no se realizó. Dificultades, de esas dificultades que Dios coloca siempre, con un fin misericordioso, sobre el camino de sus santos, detuvieron su curso.

«El domingo 16 de Diciembre, tuvo la felicidad de ser admitida a la audiencia del Papa. Habia solicitado esta audiencia a fin de depositar, por la última vez, a los piés de Su Santidad, una ofrenda para el Óbolo de San Pedro. En la conversacion pidió permiso para ofrecer a Dios su vida, en reparacion de los ultrajes a la majestad del Vicario de Jesucristo, y a fin de obtener de Dios la salud de Pio IX y el triunfo de la Iglesia. Parecia que una resolución sublime se habia apoderado de su alma.

«El Papa respondió, a lo que se asegura:

«Yo no puedo, hija mia, permitirte tal sacrificio.

«Hágase segun la gracia y la voluntad de Dios.»

«Apénas la señorita Amelia Lautard entró en su habitación, cuando cayó gravemente enferma. En algunas horas, su estado que, en la mañana, era, en verdad, el de una persona achacosa, se agravó mucho. Se llamó a un sacerdote, y recibió, con una compuncion angélica, los últimos sacramentos, rodeada de sus amigos y de una multitud de hermanas y fieles que habian amado y admirado sus virtudes. Ella sufrió tres días, sin cesar de ofrecer a Dios sus dolores y su

« Aquel a quien los fieles, así como los pecadores, los herejes, y aun los mismos paganos llaman el Santo Padre, ¿puede permanecer sordo a las súplicas que se le dirigen? Por otra parte, ¿el reconocimiento puede permanecer en silencio? La prudencia, es verdad, quiere imponer la discrecion, por las voces mas respetables; pero mientras mas se la recomienda, grita mas fuerte. Así lo hacian los leprosos del Evangelio.»

« La revolucion anti-cristiana, queriendo herir al corazon de la Iglesia que tiene las promesas de vida eterna, no ha conseguido mas que despertar y hacer mas ardiente que nunca el amor de los cristianos al representante de Jesucristo sobre la tierra. Las pruebas que ha sufrido el buen Pio IX, no han servido sino para hacer mas enérgicas estas palabras del real salmista: *Juxta est Dominus iis qui tribulato sunt corde.*

« ¡El Señor se acerca a los que sufren, escucha sus ruegos! ¡Hé aquí, oh Santo Pontífice, el secreto de vuestro poder! ¡Hé aquí la razon de la confianza que tenemos en vuestro valimiento sobre el corazon de Dios! »

Las víctimas voluntarias por el triunfo de la Santa Iglesia.

A pesar de lo calamitoso de los tiempos, las pruebas de la Santa Sede suscitan en todas las clases de la sociedad sublimes sacrificios, que manifiestan a los mas ciegos que la causa de la Iglesia no está perdida.

El movimiento que agita los espíritus está caracterizado así por Mr. Mermillod, en una admirable carta circular que acaba de dirigir al clero de Ginebra:

« Es un magnífico espectáculo el que presenta el universo católico. Desde los campos mas remotos hasta las ciudades mas populosas, la oracion se eleva unánime y sube hácia Dios por el ilustre Pontífice. Los hechos mas heroicos de la

historia se renuevan, y lo que tuvo lugar bajo Alexandro VII, se reproduce de nuevo a nuestra vista.* Estas oraciones y estos sacrificios secretos moverán el corazon de Dios. Si las aflicciones de nuestro Padre deben crecer todavía, no dudamos que por este camino de dolor, tendrá el glorioso destino de ser uno de los mas fecundos conquistadores de las almas en el órden espiritual, uno de los mas poderosos restauradores de la unidad religiosa en el mundo. De esta suerte habrá apresurado la hora bendita en que no se vea sino un solo redil bajo un solo Pastor.»

¿Qué cosa hay mas edificante que ver en Roma a los nuevos cruzados ir a renovar cada dia, al pié de los santos altares, el valor que les ha llevado a ofrecer su vida por el triunfo de la causa de Dios? Pero hé aquí que estos valientes jóvenes han encontrado émulos cuyo sacrificio ha sobrepujado, si es posible, al suyo: son estos generosos cristianos, más numerosos, que parece que hoy, mas que en ninguna otra época, se ofrecen a Dios en sacrificio, por el Santo Padre y por la Iglesia. Es necesario que conozcamos todas las inmolaciones de este género que se realizan, ya en el mundo, ya en los claustros. Varias, sin duda, no se consuman sino en deseo, y no son por esto ménos meritorias. Otras son aceptadas por Dios, y se efectúan, bajo la vista de los ángeles, con tanto mas fruto para la Iglesia, cuanto que se escapan mas completamente a las miradas de los hombres. Dios no quiere, sin embargo, ocultar todos estos actos heroicos a nuestro conocimiento; y en estos últimos tiempos, para consolar nuestros ojos afligidos con el espectáculo de tantas traiciones, ha permitido que fuésemos los confidentes de muchos de estos holocaustos. « Ya, dice el P. Ramiere en el *Messageur du Sacré-Cœur*, hemos hecho conocer a nuestros

* La peste desolaba a Roma; cuando una niña, pensionista de la Visitacion, se ofreció a Dios para obtener que el Soberano Pontífice fuese librado de ella. Dios oyó su voto: ella murió como víctima, y Alejandro VII se salvó. Existe una admirable carta de la Madre de Changy sobre este asunto.

lectores algunas de las señales que no permiten dudar que la muerte del P. Villefort sea el efecto de una inmolación de este género.*

La señorita Amelia Lautard ofrece su vida por Pio IX.

Vamos a reproducir una noticia publicada por la *Gazette du Midi*, sobre la señorita Amelia Lautard, que edificará á nuestros lectores:

«Nunca es tarde para llenar un deber de justicia y de re-

* Los acontecimientos que agitaron al gobierno pontificio en 1848, y en 1860, y que lo agitan todavía de una manera tan deplorable, hacen brillar en él otra virtud que es la piedra de toque de todas las demas: el sacrificio mas cordial y mas generoso por la causa de la Santa Sede y del Pontífice-Rey.

El padre de Villefort se ha ofrecido como víctima por Pio IX. Algunos días ántes de la enfermedad que le atacó tan violentamente, decía a un P. de la Compañía de Jesus que estaba gravemente enfermo: «Valor, padre mio, es visible que en los tiempos en que estamos, Nuestro Señor quiere una víctima.»

Algunos días despues, por servir a varias personas piadosas que no temieron poner a prueba su extrema condescendencia, fué a las catacumbas donde celebró misa y pasó dos horas en ayunas; salió de aquí con el germen de un mal que se desarrolló rápidamente. El sábado en la tarde, 24 de Noviembre, recibió el Santo Viático; al día siguiente, domingo, la Extrema-Uncion. El lunes a las ocho y diez minutos de la mañana ya no existia.

Cuando él vió acercarse su fin, completamente dueño de todas sus facultades, pidió que se le llevasen todos sus papeles, todas sus cartas, y él mismo hizo tres partes. Remitió a su confesor todos los papeles que tenían relacion con su empleo de secretario, así como las cartas por contestar, despues hizo arrojar al fuego todo lo que era negocio de conciencia. Habiendo puesto en orden todos sus negocios con una gran tranquilidad de espíritu, pensó en sus amigos, dejando a cada uno un recuerdo. Hablándole su confesor del sacrificio que tenia que hacer, respondió el santo religioso: «Sí, sí, padre mio, ofrezco con todo mi corazón mi vida a Dios, por la Iglesia, por la Compañía y por . . .» Quiso que esta tercera intencion quedase secreta.

conocimiento. Si nosotros no hemos delineado antes esta corta noticia, que otra mano mas hábil deberá completar un día, era porque teníamos que luchar contra la modestia verdaderamente excesiva de una familia habituada á hacer el bien por solo la satisfaccion de su conciencia. Nosotros debimos comprender y respetar algun tiempo estos piadosos escrúpulos; pero diversos diarios, de fuera de Marsella, nos adelantaron ya; ellos hablan de la santa vida y de la muerte excepcional de este ángel de caridad, cuyo recuerdo es un honor para su ciudad natal. Nos era imposible vacilar por mas tiempo, y a pesar del conocimiento de nuestra insuficiencia, no podemos callar lo que hemos visto y admirado durante muchos años. Lo que vamos a decir será necesariamente incompleto. No tenemos ahora mas que nuestros recuerdos personales y los de algunos amigos; mas tarde, sin duda, se podrán añadir otros detalles y extractos de correspondencias que acabarán de hacer conocer esta bella alma, este espíritu predestinado; pero Dios solo puede saber esa multitud de buenas obras que llenaron toda la existencia de la señorita Lautard, todos esos actos continuos de asistencia moral y material, por los que no se cesaba de tocar a la puerta de esta casa de la calle de Grignan, que los desgraciados miran hoy con una tristeza profunda.

«La hija del honorable doctor Lautard habia conservado las mejores relaciones de la sociedad que habia adquirido desde hace muchos años; a todos llamaba la atencion la finura y penetracion de su espíritu, su amabilidad llena de tacto y de oportunidad. Aun en Paris, en los nobles salones del barrio de San German, donde viven todavía las tradiciones y el amor a las grandes cosas, se complacian en recibirla, y esto sirvió mucho para el éxito de sus buenas obras, de sus caritativas empresas.

«Hace algunos años, tal vez lo recuerden nuestros conciudadanos, no temió esta mujer modesta, ir hasta el gefe del Estado para obtener el indulto de un sentenciado, el cual obtuvo. Este degraado le deberá muy pronto la libertad.

«La Srta. Amelia Lautard, se interesó muy activamente en la creación de casi todas las fundaciones importantes con que está enriquecida nuestra católica ciudad, y los fundadores de éstas solicitaban ante todo la asistencia de sus eficaces auxilios.

«Hemos oído declarar hace algunos días, a uno de los padres más justamente venerados de la Compañía de Jesús, que a ella debían su establecimiento en Marsella. El venerable padre de Magallon, solicitó igualmente el apoyo y ayuda de esta infatigable protectora, para la última fundación de su apostolado, la casa de retiro de San Bartolomé, que Dios ha bendecido tan visiblemente.

«Las admirables Hijas de la Caridad, las Hermanas de la Esperanza, tan útiles para nuestros enfermos, no fueron menos dichosamente secundadas por la Srta. Lautard.

«La actividad a toda prueba, que no podía aflojar una salud quebrantada, estaba al servicio de todas las creaciones útiles. Así como se dice de una mujer mundana que es de todas las fiestas, así podemos decir para honra suya, que era de todas las caridades. En su casa se formó y se reunió hasta su partida a Roma, la junta del Santo Bálsamo, destinada a restaurar la piadosa peregrinación de Santa Magdalena, y allí oímos por la primera vez las admirables palabras del gran orador de Nuestra Señora, recomendando a los cuidados de los marsellese la gruta de la ilustre penitente.

«Estrechamente unida a la Orden de Santo Domingo en su calidad de tercera, la Srta. Lautard tomó una parte decisiva en el llamamiento de los Hermanos Predicadores, primero en San Maximino y después en Marsella. Ella fue la que hizo los gastos de su instalación y eligió su primera habitación entre nosotros. Ellos le deberán también la insigne reliquia que dentro de poco va a posar en la capilla de la calle Montaux.

«La habitación de la Srta. Lautard recibía las más nobles visitas. Hemos encontrado allí frecuentemente a lo que nuestra Francia tiene por más ilustre entre los obreros in-

fatigables de santas causas y buenas obras. Nosotros todavía conservamos como uno de nuestros mejores recuerdos, los instantes que pasamos un día con el afable y piadoso prelado romano, Mr. Stonor, antiguo secretario del cardenal Wisemann, y con Mr. Charbonnier, este intrépido confesor de la fe, prisionero por diez años en una jaula de fierro, y que evangeliza todavía a lejanas comarcas con nuestro digno y venerado amigo Cárlos Chabrier.

«La abnegación de la Srta. Lautard para las obras de misericordia corporal, no era inferior a su celo por los intereses religiosos. ¡Cuánto se complacía en visitar a los pobres enfermos, y principalmente a los del hospital militar, el que guarda de ella un precioso recuerdo, y debe a sus activos pasos la presencia tan útil de las buenas Hermanas de la Caridad! Nosotros tuvimos algunas veces el honor de acompañarla en estas piadosas visitas, y no podemos menos de recordar con un profundo sentimiento de veneración, la manera admirable con que sabía hablar a los pobres afligidos. Su simpatía por sus dolores era tan visible que obtenía de ellos verdaderas y admirables conversiones a Dios. Entre ellos recordamos a algunos oficiales franceses, a los que hizo conocer la verdad y condujo a las prácticas religiosas.

«Nuestros soldados le eran particularmente queridos. Durante la guerra de Crimea, no cesó de pedir para los heridos, lienzos, hilas y todo lo que podía ser útil para el bien del alma y la salud del cuerpo. Para ella era un dulce gozo expedir estos preciosos socorros para nuestros gloriosos combatientes de Sebastopol. Estos tiernos cuidados pusieron a la Srta. Lautard en relación más frecuente con nuestras autoridades militares, y gracias a lo que hizo y había hecho ya por nuestro valiente ejército, se trató de concederle la cruz de la Legión de honor. Ella rehusó esta distinción excepcional, y pidió solamente que le fuese concedido un derecho particular de conmutación de pena a los prisioneros, de presentación ó de recomendación, lo cual le fue concedido. Por esta época, obtuvo la creación de la limosnería de las

vida por Pio IX y su santa Iglesia. El miércoles 19, a las nueve de la noche, espiró.»

Nos ha parecido bueno reproducir íntegra, para mayor edificación de todos, el acta auténtica del fallecimiento de la Srita. Amelia Lautard:

«El que suscribe, cura de la santísima basílica constantiniana de los Santos Apóstoles de Roma, certifico que en el registro XII de difuntos, letra N, pág. 283, se encuentra el acta cuyo tenor literal es el siguiente:

«El veintidos de Diciembre de mil ochocientos sesenta y seis:

«La Srita. Clara—Francisca—Amelia Lautard, de Marsella, hija del Sr. Juan Bautista Lautard, virgen piadosísima, mientras que el domingo pasado ofrecía a Dios su propia vida por la salud del Soberano Pontífice Pio IX, de Roma y de la Iglesia, ha sido atacada por la enfermedad, y habiendo recibido piadosamente los Sacramentos de la Iglesia, gozando de la plenitud de sus facultades, en oración, y rodeada de muchos sacerdotes y vírgenes, ha dado su alma á Jesucristo su esposo, con la mas grande serenidad, el miércoles 19, a las nueve y media de la mañana, en la casa calle Ripresa de Barberi núm. 175, a la edad de cincuenta y nueve años. Su cuerpo, al día siguiente 20, después de el *completum*, ha sido conducido, acompañado por una multitud de religiosos, a esta basílica, donde ha sido expuesto durante la mañana, según el uso de los nobles, y después del oficio y misa solemne, ha sido trasladado después de medio día, a la Iglesia de Santa María *in Ara Caeli*, donde ha sido sepultado en el sepulcro de las Hermanas de San José de la Aparición.

«Dado en Roma, etc.»

La copia de este documento, que hemos tenido a nuestra vista, está legalizada por S. E. el cardenal Patrizzi, vicario de Su Santidad.

Pio IX mismo ha querido se tributasen homenajes parti-

culares a la caritativa francesa. Los zuavos pontificios, tan justamente alabados por ella, son los que han llevado sus restos venerados a reposar, por un permiso especial del Santo Padre, bajo las bóvedas augustas del Ara Cœli, en el Capitolio.

¿Qué tenemos que temer, después de todo esto, por una santa causa que suscita semejante abnegación y tan nobles sacrificios? El éxito de la mentira podrá tener su corta duración; pero, según la gran palabra del Sr. Combalot, *el error es el torrente que pasa, la verdad es el Océano que permanece.*

Una nueva víctima ofrecida á Dios por el triunfo de la Iglesia.—Sacrificio de las congregaciones religiosas por Pio IX.

Hemos recibido la carta siguiente que nos ha sido comunicada por el religioso a quien se ha dirigido. Nuestros lectores se conmoverán y se enternecerán con su lectura:

«Paris, 29 de Enero de 1867.

«Muy reverendo Padre:

«Es necesario que os refiera el bello aginaldo que el buen Señor me ha hecho este año. La antevíspera de Navidad, me ha llevado a una de mis hijas en el espacio de tres horas; creo que el detalle de este hecho os interesará.

«Una hermana profesa, cuyo nombre en el claustro era N^{***}, acababa de terminar sus votos temporales, y fué admitida a la profesión perpétua. En los primeros días de Diciembre me dijo: «¡Madre mía, vos nos decís tanto que oremos por la Santa Iglesia! Yo no sé qué hacer; he pensado «ofrecerme como víctima y dar mi vida por la conversión «de los grandes perseguidores de la santa Iglesia.» Yo le

po místico y en sus miembros; es decir, en la Iglesia y en los fieles, que, por el sufrimiento, nos trazan la imagen y se hacen participantes de su pasión. Esto es lo que nos descubre también San Juan en el Apocalipsis: «Apareció una señal en el cielo: una mujer rodeada del sol; tenía la luna bajo sus pies; su cabeza estaba coronada de estrellas, y estando en cinta, gritaba con ansias de parir, y sufría dolores de parto.» Esta mujer es la Iglesia, y su hijo el pueblo cristiano. Ella pare en medio de gritos, porque sus sufrimientos son fecundos.

Estas palabras convienen también perfectamente, a la Madre de Dios, la nueva Eva. Ella ha venido a ser *la madre de todos los vivientes*, y por su caridad, ha cooperado, dice San Agustín al nacimiento de los hijos de Dios. Así, pues, ella ha adquirido este título en el Calvario.

Por consiguiente, las almas a quienes Jesucristo hace más particularmente instrumentos de su misericordia, reciben, por lo común, una gran parte de sus dolores. La antigua Iglesia considera a los mártires, como asociados a la redención; lo que ha hecho decir a Orígenes: «El bautismo de sangre de Jesucristo ha sido la expiación del mundo; así como el bautismo de los mártires, por el que muchos son purificados.»

También la historia de la Iglesia atestigua que la muerte de los mártires produce frutos maravillosos de salud, y Tertuliano ve en su sangre una semilla de nuevos cristianos.

El Salvador de los hombres, al tiempo de su pasión, no ha sentido solamente los sufrimientos de la carne: ha sentido también los dolores del alma. Él ha aparecido como el cordero inmolado y quemado sobre el altar; ha aparecido también como el macho cabrío, cargado de maldiciones y entregado a la soledad, a las privaciones, a los terrores. Así, no reproduce su imagen, no renueva su pasión solo en los que sufren el martirio, sino en muchas almas que sufren largos y silenciosos dolores. La Cruz se imprime en estos dos géneros de sufrimientos; los unos y los otros son fecun-

dos. Si el martirio de Estéban conquistó para la Iglesia a Pablo el perseguidor, las vigiliias y las lágrimas de Mónica obtuvieron la conversión de San Agustín. Las vidas de los santos están llenas de laboriosos alumbramientos. Un Juan de la Cruz, una Teresa, muchos otros, han comprado con tormentos inexplicables la gracia de formar a millares de justos y volver a su primer fervor a las comunidades relajadas; algunos presentan ejemplos visibles de sustitución: se ofrecen por los culpables, son heridos y aquellos se salvan. Son como los *corderos* de Dios, víctimas secundarias inmoladas después del Cordero sin mancha, y, por decirlo así, parte integrante de su sacrificio. El protestantismo no entiende nada de este lenguaje; temería quitar algo a los méritos del Salvador, y poner en el hombre una presuntuosa confianza, si hablase como habla y ha hablado siempre la Iglesia, Esposa única y muy querida de Cristo. Él no ha comprendido que los cristianos, por el bautismo, se han revestido de Jesucristo; que aquellos que son movidos por el Espíritu Santo son verdaderamente los hijos de Dios; que su acción y su oración son divinas; que por la unión del jefe y de los miembros forman como una víctima con Jesucristo, y que a este título, sus méritos y sus satisfacciones que toman del Salvador toda su virtud, suplen por su voz y son reversibles sobre sus hermanos.

respondí: «¿Si Dios os tomase la palabra? Estaría muy contenta, me dijo ella, esto sería una prueba de que le había «agradado mi sacrificio; solamente que si esto es ántes de «hacer mis votos, no me dejéis morir sin hacerlos.» Yo tomé esto por un exceso de celo, y no le dí ninguna importancia. La antevíspera de su muerte me dijo: «Madre mía, «tengo un dolor en la mejilla que me hace mucho mal.» Yo la contrarié diciéndole: «Para una víctima todo esto está bueno....» Nos fuimos a nuestra recreacion. La tarde de ese mismo día, me dijo que el dolor de la mejilla se había extendido al estómago, que no podía permanecer en la capilla; yo la envié a acostar. El sábado en la mañana, hice que la visitara un médico, el cual no dió ninguna importancia a la indisposicion, que él calificó de exceso de bilis. Todo el día del domingo estuvo regular, y al anocheecer, viendo que los remedios producian un efecto contrario al que esperábamos, me empecé a inquietar un poco. A las cinco la hice bajar a la enfermería; no tenía calentura, el pulso estaba bueno. Mandé buscar al médico. A las ocho me dijo ella: «Madre mía, tocad mi cara, está toda helada; sin embargo, me quemó interiormente.» Yo tuve el pensamiento de verle la lengua: la encontré glacial. El espanto se apoderó de mí. Sin esperar a la decision del médico, mandé buscar al padre D***, aun era tiempo: cinco minutos ménos nos hubieran faltado: ella se confesó, recibió el santo Viático, la Extrema-Uncion, todas las indulgencias, pronunció sus votos, y renovó muchas veces su sacrificio. Despues de esto se incorporó en su cama como un guerrero, levantó los ojos al cielo, cayó sobre su almohada, y al cabo de tres minutos de una dulce agonía, dió el último suspiro con la calma de un ángel y la sonrisa en los lábios. El Padre oraba interiormente y pedia al Señor que el coro de las vírgenes viniese a buscarla; nuestra hermana espiró en el instante mismo en que dirigia al cielo su invocacion. El médico, que estaba presente, ha declarado que la enfermedad de la hermana N***, era una peritonitis por perforacion:

enfermedad incurable. Este buen señor aun no puede expresar la emocion que ha sentido por esta querida difunta. No estando instruido de nada, se dijo a sí mismo: «Aquí hay una causa sobrenatural que yo no puedo definir.» Con el mas vivo placer recogió los detalles que os llevo referidos, y me dijo: «yo no hubiera dado ni por mil francos el no haber sido testigo de los últimos momentos de esta jóven hermana que está en el cielo....»

«Nosotras hemos guardado su cuerpo por tres días, a causa de las fiestas. En lugar de descomponerse, su cara toma un reflejo celestial que anuncia desde luego la felicidad de su alma. Dentro de poco no nos será posible orar por ella.

«Dignaos recibir, etc.—N***, superiora de las Hermanas de las Prisiones.

—Se nos escribía el 28 de Febrero, de un monasterio de Carmelitas muy adictas a la santa Iglesia, las líneas siguientes que edificarán a nuestros lectores:

«Todas nuestras comunidades se han unido para atraer gracias mas abundantes a la santa Iglesia. Una hermana pasa un día entero en retiro y en oracion en cada convento desde el 2 de Diciembre pasado. Nosotras tenemos cerca de cien casas de Carmelitas; hay, pues, cada día cien religiosas de nuestra órden que interceden particularmente por el Santo Padre. Nuestra madre priora nos concede una comunión para el mismo objeto; cada una ora segun su devocion fuera de las cuatro horas de oracion de regla y del rezo del oficio divino. Yo no sé lo que se practica en los otros monasterios. El fervor tuvo principio en la comunidad de Arlés como una invitacion, sin ninguna prescripcion fija; nuestra union debe durar hasta el 21 de Abril. Durante un mes, hemos recibido siete circulares por hermanas difuntas; nosotras nos creemos muy dichosas al pensar que el buen Dios elige víctimas en nuestra familia religiosa. Nuestra hermana, primera sacristana, cree ser de este número y se regocija de antemano; fué administrada el 5 de Febrero por

el buen padre D***, y el Divino Maestro, al visitarla, la detuvo en la puerta del cielo. Ha entrado lentamente en convalecencia; pero está tan sujeta a la voluntad divina, que no expresa otro deseo, más que el no querer otra cosa sino lo que Dios quiera y le ordene por nuestra madre priora."

Un franciscano polaco ofrece su vida por Pio IX.

Un franciscano del Ara-Cœli, el Padre Ladislao Drukling, de Lithuania, ha muerto la mañana de Navidad, despues de haber ofrecido durante la noche, su vida a Nuestro Señor por el triunfo de la Iglesia. Una gran emocion se ha sentido entre el pueblo de Roma cuando se conocieron las circunstancias de esta muerte, y más todavía, cuando se ha sabido cuáles eran la virtud, la piedad y la humildad de este religioso, desde su juventud. Precicado a expatriarse para escapar de la persecucion de los Rusos en 1835, se habia refugiado en Asís, en el convento de su Orden. De aquí se le habia enviado a Velletri, despues a Cori, en donde durante catorce años, habia edificado a la poblacion, no solamente por sus mortificaciones, sino tambien por los prodigios que la humildad de los Franciscanos tenia ocultos. Habiendo venido enfermo á Roma, guardaba cama desde hace mucho tiempo, cuando sus hermanos vieron con estupor, que se presentó al coro durante la noche de Navidad. Su cara ordinariamente deforme por las llagas, estaba radiante y no tenia esas señales asquerosas. Sus ojos brillaban con una dulce claridad. Se aproximó a la santa Mesa, despues de haberse confesado, volvió a su celda y dió su bella alma a Dios. Los fenómenos que han seguido a su muerte, han llamado fuertemente la atencion de la autoridad eclesiástica. Su cuerpo no ha sido sepultado sino despues de siete dias.

El Hermano Néréo ofrece su vida por Pio IX.

Durante la misma noche de Navidad, un hermano de las Escuelas cristianas, frances, conocido en la religion por el hermano Néréo, ha permanecido hasta el dia en la capilla de la casa de Monts, ofreciendo su vida a Dios por el triunfo de la Iglesia. Y Dios ha aceptado este holocausto, como habia aceptado el de la Srta. Lautard, como aceptó en este mismo momento el del Padre Ladislao. Al salir de la capilla, el hermano Néréo ha caído enfermo; dos dias despues, viérnes, murió abrazando su Crucifijo pronunciando palabras de edificacion y dando gracias a Dios. Su cuerpo ha sido expuesto hasta el lúnes siguiente, y ha sido sepultado sin que se le haya podido advertir alguna señal de descomposicion. Así, los Hermanos están instando para obtener la autorizacion para conservar los restos del buen siervo de Dios.

El hermano Néréo estaba en Roma hace 28 años, y habia ocupado varios cargos, complaciéndose siempre en la humildad y estimándose por muy dichoso con pasar de la subdireccion del establecimiento al empleo de portero. El procurador general, el hermano Anacleto, tenia costumbre de decir: «Nada me consuela más en mis fatigas que detener mi vista sobre el caro hermano Néréo. El es el modelo de la dulzura, de la paz, de la abnegacion y de la obediencia.»

Todos estos heroicos sacrificios pesarán en la balanza de la justicia divina y obtendrán el triunfo de la santa Iglesia.

Nosotros sabemos que la Redencion es perfecta, que su precio sobrepaja a todas las deudas, y que este precio fué ofrecido por todos; pero debe ser aplicada a cada uno para santificarlo, y esta aplicacion no se hace sin la oracion y los sufrimientos de la Iglesia, encargada de continuar el sacrificio de Cristo y de asociarnos a sus méritos. Jesus, despues de haber sufrido en su persona, debe sufrir en su cuer-



CAPITULO NOVENO.

UNION DE LOS OBISPOS CON EL PAPA.

La Iglesia de Dios posee hoy un Papa santo, venerado, obedecido, más poderoso que ninguno de sus predecesores lo fué jamás; y la Cátedra de Pedro, más que nunca, es considerada como la clave de la bóveda del orden social. Recorramos la historia, después de diez y ocho siglos: no encontraremos un Papa, ni uno solo decimos, a quien el mundo católico haya más dócil, y unánimemente saludado con más ternura, Obispo de los obispos, Pastor de los pastores, Jefe y Padre de todo el rebaño de Cristo. Nosotros estamos en un gran momento de los anales del mundo, asistimos a un espectáculo nuevo, y la posteridad nos felicitará por haber contemplado la aurora de las maravillas que le esperan.

En todo el orden de los obispos, ¿cuál es la cabeza que se levanta contra Pedro, y la voz que habla contra él? ¿Quién resiste, quién podrá resistir, quién podrá admitir solamente el pensamiento de una resistencia como las ha habido en todo tiempo? Si en alguna parte, lo que no parece ser posible, un obispo sostuviese un error, preconizase la política anticristiana de un poder cualquiera, rehusase hacer su deber, el Papa le escribiría: *Hermano mio, os engañais*. Y el rebelde vería desde luego alejarse a sus partidarios, a sus discípulos condenarle; *se vería solo y doblaría la rodilla*. Si quisiese contestar, tanto atrevimiento no causaría espanto, le haría caer en ridículo; no se concebiría su obstinación. El Titán sublevado contra Roma no parecería sino un débil espíritu, ni sería otra cosa. Tal es hoy en la Iglesia el poder papal.

principios, como la ceremonia verificada la víspera ha sido una canonización de personas. Este rasgo de analogía une los dos sucesos tan diferentes bajo otros respectos, que han visto verificarse en las fiestas de Pentecostés la basilica y el palacio del Vaticano.

«Segun lo que acabo de exponeros en esta conferencia, ¿no tenia razon, señores, de deciros al empezar, que durante mi permanencia en la Ciudad Santa, he respirado el espíritu de todo el episcopado en su doble piedad hácia el Padre comun, que es el ángel terrestre de todas las diócesis, y hácia nuestros hermanos los Bienaventurados, que son los celestes protectores? Esta mansión estuvo llena de beneficios sobrenaturales: yo me persuadiria que he tenido de ella un sentimiento vivo, si no temiera que por mi culpa se haya limitado, respecto de mí, aquella plenitud.

¡Cuántas bendiciones he podido obtener para los fieles confiados a mis cuidados, para vosotros, para mí, por intercesion de estos nuevos santos, que han concedido sin duda las primicias de sus favores a los que acababan de concurrir a la inauguracion de su culto! Otras gracias vinieron tambien sobre nosotros por otro lado. ¡Cuántos estímulos hemos recibido cuando el día-aniversario de su coronacion, el Santo Padre, dirigiendo una mirada sobre el gran círculo de obispos de que estaba rodeado, se dignó asegurarles que si habian caído algunas piedras preciosas de su diadema sagrada, su corazon encontraba una compensacion en esta corona viviente en que cada diócesis tenia su nombre y su emblema! En sus conversaciones particulares, nos consolaba de sus penas, con tanta afabilidad como majestad habia tenido en las pompas de la canonización. Lo que ha caracterizado el espectáculo que se ofreció a nosotros en estos días benditos, es que la sombría figura de los males presentes se dibujaba en alguna manera sobre un fondo brillante que era la gloria de los santos. Bueno es, señores, sobre todo en el tiempo de prueba, que una coincidencia extraordinaria de solemnidades religiosas nos excite viva-

mente a considerar bajo un mismo aspecto, y por decirlo así, bajo un solo golpe de vista, la apacible inmortalidad de los justos descansando al fin de sus trabajos, y esta otra inmortalidad de la Santa Sede luchando con las agitaciones y los siglos. Estos pensamientos reunidos nos hacen siempre mucho bien, aun cuando no estén expresados mas que por la palabra interior del alma. Pero ellos dejan en la memoria huellas muy marcadas, cuando las magnificencias del culto, el lenguaje simbólico de las artes cristianas, las emociones de un gran concurso, el cuadro sublime que forman los monumentos y los recuerdos de Roma, les han dado la mas bella expresion que puedan tener sobre la tierra.

«Llevaba estos pensamientos conmigo cuando iba, la víspera de mi partida, a ofrecer el sacrificio de la Cruz sobre el sepulcro del Príncipe de los apóstoles. Los dos sentimientos, entre los cuales estaban divididas las horas de mi permanencia, venian a concentrarse en este altar. El nombre de San Pedro, que abre la serie de los Pontífices romanos, se encuentra tambien al principio de la lista de los mártires de Roma. El primero de estos Papas es el primero de sus santos nominalmente suscritos en sus dípticas. Orando sobre su sepulcro, hacia remontar mis sentimientos hasta el origen comun de la autoridad y de la santidad romana. Tenia desde luego que darle gracias por los favores espirituales que ha derramado por las manos paternas de Pio IX, sobre la diócesis de Perpignan, sobre su clero y su obispo. Pero ante todo debia suplicarle que nos obtuviera la gracia de estar constantemente adictos a aquel en quien continúa viviendo, y la dicha de tomar santamente parte en las aflicciones de su Iglesia. ®

«Para afirmarnos en estos sentimientos, dirijamos, señores, nuestras miradas hácia las pruebas de los tiempos pasados y a los grandes ejemplos que ellos nos han legado. En su viaje sobre la tierra, la Iglesia de Dios está acostumbrada a días de duelo, las tribulaciones le suceden como aniversarios. En materia de tristeza, no ha habido jamás

nada nuevo bajo nuestro sol. Pero es necesario tambien que no haya nada insólito en la manera de soportar las aflicciones de nuestra Madre. Las quejas desesperadas, el abatimiento, la inercia que esto produce, serian novedades. Las generaciones fieles que nos han precedido han tenido el corazon firme en las adversidades. Nosotros debemos unir nuestras penas a sus penas, para poner al mismo tiempo nuestra conducta tan cerca de sus ejemplos, que no sea sino como su prolongacion. Debemos demostrar que la invariabilidad, que es uno de los caractéres del catolicismo, se reproduce en la permanencia de los sentimientos que inspira siempre bajo el golpe de las pruebas, y que nuestra unidad de fe, ya tan visible bajo tantos aspectos, va a reflejarse hasta en la santa unidad de nuestros dolores de todos los tiempos.

«En los últimos días que he pasado en Roma, he notado un símbolo material muy bello de esta union que fortificará nuestras almas.

«Para agrandar el cementerio situado cerca de la basilica de San Lorenzo, extramuros, se han tenido que cortar en su longitud las laderas de un monte vecino. Cuando el terreno que esta operacion separaba dejó descubierto, al caer, el corazon de la colina, vimos aparecer allí las catacumbas de un subterráneo sagrado que habia servido para las sepulturas cristianas de los primeros siglos. Precisamente hácia este lado y un poco mas abajo se encuentra, en el nuevo circuito del cementerio, la parte reservada para los muertos del ejército pontificio. Sus fosas recientes están resguardadas por estos viejos sepulcros. Hagamos lo mismo con nuestras tristezas de hoy; coloquémoslas a la sombra de las tribulaciones y de la paciencia que han santificado a nuestros padres, y continuemos todos la tradicion de valor cristiano, como debemos perpetuar la de la fe.

«Afirmándonos, señores, en estas disposiciones, es como veremos realizarse en nosotros la significacion de lo que se ha hecho en Roma. Dos cosas han sido allí proclamadas,

las virtudes de los santos y los derechos de los Papas. ¿Queremos ser los apoyos dignos de los derechos? Seamos los imitadores de las virtudes. El carácter sagrado de la causa en que nosotros queremos servir debe reflejarse diariamente en la santidad de nuestra vida. ¿Podrémos creer que somos sinceramente adictos al sucesor de Pedro, si no podemos decir como Pedro, al Divino Maestro: *¿Señor, vos sabeis que os amo?* Al responder a estas palabras fué cuando Cristo le anunció, no solamente bajo forma de promesa, sino por una orden terminante, que le constituía Gefe de la Iglesia: por estas mismas palabras, pronunciadas en nuestro corazon, el Salvador nos da un lugar entre los verdaderos defensores de la Iglesia en medio de las luchas actuales. Comprendamos bien que el amor a Jesucristo es el único principio de nuestra fuerza en todo lo que hagamos por su Vicario. No tenemos que buscar mas léjos mejor método para provocar las simpatías en favor de esta gran causa; si nosotros queremos, este método lo hallaremos en nosotros mismos. ¿Qué propaganda mas continua que la influencia de las virtudes sacerdotales! ¿Qué servicio hecho a los intereses religiosos mejor que la vida de un buen sacerdote! su espíritu de recogimiento y de oracion, su amor al trabajo, su paciencia, su desinterés y su caridad, disponen a las personas que le observan para amar y venerar lo que él venera y lo que él ama. Dios da a menudo poder a sus menores palabras. ¿Benedicirá tambien los esfuerzos de aquellos que sean por sus funciones sus ministros, sin ser por sus virtudes sus amigos? Recordemos que el libro de los Macabeos, hablando de ciertos israelitas que habian perjudicado a la causa que pretendian servir, dijo, *que ellos no eran de la raza de estos hombres* por quienes el pueblo de Dios habia de ser salvo. Procaremos ser de esta raza, pero reconociendo que nosotros no ocuparemos en ella sino el último rango. Hijos adictos de Pio IX, por nuestro amor, seamos fieles a sus derechos; seamos fieles a sus ejemplos, para ser al mismo tiempo, por nuestra conducta, los hijos de los santos: *¡Filii*

Una autoridad tan fuerte y tan bien establecida en la Iglesia, es fuerte y bien establecida en todas partes. Se ha creído minarla, y solamente se le ha rodeado de fosos y palizadas. Ella es allí el centro de todos los intereses humanos, última muralla de la civilización, cuyo primer origen fué ella. No se le puede tocar sin que todo sea amenazado; si ella se desploma, todo se desplomará; todo el mundo lo sabe, lo ha visto y lo ha dicho. Es pobre, débil, desnuda de todo poder material; pero ella tiene siempre la palabra fecunda que crea los pueblos, las instituciones, los imperios.

A pesar de esta palabra, Mazzini podrá alguna vez tomar a Roma; podrá, si Dios lo permite, aun prender al Papa: Pio IX no es el primer Papa a quien se haya visto en el destierro, y no será el primero a quien se haya visto cargado de cadenas ó sobre la cruz; pero Mazzini no prenderá al Papado, porque Dios no lo puede permitir. Un día, Mazzini, si su destino es capaz de tanto honor, será ahorcado ó arrojado en un calabozo, ora sea por algunos de sus amigos a quien Dios dé esta misión, ora por un ejército que el Papa fugitivo, ó cautivo, habrá levantado con solo el movimiento de sus labios; y el Pontífice inmortal, atravesando las poblaciones arrodilladas, volverá por un camino de flores a volver a tomar la corona de espinas que desgarró su frente, pero que aterra a las de los otros. Presidirá como lo reclama su oficio de diez y ocho siglos, los destinos de la humanidad, sentado sobre esta cátedra de la doctrina y del martirio, que siempre vacilante, verá caer todo y levantará todo lo que no debe perecer.

Para sostener el combate contra el mundo, la Iglesia no ha dicho nunca más que dos palabras, pero dos palabras que ha sellado con su sangre. A los que quieren cometer la injusticia, ha dicho: *Non licet*; a los que quieren hacerla cómplice de ella, ha dicho: *Non possumus*. Con estas dos palabras ha vencido a la multitud innumerable de opresores y de sectarios que han emprendido persuadir a los hombres que todo les era permitido, a fin de poder ellos mismos per-

mitírsele todo. Por estas dos palabras, el derecho y la justicia han permanecido inmóviles sobre la tierra. Nadie impedirá a la conciencia humana el saber quién los ha sostenido.

Ninguno puede decir aún lo que ha perecido, lo que quedará, ó lo que se levantará de las cosas antiguamente establecidas que ha trastornado el choque revolucionario. Lo que cada uno puede ver al presente, es que el Papado será el instrumento de Dios para la reedificación de la sociedad, y que la historia de los reyes y de los pueblos futuros, será la misma que la de los reyes y pueblos pasados: dichosos mientras que han protegido a la Iglesia: grandes mientras que la han amado. *

Ha bastado un simple deseo expresado por el Santo Padre, para atraer a sus piés de las extremidades del mundo, un gran número de ilustres obispos cargados de años y de méritos. **

Un distinguido escritor, M. Laurentie, hace con este motivo las bellas reflexiones que siguen:

Toda admiración se agota ante el gran espectáculo de Roma en este momento, y toda voz es impotente, para decir las impresiones que hace nacer en las almas este espectáculo.

Y no obstante esto no es una cosa nueva. El estado de Roma, con el concurso de estos cuatrocientos obispos veni-

* L. Venillot.

** Uno de los diarios más impíos, el *Avenir national*, se ha visto precisado a hacer esta confesión:

“A una palabra del Papa, despojado de una parte de sus antiguos Estados, obispos, arzobispos y cardenales acuden a Roma de todos los puntos del mundo católico. No se ha disminuido, pues, el poder espiritual de Pio IX. El Papa conserva, pues, en materia de disciplina y de doctrina, su autoridad soberana é incontestable. Puede siempre comunicar sus órdenes a los cuatro puntos del globo y mandar a los gefes de su milicia desde New-York hasta Calcutta. Ha podido definir un nuevo dogma, y se pretende que va a convocar un concilio ecuménico. ¿Qué más le falta?”

dos de todas las extremidades del universo, es, en realidad, el estado natural y constante de la santa Iglesia católica; y si estos obispos no están siempre reunidos alrededor del Pastor supremo, siempre están cerca de él por la fe, siempre a sus piés por la obediencia y por el amor, y a la mas ligera señal de su deseo todos se precipitan, y vienen a atestiguar que aunque ausentes están presentes, y separados están unidos; y por esto el estado presente de Roma es magnífico, porque hace sensible a todos los que no la verian tal vez, la perpétua unidad de la Iglesia en la dispersion de los pastores que extienden su luz a todas las naciones del universo.

En vista de este espectáculo, ¡qué contraste forma la anarquía de opiniones, de sectas, de ambiciones y de odios que aquejan a la humanidad! Reunidos ó no, los hombres están en todas partes divididos, en todas partes enemigos; el interes no los acerca, algunas veces, sino para manifestar que no ha de unirlos jamas.

¡La Iglesia ha muerto! exclaman algunos maestros del ateísmo; y despues de ellos, las turbas de aprendices ateos van repitiendo: ¡la Iglesia ha muerto!

Por qué no dicen: ¡El sol se ha extinguido! La Iglesia ha muerto para ellos, que no la conocen ni la ven; niegan el sol porque están ciegos; no sospechan que si la Iglesia estuviera muerta, todo seria anarquía y tinieblas.

En este siglo de pasiones y de frenesí, la Iglesia es la única autoridad que subsiste para ilustrar y conducir el mundo moral. Toda otra ley de los espíritus está abolida; ¡qué hombre cree a otro hombre? ¡qué razon se sujeta a la razon de otro? Aquello a que se da el nombre de filosofía termina forzosamente en la consagracion de una sola autoridad, que es la de la fuerza; condicion última de vida en la sociedad humana, puesto que, en fin, la sociedad debe vivir, y que no puede vivir sin ser ordenada, aun a costa del horrible sacrificio de la libertad de todos a la supremacía de algunos.

Union de todo el Episcopado para la defensa del poder temporal.

A su regreso de las grandes fiestas de Roma, en el mes de Junio de 1862, el elocuente obispo de Perpignan, Mr. Gerbet, dirigió a su clero una *Conferencia muy notable*, de la cual extractamos lo siguiente:

«Existe, señores, una vasta coleccion, cuya publicacion, ordenada por el Santo Padre, comenzó en 1860, y se ha continuado en 1862. Es una coleccion de cartas dirigidas por los obispos al Soberano Pontífice, de instrucciones pastorales, y de diversos escritos sobre la necesidad del poder temporal de los Papas, sobre el sostenimiento de sus derechos, sobre los atentados dirigidos contra él. Esta coleccion, que comienza por un documento del obispo de Albano en el antiguo Lacio, nos presenta en su última página, una pieza firmada en Perth, en la Australia Occidental. Ha dado la vuelta al mundo. Si seguimos las líneas que ha trazado sobre el globo, se verá que despues de haber sureado la Europa, penetra en las montañas del Asia menor, se extiende en la Persia, el Thibet, las Indias orientales, el imperio Anamita, la China; al mismo tiempo que en otra direccion rodea al Africa, recorre la América del Norte, del Centro, del Sur, y se desparrama, en fin, en las Islas de la Oceanía. Hé aquí el derrotero del pensamiento y del sentimiento católico sobre Roma.

«Esta grande obra, tan imponente por su carácter general, se presta a interesantes y minuciosas notas. Ella ofrece en su unidad una diversidad de matices nacionales, así como lo ha hecho notar el sabio autor del discurso preliminar colocado al frente de la coleccion. Los documentos de Italia tienen una suave claridad, donde el arte de instruir se une a una unción tierna y persuasiva. Lo que se encuentra mas sobresaliente en las producciones francesas, es el lado militante, la polémica elocuente. Más allá del Rhin, y sobre las

orillas del Danubio, se encuentra como un depósito de ideas grandes y profundas en las lucubraciones de la meditada Alemania. Las instrucciones pastorales de la Inglaterra y de la Irlanda, notables por más de un título, ponen particularmente en relieve este sentido práctico que distingue a la Gran Bretaña. Yo agrego que se reconoce en las proclamas religiosas de la España, el carácter de la noble nación que ha dado el Cid á la caballería, y Ximenez a la Iglesia. Los obispos, aunque unidos por un pensamiento comun, han dejado en sus escritos un tinte de su genio nacional, así como los antiguos Padres han señalado sus obras teológicas por un vivo reflejo de su genio individual. Así es como en el mundo físico, el elemento luminoso se produce bajo colores diversos, que no destruyen la unidad de la luz.

La identidad sale del fondo de estos celajes. La fuerza de la doctrina que ha dirigido a los obispos no aparece mejor que bajo la diversidad de estas formas. Esta doctrina es tan viva en todas partes, que no han tenido necesidad de conferenciar para entenderse. El prelado que reside en México sabia de antemano lo que pensaria el metropolitano de Varsovia. El Arzobispo armenio de Neocesarea, el arzobispo Caldeo de Amadia, no han guardado las cartas doctrinales de la Nueva Zelanda. El primado de Dublin no temió ser contradicho por los obispos que residen en Hyderabad en el Dekkan y en el Hassa Thibet. Dispersos en toda la superficie del globo, los gefes de las diócesis se han encontrado, sin concierto anterior, en una misma declaracion de principios, en una misma apreciacion del estado de las cosas; y este acuerdo se ha producido tan velozmente como lo ha permitido la distancia de los lugares. ¿No es evidente que no se puede explicar esto, mas que por la fuerza de una doctrina preexistente, que se conservaba con tranquilidad, que no hacia ruido en el mundo, y que ha estallado cuando circunstancias extraordinarias han provocado su explosion?

«La publicidad dada a los documentos que son la expre-

sion de esta doctrina, ha puesto fuera de toda controversia la unanimidad del episcopado. Desde ántes estábamos ya ciertos de esto, pero no podiamos dar la prueba material. Ahora esta prueba existe, está consignada en una inmensa recopilacion, en un depósito auténtico, visible a todos, é indestructible. Esta prueba no es solamente material es monumental.

«Ved, pues, señores, lo que vienen a ser, frente de este consentimiento universal, las pequeñas insinuaciones a las cuales se ha tenido que recurrir para debilitar de antemano la impresion que produciria el movimiento católico. Los diarios revolucionarios nos han hecho sus confidencias sobre los motivos secretos que han determinado las convicciones del gefe de la Iglesia en las circunstancias actuales: nos han contado que el Santo Padre cedia a la presion que sobre él ejercia el espíritu poderoso de su primer ministro. Esto seria desconocer todo lo que hay de elevacion en la inteligencia de Pio IX, de firmeza en sus juicios y de vigor en su bondad. Pero en fin, ellos decian esto. Algunos hacian entrar en esta conspiracion de influencias decisivas a varios prelados de la corte romana. Otros, ensanchando todavía mas el círculo de estas obseciones, comprenden en él a todo el Sacro-Colegio. Pero hé aquí, que este círculo, que estaba limitado al gabinete del secretario de Estado, tiene ahora una circunferencia que toca a todos los puntos de la tierra. Se nos dirá al presente que todos los obispos del mundo se han dado la palabra para encadenar la libertad moral del Papa. Sí, ha habido una cadena; pero una cadena de asentimiento y de amor. Sí, allí hay una presion; pero es la presion de una familia que abraza a su padre.

«Hé aquí, señores, algunas de las reflexiones que me ha sugerido el segundo acontecimiento religioso que tuvo lugar no há mucho en Roma, y que corresponde dignamente al primero. El discurso de los obispos aprobado por el Papa, ha sido, por decirlo así, una especie de canonizacion de

sanctorum sumus! Hé aquí, señores, la palabra que termina este discurso: será también, lo espero, para vosotros y para mí, la conclusión de este retiro.

Un lazo tendido por Pio IX á Mr. Villecourt.

Pudiéramos citar una multitud de rasgos muy tiernos para demostrar que en ninguna época de la historia de la Iglesia, el episcopado y el sacerdocio católicos han estado nunca tan unidos a la Santa Sede, y tan dispuestos a obedecer a los simples deseos del Papa.

Hé aquí un bello rasgo que merece ser conservado.

Se lee en el *Echo de Fourvière*:

« S. E. el cardenal Villecourt, que acaba de morir en Roma, había nacido en Lyon el 9 de Octubre de 1787, en la parroquia de San Ireneo.

« El antiguo obispo de La Rochelle había dejado entre nosotros los más gratos y los más nobles recuerdos. Su piedad profunda, su firmeza, su mansedumbre, lo habían hecho que fuese querido y venerado no solamente en su diócesis, sino en nuestro país todo entero. Se admiraba su saber, se bendecía su adhesión a la Santa Sede, adhesión de la que nos ha dejado una señal tan bella en la excelente obra intitulada: *Roma y la Francia*, donde ha recogido con tanta autoridad las pruebas de la adhesión filial de nuestra patria y de nuestras iglesias, a la cátedra y al trono de Pedro. Llamado por la confianza de Pio IX al seno del Sacro Colegio, era en Roma el protector natural de nuestros compatriotas. Ninguno volvía de la peregrinación al sepulcro de los Apóstoles sin traer la memoria de su bondad, de su amabilidad, de sus virtudes.

« El señor abad Estragniat, limosnero de la Providencia de Tarara, acaba de comunicarnos una carta que recibió de

Mr. Villecourt en 1855, en el momento en que el humilde obispo acababa de ser revestido, con gran sorpresa suya, de la púrpura cardenalicia. Esta carta íntima, escrita con una sencillez encantadora, da preciosos detalles biográficos, y demuestra, cómo se pueden unir en las almas puras, la sencillez y el candor, a las cualidades más eminentes.

« Roma, 26 de Diciembre, San Estéban, 1855.

« Mi querido Abad é Hijo:

« ¡No permita Dios que me olvide nunca de mis verdaderos amigos! Vos sois de este número, y soy dichoso en conservaros hasta la muerte el lugar que ocupais en mi corazón desde hace cerca de cincuenta años. He envejecido de entonces acá; pero gracias al Señor, mis afectos han conservado siempre la misma vivacidad que en los días de mi juventud, y podeis contar con que no se alterarán nunca. Admirad, querido abad, los caminos por los cuales me ha hecho pasar la Divina Providencia: profesor de quinto año, estaba contento con esta posición, y estaba más orgulloso que con la púrpura con que estoy revestido hoy. Seminarista en Lyon, hubiera sido el más dichoso de los hombres, si una indisposición casi habitual de estómago no me hubiese traído cierto perjuicio a la tranquilidad de mi vida. Cuatro veces vicario, no hubiera solicitado otra carrera, si me hubiesen dejado allí. Cura en el campo, estaría aún, según toda probabilidad, si una contrariedad de una naturaleza gravísima no hubiera determinado a mis superiores a retirarme. Limosnero del hospital general de Lyon, sobrevino un nublado que me separó de dos amigos íntimos que eran otros yo mismo.

« Superior de las misiones de Meaux, durante cinco años, los contratiempos de esta época me separaron de esta carrera. Yo fui canónigo lectoral, después superior del Seminario mayor, después vicario general de Meaux y de Sens, después por veinticinco años obispo de La Rochela. Era ne-

Pio IX ha dirigido la carta siguiente a Monseñor el obispo de Nántes:

«PIO IX, PAPA:

«Venerable Hermano, salud y bendición apostólica.

«Nosotros hemos recibido, con el mayor placer, vuestra carta del 9 de este mes, en la que nos manifestais tanto amor y respeto. Nos expresais en ella, Venerable hermano, el dolor profundo que os causan a vos, a vuestro clero y a todo vuestro pueblo fiel, las aflicciones que nos rodean, y nos haceis conocer las oraciones fervientes que dirigís a Dios por el triunfo y la paz de su santa Iglesia y por la conservación de su Gefe.

«Añadís que habeis enviado al Nuncio que reside en París, y que nos representa, así como a la Sede Apostólica, una suma de ciento cuarenta mil libras (moneda francesa), ofrecida por vuestro clero y vuestro pueblo fiel, para el alivio de nuestra angustia y la de la Sede Apostólica; además, que habeis hecho remitir a nuestro ministro de armas otra suma suficiente para sostener a cuarenta y dos voluntarios de nuestro ejército.

«Con vuestra carta, hemos recibido otra de unas niñas educadas por las religiosas Ursulinas, que han querido enviarnos la suma necesaria para la manutención de dos soldados defensores de la Santa Sede.

«Es imposible, Venerable Hermano, que no estemos vivamente conmovidos por estas pruebas manifiestas de la piedad filial y de la adhesión de la diócesis de Nántes y de su gefe a la Sede Apostólica. Nos, encontramos un gran alivio en nuestros dolores. Al expresaros nuestro vivo reconocimiento, os pedimos que os digneis manifestar en nuestro nombre a vuestro clero, a vuestro pueblo fiel, y a las discípulas de las Ursulinas, los agradecimientos que merecen, y decir a todos que rogamos a Dios humildemente y con instancia que los recompense con abundantes gracias.

«Hemos tenido un gran pesar, Venerable Hermano, al saber que la enfermedad no os permite emprender el viaje a Roma, como ardientemente deseábais, y estar cerca de nosotros el mes de Junio, con vuestros Venerables Hermanos los Obispos del mundo católico. Vuestra presencia y vuestra conversacion hubieran sido para nosotros un gran consuelo. Así, suplicamos a Dios que os vuelva cuanto ántes la salud. Por lo demás, estad seguros que recibiremos con gusto a nuestro querido hijo, M. Richard, vuestro vicario general, y que acogeremos con un celo afectuoso lo que nos diga de vos y de los negocios de vuestra diócesis. . . .

«PIO IX, PAPA.»

Unión de todos los católicos con Pio IX.

Todas las clases de la sociedad estaban representadas en las solemnes fiestas de Roma. Sin embargo, como todos los fieles del mundo católico no podían ir a la Ciudad Eterna, aunque separados por sus cuerpos, estaban allí unidos por sus afectos y sus oraciones. En efecto, aquellos que no han podido hacer el viaje a Roma han procurado dar al Santo Padre los testimonios de su amor y de su adhesión. El Óbolo de San Pedro, la Obra de los zuavos pontificios no parece ser bastante. En Italia, las cien ciudades quieren depositar ofrendas particulares a los pies de Pio IX; la Inglaterra tiene también suscripciones especiales para la fiesta secular, y de todas partes se preparan y se firman discursos que serán un magnífico testimonio de la unanimidad de los sentimientos que experimentan los católicos del mundo entero.

En Inglaterra, lord Petre, lord Herries y Mr. Charles Langdale, acaban de proponer un Discurso al Santo Padre, el que han invitado a firmar a sus hermanos en la fe. Este

Discurso ya ha recibido la adhesion de un número considerable de personajes, entre los cuales se encuentran los nombres muy conocidos de católicos franceses, como el de M. Jorge Bowyer, miembro del parlamento. Nuestros lectores se complacerán, sin duda, al poner a su vista la traduccion de este Discurso.

Santísimo Padre:

«En la época del décimoctavo centenario del martirio de San Pedro, que se aproxima para añadir un brillo mayor a vuestro pontificado, mientras que nuestros pastores están cerca de vuestro trono, nosotros, vuestros fieles hijos de la Inglaterra y de la Escocia, deseamos tambien estar presentes por nuestros afectos y por nuestras oraciones.

«En vos reconocemos la persona y las prerogativas de San Pedro, el Príncipe de los Apóstoles, a quien han sido confiadas las llaves del Reino de los cielos, el cuidado de todo el Rebaño y el cuidado de la Iglesia universal sobre la tierra. En vos reconocemos al Vicario de Jesucristo. Vos ejercéis en el mundo la visible jurisdiccion del Gefe divino de la Iglesia universal.

«En nuestro clero, secular y regular, se encuentran los representantes de los mártires que han permanecido fieles a la Santa Sede en las prisiones y en la muerte.

«En nuestras antiguas familias están los sucesores de aquellos que se han expuesto a perder todas sus posesiones terrestres a causa de su adhesion a este mismo centro de unidad.

«En vos reconocemos las prerogativas proclamadas por el gran Concilio de Florencia, a saber:

«Que el Pontífice romano tiene el primado sobre el mundo entero, y que Él es el sucesor de San Pedro, el Príncipe de los Apóstoles, y el verdadero Vicario de Cristo, el Gefe de toda la Iglesia, el Padre y el Doctor de todos los cristianos, y que a Él en la persona del bienaventurado Pedro, ha sido remitida, por Nuestro Señor Jesucristo, la

«plena potestad de apacentar, de dirigir y de gobernar la Iglesia universal.»

«Con vos, pues, como Doctor de todos los fieles, conformamos todos nuestros afectos, nuestros espíritus, nuestras voluntades, con una filial sumision y una gustosa fidelidad; —sabiendo que todo lo que Vos enseñais es verdad, que todo lo que Vos condenais es error.

«Nosotros estamos obligados a Vos, como al sucesor de San Gregorio, que ha abierto a nuestra nacion las puertas del reinado de la vida eterna, y como al Padre que ha dado a la Inglaterra otra vez la integridad de la gerarquía católica.

«Santísimo Padre, nosotros, vuestros humildes pero fieles hijos de toda condicion, nos colocamos alrededor de vos, despues de veinte años, a esta hora en que las naciones han profetizado y deseado la caída del trono que Dios ha colocado por Vos sobre los príncipes del mundo. ¡Que el Supremo Pastor del rebaño véle por vos! ¡Que el Príncipe de los reyes de la tierra os proteja,—hasta que todos los hombres reconozcan que la Sede de Pedro, en la extension de sus derechos, está establecida, no por una voluntad humana, no por un poder terrestre, sino por la justicia y la verdad, por el poder y la voluntad de Dios. Porque segun vuestras propias palabras, dirigidas recientemente a toda la Iglesia, nosotros declaramos y creemos que el Principado civil con que la Providencia de Dios os ha investido, es, en el estado actual del mundo, necesario para la plena proteccion y para la defensa de la libertad del Pontífice romano en el gobierno de todo el Rebaño; libertad manifestamente ligada a la libertad misma de la Iglesia. Pueda, pues, el reinado de Vuestra Santidad conservar la paz, hasta que una eternal diadema sustituya la corona de dolor que habeis llevado tanto tiempo por defender nuestra causa.

«En fin, suplicando a Dios dé a Vuestra Santidad el consuelo de ver que se multiplican vuestros hijos espirituales, nosotros os pedimos humildemente para nosotros mismos,

para nuestros hijos y para la Inglaterra, vuestra bendición apostólica.”

(Siguen las firmas.)

Discurso de la Asociación de San Miguel.

Hé aquí la traducción del Discurso, en lengua latina, que se ha presentado al Santo Padre a nombre de la Asociación católica de San Miguel, extendida, como se sabe, en todo el imperio de Austria.

Santísimo padre:

«La asociación de fieles que, bajo el patrocinio de San Miguel Arcángel, se formó en Viena para defender, en cuanto le fuese posible, vuestros derechos, cuando el furor de vuestros enemigos se desencadenó contra el patrimonio de Pedro y el vuestro, que ha tenido grandes creces, y que bajo los auspicios de vuestra bendición apostólica, se ha extendido por todas las partes de la Alemania; viene en este día del triunfo del Príncipe de los Apóstoles, a ofreceros sus felicitaciones, sus votos y la expresión de su ardiente deseo, porque a vuestra vista, en Vos y por Vos, llegue el día de gracia y de salud para Roma y para el mundo.

«En primer lugar, ella os felicita, y transportada de un gozo santo, cual conviene, os aplaude de todo corazón. Con un sentimiento ardiente de devoción, de piedad y de veneración en esta solemnidad secular, exclama: Vivid, Santísimo Padre, y regocijaos: el día de hoy hace brillar vuestra victoria, proclama vuestro triunfo: porque vos habeis prevalecido, y ellos no prevalecerán jamás: estremeceos de gozo y de placer en este día: vuestro admirable reinado será coronado por una inmortal memoria, y vos mismo seréis coronado de una gloria eterna.

«Este día de fiesta, en que nosotros contemplamos al Prín-

cipe de los Apóstoles, Pedro, transportado y elevado al trono de la patria celestial, por el glorioso martirio de la Cruz, disipa todas las sombras y descubre a todos los que quieren ver, que Pedro permanece siempre vivo en el trono de esta ciudadela de Roma, que él mismo estableció el primero y consagró con su sangre, y que hoy despues de mas de diez y ocho siglos, á él contemplamos floreciente en Vos, a él celebramos como vencedor y prosiguiendo sus brillantes triunfos. En el esplendor de semejante solemnidad, lo que llena nuestro pecho, lo que creemos todos con un corazón unánime, lo confesamos con una sola boca, lo atestiguamos en alta voz: En vos, Pio nuestro Padre, que sois verdaderamente el Obispo de Roma, nosotros vemos, nosotros escuchamos, nosotros reverenciamos a Pedro; por vuestra mano es Pedro quien gobierna la Iglesia universal; por vuestra boca es Pedro quien nos habla; por vos, es Pedro quien nos rige y nos gobierna; por vos él es quien apacienta a las ovejas y a los corderos; Pedro es ahora en vos esa piedra sobre la que reposa inmóvil é inquebrantable la estructura de toda la santa Iglesia; y esta solidez que a él mismo lo hizo piedra, y recibió de la piedra que es Cristo, os la ha transmitido a vos su heredero.

Él florece en vos, y ve en vos como en el príncipe de los Apóstoles, este amor de Dios y de los hombres que ni los cerrojos de las prisiones, ni las cadenas, ni los furores populares, ni las amenazas de los tiranos han podido intimidar, y esta invencible fe, que al combatir no cede jamás, y al triunfar nunca se cansa. Vos sois verdaderamente nuestro Príncipe, nuestro Gefe y nuestro firme apoyo. Vos solo, en esta ruina universal de todas las cosas humanas, sois el fundamento estable y sólido; en esta ceguera común de todos, solo vos, a la manera del sol, esparcis la luz de la verdad y de la justicia. Vos sois el sosten y el honor de los creyentes, nuestro consuelo y la gloria de nuestra Iglesia, que, bajo vuestra autoridad y vuestro cuidado, es en realidad y se llama con toda verdad la Iglesia Romana.

cesario que viniese a Roma, y que el Soberano Pontífice Pio IX pensase en revestirme de la púrpura, a mí, profesor del querido Estragniat, a mí, vicario de San Chamond, de Ruan, de Mornant y de San Francisco, a mí, cura de Bagnols, etc., etc.; a mí, pobre y miserable bajo todos respetos. ¡Oh! cuán desengañado no he de estar de todo el prestigio de las grandezas de la tierra, cuando veo de quién vienen a ser el patrimonio. Felizmente yo puedo decir que no las he buscado. El cardenalato me ha venido como por una especie de lazo que me ha tendido el Soberano Pontífice.—Pienso que estaréis dispuesto a conformaros con mis intenciones.—Sí, Santísimo Padre, aun cuando sea cuestion de ir hasta el cabo del mundo.—Vos no iréis tan léjos; pero os pido un sacrificio.—No hay sacrificio, Santísimo Padre, cuando el Vicario de Jesucristo es el que me manifiesta su voluntad ó sus deseos.—Se trata de que renunciéis a vuestra diócesis.—Con mucho gusto, y desde este instante si esto place a Vuestra Santidad.—¿Qué tal os asienta Roma?—Muy bien.—¡Ah, entónces permaneced en Roma!—Permaneceré todo el tiempo que Vuestra Santidad disponga.—Os quedaréis para siempre.—Consiento en ello de buena gana si esto puede ser agradable a Vuestra Beatitud.—Vos seréis cardenal dentro de un mes.—¿Qué es esto que oigo? ¡Santo Padre! Esta dignidad es muy superior a mi mérito. Esto no puede ser; el episcopado era ya demasiado para mí.—Yo no había pensado en vos desde el principio, aunque vuestras cartas, y especialmente las que se refieren a la Inmaculada Concepcion, me habian agradado mucho. Pero una inspiracion súbita ha venido a iluminar y fijar mi espíritu. Vos os habeis presentado como aquel que debe representar al clero frances.—Ved, Santísimo Padre, todas estas súplicas que he escrito ayer y hoy, despues de haber recibido el aviso de que Vuestra Santidad se dignaba recibirme.—Estas súplicas las veré mas tarde; pero no es esta la cuestion de hoy.—Estoy a vuestros piés, Santísimo Padre, creed en mi sinceridad, yo no soy digno de la púrpura.—

Esto es hecho; solamente guardad silencio hasta que reuna a los cardenales para darles parte de mi eleccion. Retiraos, nos volveremos a ver otra ocasion.

Deciros toda la amabilidad que tenia entónces el Soberano Pontífice seria una cosa imposible. Yo no he visto jamás un hombre que tenga un aire tan divino. Los que no le han visto nunca no se pueden formar una justa idea.

« Yo os abrazo y os bendigo, querido hijo, en JESUS Y MARIA INMACULADA.

« † CLEMENTE, cardenal VILLECOURT. »

Pio IX y el Cardenal Gousset.

Nadie ignora que todos los obispos y los sacerdotes del universo han aprovechado todas las ocasiones favorables para depositar a los piés de Pio IX el homenaje respetuoso de su amor filial y de su entera sumision al venerado sucesor de San Pedro.

No citaremos aquí todos estos testimonios tan conocidos, nos contentaremos con referir los que sean mas recientes.

Despues de los ejercicios eclesiásticos de 1866, tuvo lugar en Reims el sexto sínodo, donde fueron promulgados los estatutos sinodales de la diócesis. Los miembros del sínodo aprovecharon espontáneamente esta reunion del clero diocesano para presentar al Santo Padre, el 10 de Setiembre, un discurso en el que, «despues de haber depositado, al momento de separarse, a los piés de Su Santidad la expresion de su filial y respetuosa adhesion,» declaran que «mientras ven « que se aumentan más los peligros sienten tambien crecer « su adhesion al Pontífice supremo. El éxito de la lucha no « es para ellos objeto de duda; pero, al esperar el dia del « triunfo, que ellos invocan con sus votos, quieren dar al « magnánimo Pontífice Pio IX la seguridad de que, en cual-

«quiera circunstancia en que se encuentre colocado, Su Santidad podrá contar con su fidelidad y su adhesión.»

Su Eminencia se encargó de enviar este discurso al Gefe muy querido de la Iglesia. En la carta que lo acompañaba, Mr. Gousset dice que, «en los días malos con que Dios prueba al mundo, tanto en su sabiduría y su misericordia, como en su justicia, todo su clero estará unido durante la vida y hasta la muerte al Pastor supremo, en el que reconocen y admiran la imagen viva de Aquel que ha salvado al mundo por las humillaciones, las angustias, los sufrimientos y el suplicio de la Cruz.» Mr. Gousset, anuncia al mismo tiempo a Su Santidad, que «consideraría como un deber el enviarle próximamente varios ejemplares de los estatutos sinodales, y le suplicaba los hiciese examinar por la Santa Congregación del concilio;» que por lo demás, «estos estatutos, fundados sobre las constituciones apostólicas y sobre las decisiones de la Santa Sede, tenían por objeto, en los artículos suplementarios, prevenir al clero contra los errores del siglo y las tendencias de un liberalismo que, afectando mostrarse moderado, es por lo mismo más peligroso.»

El Santo Padre contestó el 18 de Octubre de 1866, es decir, menos de dos meses antes de la muerte de Su Eminencia que, «la carta del clero de Reims había sido para él el motivo de un gran consuelo en medio de las terribles angustias con que estaba oprimido su espíritu. Su Santidad deseaba que Monseñor hiciese conocer a los miembros de su clero cuán agradables le habían sido sus sentimientos tan bellos, y tan dignos de ministros santos,» que les asegurase que «el deseo del Gefe de la Iglesia era, que bajo la conducta de su eminente arzobispo continuasen con el mayor celo en hacerse dignos de su vocación, que se esforzase en combatir valerosamente por la causa de la Iglesia en estos tiempos rodeados de dificultades, en proveer con ardor a la salud de las almas, en llenar los deberes de su cargo con ciencia y con honor.» En cuanto a los estatutos

sinodales, el Santo Padre, hace saber a Su Eminencia que «los hará examinar, según la costumbre, por la Santa Congregación del Concilio.»

Algunos meses más tarde, es decir, después de la muerte de Monseñor Gousset, el grabador Allard envió al Santo Padre una medalla de oro grabada por él con la efigie del cardenal, y representando en el reverso la iglesia de Santo Tomás. El Papa hizo contestar al artista, el 23 de Marzo de 1867, por el secretario de las Cartas latinas, Mr. Mercurelli, que «esta medalla ofrecida por él a Su Santidad había sido doblemente agradable al Santo Padre, porque ella era una prenda del amor filial del artista, una prueba elegante de una industria que le había valido varias veces justos honores como recompensa, y sobre todo, porque Su Santidad había podido contemplar en ella la efigie de un prelado eminente, que apreciaba y estimaba mucho, y cuya pérdida se hacía cada día más sensible a la Iglesia y a su Gefe. Que, además, el artista había sido felizmente inspirado al grabar al dorso de la medalla la copia de la iglesia de Santo Tomás, donde reposan los restos mortales de este excelente prelado, porque el monumento atestigua a la vez la munificencia y la piedad del ilustre difunto, y que perpetúa su agradable recuerdo entre el pueblo a quien hizo tanto bien.»

No se puede hacer del cardenal Gousset un elogio ni más tierno ni mejor merecido.

Carta de Pio IX al obispo de Nantes.

La gran mayoría del Episcopado ha correspondido a los simples deseos de Pio IX, y aquellos preladados que no han podido ir a Roma se han excusado cerca del Papa.

Nuestra Asociacion cree, pues, justo y equitativo, en este dia de triunfo, felicitar en vos, y a causa de vos, a vuestra Ciudad electa, a la Sede a que Pedro, desde hace más de diez y ocho siglos, ha unido su primado apostólico por un lazo sagrado é indisoluble; a esta ciudad sacerdotal y real, que se ha hecho, por la Sede Sagrada del Bienaventurado Pedro, la capital del mundo, cuyo imperio por la religion divina, es hoy más dilatado que lo fué en otro tiempo por la dominación terrestre. ¡Oh Roma afortunada, que has sido consagrada por la gloriosa sangre de dos príncipes! Ciudad poderosa, Ciudad dueña del mundo, Ciudad alabada por la voz del Apóstol, comprende bien tu nombre: es un nombre de fuerza y de grandeza; conserva lo que significa; dichosa oh Roma, si tú conoces a tu Pontífice, si tú te esfuerzas en festejar dignamente a tan gran Rey! Continúa como lo has hecho por tu constancia, tu paciencia, tu prudencia, y tus otras virtudes, defendiendo y asegurándote por Rey, a aquel que es igualmente nuestro Pontífice y nuestro Padre comun. A tí es a quien se ha confiado esta cabeza sagrada, lo que tenemos de mas caro sobre la tierra: guarda este depósito, nosotros te lo pedimos; ten valor y permanece firme: conservando tu prerogativa y tu preponderancia, tú proveerás a la conservacion de nuestros bienes más preciosos, aquellos cuya posesion nos es tan necesaria. Por eso todo el que lleva el nombre de cristiano te da las mas merecidas gracias. En efecto, así como por la enseñanza de la fe, la disciplina de las costumbres, la direccion de la vida privada y pública, gracias a la presencia de nuestro Pio IX, tú eres la madre y la maestra de todos, y la regla segura; así tú eres nuestro modelo por tu respeto, tu obediencia, tu sumision a nuestro Soberano Pontífice, que es tu Rey.

En medio de una multitud tan grande de enemigos de que estás rodeada por todas partes, expuesta a su cólera y a su furor, nosotros no podemos alabar bastante la gravedad y la dignidad con las que tú desdeñas, tú menosprecias, tú rechazas sus artificios y sus embustes, y nosotros no podemos

admirar bastante la tranquilidad y el órden que tú opones a las criminales agitaciones de los fautores de las turbulencias. Así es como tú confundes los consejos de los impíos, y llenas a las almas de todos los fieles de un gozo indecible; nosotros reconocemos plenamente este mérito, que indudablemente es el tuyo, y entre todos los que te distinguen, no lo consideramos como el último.

Nosotros comprendemos perfectamente que en medio de tantos y tan grandes peligros, Dios te asiste visiblemente; pero vemos claramente tambien que la tranquilidad y buen órden de que gozais son el efecto y el fruto del régimen pontificio al que estais sujeto, es decir, de vuestro poder real, Santísimo Padre, y de vuestro gobierno; por el cual vos habeis reunido con tanta sabiduría, justicia y equidad, a la divina sociedad de la Iglesia, la sociedad humana del Estado; que, en las circunstancias más difíciles, la primera sigue fielmente las vías que la conducen a su fin celestial, y la última las que deben asegurarle su fin terrestre; de tal suerte que sobre toda la tierra, no se encontrará un lugar, donde conformándose con la voluntad de Dios nuestro Salvador, los hombres pasen una vida con mas calma, mas tranquilidad, piedad y castidad, que en vuestra Ciudad, Santísimo Padre, y en el país sujeto a vuestra soberanía romana.

Por esto nuestra Asociacion, en este dia secular, felicita en vuestra Persona a todo el Universo por un acontecimiento del que vos sois el autor.

En efecto, no solamente de todas las partes del mundo, aun de las mas remotas, un número extraordinario de piadosos peregrinos afluyen hácia Vos y a Roma, sino que tambien el mundo entero, excitado por una fiesta tan solemne, y herido con la claridad de una luz tan grande, dirige ahora los ojos hácia Vos y hácia la Ciudad Eterna.

Seguramente será claro para todos, aun para los ciegos, y no podrán ménos de convenir en ello, que hay en nuestra Iglesia Romana y Católica, de la que Vos sois el Gefe, al-

pastores que han asistido en gran número; vuestra gloria inmortal es, haber separado al mundo de las vías del error y de la impiedad, y haberle enseñado el camino de la verdad, el sendero de la justicia, la honestidad de las costumbres y la disciplina de la vida humana, al rechazar y condenar la larga serie de proposiciones comprendidas en vuestro célebre *Syllabus*; vuestra gloria inmortal es, haber arreglado con sabiduría, y en vista de la salud eterna, el orden a que deben conformarse los hombres y las cosas humanas, en las esferas más elevadas y en las más ínfimas, en la sociedad religiosa y en la sociedad civil, por tantas otras alocuciones apostólicas, cartas, disposiciones y decretos. Y ahora esta solemnidad del martirio del Príncipe de los Apóstoles viene a coronar tantos trabajos. Por ella habeis llenado el corazón de los fieles, a un grado que el mundo no creía posible, del fuego que Cristo, cuyo digno vicario sois, vino a traer sobre la tierra. Vos nos habeis inflamado con un nuevo ardor; vos habeis inundado é iluminado nuestra alma con la clarísima luz de la fe; vos nos habeis llenado de una alegre confianza; vos habeis dilatado y elevado nuestras almas por un amor más profundo, por una caridad más santa.

Santo Padre, hé aquí a vuestros piés apostólicos nuestra sociedad de San Miguel con estos sentimientos y estas disposiciones: ella os promete con todo su corazón, y os jura, tanto como le sea posible, llenar en lo de adelante aun, con más celo y fidelidad el deber que se ha impuesto de proteger vuestros derechos, de defender y propagar vuestras doctrinas, de sostener vuestros mandatos y vuestras prescripciones, ella profesa por vos en todas cosas, respeto, sumisión, obediencia. ¡Hé aquí a vuestros hijos, Santísimo Padre! Marchad delante de nosotros, y os seguiremos. Los dogmas que definís son nuestra fe; vuestra ley es la regla de nuestras acciones; lo que vos aprobais y recibís es para nosotros ratificado y establecido; lo que vos condenais y rechazais, lo tenemos por condenado y prohibido. Nosotros creemos

y sabemos que vos sois en la tierra el Vicario de Cristo nuestro salvador. ¿A quién iríamos? Vos teneis las palabras de la vida eterna; y aquel que las escuche, tendrá la paz sobre la tierra, y en los cielos la eterna beatitud. Vivid por mucho tiempo, ¡oh Pio IX! vivid lleno de salud para regir la Iglesia de Dios y conducirla a otras victorias, a nuevos triunfos, a fin de que no formemos más que un solo rebaño bajo un solo pastor.

Solo nos queda, Santísimo Padre, mientras que, prostrados a vuestros piés, tenemos el gozo de vuestra presencia, el pedir os con instancia, para toda nuestra Asociación vuestra bendición apostólica, de la que esperamos toda fuerza, constancia y protección en la adversidad.

La Italia está con Pio IX.

El Santo Padre ha recibido el 2 de Julio en una de las grandes salas del Vaticano, a mil quinientos italianos que le acababan de presentar el album y la ofrenda de las cien ciudades de Italia. El *Univers* refiere que en el momento en que Pio IX apareció, hubo un movimiento indescribible: todo era aclamaciones, aplausos, gritos de entusiasmo, lágrimas de emoción y de amor. El joven conde Boschetti, leyó entonces un Discurso que nosotros tomamos del *Univers*, y que fué frecuentemente interrumpido por señales de muy viva aprobación.

«El pueblo italiano, decía este Discurso, está lleno de veneración por vuestra persona sagrada, y aquellos que pretenden que os es contrario, lo calumnian y mienten. Se ha empleado todo para arrancarle del corazón estos sentimientos: las vejaciones, la prisión, los domicilios forzados. En vano. No ha sido necesario más que una simple invitación a las cien ciudades de Italia, para que en cada clase se encienda el deseo de daros testimonios públicos de afección.»

El número extraordinario de suscritores, sus votos recogidos en el album que os presentamos, sus ofrendas, prueban al mundo sus sentimientos. Nosotros nos regocijamos al ofreceros la expresion de estos sentimientos del pueblo. Sabemos que el Papado es, y ha sido siempre, el sosten y la defensa de toda justicia, así como sabemos que él, ha sido y es, el honor y la gloria mas resplandeciente de nuestra patria.»

El Santo Padre, agrega el *Univers*, contestó casi en los términos siguientes:

«Sobre esta antigua muralla está representado el Arcángel envainando la espada, así es como en este mismo día anunció en otro tiempo la cesacion de la peste. Ya me parece verlo en la misma aptitud para obedecer a los decretos divinos; porque hoy comienza la hora de la misericordia.

«Al principio de este siglo, en este mismo día, las tropas enemigas invadian esta ciudad, y uno de mis predecesores debió ocultarse y despues ir al destierro; perseguido por enemigos semejantes a los que quieren hoy arrancar de nuestros corazones nuestra santa fe, bajo pretexto de asegurar la felicidad de la patria.

«Mas tarde aún, en este día, puesto que las segundas vísperas del 2 de Julio han comenzado, las tropas libertadoras entraron en esta ciudad Santa, para dispersar a los enemigos de Dios y de su Iglesia que pretendian abolir en esta santa ciudad, centro de la fe católica, el reino de Jesucristo.

«Ellos han dicho que este día seria fatal para Roma, pero yo digo que la hora de su triunfo ha comenzado.

«Ellos han dicho que yo odio a la Italia; no, yo no he sido nunca su enemigo; yo la he amado siempre, la he bendecido, he querido su felicidad. ¡Solo Dios sabe cuántas lágrimas he derramado, cuánto he orado, cuánto oro por ella!

«Oremos por esta nacion, tan desgraciada en este momento. Oremos para que aquellos que la gobiernan sean iluminados. Ellos han querido fundar su unidad; ¿pero cómo

podrán hacer ésta del egoismo? Esta unidad que destruye la caridad y la justicia, que huella los derechos de todos, de los ministros de Dios y de los verdaderos fieles no es bendita.

«Ellos multiplican alrededor de sí sus enemigos; tienen por enemigos a todo el mundo; todos están contra ellos; y lo que es mas formidable, su gran enemigo será siempre Dios. La hora ha llegado, el triunfo no puede faltar. Si ellos pueden ser perdonados será mejor; pero si es necesario, ellos sentirán los golpes de la justicia divina.

«Yo estoy conmovido por estas demostraciones de afecto, por estos sentimientos que vos me manifestais en vuestro nombre y a nombre de las cien ciudades de Italia; la mayoría está verdaderamente con vos, esto me llena de consuelo, de amor, de reconocimiento.

«Yo bendigo a los suscritores y a sus familias; yo concedo a vosotros y a vuestras familias una bendicion particular. Y si alguno se ha descarriado; si el padre, el hijo, el hermano, seducido por ideas falaces, se ha alistado en la vía del error, que esta bendicion le vuelva al recto sendero.

«Que esta bendicion os acompañe en todas partes; que os siga en el viaje que vais a emprender para volver a vuestros hogares; que os acompañe hasta el último día; y si en el término de la vida estuviérais abandonados de todos, que esta bendicion no os abandone jamas. El recuerdo de este día os dará la fuerza, la calma y la paz.

Yo bendigo a esta tierra, madre fecunda de tantos santos, que ha dado a la Iglesia y al cielo tantos héroes de santidad y justicia. Yo ruego a Dios que ella conserve la antigua fe que forma la mayor parte de su gloria. Yo os bendigo de nuevo a vosotros y a vuestras familias; que la bendicion que os doy en el nombre de Dios sea para vosotros una prenda de prosperidad, a fin de que lleguemos a esta eterna bienaventuranza en la que alabaremos y daremos gracias a Dios por los siglos de los siglos.

«*Pax et benedictio Dei, etc.*»

Nosotros preguntamos a todos los hombres de bien: ¿por qué la Italia querrá otro rey que Pio IX? Este augusto Pontífice puede decir como Aquel a quien representa: *¿Qué he debido hacer por mi viña, que no lo haya hecho?...*

Hé aquí, como el último concilio de Agen resume las mejoras hechas por Pio IX en Italia, a pesar de los trastornos y las discordias:

«Nadie ignora, sin duda, que el carácter sacerdotal no puede perjudicar a esos dones de la naturaleza y a esas cualidades de espíritu, que es tan conveniente tenga un administrador; y aquí la experiencia viene a confirmar plenamente los datos de la razón.

«Cualesquiera que sean los crímenes imaginarios, inverosímiles en la mayor parte, con que la ignorancia, el odio ó la poca reflexión hayan cargado al gobierno pontificio, los actos de este gobierno tienen por testigos a la ciudad de Roma y al universo entero; muchos miembros de este concilio han podido asegurarse por sus propios ojos de la verdad de estas cosas. ¿Por qué, pues, no hemos de decir lo que hemos visto? Hélo aquí: la integridad en todos los ramos de la administración; la solicitud mas infatigable para alejar los azotes, para disminuir la pobreza de las poblaciones, y para hacer desaparecer los abusos donde existen; la adopción pronta y sincera, aunque con una medida mezclada de reserva y de sabiduría, de todos los descubrimientos con que la ciencia y la industria han dotado a las sociedades civiles para el desarrollo de su riqueza; una economía casi mezquina, pero siempre previsora, en el equilibrio de las rentas públicas, por medio de la cual se han podido reparar los desastres y saldar los atrasos ocasionados por el papel moneda, que aquí como en otras partes, ha sido uno de los beneficios de las revoluciones políticas; y esta economía no ha disminuido en nada una magnificencia que sobrepaja comunmente a la de los reinos mas opulentos, no ha impedido que se trabaje en la construcción ó en el ornato de los monumentos públicos, ni que se prosiga en los antiguos ce-

menterios de Roma, estas escavaciones, emprendidas a tanta costa, pero tan provechosas a la ciencia y a la fe, ni que se provea a los gastos necesarios para el establecimiento de un número considerable de obras é instituciones de caridad, y en particular, para la formación de estas escuelas y de estas academias abiertas a los jóvenes que vienen de todos los países ó son enviados por todas las diócesis; en una palabra, aquí hay un gobierno que sabe recompensar igualmente a todos los méritos, que no hace acepción ni de las personas ni del origen, sin olvidar sin embargo como debe el Vicario de Cristo-Rey, lo que se debe a la excelencia del orden eclesiástico y del sacerdocio real. ¿Pero quién podrá solamente enumerar todas las obras que este gobierno ha concluido gloriosamente, todas las que ha comenzado, y que frecuentemente han sido interrumpidas ó retardadas por aquellos mismos que ahora se quejan por no verlas llegar a su término?»

guna cosa de todo punto singular y extraordinaria, y que sobre todo, si tenemos en cuenta todos los enemigos reconocidos, declarados y secretos de que está rodeada por todas partes, esto tiene verdaderamente el brillo de un prodigio y el poder de un milagro. Ellos verán entónces y los que tienen inteligencia comprenderán que en Vos ha sido puesta realmente esta piedra inmutable, sobre la cual, como sobre una base, el Señor de todas las cosas ha querido apoyar toda la máquina del mundo, de tal suerte, que todo lo que, en las cosas humanas sea sagradas, sea profanas, se opone ó se aleja de ella, no puede ser bueno ni sólido; aquellos que quieran, comprenderán tambien que la luz de la verdad, que ha sidorevelada por la salud de todas las naciones, viene de Vos, que sois la cabeza, en todo el cuerpo del mundo; y en fin, se hará evidente que es necesario estar en comunión con Vuestra Beatitud, es decir, con la Cátedra de Pedro; que cualquiera que no resida con vos, deserta; es decir, que todo el que no es de Cristo, es del Antecristo.

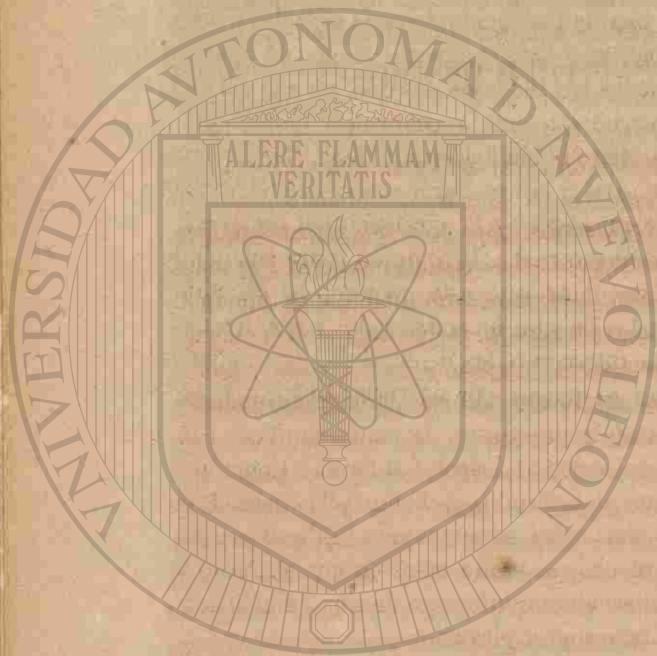
Los dichosos frutos de este santo día, nosotros los presentamos en espíritu con todas las personas sinceras; nosotros auguramos el aumento de la fe y la dilatación de su unidad, el acrecimiento de la caridad y su restablecimiento entre los corazones divididos, toda suerte de prosperidades para la Iglesia universal de Cristo, de tal suerte, que no tememos, estremeciéndonos de gozo con esta brillante luz, repetir estas palabras: «Que la tierra se regocije, iluminada por tan brillantes rayos, y que deslumbrada con tanto esplendor, todo el universo se sienta libre de sus tinieblas.»

Y ahora nosotros os damos, como al autor de tantos beneficios, a Vos, Pio IX, nuestro Papa gloriosísimo y santísimo, las más grandes acciones de gracias que el corazón pueda contener, porque no dejándoos detener por ningún temor, intimidar por ninguno de los peligros que os amenazan, después de haber superado, por la elevación, el valor y la constancia de vuestro gran corazón, tantas y tan graves dificultades, llevado tan manifiestamente por un instinto divino,

vos habeis querido indicar, preparar, celebrar este día de fiesta, decorarlo con la gloria de tantos santos confesores y mártires, y con la convocación y afluencia de tantos obispos de todas las partes del mundo, con el concurso de tantos hombres que acuden en tropel de todas partes a hacerla tan solemne y tan ilustre, que la memoria del nombre cristiano no encontrará nunca ejemplo semejante.

Ved en efecto lo que nos ha parecido, el más vasto coro de pastores, reunido alrededor de su jefe sagrado, expresando los pensamientos y los votos de los rebaños confiados a sus cuidados, como una reunión ecuménica de creyentes, representando a la Iglesia, una, santa, católica y apostólica; vedlo adhiriéndose estrechamente a la piedra sobre la que el Hijo único de Dios ha edificado su Iglesia. ¡Espectáculo verdaderamente grande y único, que no había sido dado todavía ni a los mortales ni a los espíritus celestes!

En medio de tantas adversidades, con que estamos, por decirlo así abrumados, miramos esto como el más feliz presagio, lo saludamos como el augurio dado por el cielo, de la salud que está cerca: de estas fiestas triunfales de Pedro, nosotros esperamos el triunfo, primero para vos, venerable sucesor de Pedro, triunfo que os restablecerá en la plena libertad de vuestro poder, en el perfecto uso de vuestros derechos y en la integridad del patrimonio de Pedro; el triunfo en seguida para toda la república cristiana y para la Santa Iglesia de Dios, desde la salida del sol hasta su ocaso. Así, pues, a vos, gran Pio IX, a vos solo debemos estas cosas: todo esto es obra vuestra. Después de haber consumado tantas obras que durarán siempre para el bien de la Iglesia, vos las habeis completado por estas fiestas magníficas. Es vuestra inmortal gloria, haber vos solo, cosa inaudita hasta entónces, definido por un juicio y un decreto dogmáticos, la Concepción Inmaculada de la Bienaventurada María Madre Dios; vuestra gloria inmortal es, haber inscrito en el catálogo de los Bienaventurados, a los heroicos mártires del Japon, con aplauso de los fieles de todo el universo y de sus



CAPITULO DECIMO.

PIO IX GLORIFICADO POR LOS PORTESTANTES.

Todos los hombres serios, aun entre los mismos protestantes, tributan homenaje a las virtudes de Pio IX; todos admiran su sabiduría, su firmeza inmutable que impide al error que prescriba contra los derechos sagrados de la justicia y de la conciencia.

Es imposible, en efecto, no admirar la magnanimidad y firmeza que el Santo Padre une a la mansedumbre. Sus enemigos se ven precisados al respeto, al temor. Comprenden que los destinos del mundo, el honor y la libertad de las naciones cristianas están en sus manos. El que escribe estas líneas pudiera citar cada día actos en que el Padre y el Rey aparecen alternativamente, sea en una amable sencillez, sea en una majestuosa elevación.

Es una de las glorias de este gran Pontífice infundir respeto a todos los hombres honrados de todos los partidos. *

* No se ve al representante de Jesucristo sin experimentar alguna cosa que recuerde al bautismo.

El joven Mortimer cuenta así su conversión, después de haber contemplado al Papa oficiando en San Pedro:

«Yo tenía veinte años; había mamado el aborrecimiento al papado, cuando visité la Italia. Era en el tiempo de una gran fiesta de la Iglesia; los caminos estaban cubiertos de peregrinos, y todas las santas imágenes coronadas de flores; se hubiera dicho que en esta santa peregrinación la humanidad iba hacia el cielo. El torrente de esta multitud fiel me arrastró a mí mismo y me condujo a Roma. ¿Qué hice yo al verla.....? ¿Cuál fué mi emoción cuando entré al interior de la Basílica y oí esta música que parece descender del cielo!..... cuando ví al Papa celebrar el santo oficio

po de Roma. Nosotros somos felices al saludar la generosa abnegacion de estos nobles jóvenes, que se han arrancado de su patria y de sus bellas posiciones, para venir a poner al servicio de Pio IX, una espada que muchos de sus padres habian llevado ya a las cruzadas.

«¡Sí, aquellos que han caído en los campos de Castelfidardo, han sucumbido, tal vez sin saberlo, como mártires de la civilizacion y del cristianismo! Cuando yo los veo tratar por ciertos escritores, de fanáticos reaccionarios, me siento tentado desde luego a considerarlos como los confesores del progreso, que predicán el ejemplo del sacrificio y de la adhesion a una sociedad egoísta y materialista.

«El Papa de los católicos es para nosotros el Obispo de Roma, el sucesor de San Pedro, la más alta personificación del episcopado cristiano. Su ministerio debe ser independiente para ser libre, y rodeado de prestigio exterior para ser respetado.

«Yo tengo necesidad de que un obispo cristiano sea igual a los reyes; yo tengo necesidad de que un obispo cristiano esté al abrigo de la opresion; porque si todos los obispos estuviesen bajo las bayonetas, quiero saber en dónde encontraría uno para hablarle franca y libremente de mi Dios y de mi bautismo; si todos los obispos, si todos los sacerdotes estuviesen aprisionados, yo quiero estar seguro, que en mi lecho de muerte, al traves de la distancia, un brazo sacerdotal podrá elevarse libremente hácia el cielo y bajarse en mi agénia para bendecirla y consolarla!

«Como cristiano, estoy por el poder temporal del Obispo de Roma; como filósofo, como político, ¿qué no pudiera decir? Pero la necesidad de esta institucion ha sido victoriosamente demostrada en el cuerpo legislativo francés y en la prensa por hombres como los Thiers, los Guizot, los Montalembert, y todos recuerdan la opinion de uno de los más ilustres filósofos espiritualistas de nuestra época, Víctor Cousin, relatada por M. Dupanloup, obispo de Orleans, en su admirable libro *De la Soberanía Pontificia*.

«Mas léjos, he escrito la palabra de autoridad espiritual, que varios se admirarán de encontrar en la pluma de un protestante.

«Aquí se coloca uno de los recuerdos más dulces de mi vida: hace cuatro años, venia de mi país, la libre América; visité a Roma, ví repetidas veces sus ruinas admirables, recorrí sus más ricos museos, y en fin, pedí y obtuve el honor de ser recibido por el Papa.

«¡Ah! en presencia de este anciano obispo que lleva sobre su frente la triple gloria del reinado, de la ancianidad y de la desgracia, yo olvidaba nuestras disidencias; aun más, en vidiaba a estos dichosos cristianos, que con los ojos vueltos hácia este magnánimo anciano, esperan de rodillas que pronuncie algunas palabras que serán obedecidas como artículos de fe. Hubiera dado todo el mundo por creer como ellos creían, por amarle como ellos le amaban, y por mirarle como el representante visible de Dios sobre la tierra, como el templo donde el Espíritu Santo da siempre sus oráculos.

«Entonces, más que nunca, experimenté la necesidad de la union.

«Bajo el imperio de este recuerdo sagrado convoco a todos los cristianos a depositar el doloroso peso de las preocupaciones injustas y de los odios ciegos, y a unirse para defender el cristianismo, si quieren salvar la sociedad.

«PRESCOTT-WARD.»

Las atracciones de la Iglesia.

La prensa protestante de Inglaterra no ha visto con agrado las fiestas de Roma: ella habia predicho un completo *fiasco*, y no puede consolarse del éxito que han obtenido. Al principio se burlaba de esta *ciega* confianza del Papa, que convoca a Roma a todos los obispos del mundo católico, en

los momentos mismos en que, las tropas francesas se retiraban y el trono pontificio iba a caer. Cuando ella notó que este trono permanecía en pié, anunció que los obispos no vendrían; los unos, porque tendrían temor de llegar a la Italia en medio de las turbulencias y convulsiones que esperaban; otros, porque encontrarían obstáculos invencibles en la mala voluntad de los gobiernos.

Engañada aún en su caritativa esperanza, obligada a confesar que el concurso de los obispos, sacerdotes y fieles ha sido inmenso, maravilloso, inesperado, se esfuerza en persuadirse y persuadir a sus *fellow-countrymen* que no saldrá de este concurso, nada feliz para el catolicismo, nada agradable para el Papado. *

Por lo demás, los incrédulos se ven obligados a veces a rendir homenaje a la grandeza de esta Iglesia y a la incomparable majestad del Pontificado: el mismo corresponsal romano del *Times* acaba de tributar una vez más este involuntario homenaje, escribiendo el 19 de Junio: «Tendría mucho que decir, sin duda, y podría encontrar lugar en la crítica, si quisiese analizar lo que debe ser recibido y representado como una gran idea. Me sería fácil burlar las disposiciones de la fiesta, atacar las pretensiones de la Iglesia católica romana ó hablar contra el Papa-Rey; pero por hoy, debo elevarme a una atmósfera más alta, olvidar los incidentes y unirme a los sentimientos religiosos que nos atraen y nos unen. Este es el sentimiento religioso que ha atraído del Norte y del Mediodía, del Oriente y del Ocaso, a estos millares y a estos millones de sinceros adoradores.»

Y el corresponsal del *Times* asegura que él no ha asistido jamás a una fiesta más bella, y reconoce que ningún hombre ha recibido de tantos hombres los homenajes que Pío IX ha recibido en los días que acabamos de pasar. ¿Cómo es pues, que solo la Iglesia católica posee estas potencias de atracción? ¿Cómo es que el Papado solo recibe también los

* Véase el Universo de 9 de Julio de 1867.

homenajes libres y voluntarios de todo lo que hay de más ilustre, de más virtuoso en las naciones más esclarecidas del universo y en el universo entero? Hé aquí una cuestión que merece ser meditada seriamente. Muchos responderán a ella cual conviene, estamos ciertos de ello, y la santa Iglesia católica romana contará también nuevos triunfos, que serán al mismo tiempo los triunfos de la virtud y de la verdad. *

* M. S. Veuillot escribía de Roma el 3 de Julio de 1867:

«Yo espero que alguno tendrá la buena inspiración de hacer un volumen de todo lo que ha pasado en Roma, de recoger los documentos, de reunir los nombres, de dar algunos croquis de los lugares y de las figuras; y esto será un monumento histórico de primer orden, porque estos días de Roma son una revelación del estado del mundo y el punto de partida de un renovamiento. Ningún Soberano Pontífice ha visto lo que Pío IX acaba de ver. Es inaudito el que se hayan encontrado otras veces aquí en la duración de los siglos, tal vez, tantos obispos, tantos sacerdotes venidos de tan lejos. La Roma espiritual se regocija, la Roma material está orgullosa, la Italia revolucionaria está consternada.

«Yo no me sorprenderé de que se intente algún golpe de furor próximamente; me he sorprendido de que no se haya intentado ya.

«Las obras revolucionarias son inferiores a la sabiduría humana, las obras de Pío IX son superiores. Las primeras prueban miserablemente el acaso, como ciertos industriales prueban una cerradura en la noche; las segundas son dictadas por una inspiración superior que descansa en la Providencia. Pío IX obra como este a quien Dios mandó que pasase sobre la mar, y que, llegado al borde, y no encontrando embarcación, extendió su manto sobre las olas agitadas y pasó. Yo pido perdón al *Sicle* al emplear esta imagen. Él no creará jamás que esto haya sucedido. Sin embargo, San Francisco de Paula, me parece, ha hecho este milagro, y Pío IX lo ha hecho, lo hace y lo hará. Concedo que el *Sicle* no verá nada.

«¡Oh maravillas de Dios! Pedro teniendo orden de tomar Roma a Satanás para darla a Jesucristo, la ha tomado con su báculo. Pío IX teniendo orden de defender y de conservar a Roma contra el más largo y más sabio esfuerzo que Satanás haya podido hacer para apoderarse de ella de nuevo, la defiende y la conserva sin otra arma que su báculo.»

Se haría un volúmen con los testimonios de veneracion que ha recibido de parte de los disidentes y de los infieles. Nuestro cuadro no nos permite referir sino un cierto número de estos.

Lugar de Pio IX en la historia.

¡La hora de la justicia estará pronta á sonar para el ilustre y venerable Pontífice, que despues de veinte años, gobierna con tanta sabiduría y firmeza la Iglesia de Dios? ¡El poder de la verdad será mas fuerte que el odio y las preocupaciones de sus mas implacables adversarios? Así podemos creerlo cuando se lee lo que sigue en un diario protestante. Si, a consecuencia del hábito, el escritor se ve todavía obligado a lanzar algunos dardos satíricos al soberano temporal, en compensacion, es imposible dar un homenaje mas bello al soberano espiritual:

«Pio IX, dice el *Temps*, justamente considerado como mediano en las cosas humanas (inútil es decir que nosotros protestamos), es incuestionablemente uno de los Papas mas grandiosos que haya habido jamás en lo que concierne a las cosas religiosas. El tiene designios inmensos. Ha creado á cien obispos, despues de haberles asegurado su existencia. Hé aquí el gran negocio de su pontificado. El ha reorganizado a la Iglesia inglesa, la Iglesia holandesa en parte y la Iglesia alemana; en el Nuevo Mundo se ve tambien un ensayo considerable de reorganizacion. Jamás las congregaciones han trabajado tan activamente. Jamás las audiencias cuotidianas del Vaticano han sido tan fecundas.

con todo su esplendor y bendecir al pueblo! Ah! ¿qué son el oro y los diamantes con que se adornan los reyes de la tierra? El Papa solo está adornado de un resplandor divino, su palacio es como el Reino de los cielos, porque lo que se vé allí no es de este mundo.»

Si él no hubiera tenido que sostener el peso del poder temporal, me hubiera parecido que Pio IX tenía una alma de una grandeza capaz de obtener en la historia un lugar extraordinario.»

No siendo nuestro fin entablar una discusion con el *Temps* sobre el poder temporal, nos contentaremos con hacerle observar, que es inadmisibile que un hombre que dirige con tal superioridad de génio a todas las Iglesias del mundo católico, sea de repente un hombre mediano é incapaz cuando se trata del gobierno de un pequeño Estado. Esta pretension de hacer dos hombres del Papa, de los que el uno toque a lo sublime y el otro a lo incapaz, choca al buen sentido. Pero esto no disminuye la importancia de los elogios dirigidos por un periódico protestante al Gefe de la Iglesia. Allí hay algo mas que un homenaje; esto es la demostracion de la vitalidad misma del catolicismo. En efecto, lo que llama la atencion del escritor disidente, lo que le hace arrancar gritos de admiracion, son las grandes cosas que se han verificado en tan poco tiempo por la Iglesia católica, a pesar de las terribles pruebas a que ha estado expuesta. ¡Las iglesias de Inglaterra, de Holanda y de Alemania reorganizadas, cien obispos nuevos repartidos por todo el globo, las comunidades religiosas levantándose en todas partes mas florecientes que nunca, qué elocuente respuesta para los pequeños retóricos que nos anuncian cada dia la muerte del viejo culto!

Ah! es un espectáculo muy hermoso ver a esta Iglesia calmada y apacible, prosiguiendo su marcha en medio de la tempestad y desafiando a todos los asaltos de la revolucion! En vano prodigan éstos el ultraje y la calumnia contra su ilustre Gefe; insultos y calumnias no hacen mas que engrandecerle.

Pio IX es el único grande hombre de la Italia actual.

Un diario italiano, *l'Indipendenza cattolica* de Florencia, hace con motivo de la muerte del caballero de Azeglio, las reflexiones siguientes:

«El Sr. Máximo había nacido gentil-hombre, poeta, pintor, músico: no había nacido para la revolución, y sin embargo, se hizo carbonario para hacer la de Italia. De ahí un antagonismo, una lucha interior que no se terminaron sino con su vida. Recordamos que él ha querido morir en paz con Dios, y que ha combatido el movimiento insensato y criminal que quería quitar Roma al Papa. Por lo demás, desde el momento en que se alistó bajo la bandera de los sectarios, cesó de ser independiente, y su conducta política no ofrece mas que vacilaciones. El hombre no ha sido creado para hacer la Italia, la Alemania ó la Francia, sino para cultivar la virtud, defender la verdad y la justicia. Así es como se establecen y se engrandecen las naciones. El carbonarismo no se propone por objeto cultivar la virtud, ni defender la verdad y la justicia, sino destruir las bases mismas del orden social. Máximo de Azeglio ha dicho una bella y profunda sentencia: «No son los genios los que salvan a las naciones, sino los grandes caracteres.» Tenia razon. Los grandes caracteres no abdicar sus convicciones para conformarse con los desórdenes de los sectarios; no corren tras de la popularidad. La revolución italiana no ha producido ningun gran carácter, no ha producido mas que monos de la revolución francesa. Con razon el profesor de Felipe ha podido decir en pleno anfiteatro, mirando en torno suyo: «Señores, todos nosotros descendemos de la raza de los monos.» Hé aquí por qué la revolución italiana no salvará a la Italia. ¿Quién podrá salvar a la Italia? Solo el gran carácter que se encuentra en ella, Pio IX. Solo, abandonado, desarmado, este augusto anciano sostiene los principios con una inmutable

perseverancia, y a todas las asechanzas ó violencias de sus enemigos responde por el invencible *Non possumus*. La Italia ha producido un gran carácter: este es Pio IX.»

Testimonio en favor del Papa por un diario protestante. ()*

Creemos que agrada a nuestros lectores ver en qué términos se expresa el *Morning Post*, uno de los principales diarios protestantes de Londres, respecto del gefe augusto de los católicos: «Pio IX,—escribe esta pluma inglesa y protestante,—Pio IX está radiante en sus excursiones al campo, y causa un verdadero gozo (*it is exhilarating*) encontrar a este augusto personaje vestido con una sotana blanca, cubierto con un sombrero morado de grandes dimensiones, y andando con una ligereza que no podiamos suponer despues de su reciente indisposicion. Con una agradable sonrisa en su semblante, el Papa está siempre dispuesto a dar su bendicion a los aldeanos que se arrodillan a su tránsito.»

* El corresponsal romano del *Times* se ve precisado a admitir, aunque protestando amargamente, la participacion de sus compatriotas protestantes en los homenajes que la poblacion y los extranjeros de todos los países, rinden en Roma al Santo Padre, siempre que sale a la ciudad ó sus alrededores. «Es singular y triste, dice el citado periódico, ver a señoras inglesas y tambien protestantes, extender sus pañuelos por tierra y arrodillarse cuando él pasa. Demos honor a quien es debido; personalmente pocos soberanos merecen mas honores que Pio IX; pero el acto de homenaje que acabo de citar es demasiado fuerte para los protestantes, y se tributa mas bien al «soberano espiritual que al soberano temporal.» Ciertamente estos protestantes no pedirán jamás la bendicion del rey de Italia. Nosotros debemos regocijarnos de que los ingleses protestantes se porten tan bien en Roma, y no vacilen en manifestar públicamente su veneracion por el Vicario de Jesucristo, quien por tantos de sus compatriotas es puesto al César..... Barrabás!

Hé aquí una escena digna del pincel de un gran pintor; es todavía el mismo corresponsal el que habla:

«El otro día, estando en Ariccia, Su Santidad, seguido de sus guardias y de su carruaje se adelantaba a pié hácia Genzano. La ex-reina viuda de Nápoles y la infanta, no há mucho regente, caminaban en una direccion opuesta, seguidas por sus equipajes y sus domésticos. Al voltear el camino, precisamente en la villa Chigi, los dos grupos se encontraron. En un segundo, Sus Majestades Reales se arrodillaron. Su Santidad apresuró el paso para ir a levantarlas. Los aldeanos que se encontraban allí y que volvian de sus viñas y de sus verjeles con sus esposas, sus hijas y sus robustos asnos, estaban llenos de admiracion; se adelantaron para recibir tambien la bendicion, y se arrodillaron á cada lado del grupo central formado por los ilustres personajes, exclamando en alta voz: *¡Santo Padre, la benedizione!* Este era un cuadro perfecto.»

Esta escena, referida por tal testigo, delineada por el campo italiano y embellecida todavía más por el apacible brillo de una magnífica tarde, ¿no es de una majestad sublime? El amable y santo Pontífice, siempre sonriendo a pesar de las desgracias, y bendiciendo en el camino a las princesas y a los aldeanos que acuden a él llenos de veneracion y de amor, ¿no es una imájen tierna y conmovedora?

Felicidad de un escritor protestante en presencia de Pio IX.

Mientras que todos los obispos del mundo y lo más selecto de los católicos se presentan en Roma alrededor del magnánimo Pio IX,—viva protesta en favor del derecho, del derecho que alivia todas las heridas que ha recibido en estos últimos años,—nuestros lectores leerán con interés las sábias reflexiones que la situación religiosa de la época su-

giere a un protestante. M. Prescott Ward pertenece a una de las familias más importantes de New-York; ciudadano de la republicana y protestante América, su claro talento ha disipado muchas preocupaciones injustas y su conciencia generosa se ha indignado y conmovido ante la debilidad oprimida, el derecho violado y el cristianismo amenazado en sus fundamentos. Pertenece, no por la edad sino por las doctrinas, a esa generación protestante de los Guizot, de los Macaulay y de todos estos hombres de buena fé que han tenido el valor de ser justos con la Santa Sede. Como católicos, nosotros tendríamos sin duda graves reflexiones que hacer sobre el artículo de M. Ward; esperando que llegue el día de expresarlas, no queremos por hoy más que aplaudir su talento, su independencia y su lealtad:

Aquel que no teme el recogimiento, que puede llevar el peso de un pensamiento serio, y se reconcentra algunas veces sobre sí mismo ve las necesidades y miserias.

« En la libertad de nuestra inteligencia, comprendemos que la primera necesidad del siglo que es la nuestra, es tener una creencia que la eleve y un freno que la dome. Solo la fe cristiana y la conciencia cristiana le pueden traer estos beneficios.

« Esta es nuestra convicción íntima, y nos tenemos por dichosos al tenerla. Pero ¡ay! nosotros vemos que el cristianismo no había pasado jamás por una crisis más peligrosa, y nos reprocharíamos un silencio prolongado como un crimen y una cobardía: *Væ mihi quia tacui.*

« Ninguno más que nosotros desea el día en que las iglesias bautizadas reunidas no formen más que un solo rebaño bajo un solo pastor: *Unum ovile et unus pastor.*

« Cristiano ante todo, todo golpe dado al cristianismo nos hiere profundamente. Así no hemos podido ver sin emoción las diversas violaciones y menoscabos sufridos por el Papa como rey temporal. Cristiano ante todo, no podemos ser insensibles a ninguno de los sacrificios a que ha dado origen esta gran institución cristiana del poder temporal del Obis-

*El Papado bajo el punto de vista espiritual y temporal
juzgado por un publicista moderno,
protestante alemán.*

M. Wolfgang Menzel, al dar cuenta en su periódico literario de una obra de Mr. Dupanloup, se expresa así:

¡Cuántas tempestades ha sufrido el Papado! y sin embargo, aun ahora el Santo Padre reside en Roma, y residirá de nuevo si vuelve a ser atacado otra vez mas. El fogoso entusiasmo en favor de la unidad italiana no es en nuestros días, como en tiempo de Cola Rienzi, mas que un fuego de paja encendido en la superficie de la sociedad. Tal como se produce en este momento, está en oposicion con el carácter clerical y federalista, que es fundamental entre los italianos. Las potencias enemigas del Papado, por grande que sea por otra parte la fuerza de que dispongan en su agresion contra Roma, no son capaces de sujetarlo por mucho tiempo. El Papado es una potencia que dura desde hace mas de mil años y que ha sido frecuentemente atacada, frecuentemente conmovida, pero nunca abatida. La razon es porque ella corresponde a una gran idea histórica y a una necesidad inherente a la sociedad europea; necesidad que los agresores no conseguirán jamás hacer desaparecer. Una sociedad sin iglesia es un sueño irrealizable; pero una iglesia que reducida a no ser mas que un brazo de la administracion pública, se viese obligada a sufrir todas las vicisitudes de un estado secular y a aceptar la solidaridad de todas sus locuras y de todos sus crímenes, seria muy pronto odiosa a los pueblos.

«No existe, pues, mas que una sola relacion entre la Iglesia y el Estado, que sea conforme a la dignidad de Dios así como al orgullo de los pueblos, esta es la de la independencia recíproca de la Iglesia y el Estado, tal como existe desde hace tanto tiempo, así en hecho como en principio en la Iglesia latina de Occidente. Suponed que las potencias ca-

tólicas se reunieran para suprimir el Papado, los griegos y los protestantes serian dichosos con ser al fin libertados de la Sede de San Pedro, y los italianos celebrarían las orgías que hemos visto en Francia en 1793 y 1794. Mas seria necesario otra cosa para hacer desaparecer la inmensa necesidad que resentirian del Papado todos los pueblos católicos de los países occidentales. Muy al contrario las usurpaciones de los Estados de la Iglesia por una parte, y el impetu apasionado de los impíos, de los independientes, de los paganos y de los Judíos por la otra, contribuirían a hacer reconocer en poco tiempo el valor de la constitucion de la Iglesia romana. Por lo demas, la Iglesia tiene ménos que temer a los enemigos exteriores, que a la indolencia, a la ignorancia y a la corrupcion entre el clero, y para volverlos al entusiasmo, a la santidad, al martirio, sin los que la Iglesia no puede pasar, vienen los tiempos de persecucion. Estos tiempos son para ella los mas fructuosos.»

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

tía tan generalmente esparcida, de la union mas perfecta; en medio de la discordia que reina en la sociedad, del poder de la fuerza moral; cuando la fuerza material es siempre impotente, esta invitacion ha cumplido gloriosamente su noble objeto; y por el espectáculo inaudito que ella ofrece en este momento, Roma, la Ciudad Eterna, el faro de la verdad, el centro de la unidad, la Sede del Vicario de Jesucristo, da una prueba sin réplica.

«*La tumba de un pescador y la tumba de un artesano*, para emplear el lenguaje enérgico de San Juan Crisóstomo, han conmovido a la multitud; y la canonizacion de otros héroes que, en tiempos mas inmediatos a nosotros, han sellado con su sangre la verdad de la fe, ó se han mostrado como modelos de perfeccion, por la práctica fervorosa de todas las virtudes, hace ahora su triunfo mas esplendente y corona con una pompa digna de tan gran acontecimiento, diez y ocho siglos de gloria. Estas tumbas, rodeadas ahora de una nueva magnificencia, parecen repetir a los admiradores de las grandezas paganas, que quieren hacerlas revivir, las palabras que dirigia, al fin del siglo décimo, el sacerdote Cayo a Próculo, hereje montanista:

«Yo puedo mostrarte los trofeos de los Apóstoles. Si te agrada ir al Vaticano ó a la vía Ostia, a cualquiera parte que dirijas la vista, encontrarás los trofeos de aquellos que han fundado esta Iglesia.» Este triunfo de la fe, de la unidad, del poder inherente al principio de autoridad, es el que ha producido las maravillas de que hemos sido testigos. Otras dos veces, en circunstancias bien caras para un corazon religioso y piadoso, pudimos ver a las grandes reuniones del Episcopado católico, reunido en Roma para rodear al Pontífice reinante, en el momento que llenaba funciones augustas y para ayudarle en medio de las dificultades que tenia que vencer; pero la reunion a que nos ha sido dado asistir ahora, sobrepaja mucho a las que tuvieron lugar anteriormente.

El Oriente ha querido ser representado allí en toda la va-

riedad gerárquica de sus múltiples ritos. Nos ha enviado a los Griegos, a los Melchitas, a los Rumenos y lo Rutenos, los Sirios, los Caldeos, los Maronitas, los Armenios, los Coftas, para protestar su union en la fe y la disciplina con la Cátedra de Pedro.

El Occidente se ha conmovido; de la Francia *cristianísima*, de la España católica, de las diversas nacionalidades del Austria *apostólica* y del *fidelísimo* Portugal, han acudido multitud de obispos ilustres. Lo mismo ha sucedido con la Italia, la Alemania, la Bélgica, la Holanda, la Suiza, la Inglaterra, la Irlanda, la Escocia, y aun con las Américas y la Oceanía.

«El Brasil y los Estados ó confederaciones de la América Meridional, de la América Central, de la América del Norte, tienen en este momento en Roma sus pastores y doctores. No faltan allí ni aun aquellos que ejercen el ministerio apostólico entre los cristianos sometidos al yugo de los infieles, ó entre aquellos que están sumergidos en las tinieblas del error y en la sombra de la muerte. Los amigos del Indio, del Chino, del Mongol, del Tártaro; aquellos que llaman a la civilizacion las tribus errantes y que multiplican en las tierras desiertas los frutos de la Redencion engendrando hijos a Jesucristo, los vemos ahora reunidos sobre las siete colinas para hacer manifiesta la grandeza de la Iglesia y evidente su universalidad, que se extiende desde donde nace el sol hasta donde se pone. Parece que despues de diez y ocho siglos de trabajos y de luchas, el mundo católico ha sentido la necesidad de venir a Roma para refrescar la fuerza de su fe sobre el sepulcro del Príncipe de los Apóstoles y para ofrecer el homenaje de su veneracion a la persona de Pedro, que vive y reina en la persona de su sucesor, el glorioso Pio IX.

«No son solamente los obispos los que han venido a Roma a traer el tributo de una adhesion tan grande; a estos se han reunido millares de sacerdotes cuya vida está consagrada al noble y laborioso ministerio de las almas, y multitud de fie-

les de todo estado y condicion, de todas las naciones que están separadas las unas de las otras por mares y montañas, y que se distinguen en la unidad de su origen por la diversidad de tipos, de costumbres y de lenguaje. Comprendemos cuál es el sentimiento que conduce a Roma a estos innumerables peregrinos, cuando les hemos oído, luego que han llegado, entonar el himno de accion de gracias, y bendecir al Señor por haberlos hecho dignos de orar una vez sobre el sepulcro de su primer Vicario, y poder volverse fortificados con la bendicion de su sucesor.

«Se inquietan poco ó nada de la Roma de los tiempos antiguos; no tienen miradas sino para la Roma de Pedro. Todos visitan con veneracion los santuarios y las basílicas, y se creen contentos y felices con grabar en su corazon y en su espíritu todo lo que ven y oyen aquí, para guardar el recuerdo y hacer el relato a sus compatriotas, a la vuelta de su alegre peregrinacion. Sí, verdaderamente se han hablado las mas diversas lenguas en torno nuestro, y conmovidos hasta lo mas íntimo de nuestro corazon, oímos en todos los idiomas que *Nuestro Señor Jesucristo está en la gloria de su Padre.*

«En medio de las perversidades del tiempo presente, ¿quién no comprenderá cuán consolador es este espectáculo para nuestro Santo Padre? Tanto mas, que estos testimonios de afecto toman un carácter de ternura mas viva y una extension mas grande, por las protestas de amor, de respeto y de adhesion a sus derechos y a los derechos de la Cátedra apostólica, depositados al pié de su trono sublime, en el Vaticano, en discursos que cubren por centenares de miles las firmas autógrafas, y acompañados de donativos de dinero y otros objetos preciosos, para subvenir, con el Óbolo de San Pedro, a las necesidades del Soberano Pontífice. El Santo Padre ha manifestado solemnemente lo agradecido que estaba a todas estas señales de amor, en la Alocucion que dirigió a los obispos en el Consistorio del miércoles último.

«Que otros escriban las glorias con que pretenden que nuestro siglo de progreso material debe estar tan orgulloso;

en cuanto a nosotros, que amamos verdaderamente a nuestro siglo, y que no somos del número de aquellos que lo repudian con desden, estaremos mas orgullosos de la gloria que las generaciones futuras concederán a la nuestra, al haber celebrado, por un prodigio de unidad en la fe, la caridad y la veneracion por la autoridad suprema del Pontificado Romano, el décimooctavo centenario del martirio de los SANTOS PRÍNCIPES DE LOS APÓSTOLES PEDRO Y PABLO.»



SEGUNDA PARTE

FIESTA DEL DÉCIMOCTAVO ANIVERSARIO SECULAR DEL MARTIRIO DE SAN PEDRO EN ROMA, Y DE LA CANONIZACIÓN DE VEINTICINCO BIENAVENTURADOS.

Nadie ignora que el augusto Pio IX estaba hace algunos meses, a punto de tomar de nuevo el camino del destierro. Las tropas francesas abandonaban la capital del mundo cristiano y sus alrededores, y los revolucionarios, alentados por esta deserción, gritaban mas fuerte que nunca esta palabra de orden del filibustero Garibaldi: *Roma ó la muerte.* *

* Nunca Dios, al dejar obrar a los hombres, ha probado mejor, que si es indiferente a nuestra seguridad, no lo es a su venganza; cualquiera que sea el epílogo, la epopeya garibaldina toca visiblemente a su fin.

Ella acaba mal para el héroe. La camisa roja se deslustra del todo, y es una de las cosas atrozmente cómicas de nuestra época, este Aquiles inválido del talon, herido por los griegos, que va siempre gruñendo: *Roma ó la muerte!* Palabra imprudente; era necesario estar seguro de su hecho ántes de tomar semejante compromiso contra Dios. Dios ha respondido: Ni Roma, ni la muerte, ni la vida! Porque Garibaldi muere en efecto; pero no es muerte la suya. La fiebre, la supuración, el fin vulgar. No el fin militar. La muerte del campo de batalla está vedada al escamoteador de victorias, que no hace huir, sino desertar al enemigo, y que no ha tomado las ciudades sino con llaves falsas. Él desaparece en una farsa mal jugada.

«Roma ó la muerte! Falso juramento hecho en manos de un fal-

Sin embargo, el Papa, lleno de confianza en Dios que pone, cuando quiere, un freno al furor de las olas, y que sabe detener los mas negros complots de los malvados, escribia a todos los obispos del mundo para invitarlos a que viniesen a asistir a las magnificas solemnidades que debian celebrarse en Roma con motivo del aniversario décimoctavo del martirio de San Pedro, y de la canonizacion de varios siervos de Dios. *

so sacerdote, pero sobre el altar, en presencia del Dios verdadero. Ellos creían que Dios no estaba allí y que no oía, porque no hacia visibles á sus ojos las palabras que hicieron palidecer a Baltasar en el momento que violaba los vasos santos.

Ellos decían: ¿Qué es lo que está haciendo? Él no suele ir tan despacio! Gioberti, el mal sacerdote, ha sido encontrado muerto en su lecho; si ha querido reconciliarse, lo ignoramos. Cavour, el mentor, atacado de imbecilidad, ha recibido una absolucion que no sin fundamento podemos mirar como ilusoria. Caputo, el renegado, ha espirado lentamente, cerradas para él las puertas de la misericordia por los renegados de quienes él era modelo. Y tantos otros arrojados en las casas de locos, golpeados, envilecidos, odiados, ahogados! Ved aquí al valetudinario Garibaldi, murmurando palabras de delirio que no inspiran ménos compasion que horror. Él ve a los pueblos prosternados ante su gloria impía, pero al fin está sobre el camino, y todo el arte de las torturas no lo mantendrá en él por mucho tiempo. Pero ay! él sigue rehusando este último plazo de misericordia, y aun cuando su orgullo miserable no le impidiera aprovecharla, quedan muchos de los que impidieron la conversion de Caputo para cerrar las puertas a los mensajeros de Dios.

LUIS VEUILLOT.

* No será uno de los contrastes ménos extraños de nuestra época esta doble manifestacion, en Paris la del orgullo de la materia, en Roma las magnificencias del espíritu. Mientras se creía en una guerra inmediata, y mientras que los tímidos se preguntaban si serian posibles las fiestas de Roma, hé aquí que se ha concluido una tregua entre las dos potencias.

Los romanos ven en esto una señal de esta Providencia que dispone todos los acontecimientos para mayor gloria de la Iglesia. Juzgar las cosas bajo este punto de vista, es el mejor medio de no engañarse. Si Dios ha querido alejar una conflagracion europea para prolongar la paz de Roma, no permitirá, así lo esperamos,

Leemos en el *Journal de Roma* del 28 de Junio de 1867:

«Una encíclica dirigida el día de la fiesta de la Inmaculada Concepcion de la Madre de Dios, por el Eminentísimo Cardenal Prefecto de la Congregacion del Concilio, a los dignatarios que componen la gerarquía católica del universo, les hace conocer que seria agradable a Su Santidad que los Patriarcas, Arzobispos y Obispos, cuya ausencia no fuese perjudicial a los intereses de sus diocesanos, se reuniesen alrededor de su persona sagrada, en el curso del mes de Junio siguiente.

El motivo de esta invitacion era el acto solemne de la autoridad pontificia que debia elevar a ciertos bienaventurados al honor mas insigne a que pueden aspirar los mortales, y tambien la festividad del día consagrado a la memoria de los Santos Principes de los Apóstoles, día en que concurre este año el décimoctavo siglo trascurrido desde su glorioso martirio.

Apenas hace seis meses que esta invitacion ha comenzado a dar la vuelta al globo, y en este corto espacio de tiempo se han consumado graves acontecimientos en los dos hemisferios. La esperanza y el temor que sucesivamente han excitado ó abatido los espíritus; las cuestiones delicadas que amenazan levantar luchas ardientes; la situacion deplorable de la sociedad, llena de angustias en la incertidumbre en que está de sus propios destinos, descarriada por el olvido de los principios del derecho y de la justicia; todo contribuye a inspirar a los unos el temor, a los otros la esperanza de ver puesta a un lado y sin efecto, á esta invitacion del Gefe de la Iglesia. Pero salida del Vaticano para producir una manifestacion de la fe la mas viva, en medio de la apa-

que esta paz sea turbada por Garibaldi. Él hará abortar los tenebrosos manejos de los sectarios italianos.

Roma no es el lugar que les conviene. Para convencernos de esto, no hay mas que echar una mirada sobre la Italia que llenan con sus crímenes. Así esperamos que a despecho de todos sus esfuerzos, la revolucion se detendrá vencida a las puertas de Roma,



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

CAPITULO PRIMERO.

CIRCULARES DE LOS OBISPOS SOBRE LAS FIESTAS DE ROMA.

LA PALABRA DE LOS OBISPOS.

Un gran número de Obispos han dirigido a sus fieles instrucciones pastorales con motivo de las grandes solemnidades que deben celebrarse en el mes de Junio en la Ciudad Eterna.

—Mr. el obispo de Autun anuncia su partida para Roma en una bella circular. El venerable prelado ha encontrado acentos conmovidos para exaltar el martirio de los apóstoles Pedro y Pablo, cuyo décimoctavo centenario va a celebrar Roma con esplendor. El mundo entero debe tomar parte en estas fiestas a las que el Soberano Pontífice ha invitado a los obispos de todo el orbe. Este acontecimiento será uno de los mas sublimes de nuestro siglo. Él hará brillar «la verdad de las promesas de Jesucristo a su Iglesia con una nueva evidencia» a los ojos de los fieles consolados y fortalecidos. El Santo Padre, dice la Circular, « navega en este momento sobre un mar agitado por la tempestad, y por tanto nos invita a tomar lugar a su lado. No seamos, pues, de *los hombres de poca fe*, y pongamos nuestra esperanza en Aquel que *con una palabra calma las tempestades.*»

Después de haber glorificado la piadosa memoria de los santos que deben ser canonizados, Mr. de Marguerie añade: «¡Oh! nosotros lo esperamos con toda la confianza de nuestro corazón, como el Santo Pontífice que va a coronar de gloria y honor aquí abajo a todos estos héroes de la fe y de la

tenario de 1967. Aun cuando de aquí a esta época, pasasen muchas tempestades sobre el Vaticano, la fiesta no sería transferida por los acontecimientos al siglo siguiente. Un día Silvio Pellico, viendo al sol que se ocultaba tras la cúpula de San Pedro, exclamo: *Dios mio, os doy las gracias porque habeis colocado bajo mi vista la mas bella obra de vuestras manos y la obra maestra de las manos del hombre.* Si bien fué bella la oracion de Pellico, no expresaba una rigurosa verdad. La mas bella obra de las manos de Dios, no es el sol que tiene manchas; es la Iglesia que no las tiene, y la obra maestra a que el hombre ha concurrido, no es la cúpula de San Pedro, que es perecedera, es el Papado que la ha construido y que le sobrevivirá.»

—¡Qué mas tierno que el pasaje siguiente que tomamos de la bella *Carta pastoral* de Mr. de Ródaz, que no ha cesado, de concierto con sus sacerdotes y sus fieles diocesanos, de dar a Pio IX los testimonios mas admirables de una adhesion a toda prueba.

«Nosotros tendremos el consuelo de responder al llamamiento del Santo Padre, de llevar al pié del trono pontificio los homenajes y los votos del clero y del pueblo de nuestra diócesis; de tomar parte en estas fiestas magnificas cuyo brillo será como un rayo de los esplendores del cielo, de visitar los sepulcros de los Santos Apóstoles y los santuarios ilustres por la vida, los sufrimientos y la sangre de los mártires y de tantos otros personajes que la Iglesia ha colocado sobre sus altares. Miéntras que Paris representará las maravillas de la industria humana, y celebrará, por decirlo así, el Jubileo de la materia glorificada por la inteligencia de los trabajadores; Roma celebrará la grandeza moral de la humanidad bajo el imperio de Cristo, las maravillas de la virtud en los héroes cristianos, y este será el incomparable Jubileo de las almas que han glorificado, civilizado y santificado al mundo desde hace diez y ocho siglos. ¡Qué gozo para nosotros ir a confundirnos y a perdernos felizmente en esta

gran asamblea, compuesta de todos los gefes de la Iglesia militante, cantar con ellos el inmortal Credo, que es la señal de reunion de todos los hijos de Dios y el faro indestructible de la humanidad sobre el borrascoso mar de este mundo! ¡Qué felicidad el contemplar las facciones graciosas, y oír la voz angélica de nuestro muy querido Padre, tan digno de representar al mas bello y al mas amable de los hijos de los hombres, Nuestro Señor Jesucristo! ¡Qué consuelo el traer a nuestros queridos diocesanos la seguridad de su ternura y sus bendiciones abundantes, en cambio de su amor y de sus generosas ofrendas que nosotros esperamos depositar a sus piés!

«Nosotros abandonamos rara vez nuestra diócesis, porque le pertenecemos más a ella que ella a nosotros, y nosotros comprendemos con dificultad cómo la Iglesia se haya visto precisada a dar la ley canónica de la residencia pastoral. Pero por un viaje semejante, vosotros mismos, nuestros queridos cooperadores, y vosotros todos, fieles de nuestra gran familia, seriais los primeros en excitarnos a ello, si experimentásemos alguna vacilacion para emprenderlo. Sí, vosotros estaréis felices y orgullosos con ser representados por vuestro obispo, como él mismo será feliz y orgulloso con representaros, a pesar de su indignidad.»

—Es fácil reconocer la enérgica elocuencia del animoso obispo de Nimes en el pasaje que sigue:

«En el seno de la Ciudad Eterna reside una dinastía que los siglos hacen envejecer en una imperecedera juventud. Ninguna otra iguala la majestad de su edad, ella va a celebrar y el mundo va a celebrar con ella el aniversario diez y ocho veces secular de su inauguracion; ninguna raza real tiene este honor. Ninguna tambien, aun a la hora en que estamos, por nueva y vigorosa que sea, manifiesta tanta fuerza como esta vieja soberanía del Vaticano. Pedro la ha fundado por el martirio. Jesus habia dicho que atraeria *todo* a él; sí, *todo* sin excepcion, como sin fin, por la Cruz del Cal-

vario. Pedro ha dicho a su vez, que él reinaria eternamente por la cruz del Janículo. El Maestro ha tenido palabra, la historia se ha encargado igualmente de confirmar la prediccion del discípulo. Muy pronto trescientos obispos habrán ocupado el trono del barquero de Tiberiades. En esta larga cadena, un gran número han perecido en los suplicios, como Aquel de quien son sucesores; otros, y quizá en mas número, han sido proscritos de Roma y condenados a arrastrar de destierro en destierro su ancianidad y su autoridad; casi todos han sido insultados, humillados, calumniados por los políticos ó *libre-pensadores* de todos los tiempos. Y para defenderse contra tantas violencias y odios, no han tenido jamás sino la debilidad mas desarmada y la clemencia mas inagotable. En el curso natural de las cosas este gran reinado no debia vivir un solo dia, tan léjos estaba de tener recursos suficientes y savia para durar diez y ocho siglos.

«¿Lo veis sin embargo? Su juventud, renovada como la del águila, contrasta con todas estas caducidades sobre las que gime actualmente el mundo. Pio IX es el ducentésimo-quincuagésimo-octavo sucesor de Pedro; muy pronto contará ochenta años de edad. Las vejaciones de la revolucion, las innobles mentiras de los folletos y de los diarios del *libre-pensamiento*, la perfidia de las notas diplomáticas y de las arengas parlamentarias, las violencias de la espada, unidas a las de la palabra y de la pluma, lo han hecho el mas pobre y el mas ultrajado de los soberanos. Esperad sin embargo algunos dias, y cerca de este anciano amargado con hiel y vinagre por tantas manos parricidas, cuatrocientos ó quinientos prelados estarán reunidos en una solemnidad triunfal. Ellos representarán al Asia, al Africa, a la Europa, a las dos Américas y a la Oceanía; habrán venido de todas las civilizaciones, hablarán todas las lenguas, y su presencia sola atestiguará ya que la potencia de Pio IX no está gastada por los diez y ocho siglos que él resume en sí mismo, puesto que un solo deseo de su corazon, una sola palabra de su boca habrá hecho acudir a estos obispos de las extremida-

des aun mas remotas del mundo. Ellos entonarán en seguida con una voz unánime un *Te-Deum*, al cual responderá el universo. Por este canto solemne, bendecirán al Señor a nombre de todos los pueblos, por haber mantenido sin arruga y sin decadencia hasta nuestros dias, este papado, cuyo trono se edificara sobre el sepulcro del Pescador galileo. Y cuando ellos añadan con entusiasmo esta palabra del Maestro: *Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella*, ¿creeis que el temor de desmentir este oráculo haga temblar la gran cúpula de San Pedro, alrededor de la cual fué grabada por la mano de Miguel Angel? ¿A los gritos de esperanza que golpearán sus murallas en este glorioso aniversario contestará ella por ecos de crugidos y amenazas de ruina? ¿No es evidente, por el contrario, que esta fiesta incomparable será ménos la del pasado que la del porvenir? y que el Papado, teniendo por eterno sostén las promesas de Jesucristo, saldrá aún de la manifestacion que se prepara, refrescado por largos siglos, y bastante rejuvenecido para asistir a la sucesion de otras tantas dinastías, gobiernos y civilizaciones que ha visto nacer y caer bajo sus bendiciones ó sus anatemas, desde la crucifixion de Pedro sobre la cima del Janículo.»

*Invitacion sagrada á los Romanos con ocasion
de las fiestas del 29 de Junio.*

Jamás la solemnidad de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo ha aparecido tan gloriosa y tan digna de la atencion de Roma y del mundo como la que será festejada dentro de algunos dias, segun lo decretado por el Soberano Pontífice. Ninguno puede ignorar ahora, y vosotros ¡oh Romanos! ménos que cualesquiera otros, que al anual recuerdo de su glorioso triunfo, nosotros añadiremos, este año por la primera vez, la celebracion centenar del ilustre mártirio que ellos su-

santidad cristiana: *las intercesiones múltiples de tantos escogidos ya coronados en los cielos, unidas a las de los santos Apóstoles, obtendrán de la bondad del Señor los socorros mas abundantes en favor de su Iglesia, en medio de las angustias que la asedian y de las calamidades sin cesar renacientes que la rodean.*»

Mr. el obispo de Laval, dice la *Chronique de l'Ouest*, anuncia en los términos siguientes su próxima partida para Roma:

«Nuestro corazón y nuestros ojos, como los vuestros, como los de todo verdadero católico, están habitualmente dirigidos a Roma. Los míos van a trasportarse allá bien pronto. Vosotros lo habeis pensado bien, sin duda, mis queridos cooperadores, y vuestros más dignos parroquianos, habrán pensado, como vosotros, que su primer pastor y el vuestro, no dejarán de ir a Roma al llamamiento del Vicario de Jesucristo, para la gran solemnidad, diez y ocho veces secular, de la gloriosa muerte del jefe de los Apóstoles, San Pedro.

«¡El Señor se digne permitir que ningun acontecimiento importuno venga a poner obstáculo a esta santa peregrinación; y puedan los obispos del mundo entero encontrarse en estado de asistir a esta gran cita, la mas bella, la mas imponente tal vez que haya alumbrado el cielo en el trascurso de los siglos! Figuraos, muy amados hermanos, al gran Pontífice, en medio, y a la cabeza de todos sus hermanos, los Cardenales, los Patriarcas, los Arzobispos y Obispos de toda la cristiandad, precedido de todos sus hijos los preladados de todo orden y de todo rango, y los sacerdotes de toda denominación, llevando en su corazón los votos y las esperanzas de todos los cristianos cuyo Padre es, como él lleva en su palabra, perpétuamente sostenida y dirigida de lo alto, la infalible verdad que Dios le dió, en la persona de Pedro, el imperecedero depósito, con el cargo de enseñarla y defenderla: ved a este gran Pontífice, a este 259.º sucesor de aquel a quien Jesucristo confiara las llaves del reino de los cielos y el cuidado supremo de toda la Iglesia de la tierra;

vedlo de pié sobre el sepulcro donde reposan en paz, desde hace diez y ocho siglos, los restos de la santa víctima de Neron, que murió sobre la cruz como su Divino Maestro; pero con la cabeza abajo como para mirar al cielo adonde iba y donde debian seguirle todos los hijos fieles de la Iglesia.

«Allá es tambien, allá en el cielo donde se fija en todo tiempo y se fijará más particularmente, el 29 de Junio, la mirada profunda del augusto Pio IX; allí está su recurso, allí su apoyo, allí su fuerza y su seguridad, para el presente y para el porvenir, para el tiempo y para la eternidad. Él puede desde allí mirar con calma alrededor de sí y mas lejos, mirar la débil barca del antiguo pescador de Génésareth, agitada por las furiosas olas que tratan de absorberla. Allí está siempre esta humilde barca que nada sumerge, que nada destruye....»

—Se leerá con ternura el extracto siguiente de la *Carta pastoral* del venerable obispo de Angers:

«Yo seré dichoso, diria quizá orgulloso, si este término no fuese demasiado mundano, con depositar en las manos sagradas de Pio IX la ofrenda de la piedad filial de mis queridos diocesanos. Yo no puedo agradecerles bastante su generosidad. Dignaos ser cerca de ellos mis intérpretes. El rico ha ofrecido su oro; el pobre su óbolo; vuestras *Conferencias*, señores, para sostener el trono pontificio amenazado, han contribuido a aumentar el número de sus defensores; las comunidades me han remitido sus ofrendas; los alumnos de nuestros seminarios, de nuestros colegios, de nuestros pensionados, han rivalizado en celo y amor; los hijos de los obreros, los encarcelados mismos han quitado algun tiempo de su reposo y de sus recreaciones, a fin de ofrecer al Santo Padre el fruto de sus trabajos, y la generosidad ingeniosa ha sabido ocultarse bajo deliciosos emblemas que yo mismo presentaré a los ojos admirados de Nuestro Muy Querido Padre. ¡Ojalá este tributo ofrecido por el

corazon de sus hijos y presentado por aquel que en su benevolencia llama familiarmente *el viejo*, pueda lisonjear su ternura y endulzar un momento sus dolores! En seguida, yo volveré, así lo espero, cargado de bendiciones de Su Santidad, de su paternidad; y despues de haber tomado nuevas fuerzas en la fuente de las gracias, yo descansaré, yo me fijaré en medio de vosotros para no abandonaros más y para emplear en bien de esta diócesis los restos de una vida que yo le he consagrado.»

—Hé aquí un pasaje muy notable de una bella circular del arzobispo de Tolosa:

«Bendigamos una vez más la providencial economía que deja a la disposicion del sucesor de Pedro un rincon de la tierra inviolable para realizar tales manifestaciones. Ah! hay algunos que tienen necesidad, para consentir, de ver las decisiones de la Sede apostólica ratificadas por estas asambleas imponentes. ¡Y son sin embargo enemigos del principado temporal! Pero un Papa ¿podrá convocar, interrogar y presidir libremente tales reuniones en otra parte que no sea la suya? En las posesiones de otros, no tendria ni el derecho de hacer invitaciones, ni el de derogar a las costumbres, ni el de hablar con autoridad.

«Convengamos en seguida, nuestros muy queridos hermanos, que estas fiestas manifiestan tal vez mejor la extension de la Iglesia, considerada en su duracion. ¿Dónde están las instituciones a las que el tiempo permita celebrar el décimooctavo aniversario secular de su fundacion? Cuando Jesucristo decia a sus Apóstoles: *Yo estaré con vosotros hasta la consumacion de los siglos*, los siglos no le habian dado razon; pero hoy este porvenir, que era la prueba de nuestros padres, se ha convertido en nuestra prueba. Las negaciones no ocupan jamás sino un punto en el espacio ó en el tiempo; tienen siempre contra sí dos presunciones: el haber comenzado demasiado tarde y acabado demasiado temprano. Solo la Iglesia convida a los pueblos al próximo Centenari

de la muerte de San Pedro, sin temor de faltar a la cita, y nunca faltará a ella.

«El 29 de Junio hará diez y ocho siglos que el Principe de los Apóstoles subia valientemente la colina del Janículo: llegado al lugar de su martirio y al punto de ser crucificado, pidió que lo fuese con la cabeza hácia abajo, no juzgándose digno de llevar el suplicio de Aquel que le habia dado su autoridad sobre la tierra. Por una tierna emulacion de humildad, jamás ningun Papa ha osado llevar el nombre de aquel que no osó aceptar el honor de la misma crucifixion que Jesus; pero si Pedro II no ha aparecido en la historia de la Iglesia, es porque Pedro I no ha desaparecido jamás; porque él es inmortal en sus sucesores, y esta inmortalidad es la que la Esposa de Jesucristo nos invita a solemnizar muy pronto, en medio de sus incesantes dolores.

«Algunos cristianos pusilánimes han juzgado sus dolores mas fuertes que su inmortalidad; ellos acuden a Roma como para recibir la bendicion del último Papa; a lo ménos miran el próximo aniversario como el último que celebraremos. ¡Hombres de poca fe! ¡Cómo podeis dudar a este punto de la palabra de Jesucristo y del porvenir! Hace cien años nuestros padres hubieran podido desafiarnos, con mas probabilidades, de ver el espectáculo al que nosotros vamos a asistir. Entónces la conjuracion anti-cristiana se extendia de Moscow a Cádiz, y contaba en el número de sus instrumentos la mayor parte de los ministros y de los reyes. ¿Pero qué se han hecho los blasfemadores de esa época? La sociedad que los engendró se ha desplomado, y la religion que ellos insultaban se ha reinstalado sobre sus ruinas. Los perseguidores de la Iglesia pasan; los Papas, por el contrario, no se van sino para volver. Hay algunos que los desprecian gloriándose de ser de este tiempo; los Papas, que son de todos los tiempos, no tienen ningun trabajo en responder por la compasion a estas jactancias de un dia.

«Así, pues, sin presuncion y sin temor, el sucesor de San Pedro puede convocar a los católicos a Roma para el Cen-

frieron hace diez y ocho siglos, sellando con su sangre la verdad evangélica. Porque la fe fué predicada y establecida aquí en Roma, por los príncipes de los Apóstoles, esta ciudad ha sido siempre fecunda en héroes, que constantemente, y a cual mejor han marchado generosamente sobre sus huellas. «Unde (como lo ha hecho notar San Leon) *duo ista præclara «divini seminis germina in quantam sobolem pullularint beatorum millia martyrum protestantur, quæ apostolicorum «æmula triumphorum, Urbem nostram purpuratis et longe lateque rutilantibus populis ambierunt, et quasi ex multarum «honore gemmarum conserto uno diademate coronarunt.»* (San Leon, *serm. LXXXII, in Nat. App. VI*). La fiesta incomparable de este aniversario secular será, pues, distinta de la de la canonización de un gran número de bienaventurados que adquirieron los unos la palma de los mártires, los otros la auréola de los confesores.

¡Reflexionad en lo que constituye la gloria del cristianismo, la gloria también de esta Roma apostólica! ¡Cuántos siglos han pasado desde que Pedro y Pablo murieron y cayeron invictos bajo la inicua sentencia del más cruel de los tiranos, y cuántos acontecimientos han cambiado y trastornado la faz del mundo! Los perseguidores más sanguinarios del nombre cristiano se encendieron, rivalizaron á competencia en crueldad, y con execración de todos, desaparecieron de la superficie del mundo. El imperio pagano de la misma Roma cayó estrellado bajo el peso de sus grandezas y de sus crímenes. Las invasiones de los bárbaros vinieron y rehicieron, con elementos nuevos, los pueblos y las naciones de la antigüedad. Leyes, ciencias, costumbres, lenguas, todas las cosas en una palabra, ó tomaron un aspecto nuevo, ó bien desaparecieron para siempre.

Y a pesar de esta mudanza general, la Cátedra sola de Pedro, desafiando siempre a las puertas del infierno, no ha sido jamás trastornada; en medio de todas las transformaciones a las que ha sido sometida la sociedad universal, esta institución única (lo que prueba su origen divino) está aún de

pié y se perpetuará siempre intacta é inalterable en su doctrina y en su poder moral; tan cierto es que la fe de Roma cristiana atraviesa los siglos, cierta de contarlos todos hasta su consumación. ¿Quién de los soberbios filósofos ó de los orgullosos potentados del paganismo hubiera podido jamás imaginar, hace diez y ocho siglos, que, para operar semejante prodigio, bastaría la llegada de un pobre pescador de Galilea y de otro Judío, su émulo en el apostolado, y después su compañero en el martirio? ¿Cuál es aquel que, a la vista de la cruz, que fué el patrimonio de Pedro, y de la espada que cortó la cabeza de Pablo, no hubiera pensado que con el último soplo de su vida se hubiera perdido el eco último de su comun predicación? Pues bien, lo que hubiera parecido imposible al error y al orgullo del hombre, Dios lo ha hecho, y diez y ocho siglos dan testimonio de ello por un hecho continuo y único en la historia de las generaciones humanas.

Y hoy que la impiedad de estos últimos tiempos, que esta completa incredulidad que no cuenta cien años desde su origen y, en la prosecución de sus atentados, cree poder, ella, poner fin a este hecho eminentemente divino, porque ella se ha hecho la heredera de todas las cóleras del paganismo y del odio de todos aquellos que se transmiten de edad en edad la misión de ultrajar la vida, la firmeza y los progresos de la palabra de Pedro y de Pablo, importa revivir más que nunca las convicciones y la vivacidad de nuestra fe; así esta fiesta secular que es como la compensación de las rudas batallas que ha tenido que sostener en nuestros días la religión, volverá más solemne la certidumbre que tenemos de la indefectibilidad de la Iglesia, de la grandeza también de esta Roma, que, por la Sede Apostólica, es el centro de unidad de toda la Iglesia, al mismo tiempo que ella es el punto más brillante.

Reservándonos el anunciar por otros *Inviti*, las funciones sagradas que tendrán lugar, en esta dichosa circunstancia, en la basílica Vaticana, el día de la fiesta, y en la basílica

«A pesar de este concurso enorme de extranjeros, que llenaba nuestras calles y daba a nuestra ciudad un aspecto extraordinario de vida, no cesó de reinar el orden mas perfecto, el gozo estaba en todos los semblantes, y la alegría en todos los corazones.

«No hay tren de camino de fierro que no lleve a Roma mas de doscientos sacerdotes, en medio de los cuales se encuentran siempre diez ó doce obispos. Desde que estos obispos y estos sacerdotes, a algunas millas de Roma, descubren la cúpula, entonan el *Magnificat* ó el *Te-Deum*. En Civita-Vecchia se les ve, que al salir de la góndola, se postran y besan el suelo sagrado de la Iglesia, este suelo conquistado hace diez y ocho siglos por la sangre de los mártires, defendido hace tan poco tiempo por la sangre de Castelfidardo, y destinado sin duda alguna a ser frecuentemente

No es posible se verifiquen semejantes hechos, sin ser seguidos de los mas grandes resultados. El mundo no podrá permanecer insensible ante semejantes espectáculos. Ya los periódicos revolucionarios de Italia se han puesto en movimiento. Los unos dicen que lo que pasa en Roma y en Florencia ofrece un contraste de los mas patentes; que, por un lado, se ve una institucion decrepita y un anciano próximo a descender a la tumba, remover al mundo con una palabra, y producir actos de una fuerza, de una union, de una energía, de un poder que revelan una vida extraordinaria; miéntras que la Italia nacida de ayer, y llena de savia y de juventud, no presenta a las miradas contristadas, sino division profunda, ruina y miseria; los otros declaran que lo que acaba de pasar en Roma ha retardado por «cien años» la solución de la Cuestion Romana.

Sí, podemos decir, *los quinientos doce* cardenales y obispos, *los veinte mil* sacerdotes y *los cien mil* católicos venidos de todas las partes del mundo, forman la mas magnífica reunion que los anales de la Iglesia hayan todavía registrado, han afirmado, por la mas imponente de las manifestaciones, la necesidad del poder temporal del Papado, y han tomado posesion de Roma a nombre del catolicismo todo entero. En lo sucesivo, Roma no pertenece mas a los Romanos, sino a los católicos de todos los países y de todas las naciones. A ellos es á quienes importa, en lo de adelante, socorrer y defender con sus oraciones, con su bolsa y sus brazos una institucion indispensable para todos, para la Iglesia y para la sociedad.»

todavía y hasta la consumacion de los siglos regado con la sangre de los verdaderos cristianos.

«En el paradero central, los peregrinos encuentran a su llegada a numerosos amigos y una multitud de pueblo. De ambas partes se saludan con aclamaciones a Pio IX. La atmósfera de Roma está como perfumada de santo entusiasmo, y el Romano está orgulloso con recibir tales huéspedes.»

Y ahora, si se quiere saber cuál es el verdadero espíritu de la Italia, que se comparen con estas magnificas fiestas, sin precedente en la historia de la Iglesia, el miserable resultado obtenido por el gefe de los filibusteros piemonteses.

Escriben de Roma a la *Gazette de France*:

«Vos conoceis el proyecto que ha tenido Garibaldi de oponer una reunion masónica a la reunion de los obispos. Los diarios de Nápoles nos refieren el miserable éxito de esta tentativa: *poco más de treinta masones han sido exactos a la cita*; ellos riñeron a propósito de la iluminacion de su sala, que era de aceite de petróleo y que querian aceite de olivo; despues se injuriaron, han declarado que su presidente, M. de Luca, merecia ser quemado vivo, y se han separado despues de haber demostrado la imposibilidad de un avenimiento. Hé aquí lo que los fanáticos han opuesto a las Fiestas del Centenario.»

de San Pablo, extramuros, el día siguiente nosotros mandamos, esperando despues las órdenes de Su Santidad, el ejercicio de la novena ordinaria de los Santos Apóstoles en todas las iglesias de esta augusta ciudad, lleno de confianza que en todas partes, en vista del aniversario Centenar, se apresuran a celebrar esta novena con el mayor brillo y devoción posibles.

(Siguen algunas disposiciones relativas á la novena.)

Deseamos que al medio día, la víspera de la fiesta, todas las campanas de las iglesias repiquen a todo vuelo durante una hora, a fin de invitar a los fieles a tomar parte en la santa alegría de las glorias apostólicas.

Recomendamos tambien en el Señor la observancia ya prescrita del ayuno y de la abstinencia durante la vigilia. Todo sazon con manteca está prohibido.

Pero nos congratulamos al anunciaros al mismo tiempo la benévola dispensa concedida por el Santo Padre, para el día de los Santos Apóstoles y de la canonizacion, que cae este año en sábado. Será permitido, por esta vez solamente, comer de carne en regocijo de la solemnidad secular.

Todos los homenajes que vamos a tributar a los Príncipes de los Apóstoles, se los debemos, ¡oh romanos! por muchos motivos; entre otros, por el reconocimiento de los favores que nos han concedido, favores tan numerosos como los siglos y los acontecimientos que han manifestado la providencia de Dios sobre Roma, y por la necesidad extrema que tenemos de su proteccion apostólica contra las amenazas y los lazos sin número de sus enemigos que son tambien los nuestros. Permitan, así, los dos Santos Apóstoles que los fieles sean consolados en su piedad y los impíos profundamente tocados en su impiedad a la vista del gran espectáculo que ofrecerá, en esta ocasión, Roma y el Pontificado romano; espectáculo imponente en el que el episcopado católico y los fieles de todos los puntos del mundo católico, acudirán, llenos de fe y de respeto, a los sepulcros de Pedro y de Pablo.

Esto nos hace recordar y nos hace ver cumplir a nuestra vista, estas sublimes palabras del *Crisóstomo*, que, ya en su tiempo, exaltaba a Roma y envidiaba las glorias que no han sido desmentidas ciertamente por los siglos que han seguido: ¡Oh dichosa metrópoli! ¡Hé aquí el mas bello título de su grandeza! . . . Hé aquí los derechos gloriosos que la hacen, mas que a ninguna otra, venerable y augusta. Los sepulcros de sus *Apóstoles* son para ella lo que son los ojos para un cuerpo robusto y lleno de salud. La vasta extension de los cielos no brilla, cuando el sol los inunda con sus torrentes de luz, como resplandecen los rayos que se despiden de estos monumentos sagrados, y van a iluminar al mundo todo entero. Desde aquí Pablo, desde aquí Pedro, tomaron su vuelo para subir al reino de los cielos. . . Contemplad, ¡oh hermanos muy queridos! continúa el elocuente doctor: contemplad, con una religiosa veneracion, la magnífica escena de que Roma será el teatro el día de la universal resurreccion! ¡Qué magnífico don ofrecerá entónces la Ciudad de Roma al soberano dominador que es Dios! ¡Qué rica guirnalda depositará ella a sus piés! Pero, desde hoy, que espléndida diadema corona a esta ciudad! ¡qué fuentes abundantes de vida brotan de su seno! ¡No es, pues, el lujo de su opulencia, concluye el gran orador, ni las columnas sin número de que está adornada, ni el fasto de sus monumentos lo que reclaman nuestros homenajes; yo los reservo para dos cuerpos que forman el ornamento de Roma y el apoyo de la Iglesia toda entera! ¡Ojalá me fuera dado poder ir allí y poder confundirme yo mismo con estos restos preciosos! *Propterea diligo Romam; propterea Urbem admiror!* (*Hom. AXXII in Rom.*)

Comprended bien, ¡oh romanos! vuestras grandezas religiosas, y permaneced dignos de poseerlas siempre!

14 de Junio.

Firmado Patrizzi; vicario de Su Santidad.

Concurso admirable de peregrinos de todas las naciones.

Los fieles han querido seguir a sus pastores. Así el 28 de Junio se escribía de Roma a *l'Union*:

«La afluencia de extranjeros es enorme y excede a todas las previsiones. Se cuentan mas de quinientos cardenales ú obispos, cerca de diez y ocho mil sacerdotes (mañana habrá veinte mil), y mas de cien mil personas de todo rango y de toda condicion. Este es un espectáculo admirable y gloriosísimo para la Iglesia católica. ¡A Roma! gritaban hace algun tiempo Garibaldi y sus camisas rojas, en su odio contra el Papado; ¡a Roma, a Roma! han contestado los católicos, y ellos han venido en un número extraordinario para admirar, venerar, exaltar todo lo que los primeros venian a trastornar y a destruir. La Revolucion, que desborda a todo, se encuentra desbordada por la ola católica que viene a refrescarse a su fuente, y a tomar fuerzas nuevas y una superabundancia de fe y de vida cuyos efectos se harán seguramente sentir en todo el mundo cristiano.*

«Y sin embargo, qué no se ha hecho para impedir y poner trabas a este bello movimiento religioso.† Las calum-

* El gobierno Pontificio ha tomado algunas medidas a fin de favorecer el arribo de los extranjeros y evitarles las molestias de una mudanza larga y fatigosa; a su llegada al paradero, por ejemplo, encuentran suma facilidad para la introduccion de sus equipajes.

El mismo Papa ha querido dar sus órdenes sobre el particular. Se refiere que el Santo Padre, haciendo conocer sus intenciones al baron comendador Constantino Baldini, ministro de comercio y de obras públicas, le recomendó que se mostrase una extrema facilidad para la introduccion a Roma de todo hombre ó de toda cosa. «Solamente hay dos, repuso él sonriéndose, que os prohibo formalmente que dejéis penetrar: el cólera y las camisas rojas.»

† Se lee en la *Correspondance de Roma*:

«Dos obispos polacos han sido insultados en Venecia. La revolucion no respeta ni aun a los mártires; y esto se concibe, ella

nias, los rumores mas siniestros se han puesto en circulacion; se ha tratado de especular con el pavor, se ha empleado la fuerza, los falsos telégramas, las malas voluntades de toda suerte, de las que os hablaré un poco mas tarde, y a pesar de todos estos medios desleales, no han desviado á un solo católico de su piadosa peregrinacion. Aun más: las poblaciones italianas, admiradas, sorprendidas con un concurso semejante, de los millares de extranjeros que atravesaban todos los dias las calles de sus ciudades para ir a Roma, han despertado de su sopor, y tambien han querido venir a festejar el aniversario secular del martirio de San Pedro. Más de ocho mil de sus sacerdotes y de sus religiosos están en Roma, y cerca de cuarenta mil personas de todo rango, que pertenecen a la Toscana, a las Marcas, a las provincias de Nápoles, han querido depositar sus homenajes, sus oraciones y sus votos al pié del sepulcro del Príncipe de los Apóstoles.

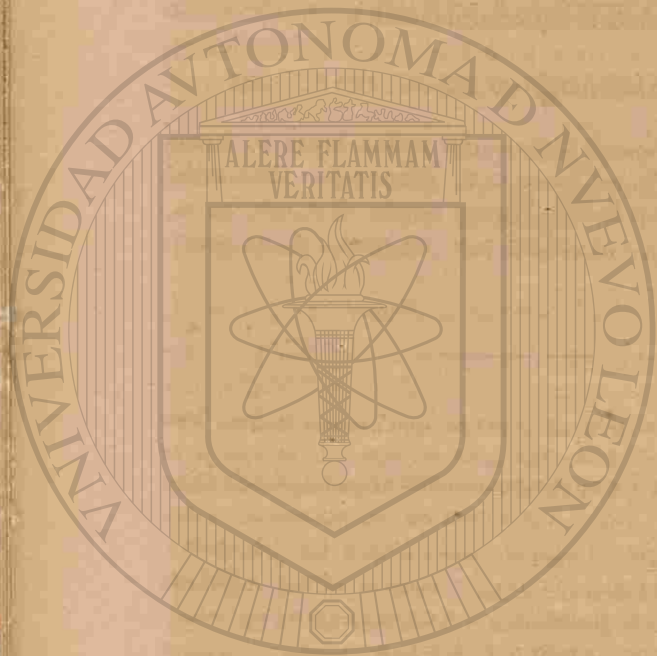
«Semejante movimiento es un hecho muy notable y muy consolador.*

hace a los mártires. Por lo demas, en todas las ciudades de Italia, los obispos y los sacerdotes que venian a Roma han tenido que sufrir los ultrajes de algunos garibaldinos, las mofas de algunos empleados, el menosprecio mal disimulado de las autoridades superiores. Pero en todas partes, un hecho muy consolador, un hecho cuyas consecuencias serán inmensas, al que han dado lugar estas infamias parciales, es la actitud de las poblaciones. «Se hubiera dicho, estas son las palabras de un prelado, que el corazon así como la mirada de los buenos italianos se unian a nosotros; que este corazon nos seguia a Roma y que esta mirada nos suplicaba que los arrodillásemos a los piés del Vicario de Jesucristo, cerca de este rey, de este Pontífice santo que el gobierno insulta, despoja, oprime y persigue en los sacerdotes, en los religiosos, en los habitantes de la provincia pontificia y en ellos mismos.»

*

«Roma, 5 de Julio de 1867

«Importa insistir sobre el magnífico movimiento católico que acaba de tener lugar con ocasion de la fiesta secular del martirio de San Pedro y cuyas consecuencias serán seguramente inmensas.



CAPITULO SEGUNDO.

FIESTAS PARTICULARES ANTES DEL CENTENARIO.

Numerosas y tiernas fiestas han tenido lugar en Roma ántes de la celebracion solemne del décimooctavo Centenario del martirio de San Pedro. Vamos a referir las principales, que se verificaron admirablemente en medio de un órden perfecto.

Aniversario de la eleccion y de la coronacion de Pio IX.

El 17 de Junio, dia-aniversario de la eleccion al soberano pontificado de Pio IX, el cardenal Patrizzi, subdean del Sacro Colegio, ha presentado al Santo Padre las felicitaciones de estilo. Hé aquí, segun el excelente diario de Milan, *Osservatore cattolico*, el análisis, tan exacto como es posible, de la alocucion pronunciada por el Papa:

«Yo agradezco al Sacro Colegio y estoy vivamente reconocido por los sentimientos de afeccion que me expresais en su nombre. En verdad, si se mira con un ojo humano las condiciones sociales presentes, es justo experimentar temor y dolor. Una gran parte de la sociedad actual se deja arrastrar por las falsas ideas, y entre otras, por las de progreso y de *unidad*; progreso sin verdad, progreso estéril é infecundo para los bienes mas necesarios a la humanidad; *unidad* sin caridad y sin justicia, fundada sobre el egoismo que divide y no sobre el amor que une. Una infinidad de otros errores corren todavia al través de los pueblos; hace algunos años los hemos señalado en un libro

cortejo pontificio, y principalmente en la plaza de San Juan de Letran, por gritos, aclamaciones, y demostraciones de toda clase, de respeto, de admiracion y de amor. Pero estos vítores por vivos y ardientes que fuesen, debian ser sobrepujados de una manera prodigiosa por la magnífica ovacion de que fué objeto el Santo Padre en el momento de su partida.

Terminada la ceremonia, el Papa abandonó la basílica para subir a la carroza. Entónces fué cuando las aclamaciones, los gritos, los *eviva*, los transportes de gozo, las bendiciones de sincero reconocimiento y de amor, resonaron por todas partes, en esta multitud inmensa, con una vehemencia, un ardor, un entusiasmo que no sería dado reproducir, aun a la pluma más hábil. La carroza de Su Santidad ha atravesado a pasos lentos esta multitud compacta, arrodillada, con los brazos y los corazones dirigidos hácia el glorioso Pontífice, agitando con las manos sus pañuelos en señal de alegría, ó bien haciendo llover flores sin número. Es imposible asistir a una escena más admirable y más conmovedora. El Santo Padre, bendiciendo a todos lados con una efusión sin igual, estaba visiblemente conmovido. *

* Sobre todo el trayecto del Vaticano a San Juan, es decir en una longitud de más de una legua, el camino estaba lleno de peregrinos que esperaban el paso del Santo Padre.

Nadie puede describir la grandeza del espectáculo que nos fué dado ver, cuando al fin de la misa, saliendo el Papa de la basílica, encontró arrodillada ante él, en la vasta plaza, una multitud extraordinaria que imploraba su bendición. Después que Pio IX extendió la mano para bendecir, todo este pueblo se levantó, y por un solo movimiento y un solo grito, respondió: ¡Viva Pio IX! ¡Viva il Papa-Re! Los brazos y los pañuelos se agitaban; todos los ojos buscaban al Vicario de Cristo para abrazarlo con una mirada de amor. ¡Cuántas lágrimas hemos visto correr y qué alegre emoción se notaba en todos los semblantes! Entretanto, el Santo Padre, acostumbrado a este celo de un pueblo que le ama, parecía vivamente conmovido y miraba a la multitud prosternada con una ternura que llenaba nuestra alma. Estaba radiante, con un aire de salud perfecta. Los que quieren ver un rey en su suprema majestad y en su bondad inexplicable deben venir aquí.

Nosotros buscamos una cara de revolucionario. Y no la había

Por otra parte, había muy pocos espectadores, en medio de esta multitud de católicos, que permanecieran frios y dueños de sí mismos. Jamás, a ménos de ser testigos de estas indescribibles escenas, se podrá figurar lo que son estas magníficas demostraciones de todo un pueblo, donde cada uno pone en ellas su corazón, su alma, su vida, por decirlo así. ¡Cuánta lástima dan, después de semejantes manifestaciones, las afirmaciones de aquellos que pretenden que el Papado ha envejecido y llegado a su última hora! No, el Papado no ha muerto, porque su recuerdo y su presencia excitan en las almas más gozo, más transportes, más generosos sacrificios é incomparables adhesiones que las que atrae cualquiera otra institución del mundo.

Esta fiesta de San Juan de Letran había sido precedida, el día anterior, por las primeras vísperas de San Juan Bautista, cantadas con una pompa extraordinaria y la asistencia de la mayor parte de los miembros del sacro-colegio, los cardenales y un número muy considerable de obispos. Un poco antes de la ceremonia, el cardenal arceobispo de la archibasílica bendijo, según el ceremonial ordinario, en la sacristía, adornada con tapices y flores, una cierta cantidad de *garofani* y clavos de especia. Estos garofani son distribuidos en seguida a los miembros del cabildo, a los enfermos, y a las mujeres en cinta, las cuales han experimentado frecuentemente maravillosos efectos.

Audiencia de los sacerdotes en el Vaticano.

El Santo Padre recibió, el 25, dice el *Monde*, en audiencia allí ó se ocultaba, porque no se podía distinguir ninguna entre la multitud. Lo que hace el carácter particular de las fiestas de Roma, es la unanimidad de los que toman parte en ellas. En otras partes, se encuentran indiferentes, y aun enemigos: aquí: *Una fides, unum cor*. Esto es un verdadero encanto. (*L'Univers.*)

cia solemne, a todos los sacerdotes de las diversas naciones, que estaban en Roma, en número de doce mil. Antes de las tres, San Pedro, el museo del Vaticano, las entradas de las salas Ducal y Real, estaban llenas de sacerdotes franceses, españoles, italianos, portugueses, alemanes, ingleses, armenios, etc. A las cinco y media, no siendo bastantes las salas Gran-Ducal y Real, se abrió la inmensa sala de los Consistorios, arriba del vestibulo de San Pedro. Sin embargo, más de dos mil sacerdotes, que no habian podido penetrar, se esparcieron afuera, en los corredores, en las escaleras de San Pedro y en la misma basilica.

A las seis, apareció el Santo Padre, precedido de su guardia noble y de los prelados de su corte. Fué saludado por una aclamacion inmensa, cuyo eco resonó en lo exterior hasta la plaza. Pio IX se sentó sobre el trono, en la sala de los consistorios, y ordenó que se le levantase, a fin de dominar mejor a la multitud de sus hijos; despues pronunció en latin una alocucion.

Alocucion de N. S. P. el Papa á los sacerdotes reunidos en la sala de los Consistorios, el 25 de Junio de 1867.

Vuestro concurso, tan grande y admirable, muy queridos Hijos, que adornados del santísimo sacerdocio, siguiendo los pasos de vuestros obispos, habeis volado con tanta alegría, en estos días de fiestas, hácia Nos y hácia esta Sede Romana del Bienaventurado Pedro, príncipe de los Apóstoles, es muy grato a nuestro corazon. Vuestra excelente piedad, vuestra devocion, vuestro respeto hácia Nos y hácia esta misma Sede nos traen un gran consuelo, en medio de los gravísimos dolores con que estamos afligidos.

Por esto nada nos es mas agradable que dirigiros la palabra del fondo de nuestro corazon paternal, a vosotros, que alistados en la milicia del Dios de los ejércitos y llamados

al patrimonio del Señor, habeis elegido al Señor mismo como la parte de vuestra herencia.

Vosotros sois de aquellos a quienes Dios, por un singular beneficio, ha elevado en su Iglesia a la alta dignidad sacerdotal, de los que ha separado de todo el pueblo y se los ha unido, para que sirvais al Señor, y que esteis en pié ante la asamblea del pueblo para ser sus ministros y ofrecer a Dios las oraciones, las súplicas y la hostia pura, santa, sin mancha, por vuestra salud y la de todo el mundo.

Aquí vosotros sabeis por vosotros mismos, que nada puede sernos mas provechoso que brillar cada dia más y más, por la gravedad de las costumbres, la inocencia de la vida, la integridad, la castidad, el ornamento de todas las virtudes, y sobre todo, por la ciencia de las doctrinas sagradas, para que podais combatir valientemente a los enemigos del género humano, y procurar la mayor gloria de Dios y la salud de las almas. Considerad el ministerio que habeis recibido en el Señor, para cumplir sus deberes, sobre todo, en los tiempos tan desgraciados, en medio de una conspiracion tan grande de los hombres enemigos contra nuestra divina religion, y de un diluvio tal de errores.

Por lo cual, Hijos muy queridos, unidos entre vosotros por el lazo mas estrecho de la caridad, y émulos de los ilustres ejemplos de vuestros obispos, trabajaréis bajo su direccion como buenos soldados de Jesucristo. De vuelta, pues, de esta ciudad, a vuestras parroquias, esforzaos en llenar afectuosa y santamente todas las partes de vuestro santo ministerio, y sobre todo, inculcad a los fieles, cometidos a vuestros cuidados, la unidad y la doctrina católica, y la obediencia, y la reverencia debidas a esta Cátedra de Pedro, madre de todas las Iglesias, a fin de que no sean llevados a todos lados por todo viento de doctrina, por la perversidad y la astucia humana, y los torbellinos del error.

Vosotros, como intérpretes del Verbo divino, es necesario que prediqueis, y sin cesar, el Evangelio de Dios a los sabios y a los ignorantes; predicad a Jesucristo y a Jesucristo

«que se ha llamado el *Syllabus*, y de nuevo confirmamos solemnemente su condenacion. Pero mi voz no basta; es necesario tambien la vuestra, ¡oh hermanos míos! (El Papa se dirigió aquí a los obispos.)

«Vosotros me debeis sostener los brazos como los levitas al Profeta de la antigua ley; vosotros debeis ser la niebla que proteja y guie a las naciones durante el día, y la columna de luz que las conduzca durante la noche; es necesario que la humanidad encuentre en vosotros los maestros de que tiene necesidad. La humanidad está expuesta a encallar sobre los escollos lamentables del error; vuestra voz no permanecerá estéril cerca de ella. Elevadla con cesar con firmeza, con caridad, con sabiduría. *Argue, inerepa, obsecra in omni patientia et doctrina.* La misericordia divina no será sorda a nuestras oraciones. Vos sabeis sus promesas, y teneis ya un principio de prueba en este admirable concurso que podemos llamar un verdadero triunfo. El será todavía el presagio de otros triunfos, y para asegurarlos, yo invocó sobre vosotros la bendicion celestial: *Benedictio Dei omnipotentis, etc.*»

Este análisis apenas da una idea de la magnificencia de las palabras del Papa. Una profunda emocion se apoderó de todos los asistentes, y las lágrimas corrian por sus ojos. Todos se prosternaron con el sentimiento de la más viva y de la más ardiente adhesion.

Roma, 22 de Junio.

Ayer en la mañana, nuestro Santo Padre el Papa ha tenido capilla en la Sixtina, por el vigésimosegundo aniversario de su coronacion. Un gran número de obispos estaba presente.

Cuando el Papa ha salido de sus departamentos para atravesar la sala gran-ducal que conduce a la capilla, encontró en su tránsito una numerosa asistencia que le saludó con las más entusiastas aclamaciones. A su vuelta, los mismos gritos de: ¡Viva el Santo Padre! ¡Viva el Papa-Rey! se han

hecho oír. Todo el mundo estaba arrodillado, los obispos orientales postrados hasta el suelo. Pio IX parecia vivamente conmovido. Durante siete ú ocho minutos, le fué imposible dar un paso, pues la multitud que lo rodeaba era muy numerosa y compacta, y él esperaba sonriendo y bendiciéndolos.

En la tarde, el ministro de la guerra pasó revista a los diversos regimientos del ejército pontificio, en la plaza de Sienne, en la villa Borghèse. El conjunto de los movimientos ha sido muy notable, y los millares de extranjeros, que se han complacido en contemplar de cerca a los bravos defensores del Papado y darles el testimonio de sus más vivas simpatías, han podido admirar su posicion y su aire firme y resuelto. Muchos, entre los espectadores, habian dado la suma necesaria para el sostenimiento de un zuavo pontificio, y parecian, por decirlo así, identificarse con ellos. Por diversas partes se oian algunas palabras como estas: «¿Dónde está mi zuavo?» «Yo quiero ver a mi zuavo. El es uno, pero realmente somos dos, porque él tiene consigo mi dinero y «mi corazon.»

¡Que la obra del sostenimiento de un soldado cerca del Papa, se extienda más y más! Ella hará bien, y será provechosa a todos; al Tesoro pontificio empobrecido a quien aliviará, al bravo voluntario cuya noble mision recibirá, al donador a quien permitirá llenar un doble deber, el de rendir un testimonio de su fe, y el de socorrer al más tierno de los Padres.

A la revista de la villa Borghèse han ido multitud de obispos de todos los países, que han asistido para manifestar de esta manera sus vivas simpatías a los valientes que se sacrifican generosamente para la custodia y la defensa de la Santa Sede.

En su camino, los soldados pontificios, y principalmente los zuavos, la legion de Antibes, los gendarmes y los cazadores suizos, han sido aclamados con vivas entusiastas.

La procesion de Corpus.

Hemos tomado de varias correspondencias los detalles siguientes:

Roma, 21 de Junio de 1867.

Hemos tenido ayer una de estas ceremonias, que, por su belleza, su magnificencia, su majestad y su incomparable grandeza moral, dejan en las almas impresiones profundas é imperecederos recuerdos. Los romanos de mas edad no recuerdan haber visto una procesion de *Corpus*, tan imponente y tan bella. A las ocho, el Soberano Pontífice, ha tenido capilla papal en la *Sixtina*, donde se encontraban reunidos los cardenales, los obispos, los diversos colegios de prelados y los personajes que forman la corte pontificia. Ha celebrado una misa rezada, despues de la cual ha pasado a la sacristía para revestirse las nuevas vestiduras sagradas.

La primera parte de la procesion, aunque muy bella y de las mas interesantes, no ofrecia nada de particular respecto a los años anteriores; pero lo que no se habia visto tal vez jamas, en igual circunstancia, eran los abades mitrados, los trescientos dos obispos y los treinta y ocho cardenales que seguian, teniendo todos una gruesa hacha en la mano. Los abades llevaban la capa y la mitra de tela blanca, así como todos los arzobispos y los obispos del rito latino. Los prelados de los diversos ritos orientales se habian revestido de sus ricos ornamentos sagrados y ceñian su cabeza los brillantes y diversos adornos que tienen la costumbre de llevar. Los cardenales-diáconos estaban con dalmática y mitra de damasco blanco, los cardenales-presbíteros con casulla, y los cardenales-obispos con capa, y todos con la mitra de damasco blanco.

Despues del sacro-colegio, iba el senado de Roma y dos cardenales-diáconos asistentes.

El Papa, llevado sobre el *Tálamo* y anonadado en oracion

ante la augusta Eucaristía, precedido de treinta y ocho cardenales y de mas de trescientos patriarcas, arzobispos y obispos que pertenecen al rito latino y a los diversos ritos orientales, venidos de todos los puntos del globo, teniendo todos una antorcha encendida en la mano, marchando de dos en dos salmodeando las oraciones de la Iglesia, en medio de una poblacion enorme y de una multitud inmensa, es uno de los espectáculos ante los que es imposible permanecer insensible.

La procesion se hizo, segun costumbre, alrededor de la plaza de San Pedro, bajo la columnata de Bernini, cuyos dos brazos habian sido unidos entre sí, igualmente decorados con colgaduras, ricos tapices, follajes y flores. Los escudos de armas de cada cardenal se encontraban puestos en las columnas, é indicaban que la decoracion habia sido hecha por sus cuidados. El desfile comenzó hácia las ocho y média, y eran mas de las diez y média cuando el Papa entró a la basilica Vaticana. La marcha sola de la procesion ha durado, pues, mas de dos horas.

Hé aquí cómo M. Luis Veuillot da cuenta de esta fiesta:

Al día siguiente de mi llegada era la fiesta de Corpus. Despues de tantos viajes a Roma, esta pompa divina me era aún desconocida. Se tienden algunas telas, se ponen en las paredes algunas colgaduras, bellas sobre todo por su antigüedad; se suspenden algunas guirnaldas, se arroja sobre el pavimento un poco de arena amarilla salpicada de follaje; la mas pequeña aldea hace otros tantos gastos, y este adorno es muy poca cosa en comparacion de un gran día de ópera en Paris ó de una fiesta del Hotel-de-Ville; pero estamos en Roma, y la procesion se extiende sobre la plaza del Vaticano, sobre el sitio del circo de Neron, alrededor del obelisco erigido en honor de los dioses Augusto y Tiberio, reparado por la mano de Sixto V, quien le hizo colocar un fragmento de la cruz.

Se ve pasar en largas filas las órdenes religiosas, el clero

romano, los curas de Roma, los cabildos de las basílicas, los obispos, los arzobispos y los patriarcas, los cardenales. La nobleza, la riqueza, la belleza de los ornamentos desaparecía entre la majestad de los nombres, las situaciones y los semblantes. Yo volví a ver allí vivos a todos estos tipos que acababa de admirar en Florencia en las pinturas de Angélico de Fiesoli. Estas son las mismas fisonomías, las mismas expresiones. Gracias a Dios, estos hombres viven todavía y el mundo los verá. Se han contado más de trescientos obispos. Muchos han venido de las extremidades de la tierra. Se me ha enseñado uno que ha hecho más de cuatrocientas leguas a pié en medio de los hielos que habita, para llegar al primer punto donde encontró medio de transporte. Entre estos ancianos augustos, hemos reconocido y saludado de todo corazón a nuestros venerables obispos de Francia, cargados de obras y de años. ¡Oh cuán grande era este espectáculo, y el horizonte que abría ante nuestros ojos fastidiados con los esplendores muertos y estériles de la materia! En fin, el Papa apareció, de rodillas, llevando al Santísimo Sacramento en las manos, tranquilo en medio de esta multitud, como si estuviese solo en su oratorio, la frente apoyada sobre el viril de oro, los ojos cerrados; y alguna cosa decía a la multitud que esta figura inmóvil y viviente era el apoyo del mundo.

Cerrando los ojos se hubiera podido creer uno en un desierto; no había otro ruido que el murmullo lejano de las fuentes. ¡Qué momento, qué suspiros, qué lágrimas en todos los párpados, cuando las frentes se levantaban y se dirigían hacia la brillante visión que pasaba! Y este es el lugar donde Nerón corría llevado sobre su carro, al través de los cristianos untados de resina y ardiendo como antorchas, para iluminar los juegos del señor del imperio, soberano pontífice de los dioses que se había forjado la razón humana.

Consagración de la Iglesia de Santa María de los Angeles.

El domingo 23 de Junio, una multitud de fieles ha acudido a la magnífica iglesia de Santa María de los Angeles, edificada, como se sabe, según los diseños de Miguel Angel, en los soberbios baños de Diocleciano, en la parte llamada *Pinnacoteca*. Esta iglesia, tan majestuosa todavía y una de las más imponentes de Roma, aunque se haya desnaturalizado en varios puntos el plan admirable del inmortal Miguel Angel, ha sido últimamente restaurada con mucho arte y una gran magnificencia de columnas y mármoles preciosos. Se trataba de la consagración de esta iglesia, para la que habían sido invitados los cardenales y todos los obispos que están en este momento en Roma. Una multitud de estos se han apresurado a asistir a la ceremonia, que ha estado tan bella é imponente como ha sido posible. Fácilmente se comprenderá qué pompa, qué dignidad, qué grandeza añaden a la hermosura de una función santa, la presencia de un clero numeroso y el concurso de varios centenares de obispos. La ceremonia de la consagración ha sido hecha por el cardenal titular de la iglesia, S. E. el cardenal Domingo Carafa de Traetto, arzobispo de Benevento.

El mismo día, casi a la misma hora, otra bella ceremonia tenía lugar en la hermosa capillita gótica edificada últimamente por los Ligorianos, sobre el monte Esquilino, y dedicada a San Alfonso, su fundador. Los obispos y los fieles han ido en gran número, y la iglesia no ha podido recibir sino a la mitad de los que hubieran querido penetrar a ella. Este conato era causado por el deseo de asistir a la coronación solemne de la prodigiosa imagen de la Santísima Virgen María, invocada bajo el nombre de *Perpetuo Soccorso*, Nuestra Señora del Socorro Perpetuo: dicha solemnidad se hizo a nombre del cabildo de San Pedro del Vaticano, por una diputación

escogida de su seno. La función santa ha sido un poco más tierna, y la piedad de los fieles ha encontrado ampliamente donde satisfacerse. Durante los tres días siguientes, 24, 25 y 26, se debe celebrar un triduo en honor de la santa imagen con sermón y bendición del Santísimo Sacramento. Un aviso del cardenal-vicario ha promulgado las indulgencias concedidas por el Santo Padre por esta dichosa circunstancia.

En la tarde del mismo día, a las seis, una multitud inmensa ha ido a la iglesia y a la plaza de San Juan de Letran, para asistir a la procesión del Santísimo Sacramento, que se hace allí siempre el domingo infraoctava, con la asistencia de los cardenales. Este año, la ceremonia ha sido incomparablemente superior a la que se hace de ordinario, y ha presentado, aunque en pequeño, el bello y magnífico espectáculo de la procesión de *Corpus*, de San Pedro del Vaticano. Los cardenales y los obispos, en número muy considerable, llevando un cirio encendido en la mano, seguían a la Eucaristía, que ha sido llevada, según costumbre, por los vastos salones del hospital de San Salvador, en el que las camas de los enfermos estaban adornadas con guirnaldas y flores; después continuó alrededor de la vasta plaza de San Juan, en medio de la multitud arrodillada y devotamente recogida. Esto era un bello espectáculo, una de esas escenas de gratas y saludables emociones cuyo recuerdo se conserva largo tiempo.

La fiesta del santo Precursor celebrada en San Juan de Letran.

Roma ha sido el día de San Juan Bautista, testigo de una escena imponente y llena de emoción, cuyo recuerdo guardará preciosamente. El Soberano Pontífice, según el uso, se trasportó en carroza de media gala, seguido de una parte de los prelados de su casa y acompañado de su guardia no-

ble, a la archibasílica de San Juan de Letran, donde tuvo capilla papal con ocasión de la fiesta de San Juan Bautista. La misa ha sido celebrada por Su Eminencia el cardenal Altieri, arcipreste de la basílica de San Juan, y un sacerdote del seminario romano pronunció el sermón en latín. Durante la misa, la bula que autorizaba al cardenal Altieri para celebrar en el altar mayor de la Confesión, permaneció fija en una de las columnas del baldaquino del altar. Todo el mundo sabe que el altar papal en las grandes basílicas, estando exclusivamente reservado para el uso del Soberano Pontífice, hay necesidad de una autorización formal y por escrito, para que un sacerdote ó un dignatario cualquiera de la iglesia pueda ofrecer en él los santos Misterios.

La tribuna ó coro de la basílica ofrecía un aspecto magnífico é imponente. El Papa estaba sentado sobre su trono, teniendo a sus lados ó alrededor una gran parte de los preladados y personajes de la corte pontificia, y ante él, entre su trono y el altar, se extendían de los dos lados, las líneas oprimidas y largas de cardenales, patriarcas, arzobispos y obispos en número de más de trescientos.

Era un bellissimo espectáculo el contemplar esta admirable reunión de todo lo que la Iglesia de Cristo ofrece de más digno, más elevado, más venerable. La multitud de los fieles, por su parte, era inmensa; ella desbordaba de todas partes, y la vasta basílica, con sus cinco grandes naves, no era suficiente para recibir a la multitud que se agrupaba en todas sus puertas. Ella era enorme en el interior de la basílica, y más considerable aún en la inmensa plaza de San Juan.

Esta multitud enorme de romanos y de extranjeros, acudiendo para celebrar la fiesta del Santo Precursor de Nuestro Señor Jesucristo, y unir sus humildes ruegos a los del Pontífice Supremo y de tantos venerables pastores de los pueblos, no podían permanecer tranquilos y silenciosos al paso de Su Santidad. Ya, a su llegada, el Papa había sido acogido, en la mayor parte de las calles transitadas por el

crucificado, no por la sublimidad de vuestros discursos, sino por la ciencia del Espíritu, y no ceséis jamás de llamar á los que se desvían del camino de la salud, y de exhortarlos á todos en la sana doctrina.

Mas, cuando seáis los dispensadores de los sagrados misterios y de la gracia multiforme de Dios, proveed al pueblo cristiano que os está confiado, de todos los tesoros de los Sacramentos, y sobre todo a los enfermos; que ningun alivio les falte jamás, a fin de que, luchando mas fácilmente con la muerte, escapen de los lazos del demonio y eviten sus redes.

Haciendo esto, no rehuséis dar a beber la leche a los pequeños; muy al contrario, que nada os sea tan caro como enseñar con paciencia y con cuidado a los niños, los primeros principios de la fe y la disciplina de las costumbres, y formarlos en la piedad, así como en la práctica de todas las virtudes.

Así, pues, llevando con un gran celo a vuestros obispos vuestro trabajo auxiliar y obedeciéndolos con el respeto que les es debido, aplicaos a hacer todo lo posible a fin de curar todo lo que esté enfermo en cada una de vuestras parroquias, de unir lo que esté roto, de levantar lo que esté caído, de buscar lo que se haya perdido, para que en todo Dios sea honrado con Jesucristo, Nuestro Señor.

Elevad vuestras almas, pensad en la gloria inmarcesible que el Señor, justo juez, os dará, si encuentra en vosotros obreros de quienes no tenga que avergonzarse en ese gran día, muy amargo para los malvados, pero alegre y muy alegre para los justos.

Que este pensamiento os anime a llenar bien las funciones de vuestro propio ministerio, que os aliente para llevar vuestros trabajos, que os afirme en el cumplimiento de los mandamientos de Dios y de su Iglesia. No ceséis de ofrecer a Dios vuestras mas fervientes oraciones por el triunfo de su Iglesia, por la paz y la salud de todos los hombres; orad continuamente, a fin de que Él secunde vuestros trabajos con

su gracia divina, para sacar siempre la mayor gloria de su santo nombre.

Y a fin de que Dios se ablande mas fácilmente a vuestros votos, tomad por intercesores cerca de Él, primero a la Inmaculada Madre de Dios, la Virgen María, cuya proteccion es tan poderosa y cuya ternura maternal para nosotros es tan grande; despues a los Bienaventurados, sobre todo a los apóstoles Pedro y Pablo, y a todos los habitantes de los cielos, que habiendo seguido las huellas de Cristo, han obtenido ya la corona triunfal, y que recibiendo siempre con un oído propicio nuestros votos y nuestras oraciones, rueguen ellos mismos por nosotros, a fin de que seamos un día dignos de participar de su gloria.

En fin, muy queridos Hijos, os damos con amor, de lo mas íntimo de nuestro corazón, a vosotros y a los fieles confiados a vuestra vigilancia, como señal de nuestra viva afecion, la bendicion apostólica, prenda de todos los dones celestiales; os concedemos ademas, con gozo, a todos vosotros que venidos de países diversos, estais aquí presentes, el poder de dar una vez, el día que fijará para esto cada uno de vuestros obispos, la bendicion apostólica con aplicacion de una indulgencia plenaria a los fieles confiados a vuestros cuidados espirituales, con tal de que estos mismos fieles, purificados por la confesion sacramental y alimentados con el Pan sagrado, dirijan a Dios fervientes oraciones por la exaltacion y el triunfo de la Santa Madre Iglesia.

Al pronunciar esta bella alocucion, el Santo Padre estaba visiblemente conmovido. Esta asamblea tan numerosa de hombres absolutamente sometidos a su palabra, absolutamente adictos a su persona, servidores humildes y consagrados de la Iglesia, y que en lo de adelante van a mezclar el nombre y el recuerdo de Pio IX en todas sus obras, son para el Soberano Pontífice una indemnizacion de los ultrajes que recibe por tantas partes. Es cierto, es evidente que él tiene un gran pueblo con sígo; este pueblo no está circunscrito en

obediencia hacia nosotros y a la Cátedra apostólica, que ver cuán caros son a sus pastores los derechos de la unidad católica, y contemplar a estos mismos pastores atravesando los vastos espacios de la tierra y de los mares sin ningún cuidado de los inconvenientes del viaje para volar hacia Roma y hacia la Cátedra apostólica, a fin de venerar, en nuestra humilde persona, al sucesor de Pedro y al Vicario de Jesucristo acá en la tierra?

Esta autoridad de ejemplo les hará reconocer mucho mejor que las enseñanzas más sutiles, cuán llenos deben estar de veneración, de deferencia, de sumisión hacia Nosotros, y cómo en la persona de Pedro, se nos ha dicho por Nuestro Señor Jesucristo: «Apacienta mis ovejas, apacienta mis corderos;» y cómo, por estas palabras, nos han sido confiados el cuidado y el poder supremo sobre la Iglesia universal.

Aún más, Venerables Hermanos, vosotros mismos, al cumplir vuestro sagrado ministerio, obtendréis un fruto excelente de esta deferencia hacia la Sede apostólica. En efecto, mientras más os unan a la piedra angular del edificio místico, los lazos de la fe, de la ternura y del amor, mas también como nos lo enseña la memoria de todas las edades de la Iglesia, os sentiréis revestidos de esta fuerza y de este valor que exigen la grandeza de vuestro encargo, contra los asaltos del enemigo y las adversidades de la fortuna. No es otra cosa la que quiso comprender Nuestro Señor Jesucristo, cuando dió a Pedro el cuidado de sostener la firmeza de sus hermanos: «Yo, dice El, he orado por tí, a fin de que no desfallezca tu fe; y cuando te hayas convertido, confirma en ella a tus hermanos.» En efecto, como lo indica San Leon el Grande, «el Señor toma un cuidado particular por Pedro, y ora especialmente por la fe de éste como si la condición de los otros fuese más segura, no siendo vencido el valor de su príncipe. En Pedro, pues, se deposita toda la arrogancia, y el auxilio de la gracia divina está de tal manera coordinado,

que la firmeza concedida por Cristo a Pedro, está conferida por Pedro a los demás apóstoles.» *

Por esto hemos estado siempre persuadidos de que no podía suceder que esta fuerza con que Pedro ha sido colmado por un don especial del Señor, no se comunicase en vosotros siempre que os acercaseis a la persona de Pedro, viviendo en sus sucesores, ó aun solamente cuando llegaséis a esta ciudad que el Príncipe de los apóstoles ha regado con sus sudores y su sangre triunfal. Aun más, Venerables Hermanos, jamás hemos dudado que de este sepulcro mismo donde reposan las cenizas del bienaventurado Pedro en medio de la veneración eterna del universo, no salga un cierto poder oculto, una virtud saludable que inspire a los pastores del rebaño del Señor las fuertes empresas, los grandes designios, los sentimientos magnánimos, y gracias a la que sus fuerzas restauradas impongan a la audacia impudente de los enemigos, desigual a la virtud y al poder de la unidad católica una derrota y una ruina cierta en un combate desigual.

¿Por qué, en efecto, lo hemos de disimular? Venerables Hermanos, hé aquí que hace mucho tiempo que nosotros estamos en el campo de batalla y que luchamos por la defensa de la religión y de la justicia, contra enemigos pérfidos y encarnizados: el combate es tan prolongado, tan formidable, que todas las fuerzas reunidas de la milicia sagrada parecen apenas ser suficientes a resistirlo. En cuanto a nosotros, combatiendo por la causa de la Iglesia, por la libertad y por los derechos de nuestro cargo supremo, hasta aquí hemos escapado de peligros mortales, gracias a los auxilios de Dios Todopoderoso.

Mas aun cuando nosotros hemos sido arrastrados y movidos por vientos y olas contrarias, no temiamos el naufragio, porque la asistencia presente de Nuestro Señor Jesucristo no nos permite temerlo; pero nos hemos afligido, con un íntimo dolor, a la vista de tantas doctrinas nuevas y mons-

* Ser. III, in aniv., an. suo.

truosas, de tantos crímenes é impiedades cometidos contra la Iglesia y la Sede Apostólica.

Nosotros los hemos ya condenado y reprobado en otra parte, * y de nuevo las condenamos y reprobamos públicamente, hoy, para cumplir con los deberes de nuestro encargo.

Sin embargo, en las circunstancias actuales y en medio del gozo que nos procura vuestra presencia, queremos evitar el recuerdo de tantos cuidados, de tantas penas y angustias que torturan y desgarran nuestro corazón con graves y continuas heridas.

Las llevaremos mas bien sobre los altares que hemos tantas veces cargado con nuestras oraciones y regado con nuestras lágrimas. Nosotros manifestaremos, desahogaremos de nuevo, con nuestras súplicas reiteradas, todos estos sufrimientos en el seno de la misericordia del Padre celestial, fiándoos sin reserva en Aquel que sabe y que puede procurar la gloria y la salvación de su Iglesia, y que haciendo justicia a todos aquellos a quienes injurian por nuestra causa, y a todos los que nos son adversarios, pronuncie en un día determinado su justo juicio.

Sin embargo, vosotros, Venerables Hermanos, comprenderéis, con vuestra sabiduría experimentada, cuán importante es, para oponerse a los designios de los impíos y para reparar los desastres de la Iglesia, que vuestro acuerdo unánime con nosotros y con esta Sede apostólica brille siempre más y se arraigue más poderosamente de día en día. Además, este amor de la unión católica, que cuando está fijo en las almas, quiere extenderse mas allá por la autoridad de otro, este amor, seguramente, no os permitirá descansar hasta que hayais conducido por todos vuestros esfuerzos a esta misma concordia universal, a esta comunidad indestructible de la fe, de la esperanza y de la caridad, a todos los eclesiásticos a quienes prisdís y a los fieles que os están confiados.

* Alloc. consist. 29 de Octubre 1866.

Ciertamente no puede haber espectáculo mas bello, a los ojos de los ángeles y de los hombres, que reproducir en esta peregrinación que nos conduce de la tierra del destierro a la patria, la imágen fiel de esta peregrinación que las doce tribus de Israel verificaron en su comun viaje hácia las felices regiones de la tierra prometida. Ellas marchaban todas juntamente, cada una dirigida por sus gefes, distinta por su nombre, dividida por su lugar en el campo; cada familia obedecía a sus padres, cada tropa de guerreros a sus capitanes; la multitud obedecía al príncipe, y por tanto no habia en todas estas razas sino un solo pueblo que adoraba al mismo Dios y oraba en el mismo altar; un solo pueblo sujeto a las mismas leyes, al mismo soberano Pontífice Aaron, al mismo enviado de Dios, Moisés; un solo pueblo, usando de un mismo derecho en los trabajos de la guerra y los frutos de la victoria; un solo pueblo, en fin, que viviendo bajo las mismas tiendas, alimentándose con un alimento maravilloso, aspiraba en sus votos unánimes, a un mismo objeto.

Ciertamente, nosotros sabemos que vosotros tendréis sumo cuidado en guardar perpetuamente esta unión; nos habeis dado de esto bastantes pruebas con vuestra fe y con vuestra concordia. Esto es lo que nos garantizan vuestra gran integridad, vuestra eminente virtud que brillan siempre semejantes a sí mismas y superiores a todos los peligros; esto es lo que nos garantizan este gran celo y este infatigable ardor que os compelen a procurar la salud eterna de los hombres y a aumentar la gloria de Dios; esto es lo que nos garantiza, y nos lo garantiza, en fin, de una manera completa, esta oración sublime que el mismo Cristo, ántes de sus últimos tormentos, ofreció a su Padre rogándole que: «Ellos sean todos uno como vos, Padre mio, estais en mí, y yo en vos; y que ellos sean uno en nosotros,» y es imposible que el Padre celestial no escuche esta oración.

En cuanto a nosotros, Venerables Hermanos, nada deseamos mas como recoger de vuestra unión con la Santa Sede apostólica el fruto mas saludable y mas dichoso que hemos

los límites estrechos de una ciudad, ó de una provincia; está esparcido por todo el universo; este pueblo no pertenece a una época mas que a otra, y sus sentimientos no son de ayer; su historia tiene al presente mas de diez y ocho siglos, y desde su origen sus tradiciones no han variado. En fin, este pueblo no está exclusivamente compuesto de una clase social. Cuenta en su seno ricos y pobres, sabios é ignorantes, sacerdotes y seculares, y podemos afirmar, sin temor de ser desmentidos, que todos estos hombres, bajo la relacion de la probidad, de la castidad, de la fidelidad a la palabra, del cumplimiento del deber, pertenecen a la mejor parte de la humanidad.

Despues de la alocucion del Santo Padre, han resonado nuevas aclamaciones con una energía que manifestaba la vivacidad de los sentimientos de la asamblea. Se cantó un salmo, el Santo Padre dió su bendicion a los asistentes, y despues se retiró.

La asamblea se ha dispersado lentamente bajo la impresion de las grandes emociones que habia experimentado al contemplar tan de cerca el rostro y oír la palabra de su pastor y de su gefe. Se encontraba en la tarde a un gran número de sacerdotes; estaban aún bajo el encanto de esta majestad penetrante de que está rodeado Pio IX. Este día, decian ellos, será en lo de adelante para nosotros de un recuerdo indeleble. Estos buenos sacerdotes no estaban solos allí. Los votos de sus parroquianos les han seguido. Desde el fondo de sus villas y de sus aldeas, están a la mira de lo que hacen, esperan con impaciencia sus noticias; a su vuelta, se querrá oír cien veces de su propia boca la relacion de lo que han visto. Hé aquí cómo las fiestas a las que nosotros asistimos tendrán por toda la tierra un gran eco, y serán ciertamente el punto de partida de una nueva recrudescencia de la fe.

Decir las aclamaciones, los *Evviva*, las demostraciones, el entusiasmo de todos estos excelentes sacerdotes a la vista del Santo Padre, es una cosa que apenas podrá imaginarse, pero

nunca describirse. Si el corazón de Pio IX ha sido, en estos últimos tiempos, amargado con agudos dolores, hoy, según la expresion misma del augusto Pontifice, rebosa de gozo y de felicidad. *

Consistorio del 26 de Junio.

El 26 de Junio, trescientos sesenta y un cardenales y obispos asistían al consistorio público tenido con motivo de la concesion del capelo al cardenal-arzobispo de Sevilla. Este consistorio tuvo lugar en la sala donde se habian tenido ya los otros consistorios semi-públicos, es decir, en la inmensa sala que está sobre el vestibulo de la basilica de San Pedro. El Soberano Pontifice despues de haberse revestido las vestiduras pontificales, en la capilla Paulina, llegó a la sala del consistorio llevado sobre la *sedia gestatoria*, en medio de los *flabelli*, acompañado del Sacro-Colegio de cardenales y de los prelados de su corte. Despues de haber tomado lugar en su trono y recibido la obediencia de los cardenales, el Santo Padre ha recibido al nuevo cardenal, el que fué introducido por dos de sus venerables colegas, lo ha abrazado tiernamente, y le ha puesto, según el ceremonial de estilo, el capelo cardenalicio.

Durante este tiempo, el abogado consistorial, Mr. Rolli, ha patrocinado, por la segunda vez, la causa de la beatificacion de la venerable sierva de Dios, María Rivier, fundadora de las hermanas de la Presentacion.

El cardenal de la Lastra y Cuerta recibió el abrazo fraternal de cada miembro del Sacro-Colegio, y habiendo ocupado su lugar, el Soberano Pontifice tomó la palabra, y con una voz fuerte y acentuada, pronunció una alocucion que está destinada a producir en todas partes una impresion pro-

* Véase Le Monde del 1º de Julio.

funda. El Santo Padre anuncia de una manera oficial la convocacion de un concilio ecuménico.

Después de la alocucion, el Papa se retiró con los cardenales y la corte pontificia. El Sacro-Colegio fué en seguida procesionalmente, con el nuevo cardenal, a la capilla Sixtina para el canto acostumbrado del *Te-Deum*.

Al fin del consistorio público, se ha dado a cada cardenal y a cada obispo, de parte del Papa, una soberbia medalla de plata, admirablemente grabada por M. C. Voigt. En uno de sus lados se ve representado a Nuestro Señor, de pié, coronando con cada mano, a San Pedro y a San Pablo igualmente de pié y apoyándose sobre la cruz invertida y la espada, instrumentos de su martirio. Alrededor de la medalla se lee: *Princeps apostolorum. Doctor gentium*, y en el exergo ó parte inferior: *Isti sunt triumphatores et amici Dei*. Sobre el otro lado de la medalla se lee:

PIO IX
PONTIFICE MAXIMO
III KAL. JUL. AN. CHR. MDCCCLXVII
SÆCULARIA SOLEMNIA IN URBE ACTA
OB TRIUNPHALIS MEMORIAM DIEI
QUI PETRUM APOSTOL. PRINCIPEM
ET PAULUM DOCTOREM ORBIS TERRARUM
VICTORES COELO INTULIT
DOMINEQUE GENTIUM ROMÆ
NOMEN ET GLORIAM ADSERVIT
MATRIS ET MAGISTRE
OMNIUM POPULORUM.

Alocucion de Nuestro Santisimo Padre el Papa.

Venerables hermanos:

En medio de nuestras crueles amarguras, es para nosotros

un gozo y un consuelo singulares gozar de nuevo de vuestra presencia y de vuestra afluencia tan preciosas, así como poder dirigiros la palabra en esta magnífica asamblea.

Vosotros, en efecto, conducidos a esta ciudad de todas las regiones de la tierra a una señal de nuestro deseo y por la inspiracion de vuestra piedad; vosotros, tan eminentes por vuestra religion, llamados a compartir nuestra solicitud; vosotros no teneis nada más caro, en estos tiempos de calamidades, que traernos vuestros socorros para defender al catolicismo y procurar la salvacion de las almas, endulzar nuestros muchos pesares y dar las pruebas, de dia en dia mas extensas, de vuestra fidelidad, de vuestra buena voluntad, de vuestra obediencia hácia esta Cátedra de Pedro.

Nos hemos regocijado profundamente con vuestro aspecto, y ante este nuevo testimonio de vuestra piedad y de vuestro amor recordamos con gusto a todos aquellos que hasta este dia os habeis sacrificado a cuál más, con tal concordia, con un celo tan extraordinario, sin ahorrar los cuidados, sin dejaros desviar por la adversidad. Así, pues, este recuerdo tan suave y tan dulce, tan profundamente impreso en nuestra alma, y que debe permanecer siempre en ella, este recuerdo, es el que ha hecho que el sentimiento de nuestro reconocimiento y de nuestro afecto más vivo y más ardiente que nunca, tenga necesidad de esplayarse, libre y públicamente hácia todos vosotros por señales más manifiestas y por prendas más palpables.

Pero si este retorno rápido sobre el tiempo pasado nos penetra de tal consuelo, vosotros mismos, Venerables Hermanos, comprenderéis fácilmente, estamos convencidos de ello, qué gozo y qué amor arde hoy en nuestro corazon, mientras que tenemos de nuevo la felicidad de gozar con vuestra presencia y con vuestro afecto, vosotros que desde las mas lejanas provincias católicas habeis venido cerca de nos a una simple insinuacion nuestra, y compelidos por vuestra piedad y vuestra adhesion.

Nada, en efecto, podia sernos más apetecible, nada mas

agradable, que encontrarnos en vuestra asamblea, que recoger los frutos de nuestra mútua reunion, sobre todo, para realizar estas solemnidades en las que todo lo que pasa ante nuestros ojos habla de la unidad de la Iglesia católica, del inmutable fundamento de esta unidad, del cuidado y de la gloria con los cuales esta misma unidad debe ser protegida y sostenida. Sí, todo habla de esta admirable unidad, por la que, como por una especie de canal, corren en el cuerpo místico de Cristo, los dones y las gracias del Espíritu divino, y que suscita en cada uno de sus miembros estos ejemplos de fe y de caridad, que tienen en admiracion al género humano todo entero.

Se trata, en efecto, Venerables Hermanos, en este momento, de decretar los honores de los santos a ilustres héroes de la Iglesia, quienes la mayor parte han triunfado en el glorioso combate del martirio. Los unos por defender el principado de esta cátedra apostólica, que es el centro de la verdad y de la unidad; los otros para revindicar la integridad y la unidad de la fe; otros, en fin, por reducir a la Iglesia católica a los hombres arrastrados por el cisma, han sufrido con gusto una muerte preciosa. De tal suerte, que el designio maravilloso de la divina Providencia resplandece aquí de un modo manifiesto, puesto que ella ha dado estos ejemplos de adhesion a la unidad católica y el triunfo de sus escogidos precisamente en los tiempos en que la fe católica y la autoridad de la Sede apostólica son atacadas por las maquinaciones mas implacables.

Se trata, ademas, de celebrar con ritos solemnes la memoria de este día de tan favorable agüero, en que el bienaventurado Pedro y su coapóstol Pablo, habiendo padecido hace mil ochocientos años en esta ciudad, el mas ilustre martirio, han consagrado con su sangre la ciudadela inexpugnable de la unidad católica.

¿Qué podia pues, haber, Venerables Hermanos, más apetecible para nosotros y más en armonía con el triunfo de tales mártires, que hacer brillar, en los honores que les son

debidos, con una claridad y una luz magníficas, los más bellos ejemplos y los más espléndidos espectáculos de la unidad de la Iglesia católica? ¿Qué cosa más justa que esta alegría por el triunfo de los Príncipes de los Apóstoles, que pertenecen a todo el universo católico, fuése aún realzada con vuestra presencia y con vuestro celo? ¿Qué mas conveniente, en fin, que el esplendor de tantos y tan grandes espectáculos fuése hecho mas brillante aún por la accesion de vuestra piedad y de vuestra alegría?

Pero esta piedad y esta union íntima con la Sede apostólica, no está solamente en armonía con las circunstancias y con vuestros sentimientos, Venerables Hermanos: importa, sobre todo, que nosotros saquemos de ella los frutos mas saludables, sea para sujetar la audacia de los impíos, sea para poderla dirigir en ventaja comun de los fieles y vuestra propia. Es necesario que los adversarios de la religion comprendan, al considerar esta union, cuál es la fuerza y la vida de esta Iglesia católica que no cesan de perseguir con su odio; que aprendan cuán insensata é inepta es la injuria que le dirigen cuando la acusan de haber agotado sus fuerzas y de faltar a su destino; que aprendan cuán mal inspirados están al fiarse de sus propios éxitos, de sus esfuerzos y de sus empresas, y que vean que no se podrá romper un haz de las fuerzas tal como el que Jesucristo y su virtud divina han colocado sobre la piedra de la Confesion de los apóstoles. Es necesario, pues, hoy, más que nunca, Venerables Hermanos, que todos los hombres vean claramente que no hay lazo estrecho y seguro entre las almas, sino en donde reina sobre todos el solo y mismo espíritu de Dios; y que si los hombres abandonan a Dios y desprecian la autoridad de la Iglesia, no llegarán a esta felicidad que buscan en la vía del crimen, sino que serán precipitados miserablemente en las más crueles discordias y en las más funestas tempestades.

Que se considere la ventaja comun de los fieles, Venerables Hermanos, ¿qué puede haber para las naciones católicas de más saludable y de más favorable para el aumento de la

pensado deben dimanar para la Iglesia universal. Desde hace mucho tiempo, revolviámos en nuestra mente un designio que es ya conocido de varios de nuestros Venerables Hermanos, y que esperamos poder llevar a cabo tan luego como encontremos la oportunidad vivamente deseada por nos.

Este designio es tener un sagrado concilio ecuménico y general de todos los obispos del mundo católico, donde se buscarán, con la ayuda de Dios y la union de los consejos y solicitudes, los remedios necesarios y saludables a los males que afligen a la Iglesia.

Tenemos la mas grande esperanza que, gracias á este concilio, la luz de la verdad católica esparcirá su claridad saludable en medio de las tinieblas que oscurecen los espíritus, y les hará conocer con la gracia de Dios, la senda verdadera de la salud y de la justicia. Al mismo tiempo, la Iglesia, como un ejército invencible ordenado en batalla, rechazará los asaltos de sus enemigos, quebrantará sus esfuerzos, y triunfando de estos mismos enemigos, extenderá y propagará el reino de Jesucristo sobre la tierra.

Ahora, a fin de que nuestros votos sean escuchados y nuestros cuidados y los vuestros obtengan para los pueblos cristianos frutos abundantes de justicia, elevemos nuestros ojos hácia Dios, origen de toda bondad y de toda equidad, en quien reposa, para aquellos que esperan, la plenitud del socorro y la fecundidad de la gracia.

Puesto que nosotros tenemos por abogado cerca de su Padre, a Jesucristo Hijo de Dios, este Pontífice soberano que ha penetrado los cielos, que viviendo siempre intercede por nosotros, y que en el admirable sacramento de la Eucaristía está con nosotros todos los días hasta la consumacion de los siglos; pongamos, Venerables Hermanos, pongamos a este Redentor como un signo sobre nuestro corazón, como un signo sobre nuestro brazo, y llevemos con toda confianza nuestras asiduas oraciones a este altar donde el Autor mismo de la gracia ha establecido el trono de su misericordia,

y donde Él espera, deseoso de confortarlos, a todos aquellos que sufren y están sobrecargados.

Supliquémosle, pues, humildemente y sin cesar, que aparte de su Iglesia tantos males y peligros, le dé el gozo de la paz, la victoria sobre sus enemigos, a fin de que, por la gloria de su nombre, añada a vosotros y a Nos nuevas fuerzas, a fin de que Él inflame los corazones de los hombres con este fuego que ha venido a comunicar sobre la tierra, y que reduzca por su virtud poderosa a saludables resoluciones a todos los que estén en el error.

Será digno de vuestra piedad, Venerables Hermanos, consagrar todos vuestros cuidados en aumentar entre los fieles que os están confiados el conocimiento de Nuestro Señor Jesucristo; que ellos lo veneren, que lo amen, lo visiten frecuentemente en el augusto Sacramento donde está presente. Nada será mas conforme a vuestro celo y a vuestra solicitud como hacer arder en los corazones de vuestros fieles una piedad reconocida, una llama continua de caridad, así como alrededor de sus altares arden los cirios sagrados.

Y para que Dios escuche mas favorablemente nuestras súplicas, solicitemos vivamente los sufragios: primero, de la Virgen Madre de Dios, María Inmaculada, porque ningún intercesor es más poderoso cerca de Él; en seguida, de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo, cuyo nacimiento en el cielo vamos ahora a celebrar, y en fin, de todos los bienaventurados que reinando con Jesucristo en los cielos, atraen con sus oraciones los presentes de la divina liberalidad sobre los hombres.

En fin, Venerables Hermanos, a vosotros, a todos nuestros venerables obispos de las naciones católicas, a todos los fieles confiados a vuestros cuidados y a los suyos, de quienes hemos recibido y recibimos sin cesar tantos testimonios de piedad y de amor, a todos y a cada uno, concedemos del fondo de nuestro corazón nuestra bendición apostólica, unida a todos nuestros votos por su felicidad.

«Sí, una vez más, durante este memorable pontificado, el mundo admirado verá suspender u ordenar su tumulto a los acontecimientos, de tal manera que el Vicario de Jesucristo pueda hacer lo que quiera para la gloria y para la salud de la inmortal Iglesia de Cristo. La Europa tiene ahora alguna razón de contar cerca de dos años de paz, porque es necesario que el Concilio se verifique, habiendo señalado Pio IX el día. Nosotros invitamos a los libres pensadores que se atrevan aún a pensar y considerar esto. Desde las ventanas del Vaticano, Pio IX puede ver las tiendas de los piemonteses, las tiendas de los bárbaros, establecidas sobre

todo su esplendor, la fuerza y la majestad de la Iglesia. Aquí es verdaderamente donde aparece, como acabais de oír por boca del Santo Padre, como un ejército en batalla, cuando Pedro a su cabeza, sus obispos colocados alrededor de la cátedra de la unidad, Jesucristo, su jefe invisible en medio de ella, el Espíritu Santificador é Iluminador cerniéndose sobre su Asamblea; ella proclama la verdad, confunde el error, disipa estas ciencias engañosas que se levantan contra la ciencia de Dios; y despues de haber encendido la luz en los espíritus, intenta con sus mayores esfuerzos poner la caridad en los corazones y prepararlos a la union, a las grandes reconciliaciones, a las grandes conversiones.

«Tal es el bello y noble designio del Santo Padre.

«Y lo que aumenta la magnitud de la empresa, es el valor y la fe del Pontífice, y su magnánima esperanza. Ningun trabajo ha espantado ni a su fuerte ancianidad, ni a su gran alma. ¿Y qué importan, por otra parte, los años a quien tiene para sí el porvenir? ¡El Papa no muere! ¿Qué importan también las amenazas de la revolución aterradora? ¡Contra esta Piedra, contra esta roca, todas las olas continuarán estrellándose!

«Sí, ciertamente la obra es tan atrevida como grande. Porque en fin, ¿el Pontífice no está rodeado como con un círculo de fierro y de fuego? Y cualesquiera que sean el honor, la adhesion y la valentía de este noble ejército pontificio, que hemos visto pasar ante nosotros, aclamado por el pueblo romano y por los peregrinos católicos del universo, aunque vale mucho, ¿puede responder de todo? ¿Quién sabe, por otra parte, lo que sucederá mañana con la Europa y la paz del mundo, entre tantos desórdenes, traiciones y atentados?

«¡Ahora bien! en semejante situacion, en medio de tantos peligros, es como el Papa echando una mirada firme y tranquila alrededor

su dominio usurpado. Allí está sin armas y sin fronteras contra el enemigo poderoso que quiere tomar a Roma, oye los gritos que celebran la caída inminente del edificio cristiano; él puede, como cualquiera otro hombre, preguntarse por qué milagro no ha perecido aún: en este momento es cuando las entrañas adormecidas de la tierra, se mueven a la voz del Pontífice para dar a luz de nuevo la civilizacion de la Cruz.

«Ellos han hablado de demoler a San Pedro: en efecto, siendo la basilica demasiado estrecha para la multitud de los fieles, era necesario sin duda agrandar sus dimensiones y

de sí y hacía el porvenir, ha dicho: «La Santa Sede está amenazada, el mundo está en desórden, incierto, inquieto: ¡no importa, la Iglesia hará su obra!» Y dirigiéndose a sus hermanos y a sus hijos los obispos del mundo entero: «Venid, les dice, yo os espero, y tra-
«bajarémos juntamente, aquí en Roma, por la salud del mundo.»

«A este anuncio de un concilio ecuménico, los obispos se han estremecido, conmovidos por la solemnidad de la empresa y por la angusta serenidad del Pontífice, y bendicen á Dios por los incalculables bienes que tal designio puede traer para el porvenir.....

«¿Pero qué? ¡Un concilio ecuménico en el tiempo en que estamos, en la decadencia de este siglo agitado y tormentoso, de este siglo de quien se pregunta cuál será el fin, si se sumergirá en las tempestades ó si abrirá tiempos mejores! ¡Un concilio, esta cosa rara y extraordinaria! ¿Será para presidir al alumbramiento de un mundo nuevo?

«Cualquiera que sea el porvenir ¡ah! la inspiracion es grande, y para mí, lo confieso, cuando yo considero lo que es un concilio ecuménico; los bienes que ha recogido siempre la Iglesia en las épocas de las crisis supremas, y lo que ella puede esperar ahora todavía; cuando yo reflexiono, al mismo tiempo, en los obstáculos que parece deben oponerse a tal empresa, y la edad avanzada del Pontífice de Roma y la posicion amenazada de la Santa Sede; cuando yo veo, sin embargo, a este anciano, casi octogenario, sobreponerse a los cuidados vulgares, y confiándose, magnánimo, en Dios que lo inspira, que no teme emprender esta obra tan grande y tan laboriosa, yo no puedo impedirme el pensar y decir: ¡Aquí hay una iluminacion superior! ¡Aquí hay una prevision, un valor, una esperanza, que manifestamente vienen de lo alto, y que Dios bendecirá!»

(MR. DUPANLOUP.)

hacer lugar para al mundo, alrededor de este sepulcro inmutable é inmortal.

«Allí está el centro del centro, la PIEDRA que sostiene todo el edificio de Dios. Aquí reside en espíritu la asamblea de los fieles, porque en cualquier punto de la tierra que habiten, todos aquellos que son de Cristo nuestro Maestro, en la pureza de su alma y en la pureza de su fe, se dirigen hácia la santísima cátedra de Roma, semejante al sol de la luz eternal de donde radia sobre ellos el esplendor de los bienes espirituales y de los dogmas sagrados.»

CAPITULO TERCERO.

LA GRAN FIESTA DEL CENTENARIO Y DE LA CANONIZACION.

En el mes de Junio, Roma ha visto las mas bellas solemnidades, tal vez, de que haya sido teatro la capital del mundo católico. Los obispos venidos de todos los puntos del globo donde ha sido predicada la religion de Jesucristo, han celebrado con el Santo Padre y una multitud inmensa de fieles extranjeros, el décimooctavo aniversario secular del martirio del primero de los Apóstoles y del Doctor de las naciones. ¡Todas las tribus, todas las lenguas, todos los pueblos han tenido representantes en estas juntas solemnes! Esto era como una imagen de la Jerusalem celestial, donde Juan vió una *multitud que ninguno podia contar*, y que en este mismo instante se enriquece con nuevos ciudadanos.

El alma se eleva y la inteligencia se engrandece con la sola idea de estas maravillas. Roma ofrece, ciertamente, un admirable espectáculo en estos venerables pontífices atletas, ágiles en las luchas del pensamiento, doctores de una religion de amor y de sacrificio, y en la afluencia de los creyentes que han acudido para protestar su fe. ¿Qué es lo que hacia palpitar tantos corazones? El recuerdo de una muerte ignominiosa, de una cruz y de una espada, de unos sepulcros oscuros; pero esta muerte recuerda el sacrificio, estos instrumentos de suplicio se han convertido en trofeos, y estos sepulcros están llenos de vida. ¡Cuántos millones de peregrinos han venido, despues de siglos, a tomar en presencia de estos huesos sagrados la sabiduría que aprecia en lo que valen las prosperidades de este mundo, y la fuerza para cumplir el deber hasta la efusion de sangre! ¡Esto es lo que hay de mas grande entre los hombres!

Entusiasmo excitado por Pio IX en medio de los Obispos.

Se escribía de Roma a varias *Semanas religiosas* las líneas siguientes:

¡El mundo católico está en Roma y da a Roma un espectáculo que ella no había visto jamás!

Todo el Sacro-Colegio, la mitad de los patriarcas, arzobispos y obispos, cerca de 18,000 sacerdotes y 250,000 fieles, confundidos en un mismo pensamiento, en un mismo amor, se prosternan ante Pio IX y le dicen:

—¡Vos sois verdaderamente Pedro! ¡Vos sois el eco vivo de Cristo! ¡Las palabras que salen de vuestra boca vienen de Dios y nosotros las aceptamos por tales!

Y a nadie se oculta que la multitud de obispos y de fieles presentes en Roma no habla solamente en su propio nombre, sino que habla a nombre de la mayoría de las poblaciones de la Europa y de la América, a nombre de los cristianos esparcidos en las vastas regiones del Asia, del África y de la Oceanía....

De suerte que podemos afirmar la exactitud de esta expresión: ¡El mundo católico está en Roma!

Tal vez ningún Papa, como lo ha hecho Pio IX ántes de ayer, había dirigido una alocución a diez ó doce mil sacerdotes que se precipitan a su alrededor, aclamándolo y arrojándose a su paso, como en otro tiempo el pueblo hebreo lo hacía con el Salvador, para tocar sus vestidos.

Ciertamente, ningún Papa, como sucedió ayer con Pio IX, al pronunciar una alocución consistorial y anunciar un concilio ecuménico, ha sido interrumpido por el vehemente entusiasmo de una asamblea de ordinario tan grave y tan medida. ¡No! este senado, el más augusto que haya sobre la tierra, se ha olvidado de todo. La voz del Vicario de Jesucristo ha sido un momento sofocada por el estrépito de los aplausos.... Un obispo mismo, un obispo ilustre por su cien-

cia y por su piedad, ha tomado la palabra. El amor, en él, ha sido más fuerte que el respeto. Esto no se había visto jamás en una circunstancia tan solemne.

El futuro Concilio Ecuménico. ()*

Pio IX, siempre dirigido por el Espíritu Santo para el bien de la Iglesia, ha colmado de gozo a los verdaderos fieles anunciándoles un próximo Concilio ecuménico.

Esta reunión de todos los obispos será, con la declaración dogmática de la Inmaculada Concepción de María, el acontecimiento más notable de este siglo. Un célebre publicista, M. Luis Veuillot, escribía de Roma sobre este asunto las reflexiones siguientes:

«Será bello embriagarse con las maravillas de la Exposición universal, y yo no quiero medirlas; es muy diferente volver del departamento chino y aun de la galería de la his-

* *La Patrie*, periódico *oficioso*, a quien no se podrá suponer de una benevolencia excesiva respecto de la Iglesia, ha publicado estas líneas que merecen ser recogidas:

«Nosotros no participamos de la opinión de uno de nuestros diarios democráticos, que se regocija con este futuro Concilio y que declara de antemano que su único resultado deberá ser una afirmación más solemne de las doctrinas ultramontanas. Nosotros sostenemos que sobre este punto nadie está en posibilidad de predecir nada, y nos atrevemos a sostener que las predicciones del *Avenir national*, así como las del *Monde*, son igualmente disputables.

«¿Pero el Concilio llegará al resultado que se nos anuncia? Nosotros diremos solamente que el hecho de su reunión constituirá uno de los acontecimientos más importantes del siglo diez y nueve.

«Desde el Concilio de Trento, la Iglesia no se ha reunido jamás solemnemente; falta saber cómo será arreglada en el futuro Concilio, que por nuestra parte deseamos con todos nuestros votos, la representación de las Iglesias nacionales, y qué papel se reservará a la influencia de los gobiernos, papel que ha sido tan considerable en el seno de los concilios precedentes.»

toria del trabajo, a volver del Vaticano, del Coliseo, de las prisiones Mamertinas, de la vía Appia; la presencia imponente de los soberanos, rodeados de sus hombres de guerra, no despierta pensamientos de un orden tan grande como la vista de Pio IX, rodeado de los Obispos, inclinados ante el Crucifijo: en fin, una cosa es razonar sobre las disposiciones secretas de los señores de la política humana y sobre la extensión de las últimas conferencias de Londres, y otra calcular la trascendencia de esta política divina que convoca a este Concilio ecuménico para afirmar la razón extraviada del género humano.

«El Concilio es el asunto de todas las conversaciones. Ha relegado muy lejos a multitud de pequeñas cuestiones y hechos diversos de los que se ocuparán en otros tiempos. Se ha salido de las anécdotas y de las memorias para entrar en la historia universal. Muy pronto va a ser escrita una de las grandes y nobles páginas de los anales de la humanidad. El Concilio es el acontecimiento más notable que dejará el siglo diez y nueve a la posteridad. Bonald ha dicho que la Revolución, comenzada por la proclamación de los derechos del hombre, no acabaría sino por la proclamación de los derechos de Dios. Será temerario y casi insensato pretender que la Revolución va a terminar; pero el día en que el Concilio sea indicado, se podrá decir que la contra-revolución comienza, y la libertad deberá regocijarse, porque la Revolución es la mayor enemiga y la negación misma de la libertad.

«Habrá en fin un camino abierto para salir de la anarquía sin caer en la tiranía; y todas las almas rectas, ahora desoladas por su fatal aislamiento, conocerán el terreno en donde puedan y deban unirse. Esto era una idea de los últimos años de Rossi. Un día, en el año de 1848, platicando con un sacerdote eminente de Roma, le refirió su vida llena de todos los ensayos y de todas las aventuras del pensamiento moderno. Al fin de esta especie de confesión, añadió: «Yo puedo decir que he visto todo..... exceptuando solamente un concilio

ecuménico;—y yo no desespere de verlo.» Lo hubiera podido ver, en efecto, sin el puñal de la Revolución. Pero el puñal de la Revolución no puede nada sobre los designios de Dios. La palabra de Rossi llenó de admiración al hombre distinguido que lo escuchaba. Hace veinte años, no se pensaba generalmente que el mundo pudiese encontrarse tan pronto maduro para un Concilio; Rossi no era un hombre común. Había sabido algo de la Iglesia, lo había olvidado; comenzaba a volverlo a aprender y a saberlo mejor. Una de las funciones divinamente impuestas al diablo, es frecuentemente enseñar el catecismo, y entonces es excelente en eso. Iluminado por estas luces renacientes, Rossi pronostica que solo la Iglesia podrá y sabrá pronunciar el *Fiat lux* que aclarará el caos en que ha caído el mundo.

«El momento ha llegado. La industria entre sus maravillas no ha podido producir un faro capaz de guiar al espíritu humano. En vista de esta carencia, Pio IX abre su boca sagrada, y la gran palabra, el *Fiat lux*, va a salir de sus labios. Parece que ya la luz asoma en el negro horizonte. Se sabe el día en que ha de aparecer la primera claridad, como se sabe el momento preciso en que debe mostrarse el primer albor de la aurora. Según mi opinión, muchos de los hombres que hubieran podido desear vivir en otra época deben al presente regocijarse de vivir en esta, porque ella será una de las épocas solemnes de la historia; ella verá por lo menos poner la piedra inquebrantable de la reconstrucción. Hay aquí, no diré yo una esperanza, sino una especie de convicción unánime, que Pio IX abrirá, presidirá, sancionará el concilio cuyo nombre va a inscribirse, por toda la duración del mundo, al lado y tal vez sobre los grandes nombres de Nicea y de Trento.*

* «Por medio de un concilio es, aún, como la Iglesia, a la manera de un ejército puesto en batalla é invencible, destrozará los esfuerzos del error y del mal, y victorioso, propagará y extenderá a lo lejos, en el mundo, el reinado de Jesucristo.

«Es en efecto, en un concilio ecuménico donde se manifiestan, en

hacer lugar para al mundo, alrededor de este sepulcro inmutable é inmortal.

«Allí está el centro del centro, la PIEDRA que sostiene todo el edificio de Dios. Aquí reside en espíritu la asamblea de los fieles, porque en cualquier punto de la tierra que habiten, todos aquellos que son de Cristo nuestro Maestro, en la pureza de su alma y en la pureza de su fe, se dirigen hácia la santísima cátedra de Roma, semejante al sol de la luz eternal de donde radia sobre ellos el esplendor de los bienes espirituales y de los dogmas sagrados.»

CAPITULO TERCERO.

LA GRAN FIESTA DEL CENTENARIO Y DE LA CANONIZACION.

En el mes de Junio, Roma ha visto las mas bellas solemnidades, tal vez, de que haya sido teatro la capital del mundo católico. Los obispos venidos de todos los puntos del globo donde ha sido predicada la religion de Jesucristo, han celebrado con el Santo Padre y una multitud inmensa de fieles extranjeros, el décimooctavo aniversario secular del martirio del primero de los Apóstoles y del Doctor de las naciones. ¡Todas las tribus, todas las lenguas, todos los pueblos han tenido representantes en estas juntas solemnes! Esto era como una imagen de la Jerusalem celestial, donde Juan vió una *multitud que ninguno podia contar*, y que en este mismo instante se enriquece con nuevos ciudadanos.

El alma se eleva y la inteligencia se engrandece con la sola idea de estas maravillas. Roma ofrece, ciertamente, un admirable espectáculo en estos venerables pontífices atletas, ágiles en las luchas del pensamiento, doctores de una religion de amor y de sacrificio, y en la afluencia de los creyentes que han acudido para protestar su fe. ¿Qué es lo que hacia palpitar tantos corazones? El recuerdo de una muerte ignominiosa, de una cruz y de una espada, de unos sepulcros oscuros; pero esta muerte recuerda el sacrificio, estos instrumentos de suplicio se han convertido en trofeos, y estos sepulcros están llenos de vida. ¡Cuántos millones de peregrinos han venido, despues de siglos, a tomar en presencia de estos huesos sagrados la sabiduría que aprecia en lo que valen las prosperidades de este mundo, y la fuerza para cumplir el deber hasta la efusion de sangre! ¡Esto es lo que hay de mas grande entre los hombres!

lla en tierra, sin exceptuar a ninguno, ni al Emperador, ni al Papa mismo; y una sentencia de excomunion amenaza al clérigo de servicio que se atreva a limpiar ó preparar el altar papal sin estar revestido de la Cotta. Este altar, donde solo el soberano Pontífice tiene derecho de celebrar misa, se eleva sobre siete gradas de mármol blanco; está aislado y mira, según el uso ordinario, hacia el Oriente. Cuatro columnas torneadas en bronce dorado, sostienen el pabellon. Fundidas en 1633, por orden de Urbano VIII, estas columnas no tienen ménos de 34 piés de altura. Están hechas con el bronce de las puertas del Panteon, y llenas de huesos de mártires. En los ángulos del cornisamento se distinguen cuatro ángeles de pié, volteados a los cuatro puntos del cielo. De sus piés parten cuatro repisas invertidas que, en su punto de union, sostienen un globo dorado que termina en una cruz. Todo esto parece de una mediana elevacion, y el mas alto palacio de Roma, el palacio Farnèse, no llega a la altura de este magnifico monumento. Desde el suelo ocupado por la estatua de Pio VI, hasta la cima de la cruz, mide mas de 86 piés.

La Confesion de San Pedro me parece resume completamente la historia de la Iglesia militante. Fundada por los Apóstoles, sostenida por los mártires, levantándose sobre las ruinas del paganismo vencido, llamando a los escogidos de Dios dispersos por los cuatro vientos, dominando al mundo por la cruz y llevando su cabeza augusta hasta las puertas del cielo; tal se muestra la Iglesia durante su peregrinacion. Pero esto no es mas que la primera parte de su existencia, ó mas bien la mitad de sí misma. Como su divino Fundador, la augusta Sociedad reina en el cielo y sobre la tierra: un templo verdaderamente católico debe representarla en este doble estado. Y hé aquí que al edificar a San Pedro de Roma, el genio de Miguel Angel es atravesado por una de esas iluminaciones repentinas que dan a luz obras maestras. Esclavo por mucho tiempo del arte pagano, el inmortal obrero levanta noblemente su cabeza, y de repente inspirado por

la fe, lanza a los aires la sublime cúpula. En esta creacion, la mas sublime que se conozca, el arte cristiano tendrá el espacio necesario para desarrollar, en toda su magnificencia, la idea de la Iglesia católica. Sobre estas vastas paredes de 130 piés de diámetro y de 300 de elevacion, el mosaico, pintura inmortal, representará bajo los mas brillantes colores a la Iglesia triunfante con sus gloriosas gerarquías: a los Santos, despues a la Reina de los Santos y de los Angeles; despues a la Augusta Trinidad; despues al Infinito; despues a la Cruz dominando a la eternidad y a la inmensidad, como ella domina al tiempo y al espacio.

Con todo eso, no solamente en pintura está presente en San Pedro de Roma la Iglesia del cielo: ella vive allí en las innumerables reliquias de sus santos y de sus mártires. Aquí, no hay un habitante de la Jerusalem celestial que no os traiga a la memoria su presencia por un vivo recuerdo.

JESUCRISTO EL REY DEL CIELO. Hé aquí una parte notable de su cruz, el hierro de la lanza que le traspasó el costado, el lienzo sobre el cual está impreso su rostro adorable.

MARIA, la Reina del cielo. Hé aquí una parte del velo sagrado del que usaba.

SAN JUAN BAUTISTA, el mas grande de los hijos de los hombres.

SANTA ANA, SAN JOSÉ. Hé aquí una parte de sus cenizas y de sus vestiduras.

LOS APÓSTOLES Y LOS EVANGELISTAS. Hé aquí los cuerpos gloriosos de San Pedro, de San Pablo, de San Simon, de San Júdas, las reliquias de San Andrés, de Santiago el Mayor, de San Bartolomé y de San Lucas.

LOS PONTÍFICES. Hé aquí los cuerpos de treinta y cinco papas, santos ó mártires: Lino, Cleto, Anacleto, Evaristo, Sixto I, Telésforo, Higinio, Pio I, Eleuterio, Víctor, Fabio, Juan I, Juan II, Leon I, Gelasio II, Simaco, Hormisdas,

Agapito, Gregorio I, Bonifacio IV, Adeodato, Eugenio I, Vitalio, Agaton, Leon II, Sergio I, Gregorio II, Gregorio III, Zacarías, Paulo I, Leon III, Leon IV, Nicolás I, Leon IX, Félix IV.

LOS SACERDOTES, LOS DIACONOS Y LOS RELIGIOSOS. Hé aquí a Santo Tomás de Villanueva, a San Francisco de Asís, San Antonio de Padua, San Pedro de Alcántara, San Bernardino de Sena, San Felipe Neri, San Estéban, San Lorenzo, San Vicente, San Pablo Ermitaño, San Antonio Abad.

LOS MARTIRES de toda edad, de todo sexo y de toda condicion:

Hé aquí, a más de los que acabamos de nombrar, a San Proceso y San Martiniano, carceleros de San Pedro; San Anastasio, San Teodoro, San Niceo, San Aquiles, los Cuarenta Mártires, San Gorgonio, San Tiburcio, Santa Petronila, Santa Bibiana, Santa Teodora, Santa Ágata, Santa Colomba, Santa Susana, Santa Balbina, Santa Rufina, Santa Catarina, Santa Pudenciana, Santa Margarita, y una multitud de otros *venidos de en medio de la gran tribulacion, despues de haber lavado sus vestiduras en la sangre del Cordero.*

Tales son los habitantes de San Pedro de Roma, tales los testigos que os aguardan allí, los hermanos que os recibirán, los amigos que os consolarán, los modelos que os mostrarán sus palmas y sus coronas. ¿Conoceis vosotros un conjunto mas augusto, un lugar mas santo, una imágen mas perfecta del cielo y de la tierra? ¿Desgraciado del viajero que tiene ojos y no ve estas cosas, un espíritu y no las comprende, un corazon y no las siente! *

* Las tres Romas.

*Decoraciones para la gran solemnidad del 29 de Junio. **

La basilica vaticana, trasformada con sus vestidos de fiesta, está adornada con un buen gusto y una magnificencia verdaderamente dignos de la Ciudad eterna y de la inmortal solemnidad que se celebra.

Las entradas del templo sagrado y la plaza de San Pedro están salpicadas, aquí y allí, con una arena amarilla brillante, follaje y flores de todas clases. La florida naturaleza ha querido, tambien, pagar su tributo a la fiesta de los Apóstoles.

Arriba de la gran puerta de la entrada del vestíbulo, esta-

* La decoracion es sencilla, pero muy rica y de un gusto excelente. Esta vez no se ha imaginado, con el pretexto de embellecer esta incomparable basilica, levantar construcciones interiores que la desfigurarian enteramente. El templo sagrado conserva toda la belleza de su arquitectura, toda la pureza de sus contornos, de suerte que, San Pedro permanecerá San Pedro, en toda su majestad y su grandeza con satisfaccion de todos.

Las pilastras, los nichos de los santos, las paredes de los muros, están decoradas con galones de oro, y ricas colgaduras de seda encarnada, bajan con gracia de todos los arcos de las bóvedas entre cada pilar. Entre estos mismos pilares, en todo el largo de la gran nave, se han colocado magníficos estandartes de un tamaño colosal, representando los diversos milagros obtenidos por la intercesion de los Bienaventurados que van a ser canonizados. Se sabe que estos estandartes, en las fiestas de canonizacion, tienen un origen maravilloso. Un gran número de autores, y particularmente los Bollandistes, refieren que el Papa Inocencio IV, procediendo en 1253, a la canonizacion de San Estanislao mártir, Obispo de Cracovia, vió aparecer en los aires, en el instante que pronunció la sentencia solemne, un soberbio estandarte de color encarnado púrpura, sostenido por la mano de los ángeles, representando en su centro al santo Obispo revestido con sus vestiduras pontificales. Para perpetuar este prodigioso recuerdo se introdujo el uso de estos estandartes en las canonizaciones. Unos se suspenden en las bóvedas de la basilica, otros son llevados con gran pompa en la procesion.

ha suspendido un hermoso globo verde, anunciando que el mundo entero está sujeto a la jurisdicción de Pedro, y más arriba un soberbio cuadro que representa el martirio de San Pedro y San Pablo. Sobre las otras puertas están colocados dos estandartes de formas colosales, mostrando en la gloria de los cielos a los bienaventurados, que, dentro de algunos instantes, van a ser elevados al honor de los altares.

El altar de la Confesión estaba magníficamente adornado, y salvo los candeleros de una admirable belleza y cinceladura, debidos a Cellini y otros artistas de primer orden, todo, hasta el lienzo y los ornamentos sagrados que sirvieron al Papa y a los que asistieron a la misa, es nuevo y ha sido hecho expresamente para la circunstancia.

Millares de candiles de cristal han sido artísticamente colocados en todas partes, y particularmente alrededor de los arcos de la nave mayor, donde están suspendidos enormes estandartes que representan los milagros debidos a la intercesión de los bienaventurados que van a ser canonizados.

Estos cuadros atraen particularmente las miradas de la multitud.

Estas escenas palpitantes tienen una elocuencia que va directamente al corazón, y que dicen muy alto cuál es el poder de los nuevos santos. Aquí hay una mujer atacada de un tumor canceroso de la peor especie, abandonada de todos los médicos, que se sentó sobre la silla que le sirvió a la B. Francisca de las Cinco Llagas de Jesús durante su vida, y que se vé, en el instante, sana y libre de todo mal. Aquí está otra mujer cuyo seno está devorado por la gangrena, y que los médicos han desahuciado de una manera irrevocable, que recobra instantáneamente la salud aplicando sobre el mal una imagen de la bienaventurada.

Más lejos, está Isabel Bouzonio, conducida á las puertas de la muerte por un cáncer de los más horribles, la cual, en 1850, coloca sobre su llaga un pedazo de la túnica del B. Leonardo de Port-Maurice, se duerme algunos instantes, y despierta en seguida completamente curada y sin ningún

rastros del mal que le había conducido á los bordes del sepulcro. Mas allá, se ve otra enferma, muy grave desde hace mucho tiempo, a quien se apareció Leonardo de Port-Maurice, rodeado de gloria, y dándole a besar la imagen de Jesucristo le dió la salud, mandándole que se levantase inmediatamente de su lecho. Por acá, hay otra persona, igualmente grave, que se hace llevar al sepulcro del B. Pedro Arbúes; se duerme; ve en sueños a la Santísima Virgen acompañada del santo, y despierta perfectamente sana. Por allá, están las reliquias de los mártires de Gorcum, las que, conducidas solemnemente en las calles de Bruselas, operan muchas curaciones milagrosas.

De este lado, se percibe la sangre del B. Pedro Arbúes, que hierve y sale en abundancia del pavimento de la iglesia donde fué martirizado, mientras que los canónigos, sus hermanos, celebran sus funerales; sangre que los fieles se apresuraban a recoger. Por otra parte, está una mujer, que había cegado, que recobra la vista aplicándose sobre los ojos el cáliz del B. Josafat. Allí un nombrado Adrian Orschot, que corta algunas matas del lugar del suplicio de los mártires de Gorcum, las encierra en una caja de madera, y las encuentra después de dos años con una frescura admirable, y con diez y nueve flores rojas hermosísimas, número igual al de los mártires. Bajo esta bóveda, el cuadro representa a un enfermo, atormentado por un tumor mortal, y que sanó viendo una imagen del B. Pablo de la Cruz y recurriendo a su intercesión. Bajo esta otra, está igualmente el Beato fundador de los Pasionistas, que, durante cuatro meses, multiplica el grano en un convento para alimentar a cuarenta y ocho de sus religiosos y un gran número de pobres con ellos. Cerca de la capilla de San Andrés, se detiene uno a considerar un noble polaco hecho esclavo de los bárbaros, reducido a prisión y sin ninguna esperanza. Invocó al Santo Josafat, quien es le apareció revestido con sus vestiduras pontificales. El santo toca sus cadenas con su báculo pastoral; éstas caen y Josafat manda al polaco libertado que vuelva a su patria. Hacia

la entrada de la basílica están dos cuadros de la pastora de Pibrac: Lucía Noël, reducida a un triste estado por la rotura del fémur derecho, se hace conducir al sepulcro de Germana Cousin, y regresa a su casa, por su pié, sana y robusta.

El otro representa a Francisca Huot, privada de toda clase de movimiento y cuyo cuerpo se había puesto casi insensible a consecuencia de una inflamación crónica de la médula espinal: después de haber hecho una novena a la pobre pequeña pastora de Pibrac, se siente renacer a la vida y recobra todas sus fuerzas y el uso de todos sus miembros.

Todos estos cuadros, debidos al pincel de excelentes artistas, y otros que pasamos en silencio, refieren las maravillas obradas por los bienaventurados; milagros que han conestado de la manera más auténtica, y que han servido de base en los procesos de su canonización. Se tuvo la feliz idea, de rodear estas pinturas, como con un marco de fuego, y coronarlas de guirnaldas y flores, para indicar sin duda que las luces más brillantes de este mundo quedan muy pálidas ante la virtud de los santos, y que hay allí algo más gracioso y más bello que los frutos y las flores de la naturaleza; estos son los beneficios y los milagros de los santos, estas flores y estos frutos del orden moral y religioso.

Por un pensamiento perfectamente acorde con la circunstancia, se colocó arriba de la puerta mayor, un último cuadro representando a los pueblos de todos los siglos y de todos los países acudiendo al sepulcro del Príncipe de los Apóstoles. Se ha hecho revivir esta época de fe en que los reyes y los príncipes venían en tropel a venerar este sepulcro sagrado, donde no se subía sino de rodillas las escaleras de la basílica, y donde el emperador Carlo Magno no quiso entrar nunca en el templo sagrado sino después de haber besado, una después de otra, todas las gradas que conducían a él. Después de esto, ¡qué cambio! Pero hé aquí que la fe se renueva, y el admirable movimiento que tenemos a nuestra vista, nos hace esperar bellos días en lo futuro.

Abajo del cuadro se lee la inscripción siguiente:

APOSTOLICA SEPULCRA
CHRISTIANORUM EX OMNI SEculo ET REGIONE
HOMINUM FREQUENTIA CELEBRANTUR.

Los frentes, las cornisas, y todo el rededor de la basílica está adornado con flores, guirnaldas, escudos de armas y millares de hachones y de cirios. En el friso de la cornisa están grabadas, sobre fondo de oro, estas memorables palabras: «Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. «A tí te daré las llaves del cielo.... Yo he orado por tí a fin «de que no desfallezcas en la fe. Confirma a tus hermanos, «Apacienta mis ovejas, apacienta mis corderos.»

En el fondo de la tribuna de la iglesia (coro) se eleva un elegante pórtico griego en el cual se encuentra el trono pontificio revestido con terciopelo carmesí. Arriba, sobre el frente del pórtico, aparece un grupo que representa a la Religión, y un poco más alto, se muestra todo resplandeciente de oro y de luz el triángulo de la Santísima Trinidad. A los dos lados del trono, que miran hacia la Confesión de los Apóstoles, se encuentran, sobre siete gradas, las numerosas sillas revestidas de tapicería que deben servir a los cardenales, a los obispos, a los generales de las órdenes, etc. *

* Una de las cosas que producen más efecto es la bella inscripción, forma mosaico, que se ha colocado sobre el friso de la soberbia cornisa que rodea a la basílica.

Es la historia del Papado, su institución, su primacía, la perpetuidad de su duración, los poderes sin límites que le han sido dados. El pensamiento de recordar de esta manera a los católicos, reunidos alrededor de la Cátedra de Pedro, las inmortales promesas de Jesucristo, ha parecido tan bello y de una actualidad tan feliz, que no ha habido sino un grito para pedir que las palabras divinas permanezcan para siempre a la vista de los fieles, perpetuadas por los trabajos indestructibles del mosaico. Este voto ha sido ya escuchado, y se nos asegura, que el Soberano Pontífice ha dado sus órdenes para que se le presente un proyecto sobre el particular.

Otro pensamiento bello es haber colocado el trono del Santo Pa-

La Basílica Vaticana.

Una de las mas bellas fiestas de la Iglesia debe celebrarse en el mas vasto y mas magnifico templo edificado por la mano de los hombres.

Católico ó protestante, creyente ó incrédulo; ya se haga profesion de gran espíritu, ya se sigan ingenuamente las impresiones de un corazón bueno y sencillo, bajo cualquier cielo que se haya nacido, bajo cualquier pensamiento que se le haya imbuido, yo no imagino una sangre tan fria, una situacion del alma tal, que pueda entrar sin gran emocion en San Pedro de Roma.—Y yo no hablo del efecto material del edificio, de la altura de sus bóvedas, de la inmensa extension de sus maravillosas naves, de las proporciones gigantescas de todos los objetos donde se fijan las miradas: yo no hablo de la obra humana: yo hablo de la idea que allí se respira... —San Pedro de Roma es la iglesia del Papa, es la iglesia de la iglesia, es el mas vasto y mas magnifico edificio que los hombres hayan consagrado a Dios; es el foco de un pensamiento cuyos rayos cubren al mundo; es el sepulcro de este pescador de Judea, de este hombre sencillo, sin letras, aun grosero, a quien no podemos negar que se le dijo: "Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia." No, en verdad; no hay nada solemne é imponente sobre la tierra, si este lugar, independientemente de todas sus magnificencias exteriores, no es en sí mismo solemne é imponente.

La impresion subsiste, y se aumenta cuando se recorre a San Pedro y se le estudia. La inmensa cantidad de obras de arte hacinadas en este inmenso recinto, donde han traído sus tributos mas de tres siglos, deja indudablemente a la crítica un vasto campo; pero nada debilita el fenómeno de fuerza y de grandeza que la inteligencia ha concebido primero. *

* Se lee en *El Standart*:

"San Pedro, el templo mas grande del mundo, hubiera sido sin

Todo es aquí colosal; todo parece eterno, todo tiene un nombre retumbante; y todo es pequeño no obstante, todo desaparece ante esta idea, que reina, que domina, que pasma. ¡Hé aquí el santuario del mas antiguo reinado, del mas asombroso poder que haya habido en el mundo; allí está especialmente el espíritu de este cuerpo milagroso, que hace diez y ocho siglos se llama la Iglesia católica; aquí han venido a orar hombres de todos los puntos del globo; no hay lugar conocido donde no se hayan elevado votos y oraciones, en donde no se haya derramado sangre por la gloria del nombre que se venera aquí! *

Once columnas del Templo de Jerusalem enriquecen el templo de la Nueva Alianza, el templo definitivo, contra el cual las puertas del infierno no prevalecerán, y que subsistirá aun cuando la tierra misma perezca. Una de estas columnas está guardada en la capilla de la Pietà. Ha tocado al Dios Hombre.

La confesion de San Pedro.

Mientras mas se avanza hácia la Confesion de San Pedro, mas aumenta el respeto. Para aumentarlo mas, un decreto de la Congregacion de Ritos, de 10 de Octubre de 1594, manda a todos aquellos que se acerquen a ella, pongan la rodi-

embargo aun mas enorme si Sangallo, Rafael, Miguel Angel y Barozzo, no hubiesen modificado el plano de Bramante. Su longitud en el interior es de 575 piés; su anchura en el crucero, pues forma una cruz latina, es de 417 piés. Su magnífica cúpula, obra de Miguel Angel, tiene 130 piés de diámetro, y la cruz que la termina está á 426 piés del pavimento de la nave. San Pedro no posee un solo cuadro pintado de aceite, sino reproducciones en mosaico de los mas célebres pintores. El número de las columnas de mármol, de bronce, de lapisláazuli, de granito, de pórfido, de alabastro, etc. que la decoran, es de 748; el de sus estatuas es de 400. San Pedro ha costado mas de quinientos millones."

* Louis Veillot.

El 29 de Junio de 1867.

28 de Junio, al medio día.—La fiesta comienza. Los cañones del castillo de San Angelo saludan al Pescador de Galilea, rey de Roma y jefe espiritual del mundo, con una salva de ciento un cañonazos. Durante una hora, todas las campanas de la ciudad repican a todo vuelo.

En la tarde.—El Santo Padre ha cantado las primeras vísperas, con el ceremonial de estilo, en la basílica vaticana. Ha bajado procesionalmente a la capilla Sixtina, precedido por el clero, los diversos prelados, obispos, arzobispos, patriarcas y cardenales.

Al Ave María.—La cúpula, la fachada y la columnata de San Pedro han sido iluminadas con 5,000 linternas venecianas, todas de color blanco, a las cuales una hora después se han añadido 800 fuegos brillantes. Toda Roma estaba en las calles que circundan al Vaticano, sobre el Puente de San Angelo, sobre las colinas del Janículo y del Pincio. La iluminación de la cúpula es la figura del triunfo de Pedro. Es la tiara, la tiara resplandeciente, suspendida arriba del sepulcro de los Apóstoles, y esta significación no escapó a nadie.

El 30 de Junio.—Amanece el día, y ya la ciudad está en un movimiento extraordinario. ¿De dónde vienen estas olas oprimidas que corren todas hacia San Pedro? Es menester preguntarlo a la tierra entera, a la Italia, y a la Francia sobre todo.

Abajo de la cátedra de San Pedro, con el triángulo de la Trinidad, cuyos rayos y resplandeciente luz vendrán a rodear é iluminar el lugar donde se sentará el Vicario de Jesucristo. Arriba, al nivel de la cátedra de Pedro, se han inscrito sobre un fondo de oro estas palabras: *Cathedra Petri.—Magisterium fidei.—Centrum unitatis.*
(Union.)

El castillo San Angelo ha enarbolado las banderas de la santa Iglesia, roja y amarilla, púrpura y oro. La Iglesia recibió estos colores de los Césares antiguos con el imperio del mundo. Los emperadores de Alemania, en su cualidad de gefes del Santo Imperio romano, las habían recibido de Roma, y ellos habían unido el negro, en señal de duelo por la pérdida de Constantinopla. Napoleón I destruyó el Santo Imperio, el cual abdicó él mismo. No hay ya razón para que la Alemania conserve estos colores. La revolución sabrá que vienen de la Iglesia y los rechazará: esperémoslo.

El cielo está tranquilo. Se levanta un viento fresco, un viento desusado que hace flotar en todos los balcones las hermosas cortinas. La procesión de los obispos sale del palacio y atraviesa la plaza, y se ven algunos ángeles que tienden arriba de estas cabezas veneradas nubes de plata. El Apocalipsis nos habla del *Angel de las Aguas*. Es un ministro del Señor a quien asisten las legiones de las potestades subalternas. ¿Por qué no se habían de disponer las cosas de la naturaleza de modo que nos agradara y que favoreciera la fiesta? Las aguas, suspendidas en la atmósfera, se desprenden de su administración.

Luego aparece el Soberano Pontífice llevado en la *sedia gestatoria*. Trae la mitra de oro. Es el Obispo de los obispos, el Vicario de Aquel *qui habet in vestimento et in femore scriptum: Rex regum et Dominus dominantium.* *

* El Santo Padre es precedido por el más magnífico cortejo. Primero iban los referendarios de la signatura, los ministros del Parque mayor, los votantes de la signatura de justicia, los clérigos de la cámara apostólica, rodeados de los ugières pontificios, los auditores de la Rota romana con el maestro del sagrado palacio; después los dos capellanes llevando la tiara y la mitra de que se sirve el Papa; después el maestro del sagrado hospicio, el prelado que tiene el incensario de oro, el auditor de la Rota llevando la cruz pontificia en medio de los siete candeleros, llevados por los prelados votantes a la signatura, el subdiácono apostólico, entre el diácono y el subdiácono griegos, los penitenciarios de la basílica Vaticana con su vara adornada con flores, los abades mitrados,

de la sociedad civil, que nos afligen, se ha dignado, en estos ilustres mártires, confesores y vírgenes, dar a su Iglesia nuevos defensores y a los pueblos fieles, ilustres ejemplos de virtud. Sigamos con el mayor cuidado las huellas insignes de estos santos, é inflamados más y más en el mismo espíritu de fe, de esperanza y de amor de Dios, despreciemos las cosas de la tierra, no consideremos mas que las del cielo; marchemos con un paso mas alegre en los senderos del Señor, renunciemos a los deseos del siglo, vivamos sóbria, justa y piadosamente, y animados todos con el mismo espíritu, soportémonos los unos a los otros; llenos de sentimientos de fraternidad, compasivos, modestos, humildes, esforcémonos en asegurar por nuestras buenas obras nuestra vocacion y nuestra eleccion.

«Pero que nos sea permitido en lo de adelante levantar con toda humildad y confianza los ojos hácia vos, Señor Dios Nuestro, que rico en misericordia, manifestais vuestra omnipotencia, sobre todo, perdonando y compadeciendo. Echad una mirada propicia sobre vuestra Santa Iglesia, a quien agita la tempestad; ved a la sociedad humana sujeta a tantas agitaciones; por los méritos de vuestros Apóstoles Pedro y Pablo, y de estos mártires, confesores y vírgenes, apartad de nosotros vuestra cólera, multiplicad sobre nosotros vuestra misericordia; haced por vuestra virtud todopoderosa que la Iglesia, triunfando en todas partes de sus enemigos, se extienda todos los dias más y más con felicidad y éxito; haced que todos los pueblos, rechacen el error y domén al vicio, se encuentren en la unidad de la fe y en el conocimiento de vuestro Hijo, Nuestro Señor Jesucristo; defended a esta ciudad con vuestra diestra divina contra las asechanzas y los esfuerzos de sus enemigos.»

En la misa solemne del 29 de Junio, celebrada por el Soberano Pontífice sobre el sepulcro de los Santos Apóstoles, enfrente de la Cátedra de San Pedro, ha habido un momento de una magnificencia inaudita: este es aquel en

que todos los obispos, en número de cerca de quinientos, han entonado el Credo, el Símbolo de San Atanasio, la expresion de la fe de la Iglesia desde el principio, la expresion de la fe católica sobre toda la tierra. Todos estos hombres doctos, instruidos en lugares diferentes, que pertenecen a nacionalidades diversas y frecuentemente enemigas, que varios no se conocian sino algunos dias ántes, han espontáneamente, por decirlo así, y sin estar concertados, expresado las mismas creencias, en los mismos términos, sin vacilacion, sin reserva, con una conviccion que no retrocederia ante el martirio. Y ninguno de ellos ha hablado por sí solo; todos representan a diócesis, a poblaciones enteras que obedecen a su autoridad, hablan y piensan como ellos, y como ellos, están prontas a sellar su fe con su sangre. ¿Dónde encontrar un espectáculo mas grande, en este momento, sobre todo, en que fuera de la Iglesia, no hay mas que divisiones, guerras, conflictos, y donde las sociedades, disueltas por los principios revolucionarios, se reducen a no ser mas que restos de hombres?

En el Ofertorio, las ofrendas propias al rito de la canonizacion fueron presentadas a Su Santidad; hubo siete, correspondientes al número de las causas de canonizacion. Cada una de ellas consistia en cinco cirios adornados de pinturas, en dos panes, dos pequeños barriles llenos, uno de vino y el otro de agua, y en tres jaulas, encerrando, la primera dos tórtolas, la segunda dos palomas, la tercera algunos pajaritos. La presentacion fué hecha por los Eminentísimos Cardenales que forman la Sacra Congregacion de Ritos, acompañados de las personas que están designadas en el ceremonial.

Miéntas que se verificaba esta ceremonia, tres coros, formados de mas de cuatrocientas voces, cantaban las palabras: *Tu es Petrus*, y las siguientes hasta *Portæ Inferi non prævalebunt*, puestas en música para esta solemnidad por el Capellan Chantre pontificio Dominique. El efecto fué verdaderamente maravilloso. Se hubiera dicho al oír a los cien-

to veinte niños colocados en la cúpula, que era la voz de los ángeles del cielo la que respondía a la Iglesia militante para proclamar y exaltar el poder invencible de Pedro.

Concluida la presentación de las ofrendas, el Santo Padre terminó el Santísimo Sacrificio, después del cual el Eminentísimo cardenal Mattei, arcipreste de la Basílica, y dos Canonigos, le hicieron, según estilo, la presentación del presbiterado.

De ahí Su Santidad fué sobre la *Sedia gestatoria*, a la capilla de la Piedad, donde se quitó los ornamentos sagrados.

Significación de la fiesta del 29 de Junio.

«La luz resplandeciente de la eternidad hizo brillar con hermosura el día que vió el triunfo de los Príncipes de los Apóstoles.»

Por esto la Iglesia, cada año, celebra el martirio de los Apóstoles San Pedro y San Pablo. A todos estos esplendores del primer día, esta vez se añade el brillo secular, y la Iglesia entera canta, después de diez y ocho siglos:

«Hoy, San Pedro fué colocado en el suplicio de la Cruz: *Alleluia!* Hoy, aquel que tiene las llaves del Reino de los Cielos fué a unirse con Cristo en la felicidad. Hoy el Apóstol San Pablo, la luz del mundo, inclinó su cabeza bajo la espada por el nombre de Cristo, y fué coronado con el martirio: *Alleluia!*»

Este día, el sol que iluminó este aniversario diez y ocho veces secular no vió en el mundo nada más grande que Roma.

París entretanto ostenta todas las riquezas de la tierra y las maravillas de la civilización; pueblos y príncipes se han dado allí citas. Mas ya Babilonia y Menfis, Atenas y la Roma de los Césares habían presentado al mundo espectáculos semejan-tes; habían visto muchas veces el triunfo de los

Sesostris, los Alejandro y los Césares, todas las magnificencias de la civilización y las glorias de los príncipes de la tierra. Nada de todo esto es nuevo para el sol. ¡Brillo efímero, triunfos de un día! Todo ha desaparecido.

Roma, por la primera vez, ofrece al universo un espectáculo único é incomparable. Ella aparece con una belleza siempre antigua y siempre nueva, llena de gloria y de majestad; celebra un triunfo inmortal.

Sin duda, las naciones han acudido a París; los reyes también han ido allí: el placer los llamaba.

En Roma, es cierto, no ha habido un concurso tan inmenso; y entre todos estos reyes de la Europa cristiana, no se han encontrado príncipes presurosos en responder al llamamiento del Pontífice-Rey.

No os toca venir a vosotros ¡oh ricos y poderosos de la tierra! a estas fiestas del martirio, vosotros que preferís el placer, los gozos de la riqueza, las satisfacciones del orgullo, a Cristo y a su Iglesia.

Pero hé aquí que a la voz del sucesor de Pedro, acuden los siervos de Cristo de todas las extremidades del mundo. ¡Vosotros los primeros, pastores del pueblo fiel, obispos de la santa Iglesia!

Ellos vienen del Occidente, del Norte, del Mediodía y del Oriente, de los continentes y de las islas; porque la Iglesia de Dios está en todas partes. Los mares no son bastante extensos para detener su marcha; los bosques salvajes no tienen profundidad que los detenga, y el desierto ha dado los suyos. Vedlos llegar; son por centenas. Y estos sacerdotes innumerables, y estos católicos de todos ritos y de todas lenguas, apenas han tocado el suelo sagrado, los unos se postran y besan la tierra romana, sede de la Iglesia madre y maestra; los otros, desde que descubren la cúpula santa, como el poeta antiguo de la ciudad reina del mundo, exclaman en su entusiasmo: ¡Oh muros de la gran Roma; *Alta mænia Romæ!* Y avanzan cantando los himnos del gozo y del triunfo. ¡*Magnificat anima mea Dominum!*

A la vista de Pio IX, estallaron aplausos entusiastas. La multitud se agita; millares de pañuelos se ven flotar, y a lo lejos el ruido de las aclamaciones llega al oído como el bramido del mar.

Es difícil entrar en la basílica. Millares de sacerdotes se han perdido en la inmensa multitud, y personajes considerables no han podido encontrar lugar en las tribunas. Pero un sentimiento verdadero y profundamente cristiano surge en el espíritu de todos: y es que importa menos ver los esplendores de la ceremonia que el hacer actos de presencia de adhesión y de fe.

El Santo Padre entró al son de las trompetas de plata y al canto del himno: *Tu es Petrus*. El aspecto general de la gran nave, toda iluminada y adornada con cortinas y pinturas, es

los quinientos obispos y cardenales, todos con sus vestiduras sagradas y rodeados de su numeroso séquito; después los senadores y los conservadores de Roma, con el príncipe asistente al trono, el gobernador de la ciudad, los dos diáconos asistentes, el cardenal diácono ministrante, y por último, el Soberano Pontífice, llevado sobre la *sedes gestatoria* en medio de los *flabelli*, que llevan en la mano izquierda un cirio y con la derecha bendicen al pueblo. Alrededor de él marchan los oficiales superiores de su casa y de su guardia, después vienen el auditor general y el tesorero general de la cámara apostólica, el mayordomo a la cabeza de los camareros de capa y espada, los protonotarios apostólicos, los generales de las órdenes, etc., etc., etc. Con dificultad se podrá tener una idea del esplendor y la dignidad de una procesión donde se han desplegado todas las riquezas de la pompa romana, y en la que han tomado parte quinientos obispos venidos de todos los puntos del globo.

Los obispos, arzobispos y patriarcas del rito latino llevaban la capa de lana de oro y la mitra de lino; los de los ritos orientales, los ornamentos que les son propios. Todos estos 450 preladados, dispuestos según el orden de precedencia, se avanzaban de dos en dos. Los patriarcas, arzobispos y obispos latinos marchaban al lado de los patriarcas, arzobispos y obispos griego-melchitas, griego-rutenos, griego-rumenos, griego-búlgaros, armenios, sirios, caldeos, maronitas, coptas. ¡Espectáculo imponente, que Roma no había contemplado desde hace muchos siglos! Detrás de los patriarcas venían los cardenales-diáconos, con dalmática; los cardenales-presbíteros, con casulla, y los cardenales obispos, con capa.

deslumbrante. Las luces esparcen poco brillo. Hay algunos arabescos y dibujos transparentes con luz detrás, entre los cuales, uno suspendido en medio de la Iglesia, figura la cruz volteada del Apóstol, coronada por la tiara y las llaves. Pero en lo alto de la nave y de la cúpula se eleva un vapor de oro de un encanto inexplicable, que hacen valer sobre todo los tintes azulosos que se distinguen en las naves laterales.

Después de haber recibido la obediencia de los cardenales, el Santo Padre ha invocado a la corte celestial. La Iglesia cantó las Letanías de los Santos, después los sopranos de la capilla pontificia, entonaron el *Veni Creator*, al cual contestó todo el pueblo. Después de estos preliminares, el Papa con la mitra puesta, sentado sobre su trono y rodeado de toda su corte, levanta la voz en calidad de doctor y jefe de la Iglesia universal y dió su decisión solemne: «Ad honorem sancte et individue Trinitatis, ad exaltationem Fidei catholice et christiana religionis augmentum, auctoritate Domini Nostri Jesu-Christi, beatorum apostolorum Petri et Pauli, ac nostra matura deliberatione præhabita, et divina ope sæpè implorata, ac de venerabilium fratrum nostrorum sancte Romanæ Ecclesiæ cardinalium, patriarcharum, archiepiscoporum et episcoporum in Urbe existentium consilio, beatos (siguen los nombres de todos los Bienaventurados) sanctos esse decernimus et definimus, ac sanctorum catalogo adscribimus: statuentes ab Ecclesia universali eorum memoriam quolibet anno (indicacion de los dias en que se han de celebrar las fiestas) pia devotione recolere. In nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti. Amen.»

Apénas se escuchó esta decisión de Pedro, pronunciada sobre la tierra, y ratificada en el cielo, cuando el cardenal procurador y el abogado consistorial se arrojaron a los piés del Vicario de Jesucristo para darle gracias y pedirle que mandara la expedición de las letras apostólicas relativas a la canonización.

Habiéndoles respondido el Papa: *Decernimus*, el abogado consistorial, mientras que el cardenal fué a besar la mano y

el pié del Papa, se dirigió hácia los protonotarios y los notarios apostólicos, para requerirlos que dirigieran el acto público de la canonización; el dean de los protonotarios respondió: *Conficiemus*; y como son indispensables los testigos para la validez de todo acto público, se dirigió á los camareros, colocados al pié del trono pontificio, y a todos los demás para que diesen testimonio de lo que había pasado, y los interpelló, diciendo: *Vobis testibus*.

Durante este tiempo se levantó el Papa, se quitó la mitra y entonó el *Te-Deum* en acción de gracias, con una voz vibrante y llena de emoción. Este fué uno de los momentos mas solemnes, mas imponentes y mas majestuosos de la ceremonia. A la voz del Papa respondieron todos los asistentes, con un acento, un entusiasmo, un trasporte de gozo y de felicidad imposible de describir; las lágrimas inundaban los ojos de un gran número, y las emociones mas vivas y tiernas que pueda sentir el corazón humano se desbordaban de las almas de todos.

La misa pontifical.--Homilía de Pio IX.

El Santo Padre celebró la misa pontifical con esa piedad angélica que encanta a todos los asistentes.

Durante el gran oficio del Centenario y de la Canonización, el Santo Padre quiso tener cerca de él a Mr. el Arzobispo de Tolosa, diócesis de Santa Germana Cousin, a Mr. el Arzobispo de Zaragoza, diócesis de San Pedro de Arbúes, y a Mr. el Arzobispo de Tarso, porque este prelado nació en Tarso de Cilicia, diócesis de Pablo, apóstol de los Gentiles. *

* Mr. el Arzobispo de Tolosa, que tenía la palmatoria, dijo que nunca había tenido una idea mas grande de la santidad de Pio IX, sino despues de haberlo visto de cerca celebrando la misa como un ángel.

Despues del Evangelio, el Papa pronunció una tierna homilía en latin, cuya traducción es la siguiente:

«Venerables Hermanos y queridos Hijos: ha llegado este dia en que por un beneficio especial de Dios, nos ha sido dado celebrar la solemnidad secular de los Bienaventurados Pedro y Pablo, y decretar el culto y los honores de los santos, a varios héroes de la religion divina. Por esto regocijémonos en el Señor, y entreguémonos a una alegría espiritual, en este dia glorioso y digno de ser honrado con la veneración y el gozo de todo el universo católico, y sobre todo de nuestra ciudad. Porque en este dia solemne, Pedro y Pablo, estos luminares de la Iglesia, estos grandes mártires, estos doctores de la fe, estos amigos del Esposo, estos ojos de la Esposa, los pastores del rebaño, los custodios del mundo, subieron al cielo por medio de un dichoso martirio. *

Por ellos el Evangelio de Cristo ha brillado para tí, ¡oh Roma! Tú que eras una maestra del error, te has convertido en discípula de la verdad. Ellos son los que, para introducirte en el reino celestial, te han fundado mucho mejor, mucho mas felizmente que aquellos que echaron tus fundamentos. Ellos son los que te han elevado a ese título de gloria, a fin de que, hecho el pueblo santo, la nacion escogida, la ciudad sacerdotal y real, y la capital del mundo por la sede sagrada de Pedro, tu dominio sea mas vasto por la religion divina, que lo fué en otro tiempo por las armas. † Estos dos hermanos que llevan vestiduras espléndidas, son los hombres de misericordia, nuestros venerables padres, nuestros verdaderos pastores que nos han engendrado para el Evangelio.

«¿Quién es mas glorioso que Pedro? Iluminado por una luz divina, él ha reconocido y proclamado ántes que ningun otro el altísimo misterio de la Majestad Eterna; él ha confesado que Cristo era el Hijo de Dios vivo, y estableció de es-

* Sancti Petri Damiani, sermo 27.

† S. Leonis, sermo 82 et 80.

ta manera los fundamentos sólidos é inmutables de nuestra creencia. * Él es la piedra firmísima sobre la que el Hijo del Padre Eterno ha fundado su Iglesia con una solidez tal, que las puertas del infierno no prevalecerán jamás contra ella. A él es a quien Cristo, Señor nuestro, ha dado las llaves del reino de los Cielos, y encomendado el poder supremo, el cuidado de apacentar los corderos y las ovejas, de confirmar a sus Hermanos, de gobernar a la Iglesia universal, a él, cuya fe no desfallecerá ni en él ni en sus sucesores sobre la Cátedra Romana.

«¿Quién es mas dichoso que Pablo, a quien el Señor eligió para proclamar su nombre ante los pueblos y los reyes, ante los hijos de Israel, ** y que arrebatado hasta el tercer cielo fué iniciado en los secretos celestiales, a fin de que, futuro doctor de las Iglesias, aprendiese entre los ángeles lo que tenia que predicar entre los hombres? †

«Los bienaventurados Pedro y Pablo, predicando con un mismo espíritu el Sacramento de la nueva ley, sufriendo sin cesar por el Señor, peligros, dificultades, trabajos, penas y tormentos; llevan el nombre de Cristo y su religion entre los gentiles, triunfan de la filosofia pagana, destruyen la idolatría de su trono, esparcen la luz de la verdad evangelica por sus actos y sus escritos en todas direcciones, haciendo que su palabra resuene en toda la tierra; y se les vió el mismo día poner a su doctrina el sello de su sangre por una muerte heroica.

«Así, Venerables Hermanos y muy queridos Hijos, mientras nosotros celebramos con ritos solemnes y un gozo extraordinario, la gloria de estos dos Apóstoles, y rodeamos con toda veneracion sus cenizas sagradas, cerca de las cuales estamos aquí reunidos, exaltemos en nuestros discursos

* S. Maximi, homilia 68.

** Hechos de los Apóstoles.

† S. Maximi, hom. 68.

sus ilustres acciones, y sobre todo, imitemos sus virtudes con nuestro mas ardiente celo.

«Tambien un gozo profundo nos inunda, cuando Dios nos permite, en este dichoso día, decretar el culto y los honores de los santos a los mártires invictos de Cristo, Josafat Kounéviev, obispo de Polotsk, del rito rutheno; Pedro Arbúes, Nicolás Picci y sus diez y ocho compañeros; a los dos gloriosos confesores Pablo de la Cruz, Leonardo de Port-Maurice, y en fin, a las ilustres vírgenes María Francisca de las Llagas de Nuestro Señor Jesucristo y Germana Cousin.

«Todos, aunque rodeados de nuestras debilidades, y sobre esta tierra de destierro, sujetos a grandes peligros y a numerosas peregrinaciones; pero animados con una caridad ardiente, con una fe inmutable, y una esperanza invencible, así como con un ardiente amor por el prójimo, llevando en todas partes, en sus cuerpos, la mortificacion de Cristo, y hechos las imágenes de los Hijos de Dios, sufriendo por amor de Cristo las mayores angustias, han triunfado magnificamente de la carne, del mundo y de las asechanzas del demonio. Han ilustrado, por el esplendor de su santidad y por sus brillantes prodigios, a la Iglesia católica, y nos han dejado para imitar los mas generosos ejemplos de todas las virtudes.

«Hechos ahora los amigos de Dios, revestidos de las vestiduras blancas, participan del sumo gozo de la Jerusalem celestial, y se embriagan con los dones que sobreabundan en la casa del Señor; porque el Señor los colma con el gozo de su semblante, y los inunda con un torrente de placer; brillantes como el sol, poseen la palma y la corona, reinan con Cristo en la eternidad y oran por nosotros, seguros ya de su propia inmortalidad, y solícitos aun del cuidado de nuestra salud.

«Así, pues, Venerables Hermanos é Hijos muy amados, demos al Dios de todo consuelo abundantes acciones de gracias, porque en medio de las calamidades de la Iglesia y

El gran día los ha reunido a todos. Están allí, en la inmensa Basílica, ante el sepulcro de Pedro, obispos, sacerdotes y pueblo cristiano rodeando al Pontífice supremo. ¡Qué espectáculo! ¿Se había visto nunca una asamblea semejante? ¿Qué rey ha tenido una corte de esta naturaleza, qué triunfador vió alrededor de él tal celo?

Este rey que celebran así, era un pobre pescador; que triunfó victorioso sobre un patíbulo. Pero han pasado diez y ocho siglos, y su imperio se ha extendido por toda la tierra, y su triunfo ha conquistado las almas. ¡Reinado sublime, poder incomparable! Pedro ha reinado en nombre de Jesucristo; en él se han realizado las eternas promesas de Dios a su Divino Hijo: «Yo te daré las naciones en herencia,» y se ha verificado en su persona lo que había predicho Cristo de sí mismo, «que estando sobre la Cruz, atraería todo a Él.»

Para celebrar las conquistas de la civilización, la Francia convocó a sus poetas, y les pidió un canto nuevo para triunfos nuevos. Los poetas han cantado a precio de oro. La Iglesia no tiene necesidad de himno nuevo y no paga a sus poetas; ella tiene un canto secular.

Hoy, como en tiempo de las Catacumbas, para celebrar la gloria de su rey y la grandeza de sus victorias, ella ha vuelto a decir la inmortal palabra de Cristo: «Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las potencias del infierno no prevalecerán nunca contra Ella.»

Nada ha faltado para aniquilar la divina promesa; pero, por esto mismo, nada ha faltado para darle la más brillante confirmación. Desde el día en que Pedro fué condenado a muerte por las órdenes de Neron, hasta aquel en que Pío IX fué lanzado de Roma, todo se ha conjurado contra la Iglesia; el infierno ha desencadenado todas sus potencias contra la piedra misteriosa. Ni la duración de las persecuciones, ni el rigor de los suplicios, ni los cismas, ni las herejías, ni la ambición de los reyes, ni los ataques, aquí de las pasiones, allá de las incredulidades, han podido hacer nada contra

ella. Pedro ha permanecido piedra, y la Iglesia reinado constantemente sobre esta roca. *

¿Qué otro imperio está fundado por la muerte de su jefe? ¿Qué dinastía de reyes ha durado jamás tantos siglos, sin cambio y sin interrupción? ¿Dónde se ha visto reinar un príncipe sin armas, sin tesoro, casi sin territorio? ¿Cuál es pues, este poder misterioso que no posee nada en la tierra, pero que domina al mundo por su influencia y su autoridad,

* Hé aquí un noble pasaje de la Circular de Mr. el obispo de Orleans:

«El décimoctavo aniversario secular del martirio de San Pedro, solemnizado allí mismo donde el Apóstol derramó su sangre por Jesucristo, al pie de esta Cátedra, donde se sentó el primero, y que sus sucesores ocupan aún! ¿Hay aquí abajo una potencia que haya podido jamás celebrar una fiesta semejante sobre esta tierra, triste región ¡ay! de la movilidad, de los trastornos y de las ruinas?

Pero es consolador a nuestra fe el ver con nuestros propios ojos esta maravilla de una cosa que no se acaba, este brillante testimonio dado por los siglos a la más admirable palabra, la más insensata si no fuese divina: *¡Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra Ella!*

«Sobre esta tierra de Roma, llena de la ceniza de las generaciones, en todas partes nuestros ojos ven restos antiguos, en todas partes nuestros pasos tropiezan con escombros: escombros de lo que haya habido jamás de más fuerte, de más durable aquí abajo; los hombres admirados habían cantado la eternidad: *¡Imperium sine fine!* Pero no, nada de lo que es del hombre es inmutable. No hay mas que una cosa acá en la tierra que no cambie, que no caiga, que no pase jamás, y esta cosa es la más débil, la más desarmada, la más frágil en apariencia: tal es un anciano, que puede morir mañana, que la fuerza puede lanzar, que la cólera impía de un potentado puede perjudicar, de quien los príncipes y pueblos pueden burlarse; pero que, sin embargo, ni príncipes, ni pueblos, ni cólera, ni fuerza harán desaparecer, y que orará sobre la tumba de todos aquellos que cantan su muerte; porque un día, hace diez y ocho siglos, cuando no era más que un pobre pescador del lago de Génésareth, se le dijo esta palabra: *¡Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra Ella!*

«¿Qué se han hecho las naciones que cubrían la tierra, y las dinastías que reinaban sobre los pueblos, cuando Neron mató a Pedro y a Pablo, allí mismo donde se levanta hoy el Vaticano? ¿Dón-

los fieles presentes en Roma no habla solamente en su propio nombre, sino que habla a nombre de la mayoría de las poblaciones de la Europa y de la América, a nombre de las cristiandades esparcidas en las vastas regiones del Asia, del Africa y de la Oceanía...

De suerte que podemos afirmar la exactitud de esta expresión ¡que el mundo católico está en Roma!

Los obispos congregados en Roma, se han reunido, nacion por nacion, para nombrar una comision encargada de redactar un Discurso para el Soberano Pontifice. La comision debe constar de treinta obispos, repartidos de esta manera: por la Francia, 4; el Austria, 3; la España, 3; la Italia, 3; la Inglaterra, 2; la Irlanda, 2; la Bélgica, 1; la Holanda, 1; la Prusia, 2; la Baviera, 1; la Suiza, 1; el Portugal, 1; la América del Norte, 3; el Brasil, 1; México, 1; el Oriente, 3.

Los tres comisionados por los obispos orientales, son los señores Valerga, patriarca de Jerusalem; Hassoun, arzobispo-primado de los obispos armenios; y Laguillat, un frances, Vicario apostólico de la China.

Los obispos españoles, presididos por S. E. el cardenal arzobispo de Santiago de Compostela, han nombrado a los tres mas antiguos de entre ellos.

Los obispos franceses han nombrado a S. E. el cardenal de Bonnechose, arzobispo de Ruan; S. E. el cardenal Mathieu, arzobispo de Besançon; Mr. Dupanloup, obispo de Orleans, y Mr. Regnier, arzobispo de Cambray.

—Se lee en el *Univers*:

«Mr. Grant, Obispo de Southwark, ha escrito al *Times*, con fecha de 13 de Julio, una carta que este diario publica en su número del 14, y que contiene detalles interesantes sobre la manera con que se ha preparado el Discurso de los Obispos al Papa. Despues de haber cumplimentado al *Times* por la descripcion que habia dado de las fiestas de Roma, el prelado llega al objeto de su carta, que es rectificar cier-

tos pormenores inexactos sobre la parte tomada por los obispos de Inglaterra en la redaccion del Discurso.

Hé aquí la traduccion:

«Cuando se convino presentar un Discurso al Santo Padre, los Obispos de cada nacion eligieron uno ó varios de entre sí para que los representasen en la comision encargada de redactar este documento. Los obispos ingleses, en número de ocho, eligieron unánimemente a su arzobispo y le comunicaron verbalmente, no por escrito, así como a mí, como colega suyo, su parecer sobre los asuntos que ellos consideraban que debian mencionarse probablemente en el Discurso. Tuvieron así la ocasion de hacerle conocer su opinion sobre otras importantes materias, y reinó la mas perfecta armonía sobre todos los puntos entre el Arzobispo y sus colegas.

«Cuando los diputados de las diferentes naciones se reunieron el 22 de Junio, el cardenal De Angelis, subdean, segun el órden de las consagraciones, leyó un proyecto que contenia quince puntos, los que fueron propuestos como bases del Discurso. Este proyecto habia sido preparado por un prelado romano, y estaba escrito en italiano. Habiendo manifestado algunos Obispos el deseo de oírlo en latin, el Cardenal Arzobispo de Besançon hizo primero esta lectura, y en seguida fué hecha por el Arzobispo de Colocza, de Hungría.*

* Un Obispo de Oriente fué el que, en excelente latin, expresó el deseo de que el Discurso fuese leído en la lengua de la Iglesia, diciendo que él no habia hecho un viaje tan largo para venir a Roma, sino a la Sede de Pedro, *non ad urbem, sed ad sedem*. S. E. el cardenal Mathieu, arzobispo de Besançon, con una facilidad y elegancia de estilo que todo el mundo admira, leyó inmediatamente el proyecto en latin; por desgracia lo habia pronunciado a la francesa. Habiéndolo escuchado el obispo oriental, se levantó y dijo: *Nihil intellexi*. Lo que hizo sonreír a la grave asamblea. Entónces Mr. Haynald, arzobispo de Colocza, volvió a comenzar la lectura en latin con la pronunciacion italiana, y el prelado oriental dió su aprobacion.

(Nota de la Redaccion.)

«El proyecto fué adoptado por unanimidad, despues que el Obispo de Grant, del rito oriental, hubo emitido el voto de que el Discurso contuviese una expresion de gratitud de parte de los Orientales por la constante benevolencia con que Pio IX los ha tratado desde su elevacion al trono pontificio.

«Conforme al precedente de 1862, se resolvió que seis prelados, con el cardenal de Angelis a su cabeza, compusiesen el discurso que seria leído el miércoles siguiente, 26 de Junio, a la comision general. La sub-comision suplicó al arzobispo de Colocza y al arzobispo de Thessalonique (Mr. Franchi) que tomasen los quince puntos aprobados por la comision general, como base del Discurso. Dos dias despues se imprimió el proyecto, y este proyecto fué el que se firmó y presentó a Su Santidad despues que se cambiaron algunas palabras, sin cambiar en nada el sentido mismo del documento. «Ni en los puntos que sirvieron de base, ni en el texto del proyecto, habia una palabra concerniente al Czar de Rusia, ó á Víctor Manuel, y el pasaje relativo a la lealtad de los romanos se encontraba en él, en sustancia, tal como se le ve en el texto definitivo. El Discurso ha sido adoptado por unanimidad por toda la comision. No hubo ni siquiera que proponer voto sobre algun punto en que hubiera divergencia. La comision toda entera reconoció que el Discurso expresaba exacta y completamente el sentido del proyecto leído por el cardenal-presidente. El fué extendido y firmado el 27 y el 28 de Junio.

«Yo tengo la confianza que la importancia otorgada a las cartas de Roma en los diarios, será una excusa para la libertad que me tomo de escribiros estos pormenores, a fin de que la verdad sea enteramente conocida. Será así mas evidente que el brillo exterior de las religiosas magnificencias descritas en vuestras columnas no ha sido más maravilloso que la completa armonia que ha unido a los obispos, al clero y a los laicos con su gefe espiritual durante la celebracion solemne de estas fiestas.

«El Discurso ha sido firmado por todos los obispos presentes en Roma, es decir, por más de la mitad de los obispos del mundo católico.

«Yo soy, señor, vuestro obediente servidor,

† TOMAS GRANT.»

Un obispo húngaro ha sido encargado de dar la última forma al Discurso presentado al Papa.

El Discurso del episcopado al Soberano Pontífice, que nosotros reproduciremos mas adelante, así como la respuesta del Papa, ha sido firmado por cuatrocientos noventa obispos. Esta cifra, unida a la de veintidos cardenales que no han firmado, forma la de quinientos doce, número a que ascienden los cardenales y los obispos que han tomado parte en las fiestas de la canonizacion. Varios de nuestros lectores preguntarán, sin duda, por qué veintidos cardenales no han firmado. A primera vista el hecho parece extraño; pero toda admiracion desaparece bien pronto, ante una simple explicacion. Los veintidos miembros del Sacro-Colegio en cuestion no han suscrito el Discurso, porque solo los Obispos tienen el derecho de hacerlo, y en el órden gerárquico, los cardenales-presbíteros, así como los cardenales-diáconos no son considerados como obispos.

Los que son revestidos de este carácter sagrado no pueden regularmente ejercer ninguna de estas funciones. Como todo el mundo sabe, existen tres órdenes de cardenales: los cardenales «obispos,» los cardenales «presbíteros,» los cardenales «diáconos.» Los cardenales obispos llenan todas las funciones del episcopado; los cardenales presbíteros, aunque obispos, no pueden ejercer públicamente sino las funciones del presbiterado, y los cardenales diáconos, aunque presbíteros, solo las de los diáconos. Para salir, por excepcion, de esta regla, es necesario una autorizacion especial y por escrito del Papa.

Hé aquí el discurso magnífico que 495 sucesores de los

poder inmortal sin herencia universal, sin reinado? ¡Oh Pedro! ¡nada hay mas bello que tu Roma, nada mas bello que tu Iglesia! ¡A tí el imperio y la inmortalidad! *

Hé aquí por qué todo el catolicismo celebra el décimoctavo centenario de este martirio triunfante al igual de las más grandes victorias, que asegura el establecimiento de la religion de Jesucristo; y hé aquí, por qué por la boca de sus Obispos y de sus sacerdotes, ha hecho oír aún la grande aclamacion de su fe y de su poder: «¡Tú eres Pedro!»

La fiesta no ha sido solamente en Roma; ha sido en todas partes. Era necesario venir a Paris para tomar parte en los regocijos de la exposicion; era necesario dinero y comodidades: era la fiesta de los privilegiados de la fortuna; el pobre no participaba de ella. Pero el 29 de Junio, desde la primera hora del dia hasta la última, desde Roma hasta las extremidades de la tierra, la fiesta tuvo lugar en las dos partes del mundo que ilumina sucesivamente el sol; era en todos los corazones cristianos. Un inmenso gozo radiaba alrededor del sepulcro de Pedro; él venía a abrazar el alma del misionero lejano, que pensaba bajo los páramos y los desiertos, en los Apóstoles y en Roma. Él iluminaba tambien el corazon de los pobres y de los jóvenes, y la humilde mujer del pueblo, piadosamente arrodillada, como los príncipes de la Iglesia en la púrpura, exclaman en la alegría de su fe: «¡Tú eres Pedro!»

Así, universales aclamaciones subirán de la tierra hasta de están los romanos y los bárbaros? ¿Dónde están las soberanías de la edad média que entónces no existian? Pedro y Pablo viven siempre en medio del mundo renovado. Ellos han consagrado a Carlo Magno, ellos han despreciado a Enrique VIII, ellos han hecho un Concordato con Napoleon, ellos han fundado florecientes iglesias en el país de Washington, y en lugar de doce Apóstoles, estamos mil obispos alrededor del Sucesor de Pedro, pastor de 200 millones de hombres, y Cristo es el Dios de 200 millones de hermanos, separados por los espacios, pero unidos en su fe y en su amor.»

* *L'Univers.*

el cielo y del sepulcro de Pedro hasta su trono. No ha habido sino una voz en el mundo cristiano para celebrar el martirio del Principe de los Apóstoles, y en esta muerte gloriosa, el triunfo y la perpetuidad de la Iglesia.

Hubo allí un gran espectáculo, pero sobre todo, una solemne manifestacion de la fé católica. Se ve bien, en presencia de estos Obispos y de estos sacerdotes venidos de los cuatro ángulos del mundo, que la Iglesia reina en todas partes; se ve en este inmenso concurso la universalidad de su dominacion, y en esta majestuosa unidad, su fuerza, su triunfo y su belleza.

¡Así es como Roma se ha hecho la más grande de las cosas!

*¡Scilicet et rerum facta est pulcherrima Roma! **

Las solemnidades de Junio han satisfecho, en una medida legitima, la doble naturaleza del hombre. Los sentidos han sido arrobados por la riqueza de las decoraciones, por la armonía de sus conciertos. El alma, ¿qué puede considerar más bello que esta asamblea pacífica demostrando, en medio de las pasiones anárquicas é impías cuyos furores ha sus-

* ¿Qué se han hecho los Césares y los Augustos? ¿Quién celebra el centenario de su muerte?

¡Estos señores de la tierra han caído en el olvido! y en qué profundo abandono hubieran caído las ruinas mismas de sus palacios, si la mano vigilante de los Papas no hubiese extendido su proteccion sobre estas grandes ruinas del pasado!

Encima del Capitolio desplomado, sobre los restos inertes de la dominacion que pesó sobre el universo, el sucesor del barquero de Génésareth aparece solo, más majestuoso que la gloria de tantos siglos que espiraron, viviendo siempre de la vida divina que le ha asegurado el Verbo hecho carne y enseñando para siempre a los reyes y a los pueblos.

Nada es tan bello, nada es tan grande sobre la tierra como este solo hombre desarmado, contra el cual se levantan las potencias que lo tienen en acecho, y que no será vencido. Nada es tan bello como el espectáculo de la fé en el desastre de las cosas humanas, nada, si no es el espectáculo de la humildad en esta seguridad de la fe: «Si yo me apoyase en mí mismo, dice el Santo Padre, caería; pero en Dios es en quien me apoyo.»

pendido maravillosamente un decreto providencial; demostrando, decimos, el triunfo definitivo de adhesion y la fuerza invencible de aquellos que saben dar su vida por Jesucristo?

La solemnidad del 29 de Junio ha tenido pues una gran significacion: ella ha sido un acto de fe en la perpetuidad de la Iglesia, en la proteccion extendida por la Providencia sobre la Sede de Pedro.

Cuán glorioso es para Pio IX haber canonizado un número tan grande de siervos de Dios.

Ningun pontificado ha ofrecido, como el de Pio IX, el espectáculo de las fuerzas del espíritu en la lucha con las potencias de la materia.

A la invasion creciente de los vicios el Papa no cesa de oponer milagros de virtud; a los gritos del error responde por la afirmacion de la verdad; a los asaltos de la impiedad no opone sino las oraciones de las almas puras, la intercesion de los santos que ha colocado sobre nuestros altares.

Pocos Papas han inscrito en el catálogo de los santos un número tan grande de bienaventurados, y esta es una de las glorias más sólidas de este ilustre pontificado.

Hé aquí, con este motivo, las bellas consideraciones de M. Pie, obispo de Poitiers:

«¿Existiendo en la Iglesia el derecho y el poder de canonizar, hay necesidad de añadir que es apetecible, que es oportuno, que es ventajoso que la Iglesia haga uso de él? (Ben. XIV.)—¿La gloria de Dios y de los santos mismos, la exaltacion de la Iglesia, la multiplicacion de los intercesores y de los modelos del pueblo cristiano, la confirmacion de la fe, en fin, el consuelo y el gozo de las almas fieles, son estas razones bastante poderosas en favor del uso de este derecho y este poder?»

La gloria de Dios. «Aquel que os honra, me honra,» dice el Señor. ¡Cuántos actos de religion, de adoracion, cuántos sentimientos de fe, de esperanza, de amor se han producido al pié de los altares de los santos! No, ningun católico instruido de lo que pasa en la Iglesia «puede dudar que el Señor no sea alabado en sus santos.» (Bull. canoniz. SS. Udalrici, etc.; ap. Ben. XIV.) Con razon las bulas de canonizacion empiezan siempre por estas palabras: «Para honra de la santísima é indivisible Trinidad.»

—La gloria de los mismos santos. «Es piadoso y justo que aquellos a quienes el Señor coronó en lo alto por el mérito de su santidad, nosotros los alabemos y glorifiquemos en la tierra por los ejercicios de un culto sagrado.» (Bull. canoniz. SS. Homoboni, etc., ap. Ben. XIV.) Y los teólogos añaden: «¿No es necesario que donde mismo fué el teatro de la prueba y el combate, los santos obtengan la recompensa de sus trabajos y la corona del triunfo; y que así a la gloria esencial con que son investidos en el cielo, corresponda esta otra gloria accidental que les es ofrecida por la Iglesia militante? (Ben. XIV, L. I, c. XII, 6.)»

—La exaltacion de la santa Iglesia. «¿No veis que si la Iglesia exalta a los santos, a su vez, los santos exaltan a la Iglesia? Los Bienaventurados que coloca sobre sus altares, «se levantarán y la proclamarán su Madre bienaventurada.» (Prov., XXXI, 28.) Las santas mujeres, las reinas, las vírgenes a quienes la Iglesia corona con una diadema, a su vez, cantarán la bienaventuranza de su Madre y harán su panegírico viviente: *Viderunt eam filix Sion et beatissimam prædicaverunt et reginæ laudaverunt eam.* (Cant., VI, 8.) Y quedará probado que el brazo de Dios no se ha abreviado; y que tiene siempre, como en la primitiva Iglesia, fieles de una santidad eminente; que la fecundidad de la Iglesia en virtudes y en milagros no se ha disminuido. Por esto, tambien los herejes y los disidentes, quedarán humillados a la

vista de todos los prodigios obrados en los sepulcros de nuestros santos. (*Ben. XIV, L. I, c. XIII, 3.*)

—La multiplicación de los intercesores y los modelos del pueblo cristiano. «Siendo los santos más honrados y más invocados, se mueven más a pedir por nosotros. Como ellos han amado mucho a la Iglesia, y trabajado mucho por ella, es justo se pida a su patrocinio la continuación de esta solicitud. En fin, siendo proclamadas sus virtudes heroicas, siendo su vida propuesta a nuestra piedad, nos sentimos excitados a imitarlos, a seguir sus huellas. ¿Para aquellos de vosotros que conocían solamente su nombre, y con más razón para los que conocían la historia, la vida, las virtudes de estos ilustres siervos del Señor, en cuya escuela se os ha enseñado el aprender tantas cosas, la solemnidad de su canonización no será para todos vosotros una fuente de gracias y de luces?» (*Ben. XIV, loc. cit. 4.*)

—De la confirmación de vuestra fe. Una nota distintiva de la Iglesia, es la santidad. Nosotros decimos en el Símbolo: «Yo creo en la santa Iglesia, la comunión de los santos.» Así, pues, esta proclamación de la santidad de nuestros héroes y de nuestros taumaturgos «prueba que la Iglesia católica, no es solamente santa en cuanto a su moral y a su ley, sino también en cuanto a las personas, puesto que ella produce siempre tantos justos y tantos santos.» (*Ben. XIV, loc. cit. c. XII, 6.*) «Y por esto, se ha hecho visible y perpétua esta comunión de los santos, anunciada en el Símbolo, mientras que nosotros, viajeros, les estamos unidos por el afecto y el culto, y ellos, ya poseedores, están unidos a nosotros por la intercesión y la protección.» (*Ibid.*)

—En fin la materia de un gran gozo espiritual para los cristianos. «Bendito sea el Padre de las misericordias y el Dios de todo consuelo que rige de tal suerte, por una perpétua providencia, a la Esposa muy amada de su Hijo, la Igle-

sia católica, y que, en estos tiempos calamitosos, en medio de tantas tristezas y pruebas, le envía numerosos motivos de gozo sacados de la gloria de sus santos.» (*Bull. canoniz. S. Hyacinthi, ap. Ben. XIV, L. I, c. XIII, 7.*) ¡Sobre un cielo tan negro, tan tenebroso, es muy consolador ver aparecer estas apacibles estrellas de la mañana que resaltan a través de las nubes! Sí, «hay un gran motivo de alegría espiritual, cuando Dios manifiesta de este modo al mundo sus méritos, y que los héroes de la fe, insignes por sus virtudes y por sus milagros, reinando ya con Dios en el cielo, son declarados igualmente santos sobre la tierra por la autoridad soberana del Pontífice romano.» (*Ibid.*) Y este es el lugar de repetir las palabras: *Multam gloriam fecit Dominus magnificentia sua á seculo*: Dios se ha adquirido mucha gloria para sí mismo, y también para la Iglesia, para el mundo y para la humanidad entera, en esta descendencia de santos y esta serie de grandes acciones desde el principio de los siglos; y ha resultado mucha gloria, en particular, a nuestra época contemporánea, al pontificado de Pío IX, por estas beatificaciones tan numerosas y estas canonizaciones aceptadas con trasporte por el pueblo cristiano.»

Discurso de los Obispos al Papa.

El mundo católico está en Roma. Todo el Sacro Colegio, la mitad de los patriarcas, arzobispos y obispos, cerca de 18,000 sacerdotes y 250,000 fieles confundidos en un mismo pensamiento, en un mismo amor, se postran ante Pío IX, diciéndole:

—¡Vos sois verdaderamente Pedro! ¡Vos sois el eco vivo de Cristo! ¡Las palabras que salen de vuestra boca vienen de Dios, y las aceptamos por tales!

Y a ninguno se oculta que la multitud de los obispos y de

Apóstoles han firmado y han ofrecido al Príncipe del Colegio apostólico, al Vicario de Nuestro Señor Jesucristo.

Jamás se han manifestado en la Iglesia de Dios, adhesión mas completa, unanimidad mas admirable, obediencia mas tierna. Es necesario leer este discurso, es necesario meditar y venerar sus sentimientos y sus expresiones, es necesario bendecir al Señor por el poder, la vida, la unidad de la religion católica.

¡Cuán lleno está este espectáculo de contrastes consoladores y relaciones gloriosas! ¡Cuán feliz y orgulloso estoy con pertenecer al arca santa de la verdad y de la justicia!

¡Demos gracias humildemente a nuestros obispos que se han hecho tan noblemente los intérpretes de las mas ardientes convicciones de nuestras almas! ¡Unámonos a ellos para ofrecer el mas filial homenaje al Padre comun, al Pastor universal, a aquel que tiene acá en la tierra, el lugar del Salvador Jesus! dice M. Henry de Riancey.

Santísimo Padre:

Vuestra voz apostólica se ha hecho escuchar una vez mas en nuestros oídos, anunciándonos un nuevo triunfo de la eternal verdad, triunfo que brilla en la gloria de los habitantes de los cielos y en el antiguo honor de la Ciudad Eterna, consagrada por la sangre de los santos Apóstoles Pedro y Pablo, cuya memoria secular viene este año a regocijar hoy al universo cristiano, y a elevar a las almas fieles al saludable pensamiento de las cosas mas grandes.

No nos ha sido posible oír el llamamiento, que en su amor, Vuestra Santidad nos dirigia, convidándonos a tales fiestas, sin traer a la memoria el recuerdo de estas solemnidades que nosotros celebramos alegremente en esta misma ciudad, hace ya cinco años, a vuestro lado, y colmados de la bondad, de la afabilidad, de la cortesía y de la caridad paternal con las que Vos nos habeis acogido en la alegría de esta dichosa ocasion.

Este recuerdo tan grato, esta voz de un Padre tiernamen-

te amado, que expresaba un deseo, más bien que una orden, nos ha obligado a volver a tomar el camino de Roma con un esfuerzo lleno de alegría; y Vos teneis de ello, Santísimo Padre, un testimonio bien palpable en esta inmensa asamblea de obispos, que han acudido por la tercera vez alrededor de Vos con la filial piedad y la fiel veneracion que profesan por Vos. La afluencia de un número tan considerable de obispos, afluencia tal que apénas podrá encontrarse un ejemplo en los siglos pasados, no iguala mas que a la extension de vuestra benevolencia y de vuestra ternura para con nosotros; ella no iguala mas que a la grandeza de nuestro afecto y de nuestra obediencia hácia Vos.

Estas mismas razones, Santísimo Padre, nos excitan hoy mas vivamente a honrar en Vos por nuevos homenajes, las eminentes virtudes que ilustran a la Santa Sede con una nueva claridad, y a consolar con el testimonio reiterado de nuestra admiracion y de nuestro amor, vuestro corazon augusto, en medio de las dolorosas pruebas que os afligen, pero que no podrán inmutaros.

Pero, al responder a vuestros votos, nos hemos propuesto recoger un fruto muy precioso para nosotros; a saber, consolar por la vista de vuestro rostro paternal nuestros propios corazones, profundamente heridos por tantos males como sufre la Iglesia; fortificar mas y mas entre nosotros nuestra fraternal concordia, y buscar para Vos y para nosotros nuevos motivos comunes de consuelo y de gozo.

Vos nos dais una admirable ocasion para este gozo, al inscribir en los fastos de la Iglesia los nombres de tantos santos, enseñando poderosamente a los hombres de esta manera, cuán inagotable es la fecundidad de nuestra santa Madre la Iglesia. La gloriosa sangre de los mártires triunfantes, decora a esta santa Iglesia; la virginidad inviolable, la reviste como con un blanco ropaje, y ella está coronada con una diadema donde no faltan ni las rosas ni los lirios. Vos sois quien mostrando de este modo a los ojos de los hombres las recompensas celestiales de las virtudes, les enseñais a

temor que los pueblos privados del alimento de las verdades eternas, languidezcan miserablemente, y que siendo relajados los lazos de la obediencia y del respeto hácia esta divina autoridad de enseñanza que reside en vos, la autoridad por la cual reinan los reyes y por la que los legisladores hacen leyes justas, no sea ella misma quebrantada y arrastre a la ruina cierta todo el Estado.

Tal es la esperanza que queremos alimentar en el fondo de nuestros corazones; tal es, y tal será siempre el asunto continuo de nuestras súplicas.

¡Valor, pues, Santísimo Padre! ¡Gobernad con mano segura, como lo habeis hecho hasta aquí, la nave de la Iglesia en medio de las tempestades, para conducirla al puerto de salud! La Madre de la divina gracia, saludada por vos con un magnífico título de honor, os socorrerá y asegurará vuestra carrera por su intercesion. Ella será para vos la estrella del mar; y teniendo, según vuestra piadosa costumbre, la mirada de vuestro corazón fija sobre ella con una invencible confianza, no dirigiréis en vano vuestro camino hácia Aquel que quiso venir a nosotros por ella. Vos tendréis por protectores a los coros celestes de estos santos cuyas pruebas habeis buscado con tanto empeño y cuya santidad y gloria habeis proclamado por los esfuerzos de vuestro celo apostólico, sea hoy, sea en otro tiempo, en medio de los aplausos del mundo cristiano. Estaréis asistido por los príncipes de los apóstoles, Pedro y Pablo, cuyas poderosas oraciones vendrán en auxilio de vuestra solicitud. En esta popa de la nave de la Iglesia donde estais ahora, Pedro se sentó en otro tiempo. ¡Que él interceda cerca del Señor, a fin de que esta nave que por la asistencia de sus oraciones, ha bogado ya durante diez y ocho siglos sobre alta mar, continúe felizmente su curso bajo vuestra direccion, para entrar un día a vela desplegada en el puerto celestial, cargada con los mas preciosos despojos de las almas!

Con este fin, tendréis en todos nosotros, Santísimo Padre, otros tantos esforzados compañeros de vuestros trabajos, de

vuestras solicitudes y de vuestras oraciones, nosotros, que suplicamos a la misericordia divina que os colme de todas las bendiciones celestiales, que conserve y afirme vuestras fuerzas, obtenga para vos nuevos años de nuevas conquistas espirituales, y que haga en fin, que vuestra vida sea larga sobre la tierra, y bienaventurada un día en los cielos.

Respuesta del Santo Padre al Discurso de los Obispos.

«Ha sido para nosotros ciertamente un gozo profundo, aunque no dudábamos esperar de vuestra fe y de vuestra adhesion, esta noble unanimidad, con la que a pesar de estar separados y divididos habeis hecho profesion de creer y afirmar las mismas cosas que hemos enseñado, y reprobar los mismos errores que hemos condenado, y que conducen a la pérdida de la sociedad religiosa y civil. Pero nos ha sido mucho mas agradable aún, oír estas palabras de vuestra boca, y recibirlas de vosotros con mas solemnidad y mas esplendor, en esta reunion, donde nos colmais de estas pruebas de obediencia y de amor que manifiestan mas admirablemente que vuestras mismas palabras, los sentimientos y afectos de vuestros corazones. ¿Por qué, en efecto, habeis obedecido con un celo tan solícito a nuestros deseos? ¿Por qué desviando todo obstáculo habeis volado hácia nos, de todos los confines de la tierra? Seguramente, os era bien conocida esta firmeza de la Piedra, sobre la cual fué edificada la Iglesia; su virtud vivificante os era notoria; vos no ignorábais tampoco la prenda nueva de este doble poder que da la canonizacion de los héroes cristianos.

«Vosotros habeis venido en gran número para celebrar esta doble fiesta, no solamente á fin de añadir mas esplendor a estas solemnidades sagradas, sino a fin de manifestar re-

presentando, por decirlo así, a la familia universal de los Fieles, y por vuestra presencia no ménos que por vuestra elocuente profesion, cómo es la misma fe la que vive despues de diez y ocho siglos, cómo es el mismo lazo de Caridad el que nos une a todos, cómo es la misma virtud la que sale de esta cátedra de Verdad.

«Os ha parecido conveniente alabar nuestra pastoral solitud y todo lo que hemos hecho en la medida de nuestras fuerzas, para esparcir la luz de la verdad, para disipar las tinieblas del error, para arrancar de su pérdida á las almas rescatadas con la sangre de Cristo, cuando reuniendo las palabras y los pensamientos de su propio Maestro, confirmamos a las naciones cristianas en su obediencia y su amor hácia la Santa Sede, y las persuadimos a que fijen con mas confianza hácia ella las miradas de su alma.

«Vosotros habeis venido, despues de reunir auxilios de todas partes para socorrer a nuestro principado, que atacan con tanta perfidia; y esto sin duda, a fin de que, por este hecho manifiesto, afirmeis con los sufragios universales de todo el mundo católico, la necesidad de este principado para el libre gobierno de la Iglesia.

«Vosotros habeis concedido a nuestro muy querido pueblo romano y a las pruebas magnificas é indudables que nos da de su afecto y su fidelidad, las alabanzas mas merecidas; esto es seguramente para inspirarle sentimientos mas vivos, para vengarle de las calumnias con que se le persigue, y para imprimir una nota de sacrilega traicion a aquellos que se esfuerzan, bajo el pretexto del bien público, en derrocar al Pontífice romano de su trono. Y miéntras que habeis tenido cuidado de afirmar, por esta reunion, los lazos de caridad mútua entre todas las iglesias del mundo, vosotros habeis obtenido el ser llenados mas abundantemente del espíritu evangélico cerca de las cenizas de los bienaventurados Pedro, principe de los Apóstoles, y Pablo, doctor de las naciones, y de salir mas vigorosos para romper las falanges de los enemigos, defender los derechos de la Religion, é inspi-

rar mas eficazmente a los pueblos que os están confiados el celo de la unidad.

«Este voto se muestra todavía de un modo mas manifiesto en este comun deseo de un concilio ecuménico, que todos vosotros habeis juzgado no solamente muy útil sino necesario. En efecto; el orgullo humano, volviendo á tomar su antigua osadía, se esfuerza desde hace mucho tiempo por la acumulacion de mentiras en construir una ciudad y una torre, cuyo remate toque al cielo, a fin de arrancar al mismo Dios; pero Dios parece que ha bajado para inspeccionar la obra y para arrojar la confusion en las lenguas de los que construyen, de tal suerte que ninguno entiende la voz de su compañero. Lo que muestran, pues, al espíritu las persecuciones de la Iglesia, es la miserable condicion de la sociedad y la perturbacion de todas las cosas a la que nosotros asistimos.

«A estas graves calamidades se puede, ciertamente, oponer la virtud divina de la Iglesia, que se manifiesta, sobre todo, cuando los obispos, convocados por el Soberano Pontífice, se reúnen bajo su presidencia y a nombre del Señor, para tratar los negocios de la Iglesia.

«Así, pues, regocijémonos vivamente por haber puesto y encomendado esta reunion sagrada, desde hace tanto tiempo proyectada por nosotros, bajo el patrocinio de Aquella cuyo pié ha sido destinado, desde el origen de las cosas, para quebrantar la cabeza de la serpiente, y que, despues, ha exterminado todas las herejías.

«Así, pues, para satisfacer vuestro comun deseo, os anunciamos desde ahora que el futuro concilio estará colocado bajo los auspicios de la Madre de Dios, concebida sin pecado, y que será abierto el día que se celebra la memoria de este insigne privilegio.

«Plegue a Dios, plegue a la Virgen Inmaculada, que nosotros podamos recoger de este gran designio los mas saludables frutos. Esperamos que Ella misma con su ruego todopoderoso, implorará para nosotros todos los auxilios que

apartar la vista de las vanidades mundanas, para elevarla a la dulce gloria del cielo. Vos sois quien, miéntas que los hombres triunfan y se glorian de las obras de su genio y de sus artes, levantáis el estandarte triunfal de la santidad, y les advertís que dirijan los ojos mas allá de esta pompa de las cosas visibles y de las fiestas humanas, y que los eleven hácia Dios, fuente de toda sabiduria y de toda belleza; por temor de que aquellos a quienes se ha dicho: «*Sujetad la tierra y dominad sobre ella,*» no olviden este grande y supremo precepto: «*Adoraréis al Señor vuestro Dios, y no serviréis sino a él solo.*»

Pero miéntas que, contemplando la Jerusalem celestial que se gloria del resplandor de sus nuevos santos, nosotros reconocemos y proclamamos, en la humildad de nuestros corazones, las maravillas del Señor, nos sentimos mas y mas excitados a celebrar estas maravillas por la solemnidad secular de este dia en que consideramos la firmeza de esta piedra inquebrantable sobre la cual Nuestro Señor y Redentor levantó el vasto é inmortal edificio de su Iglesia. Pues, nosotros vemos, que es un efecto admirable de la virtud divina que la Cátedra de Pedro, despues de diez y ocho siglos, entre tantas adversidades, y en medio de los asaltos continuos de tantos enemigos, esta Cátedra, órgano de la verdad, centro de la unidad, fundamento y baluarte de la libertad de la Iglesia, haya permanecido firme é intacta; miéntas que los reinos y los imperios se levantan y se desploman sin cesar los unos sobre los otros, ella subsiste, como un faro de salud sobre la mar borrascosa de la vida humana, dirigiendo el camino de los mortales, y mostrándoles, con su luz, la ribera y el puerto tranquilo de salvacion.

Guiados por esta fe y estos sentimientos, Santísimo Padre, fué como colocados hace cinco años alrededor de Vos, os dirigimos la palabra, rindiendo a Vuestro ministerio el testimonio tan merecido de nuestros homenajes, y publicando nuestros votos por vuestra Persona, por la conservacion de vuestro Principado civil, y por la santa causa de la reli-

gion y de la justicia. Guiados por esta misma fe, os dijimos entónces resueltamente, de viva voz y por escrito, que nada nos era tan caro, como creer y enseñar lo que vos creéis y enseñáis; rechazar los errores que vos rechazais; y marchar unánimemente bajo vuestra conducta en las vías del Señor, seguiros, trabajar con vos, y combatir a vuestro lado por el Señor, a través de toda fortuna y de todo peligro. Todas estas cosas que os declaramos entónces, las confirmamos de nuevo en este momento, con el mas profundo sentimiento de nuestra piedad, y queremos que el universo entero reciba el testimonio de esto; nos acordamos llenos de reconocimiento, y os alabamos con un entero asentimiento, por todo lo que habeis hecho aun despues, por la salvacion de los fieles y por la gloria de la Iglesia.

Lo que en efecto Pedro decia en otro tiempo: «*No nos podemos callar sobre lo que hemos visto y oído,*» vos lo habeis considerado siempre, y vuestra conducta lo muestra claramente como un deber santo y sagrado. Jamás se ha callado vuestra boca. Anunciar las verdades eternas; herir con la espada de la palabra apostólica los errores del siglo, estos errores que, dirigidos contra el órden natural y contra el órden sobrenatural, amenazan arruinar hasta en sus fundamentos todo poder eclesiástico y civil; disipar las tinieblas que han amontonado sobre los espíritus las novedades de doctrinas perversas; proclamar intrépidamente, persuadir y recomendar a los hombres todo lo que es necesario y saludable para los individuos, para la familia cristiana, para la sociedad civil: vos habeis considerado esta mision como la obligacion suprema de vuestro ministerio; a fin de que todos lleguen de esta manera a conocer perfectamente lo que un católico debe creer, profesar y practicar. Por esta admirable solicitud, damos las gracias mas expresivas a Vuestra Santidad, y os conservaremos un eterno reconocimiento; y creyendo que es Pedro el que ha hablado por la boca de Pio, todo lo que, para la custodia del sagrado depósito que os ha sido confiado, vos habeis dicho, confirma-

do, manifestado, nosotros tambien lo decimos, lo confirmamos, lo anunciamos, y con una sola boca y un solo corazon, rechazamos todo lo que vos mismo habeis juzgado que debe ser rechazado y reprobado como contrario a la fe divina, a la salvacion de las almas y al bien de la sociedad humana. Nosotros tenemos, en efecto, firme y profundamente grabado en nuestros espíritus, lo que los Padres de Florencia han definido unánimemente en el decreto de Union, a saber que: «El Pontífice romano es el Vicario de Cristo, el «Gefe de la Iglesia universal, el Padre y Doctor de todos «los cristianos, y que a él, en la persona del bienaventurado Pedro, ha sido dada por Nuestro Señor Jesucristo la plena potestad de apacentar, regir y gobernar a la Iglesia universal.»

Mas otros motivos tambien, Santísimo Padre, provocan nuestro amor y nuestro reconocimiento. Nosotros admiramos con un gozo particular este heroico valor, con el cual, resistiendo a las perniciosas maquinaciones del siglo, vos os habeis siempre esforzado en mantener en la via de la salvacion el rebaño del Señor, en prevenirlo contra las seducciones del error, defenderlo contra la violencia de los poderosos y contra la astucia de los falsos sabios. Nosotros admiramos este celo, que no conoce la fatiga, y que abrazando en su solicitud apostólica los pueblos del Oriente y del Occidente, no cesa nunca de promover el bien de la Iglesia universal. Nosotros admiramos esta magnífica imágen del Buen Pastor que ofreéis al género humano, cuando parece precipitarse cada dia mas profundamente en el mal, y que vos forzais a los enemigos mismos de la verdad, por la excelencia y grandeza de vuestros actos, á dirigir hácia Vos su miradas.

Continuad, pues, ejerciendo esta autoridad de Vicario del Pastor de los pastores, de llenar, con una plena confianza en Dios, todas las partes de vuestro divino ministerio; continuad procurando a las ovejas confiadas a vuestros cuidados todos los auxilios de la vida eterna; continuad curando las llagas de Israel y en buscar los corderos de Cristo que

se hayan extraviado. ¡Plegue al Dios Omnipotente que aquellos mismos que, desconociendo Vuestro amor y su deber, resisten aún a Vuestra voz, sigan mejores consejos, y viniendo en fin, a vos, cambien vuestro duelo en gozo! Que los frutos de vuestra pastoral solicitud reciban de dia en dia, bajo el soplo de la divina Bondad aumentos nuevos; que la feliz conversion de las almas, cuyo ministro sois todos los dias, con la ayuda de Dios, se extienda sin cesar, y que a vista de las almas conquistadas para Cristo por la fuerza de vuestras virtudes y por la gloria de vuestros trabajos que dilatan sobre la tierra el reino de Dios, podais verdaderamente exclamar, con Nuestro Señor y Maestro: «*Todo lo que mi Padre me ha dado vendrá a mí!*»

¿No se ven ya, Santísimo Padre, indicios de un porvenir mejor y mas dichoso? Testigo es este amor que os muestran tantos fieles de todas naciones, prontos a ayudaros y que se honran en consagrar y emplear todas las fuerzas de su cuerpo y de su alma, y hasta su misma vida, por la defensa de los derechos de la Iglesia y por la gloria de la Santa Sede apostólica. Testigo este piadoso respeto de todas las almas católicas mirando con avidez en Vuestra persona el Pastor supremo, recibiendo con gozo los oráculos de la Cátedra apostólica, y gloriándose de adherirse á ella con la obediencia de un asentimiento pleno é inmutable. Testigo esta filial inclinacion del pueblo cristiano, que, siguiendo el ejemplo de los primeros fieles que ponian espontáneamente sus bienes a los piés de los Apóstoles, se apresura a ayudar por todos medios, a vuestra angustia, y no cesa de aliviarla por continuas ofrendas. Con profunda emocion hemos considerado estas pruebas manifiestas de la piedad de vuestros hijos, y estamos resueltos a emplear siempre y sin descanso nuestro celo para alimentar y encender mas y mas en el corazon de los fieles este fuego sagrado, a fin de que animados por nuestro ejemplo y el de nuestro clero, extiendan esta bella obra de la liberalidad y del fervor cristiano, y que de esta manera, por los auxilios temporales que os

ofrezcan, ayuden a Vuestra Santidad a procurar siempre mas perfectamente la salud de sus almas.

Y al mismo tiempo que nosotros estamos vivamente conmovidos por este amor que todos los fieles os manifiestan, nosotros recogemos, Santísimo Padre, un fruto particular de gozo, al ver de cerca la fidelidad, el afecto y la obediencia que los dignos ciudadanos de la Ciudad Eterna os manifiestan, como a su Padre y al mejor de los Príncipes. ¡Pueblo dichoso que posee tan bien el sentimiento de la sabiduría! él que conoce el honor y la gloria que le resultan de esta Cátedra de Pedro, establecida en medio de esta ciudad; él, que comprende que la divina Bondad no tendrá nunca límites en sus favores, mientras que él mismo persevera en el respeto y el amor al Pontífice, que es a la vez su sacratísimo Príncipe y el Vicario de Cristo. ¡Oh pueblo romano, no tengais nunca otro sentimiento! ¡No tengais otro deseo! ¡Que vuestra piedad hacia el Pontífice supremo sea constante é inmutable; y que esta ciudad de Roma, a la que el universo cristiano saluda la primera de sus ciudades y su capital, brille sobre todas las otras ciudades y merezca florecer con la triple bendición de gracias celestiales, virtudes y prosperidad!

Esto es lo que ha hecho, Santísimo Padre, la gloria con que vuestro pontificado ilustra no solamente a Roma sino al universo católico; nosotros experimentamos una admiración tan grande, que no vemos, en verdad, mejor modelo que imitar en nuestro ministerio sagrado.

Pero ántes de que vuestra voz penetrara en nuestros corazones, ya la imagen de vuestras virtudes pontificias habia herido nuestras almas.

Así, pues, con un gozo extraordinario, hemos sabido de vuestra boca sagrada el gran designio que, en medio de los peligros de los tiempos presentes, habeis formado de convocar un concilio ecuménico, *«el remedio mas grande que se puede emplear en los mas grandes peligros de la república cristiana,»* como decia vuestro predecesor Paulo III.

El cielo se digne ser propicio a un designio tal, del cual él mismo fué el inspirador; y que los hombres de nuestros tiempos, *«tan débiles en la fe, buscando siempre sin llegar nunca a la verdad, y llevados por todos los vientos de doctrina»* encuentren en fin, en este santísimo concilio una nueva y favorable ocasion de acercarse a la santa Iglesia, columna y sólido fundamento de la verdad; de conocer la verdadera fe, fuente de salud, y de abjurar los errores que los pierden. Que con la ayuda de Dios, y la intercesion de la Inmaculada Virgen, Madre de Dios, abogada nuestra, esta asamblea general de la Iglesia realice una grande obra de unidad, de santificacion y de paz, que procure a la Iglesia un esplendor nuevo, y al reino de Dios un nuevo triunfo.

Que en este gran designio concedido por vuestra previsora sabiduría, aparezcan al mundo los beneficios inmensos que la sociedad humana debe al pontificado romano. Que sea evidente para todos, que la Iglesia fundada sobre la piedra sólida, le da el poder de disipar los errores, de corregir las costumbres, de alejar la barbarie, y que ella es de este modo justamente llamada, y es en efecto, la madre de la verdadera civilizacion. En fin, que sea manifiesto al mundo cuánto contribuye el modelo de la autoridad divina y de la obediencia que le es debida, puesta a la vista de los hombres en esta celestial institucion del Papado, para afirmar y consagrar las bases que aseguren la duracion de la sociedad humana.

Cuando los príncipes y los pueblos hayan comprendido estas cosas, no permitirán mas que vuestros derechos augustos, donde reside la mas cierta sancion de la autoridad y de todos los derechos, sean impunemente hollados. Aun más, tendrán cuidado que vos tengais la libertad del poder y el poder de la libertad; ellos os procurarán todos los auxilios de que teneis necesidad para llenar eficazmente este ministerio sublime que les es a ellos mismos tan ventajoso. No sufrirán que se impida hacer oír vuestra voz a los rebaños fieles colocados bajo el cuidado de la Iglesia, por

nos son tan necesarios en las circunstancias presentes, y que Dios, oyendo sus súplicas, esparcirá sobre nosotros y sobre la Iglesia universal la riqueza de su misericordia!

«En cuanto a nosotros, suplicamos a Dios ardientemente y con un profundo é inagotable reconocimiento, a fin de que os conceda todo lo que sea conveniente a vuestra salud espiritual, a la felicidad de los pueblos que os están confiados, a la proteccion de la justicia y de la Religion, a la paz de la sociedad civil.

«Y como sabemos que algunos de entre vosotros, obligados por las necesidades particulares de sus pueblos, se ven precisados a abandonarnos prontamente; a estos, si la velocidad de los tiempos no nos permite abrazarlos a todos y a cada uno, les ofrecemos nuestros mas afectuosos votos y les deseamos de lo íntimo de nuestro corazon toda prosperidad.

«En fin, a todos concedemos como una prenda de todos los bienes supremos y de la abundancia de los auxilios divinos, así como un testimonio de nuestro reconocimiento y de nuestra benevolencia particular, la bendicion apostólica que os damos afectuosamente desde el fondo de nuestra alma.»

Fiesta de San Pablo, extramuros.

Las ceremonias de San Pablo, extramuros, han sido verdaderamente dignas de las que tuvieron lugar, la víspera, en San Pedro. Muchos pensaban que las maravillas de la basilica Vaticana habian agotado su admiracion; por lo mismo han sido mucho mas sorprendidos y encantados al ver que el arte cristiano y las fiestas religiosas pueden reproducirse bajo mil formas diversas, y renovarse con atractivos y prodigios siempre nuevos. La basilica ha permanecido tal cual es (este era seguramente el mejor partido que se

pudo tomar), pues ¿qué colgaduras y qué decoraciones podrian acercarse a la riqueza de los mármoles, a la belleza de las columnas, a la claridad de los mosaicos y de las pinturas, que se han esparcido allí con tanta profusion? Se han limitado a poner en todas partes, sobre las columnas, los chapiteles, las cornisas, los arcos de la bóveda y las paredes, millares y millares de candiles y luces, que, dispuestos con mucho gusto y arte, y reflejándose sobre lo pulido de los mármoles ó centellando sobre los esmaltes de los mosaicos sin número con que está la basilica adornada, producian un efecto prodigioso y daban a la iglesia un aspecto de los mas encantadores. Imposible es ver una cosa mas bella, mas espléndida y mas deslumbradora. Esta iluminacion ha producido un efecto muy superior a la de San Pedro, y la poblacion, maravillada, no podia saciarse de contemplarla, y de exclamar en su admiracion que ella era digna del paraíso. *É un paradiso, é un vero paradiso*, se oía decir por todas partes.

El Papa habia ordenado que se descubriese por razon de la festividad el timpano exterior de la basilica, que cubre un mosaico inmenso el que representa sobre un fondo de oro al Salvador Jesus sentado en compañía de San Pedro y San Pablo. No pudo pensarse otra cosa mejor que revestir de la gloria celestial estas pinturas primitivas, donde los personajes tienen aptitudes de una majestad grave é inmovible.

El 30 de Junio, Roma se habia ido extramuros por la vía de Ostia, a San Pablo. La multitud era innumerable y matizaba con mil colores esta vía ordinariamente tan solitaria. Dos buques de vapor trasportaban a lo largo del Tiber a grupos de fieles y los desembarcaban enfrente del pórtico de la basilica. Yo noté en el camino, despues de haber pasado por Santa María *in Cosmedni*, la casa y los jardines de nuestras Hermanas de la Caridad. Estaba delicadamente adornada. En la fachada flotaban tres estandartes, el de en medio con las armas de Pio IX, los otros dos tenian la imágen de San Pedro y San Pablo. A lo largo de las paredes habia ador-

Y estos grandes acontecimientos, se han presentado al mundo con ocasion del décimoctavo centenario del martirio de Pedro y de Pablo, un pobre pescador de Galilea, un judío de Tarso que guardaba los vestidos de los que apedreaban a Estéban, y cuyos trabajos apostólicos empezados en Damasco, se acabaron bajo la espada en las Aguas Salviennas.

Que se represente a San Pedro, humilde viajero, poniendo por la primera vez el pié en esta formidable metrópoli pagana, que alimentaba entónces cerca de dos millones de habitantes; por la puerta llamada hoy Puerta Mayor que debió entrar este pobre desconocido futuro dominador del Capitolio. ¡Qué época escogida providencialmente para la aparicion del primer cristiano en las orillas del Tíber! Este era el tiempo en que Mesalina empezaba a admirar a Roma con sus torpezas, acostumbrada por lo mismo a los espectáculos inmundos; vendian la justicia, las leyes, el sacerdocio; en moral y en política las infamias se habian hecho la vida ordinaria del imperio.

Y recorriendo la ciudad-reina, Pedro veía a cada paso los templos de los dioses que su celo condenaba a la ruina. Durante veinticinco años, Pedro, infatigable Apóstol, viajero sin reposo, va de Roma a Jerusalem y de Jerusalem a Roma, predica en diversas partes de Italia, en el Asia menor y en Corinto. Cuando se acerca el tiempo en que debe dejar sobre la tierra este cuerpo que él llama tienda de un día, escribe una vez más a aquellos de sus hermanos que están esparcidos a lo léjos en las provincias del Ponto y de la Capadocia. La prision Mamertina es el vestibulo que le separa de los cielos.... Fué puesto en cruz por orden de Neron, y manos piadosas sepultaron sus restos en la pendiente de la colina donde se levanta el templo mas bello del universo. Bajo la invocacion de este mismo hombre inmolado a nombre de los dioses perdidos hoy en una misma nada, y bajo el anillo de este pescador venido oscuramente de Judea, se continúan dando leyes recibidas con veneracion por doscientos millones de hombres.

«Es menester que yo vea a Roma,» habia dicho San Pablo. El verá la Ciudad Eterna, y entrará a ella por la vía Apiana, como cautivo y bajo la vigilancia de un centinela; en el tribunal de César es donde ha pedido ser juzgado. Este cautivo custodiado en Roma, es mas poderoso en su humilde casa que Neron sobre el Monte Palatino; indignas cadenas pesan sobre su cuerpo, pero su inteligencia, a la que no pueden estas cadenas alcanzar, se cierne sobre la metrópoli del universo. La verdad, de la que es embajador, tiene mas energía y porvenir que el poder de los hijos de Agripina y sus semejantes. Esta vez, el gran Apóstol pudo hacer aceptar su justificacion. Su soplo engendraba amigos de Jesucristo hasta en el palacio de Neron, y es prodigioso oírle decir al fin de su epistola a los Filipenses: «Todos los santos os saludan, pero principalmente los que son de la casa del César.» Mas no se podia escapar mucho tiempo a Neron: la cabeza de San Pablo cayó bajo el hierro el mismo día en que se levantaba la cruz para San Pedro. Una magnífica Basilica bajo la invocacion de este judío de Tarso se levantó en la plaza donde fué cavada la fosa de Pablo *sobre la vía Ostia*.

Despues de diez y ocho siglos, el sucesor de Pedro convoca alrededor de estos dos sepulcros a sus hermanos que llamamos obispos; ellos han pasado los mares y han venido de todos los vientos del cielo. La gloria de este pescador y de este judío de Tarso es dada en espectáculo a todo el universo. Roma, desde hace mucho tiempo desembarazada de los Césares y más bella que nunca bajo el imperio de la Cruz, reina en el mundo de las almas; ella reina por la doctrina, por la unidad, por el ascendiente espiritual, por un reflejo inefable de las cosas divinas. Sí, ahí es donde está la vida, ahí donde está la grandeza. ¡Desgraciado de aquel que no comprende la belleza moral y la resplandeciente soberanía del espectáculo que Roma nos da hoy! *

* Poujoulat.

nos de flores y medallones que representaban la Tiara y las llaves con inscripciones todas relativas al Príncipe de los apóstoles: *Os Christi—Rex pacificus—Rex incomparabilis, etc.* Cuando el Santo Padre pasó, sus piadosas hijas se arrodillaron en el camino. Pio IX se inclinó fuera de la portezuela, y las bendijo, las saludó afectuosamente, y las bendijo todavía más. ¿Quién podrá descifrar las palpitaciones y los gozos de estos nobles corazones?

El soberano Pontífice ha llegado, como a las diez y media, a San Pablo, en carroza de media gala, acompañado de los prelados de su casa, y escoltado por sus guardias y un destacamento de caballería. Recibido Su Santidad por la comisión de los cardenales encargados de la reedificación de la Basílica, y por los superiores del convento de los Benedictinos, que tienen el cuidado y servicio de la Iglesia, se detuvo algunos instantes para adorar al Santísimo Sacramento, después se volvió a un trono que se le había levantado en el fondo de la tribuna, frente a la Confesión.

La misa ha sido celebrada con una pompa y un lucimiento dignos de la circunstancia, por Mr. Ballerini, nuevo patriarca de Alejandría. Los obispos, en número de más de cuatrocientos, llenaban todo el coro y presentaban la más imponente reunión que se pueda ver. Todos estaban de roquete, con la capa ó la muceta. Después de la misa, el Santo Padre, que se había detenido algunos instantes en el convento de los Benedictinos, ha vuelto a montar en carroza en medio de la multitud, que lo aclamó con gritos y trasportes que no pueden ser comprendidos sino por aquellos que han sido testigos.

El tumulto de los fieles era enorme, prodigioso, y no cesó, hasta las nueve de la noche, de llenar la Basílica. Jamás se había visto un concurso semejante.

Fiestas durante la octava.

El 1º de Julio, la fiesta era en San Pedro in *Montorio*, lugar donde, según la tradición, San Pedro sufrió el martirio.

Se sabe que los reyes de España han hecho levantar en el sitio mismo donde la cruz hubiera sido plantada, el gracioso y admirable pequeño templo de Bramante. Sobre el mismo lugar de este glorioso suplicio, el Santo Padre vino a celebrar una misa solemne, rodeado de los cardenales y de centenares de arzobispos y obispos.

Desde este lugar, ántes de morir, el Apóstol podía, con una mirada, ver a sus piés el sepulcro en el cual sus cenizas y las de Pablo, debían reposar los siglos venideros. Y este lugar es uno de los más bellos del mundo.

Las fiestas religiosas se han sucedido sin interrupción durante toda la semana, y en todos los lugares santificados por la presencia, los sufrimientos y el martirio de los Príncipes de los Apóstoles, han sido celebradas las ceremonias religiosas con pompa y un esplendor extraordinario.

Audiencias.

Después de ceremonias multiplicadas; después de funciones que duran siete horas consecutivas, Pio IX encuentra aún el medio de satisfacer los piadosos deseos de los fieles, venidos a Roma de todos los países del mundo para depositar a sus piés sus ofrendas y el homenaje de su veneración.

Los hombres menos crédulos se ven obligados a confesar que es necesaria una asistencia particular de lo alto, para que un anciano de 75 años, sobre el cual pesa la solicitud

de todas las iglesias, pueda resistir a tantas fatigas y conservar siempre la misma mansedumbre.

El soberano Pontífice ha manifestado siempre un interés particular a las mujeres cristianas que, desde el origen de la Iglesia, han puesto un celo tan grande para ayudar a los apóstoles.

Pío IX tiene también una bendición especial para tantas pobres madres que, como Santa Mónica, lloran noche y día por la pérdida de otro Agustín, arrastrado por el ímpetu de sus pasiones. Y más de una de estas mujeres afligidas debe a la bendición del Papa, la conversión a Dios de su hijo.

M. Luis Veuillot, habiendo obtenido la víspera de la fiesta de San Pedro y San Pablo, el favor de postrarse á los pies del Santo Padre, ha recogido de su boca augusta las palabras siguientes, que cita en una carta dirigida a *L'Univers*:

“Como yo me excusase de mi indiscreción, el Santo Padre me dijo, que en la misa de la mañana había leído el Evangelio en que nuestro Señor interroga tres veces a San Pedro, diciéndole: ¿Me amas? Y añade el mismo Evangelio, a la tercera interrogación, “Pedro se conmovió, porque no comprendía aún que Jesús quería asegurarse de su caridad; pero yo pienso que con esto quería enseñarle también que la paciencia sería una de las virtudes esenciales de su ministerio.”

“Es un milagro que la salud de Pío IX resista a estas fatigas y a otras muchas. Debe dar audiencia a cuatrocientos obispos, que todos le presentan a su clero. Audiencias privadas, audiencias públicas, consistorios, alocuciones, y no hablo del gobierno general de los negocios de la Iglesia, de la preparación del Concilio y de las próximas fiestas de la canonización.”

—Se escribía de Roma el 7 de Julio:

“La señoras de todos los países que habían ido a Roma para las fiestas del Centenario, han querido también tener una audiencia particular con el soberano Pontífice. Se les

introdujo, a las cinco de la tarde, en el Vaticano, en una de las galerías más grandes; eran cerca de ochocientas. Algunos hombres de la familia de las señoras presentes, se habían reunido a ellas, pero eran en pequeño número. El Papa entró luego, precedido de su corte, de sus guardias nobles, de Mr. Paca y de Mr. Borromeo.

El Santo Padre dirigió a las personas que estaban cerca de él, una palabra amable. Reconoció a M. Pablo de Caux, el director tan celoso de nuestras conferencias de San Vicente de Paul, y le dirigió algunas palabras lisonjeras; después, levantando la voz y hablando a la asamblea toda entera, se expresó así, en un lenguaje cuyo texto no garantizamos, pero sí el sentido:

“Mis queridos hijos, yo os bendigo. ¡Cuán grato me es veros a todos en torno mío para consolar a vuestra madre la santa Iglesia! Para esto habéis venido todos de muy lejos, pues podéis distinguir entre vosotros a franceses, ingleses, españoles, holandeses, a hombres de todas las partes del mundo.

“Yo, hijos míos, Vicario muy indigno de Aquel que no conoce ni grandes ni pequeños, que no considera en nada la dignidad de las personas, no puedo distinguir entre vosotros todas estas diferentes patrias que el tiempo puede hacer desaparecer: os lo digo con franqueza, mis queridos hijos, yo no veo aquí sino a católicos; vosotros sois ante mí un resumen de la única Iglesia, de la Iglesia universal.

Sed pues benditos, mis queridos hijos, por esta prueba de adhesión dada a vuestra madre. Conservad todos estos recuerdos, conservad el de todas estas ceremonias; conservad el recuerdo de esta bendición que os voy a dar con efusión. Extended en todas partes la impresión que habéis manifestado, y a fin de que ella sea indeleble, yo os bendigo, a vosotros y a vuestras familias, a vosotros y a vuestros amigos, a vosotros y a todos aquellos que viven cerca de vosotros. Orad, orad, mis queridos hijos, por aquellos que persiguen a la Santa Iglesia, a fin de que el Dios infinitamente bueno

los reduzca. ¡De cuántas aflicciones, mis queridos hijos no estamos rodeados!

«¡Y cuántos hay de entre vosotros que sufran la separación, aun el abandono, de aquellos que le son tan queridos! ¡Cuántos entre vosotros están agobiados por penas interiores! Ahora bien, mis queridos hijos, a fin que nada falte a esta bendición, voy a bendecir a aquellos que os afligen; yo los bendigo para que Dios los mueva y que, por esta bendición vuelva la paz al seno de vuestras familias.

«En fin, mis queridos hijos, yo os bendigo a vosotros mismos, para que esta bendición os conduzca al cielo. Que ella no se separe jamás de vuestra memoria, porque os la doy sobre todo para que en esta hora del tránsito del tiempo a la eternidad, conserveis el recuerdo de ella como una esperanza y un precioso estímulo.» Había allí lágrimas en la voz del Santo Padre mientras que pronunciaba esta tierna alocución.

Todas las madres que tenían la dicha de estar a sus piés para recibir su bendición, estaban vivamente enternecidas y daban gracias a Dios por haberles proporcionado este consuelo celestial en medio de las pruebas y de los disgustos de la vida.

Cuando el muy amado Padre se retiró a sus departamentos, una salva de voces casi todas francesas y exclamando: ¡Viva Pio IX! resonó de una manera prodigiosa; todo era gritos, estremecimientos y lágrimas. Los mismos guardias del Santo Padre lloraban. Jamás se había hecho una ovación semejante a ningún Soberano.

Homenaje de los suizos á Pio IX.

La adhesión tradicional de los católicos suizos a la Santa Sede, se ha manifestado admirablemente con la ocasión de la fiesta, diez y ocho veces secular de San Pedro.

Todos los obispos suizos han ido personalmente a Roma para ser los intérpretes de estos sentimientos de adhesión absoluta. El obispo de Coire, al cual sus enfermedades y su edad han privádole el consuelo de participar de esta grandiosa manifestación, fué el solo que permaneció en su diócesis.

«La asociación suiza de Pio IX» se unió al episcopado para someter sus votos al Soberano Pontífice ofreciéndole un album, que lleva el título: «*Xenia Ssso Patri Pio IX, ab Helvetis D. N. SS. Petri et Pauli oblata,*» compuesto de poesías en veinte idiomas suizos.

Las últimas fiestas y la Beatificación de los mártires del Japon.

Las fiestas de la octava de la santa piedra se han terminado el Sábado en la madre de las iglesias, la archibasílica de San Juan de Letran, donde se conservan y donde han sido expuestas a la veneración de los fieles las cabezas augustas de San Pedro y de San Pablo. El Soberano Pontífice ha ido allí en cortejo de gala con los prelados de su corte y su guardia noble. Los cardenales estaban presentes en esta Iglesia, así como un gran número de obispos y muchos prelados de los diversos colegios de la prelación romana. La Iglesia por razón de la solemnidad había sido espléndidamente decorada con colgaduras y tapicerías, y la iluminación era muy brillante y notabilísima. La misa fué celebrada con una pompa magnífica. La música era excelente, y el cardenal Altieri, archipreste de la basílica era el celebrante según el ceremonial ordinario. A su salida así como á su llegada, el Soberano Pontífice, ha sido, como siempre, el objeto de la mas viva ovación por parte del pueblo. En todo el trayecto, el cortejo pontificio ha sido saludado con los *Evviva* y las

aclamaciones mas ardientes de la multitud que acudia de todas partes, para recibir la bendicion del Papa. *

En fin, el domingo, como complemento de estas fiestas admirables, cuyo recuerdo será en lo de adelante imperecedero, hemos tenido en San Pedro la beatificacion de *doscientos cinco* mártires del Japon. Toda la decoracion de la basilica permaneció la misma; solamente, en la tribuna ó el coro, han reemplazado los cuadros respectivos a la canonizacion con otros cuadros representando los milagros obrados por la intercesion de estos gloriosos mártires, y que han servido para el proceso de su beatificacion.

La historia no ha conservado los nombres de la mayor parte de estos generosos atletas de la fe. Ellos pertenecian a todos los rangos de la sociedad y a todas las edades. Varios religiosos han muerto a la cabeza del rebaño que ellos evangelizaban, y solo sus nombres nos han llegado, hélos aqui: Alfonso Navarrette, de la Orden de Predicadores; Pedro de Avila, de la Orden de los Hermanos Menores de San Francisco; Pedro de Zúñiga, de la Orden de los Ermitaños de San Agustin; Cárlos Spinola, de la Compañía de Jesus; y además, entre los otros mártires, Joaquin Firoyama ó Diaz, y Lucía Fleites y sus compañeras. Estos héroes de la fe han muerto durante las persecuciones de 1617 y 1632.

Como a las diez de la mañana, la Congregacion de Ritos, presidida por su prefecto, el cardenal Patrizzi, vicario de Su Santidad, vino a tomar asiento en las sillas de honor en la tribuna de la basilica, del lado del Evangelio. Inmediata-

* *M. Garnier escribe de Roma a la Gacette de France:*

«El Santo Padre continúa siendo acechado por numerosos extranjeros, que no quieren volverse sin haber recibido su bendicion. Jamás, en las mas bellas edades de la fe, se han prodigado semejantes demostraciones de amor y de respeto al representante de Jesucristo sobre la tierra. En las mismas ceremonias de los últimos dias, Pio IX tenia trabajo para hacerse paso en medio de una fila de obispos y soldados. En San Juan de Letran su muceta ha sido hasta cierto punto destrozada hilo a hilo por eclesiásticos franceses que guardaban con veneracion estas reliquias en sus breviarios.»

mente llegó el cardenal Mattei, seguido de todo el Cabildo de San Pedro; luego que tomaron lugar frente a la Congregacion de Ritos, el secretario de la dicha Congregacion, portador de las letras apostólicas y uno de los postuladores de la causa, se dirigieron al lugar donde estaba sentado el cardenal prefecto de los Ritos. El postulador, despues de haber hecho en pocas palabras, el elogio de los venerables mártires que iban a beatificar, pidió al cardenal Patrizzi el permiso de hacer publicar el breve apostólico de la beatificacion en la forma solemne y ordinaria. Habiendo dado su consentimiento, el prefecto de la Congregacion, volvió a mandar al secretario de Ritos y al postulador, al cardenal arcipreste de la basilica, a fin de obtener igualmente su consentimiento.

Dada la autorizacion por el cardenal Mattei, gefe del Cabildo de San Pedro, se remitió el breve apostólico a un eclesiástico, que hizo la lectura solemne desde lo alto de una cátedra, erigida a este efecto del lado de la Epístola. Apénas se acabó la lectura, cuando el cañon del fuerte de San Angelo resonó, las campanas de la basilica repicaban a vuelo, y las de la mayor parte de las de la ciudad respondieron el repique. El velo que cubria el cuadro de los bienaventurados en la Gloria, fué quitado; las reliquias de los bienaventurados fueron expuestas sobre el altar; la concurrencia cayó de rodillas para venerar a los nuevos bienaventurados; despues se cantó el *Te-Deum* con un acento difícil de expresar.

Despues fué celebrada inmediatamente la misa pontifical del comun de los mártires, con mucha pompa por Mr. Pucher Passavali, arzobispo de Icona, en medio de un concurso inmenso de fieles. ®

En la tarde, cerca de las seis, el Soberano Pontífice bajó con toda su corte, a la basilica Vaticana, a venerar, segun la costumbre, a los bienaventurados. Los generales de las órdenes, y los postulantes, se presentaron al Santo Padre para darle las gracias por el decreto que habia tenido a bien dar, y ofrecerle un magnífico relicario, que contenia las re

liquias de los bienaventurados, sus retratos y la historia de su vida y de su martirio, así como un hermoso ramo de flores naturales como se practica siempre.

Antes de retirarse, el Papa fué a orar delante de la Cátedra de San Pedro, que estuvo expuesta durante ocho días a la piedad de los fieles.

Inmediatamente despues, empezaron las vísperas solemnes, que fueron cantadas con mucha magnificencia y una música de las mas notables.

La verdadera grandeza está en Roma.

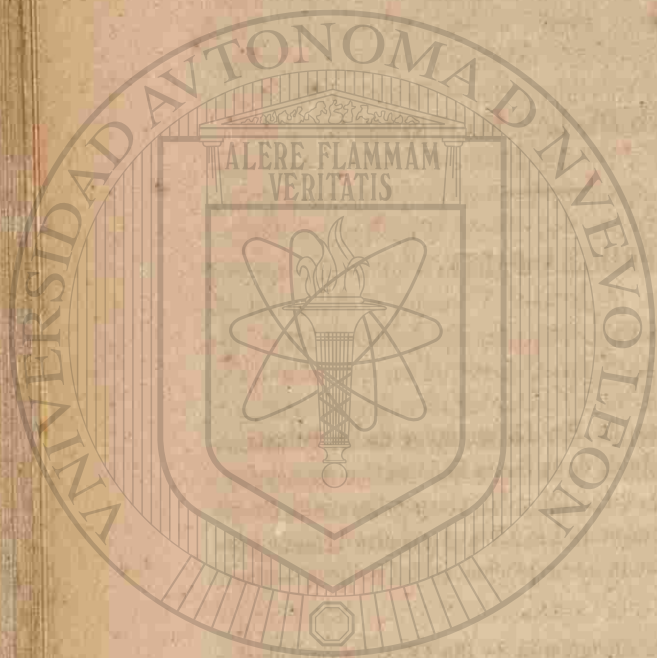
Estas bellas y magníficas fiestas, que han atraído a Roma a los fieles de todos los países y en tan gran número, tendrán un lugar memorable en los anales de la Iglesia. Seria necesario remontarnos mas allá en la historia eclesiástica para encontrar una reunion semejante de obispos y un concurso tal de católicos.

Dios ha querido reservar los más grandes espectáculos religiosos a los tiempos más malos para nuestras creencias. Jamás se ha probado mejor que la Iglesia ha salido de sus manos, y que su espíritu está con ella. ¿Este muerto, como llaman al catolicismo, no está demasiado vivo? ¿Dónde está la vida? Decidlo si os agrada. ¿Está ella en estos sistemas que se contradicen, se chocan, se condenan ellos mismos; en estos harapos de doctrinas que arrastran sobre los caminos del mundo, en estas fantasías del espíritu que aspiran a gobernar al género humano y que se reducen tan pronto a la nada? ¿Está en estas constituciones que se prometen la eternidad y cuya duracion es tan fugitiva, en estos poderes que piensan durar tanto como la tierra, y que añaden ruinas a ruinas? No, no; no está allí la vida; ella está en las instituciones católicas, sobre las cuales han pasado diez y ocho siglos sin alterar su juventud; ella corre a torrentes en

el Evangelio, que guarda su imperio en medio de las naciones; en estos diversos oráculos que Roma hace oír y que el universo escucha. La vida brilla y resplandece en esta Iglesia que responde a todas las necesidades del alma humana, y que, profunda é inagotable como el Océano, lleva más que él, el sello de lo infinito.

¿En dónde está la grandeza? ¿Está en la materia más ó ménos hábilmente trabajada, en las invenciones del hombre para embellecer nuestro paso aquí abajo ó para aproximar los pueblos, en estos potentados ociosos que la curiosidad atrae y que experimentan la necesidad de entretenerse en los festines, los teatros, los bailes, el hipódromo? No, no; la grandeza no está allí: ella está en el espectáculo de estos cuatrocientos obispos que, a un simple deseo de su Gefe, han acudido de los cuatro ángulos del mundo, de la Francia, de la Alemania, de la España, del Portugal, de la Bélgica, del Austria, de la América, del Asia; en estos diez mil sacerdotes que oran en el sepulcro de los Santos Apóstoles en todas las lenguas; en estos peregrinos de todas las naciones, que se encaminan hácia Roma cantando los cánticos del Rey-Profeta ó el cántico de la Santísima Virgen; en esta falange de hijos colocados alrededor de un Padre abandonado por los poderes humanos, pero amado apasionadamente por todos los suyos.

¿La grandeza está en estas alocuciones pontificias donde todo se dice con oportunidad, verdad y caridad, en estas bendiciones que descenden sobre el mundo, en la union íntima y sagrada de estos pastores tan numerosos, y en fin, en la actitud de este Pontífice de una majestad tan firme y tan tranquila, coronado por tantos dolores y gloria, y que nadie puede ver sin emocion! El ascendiente de un Papa, el entusiasmo religioso sobre su paso, no son novedades en la Iglesia; pero nos atrevemos a decir que en ninguna época el catolicismo ha estado mas estrechamente unido a su Gefe, y que ningún Papa desde el crucificado de Janículo ha inspirado mas veneracion y amor que Pio IX.



ÍNDICE DE LAS MATERIAS.

PRIMERA PARTE.

INTRODUCCION.—Pág. V.

LA PALABRA DE PIO IX.—Pág. 1.

CAPITULO I.—Discurso de Pio IX en favor de la Polonia.—Exposicion de la conducta de la Santa Sede en los negocios religiosos de la Polonia.—Pio IX y Mr. Gaspar Barowski, obispo de Zytomir.—Felicitation de Pio IX a Alejandro II.—La benediction de Pio IX, prenda de proteccion en los peligros.—Páginas 4 a 27.

CAPITULO II.—Últimas alocuciones de Pio IX.—Recomendaciones de Pio IX a los oficiales de su ejército.—El verdadero progreso, segun Pio IX.—Alocucion de Pio IX sobre la promocion de los obispos a las sedes vacantes de Italia.—Palabras de Pio IX al joven Mortara.—Algunas palabras del Papa a los protestantes.—Las fiestas de Pascua en Roma en 1867.—Discurso de los católicos al Papa.—La libertad de los cuadrúpedos.—La bolsa es la Italia de los unitarios.—Puesto que los vivos se callan, la Iglesia hace hablar a los muertos.—Págs. 29 a 61.

CAPITULO III.—Las cartas de Pio IX.—Esfuerzos de Pio IX por la conversion de Lammenais.—Bondad de Pio IX para con M. Cousin.—Carta admirable de Pio IX a Monseñor el obispo de Nîmes.—Cuánto ama Pio IX al obispo de Nîmes.—Breve de Pio IX al hermano de Mr. Pavy.—Deberes de los obispos,

trazados por Pio IX.—Homenaje de la municipalidad de Toledo a Pio IX.—Adhesion de los jóvenes a Pio IX.—Págs. 63 a 87.

CAPITULO IV.—Bondad de Pio IX.—Audiencias privadas de Pio IX.—La bendicion de Pio IX para los protestantes de Ginebra.—La Palestrina de Pio IX.—Tu es Petrus.—Pio IX en medio de los seminaristas franceses.—Violetas ofrecidas a Pio IX.—Una lágrima de Pio IX.—Pio IX y el camarista del cardenal Gousset.—Admirable condescendencia de Pio IX.—Algunas buenas palabras de Pio IX.—Pio IX en el taller del P. Besson.—Pio IX catequista.—Pio IX y el obispo de Angers.—Páginas 89 a 110.

CAPITULO V.—El Obolo de San Pedro en 1867.—Adhesion de los indios al Papa.—Rasgos sublimes de generosidad.—La ofrenda de los pobres.—El Obolo de San Pedro en España, en Italia y en Bélgica.—Un venerable cura adicto al Santo Padre.—Las ofrendas de los pobres.—Sacrificios admirables.—Economías ofrecidas al Papa.—Bellos ejemplos.—A beneficio del Santo Padre.—Dos cristianas generosas.—La joya de una pobre obrera vendida para el Obolo.—El cajon de Pio IX está frecuentemente vaefo.—Las dos ciudades.—Una pobre holandesa a los piés del Santo Padre.—A Pio IX, las hijas de la Providencia.—Las vocaciones al sacerdocio, recompensa de la adhesion a Pio IX.—Págs. 111 a 137.

CAPITULO VI.—Los nuevos cruzados.—La flor de la nobleza al servicio de Pio IX.—Los dos nietos del ilustre José de Maistre.—Roma y Francia.—Un recuerdo glorioso.—Carta de un noble hijo de la Francia Católica.—Un octogenario alistado en el ejército pontificio.—Homenaje de los marinos franceses a Pio IX.—El zuavo pontificio.—Roma y la Bélgica Católica.—La misa de los zuavos pontificios.—Fiesta dada en honor de los zuavos.—Sacerdotes y zuavos.—Congregacion de la Santa Virgen de los zuavos.—Un bello camafeo ofrecido a un zuavo.—Págs. 139 a 165.

CAPITULO VII.—Obra de los zuavos pontificios.—Noble emulacion.—Una carta tierna y una buena obra.—Buen amo y buen

servidor.—Generosidad admirable de varios domésticos.—La adhesion a la Santa Sede va en aumento.—Cuán agradecido es Pio IX.—Págs. 167 a 189.

CAPITULO VIII.—Dios se complace en glorificar al Papa que ha definido la Inmaculada Concepcion de María.—Amor de los obispos a Pio IX.—Cura maravillosa é instantánea atribuida a Pio IX.—Las víctimas voluntarias por el triunfo de la Santa Iglesia.—La Srta. Amelia Leautard ofrece su vida por Pio IX.—Una nueva víctima ofrecida a Dios por el triunfo de la Iglesia.—Sacrificio de las congregaciones religiosas por Pio IX.—Un franciscano polaco ofrece su vida por Pio IX.—El Hermano Néréo ofrece su vida por Pio IX.—Págs. 191 a 221.

CAPITULO IX.—Union de los obispos con el Papa.—Union de todo el Episcopado para la defensa del poder temporal.—Un lazo tendido por Pio IX a Mr. Villecourt.—Pio IX y el Cardenal Gousset.—Carta de Pio IX al obispo de Nantes.—Union de todos los católicos con Pio IX.—Discurso de la asociacion de San Miguel.—La Italia está con Pio IX.—Págs. 223 a 255.

CAPITULO X.—Pio IX glorificado por los protestantes.—Lugar de Pio IX en la historia.—Pio IX es el único grande hombre de la Italia actual.—Testimonio en favor del Papa por un diario protestante.—Felicidad de un escritor protestante en presencia de Pio IX.—Las atracciones de la Iglesia.—El Papado bajo el punto de vista espiritual y temporal juzgado por un publicista moderno, protestante aleman.—Págs. 257 a 269.

SEGUNDA PARTE.

Fiesta del décimoctavo aniversario secular del martirio de San Pedro en Roma y de la Canonizacion de veinticinco bienaventurados.—Págs. 271 á 277.

CAPITULO I.—Circulares de los obispos sobre las fiestas de Roma.—La palabra de los obispos.—Invitacion sagrada a los Ro-

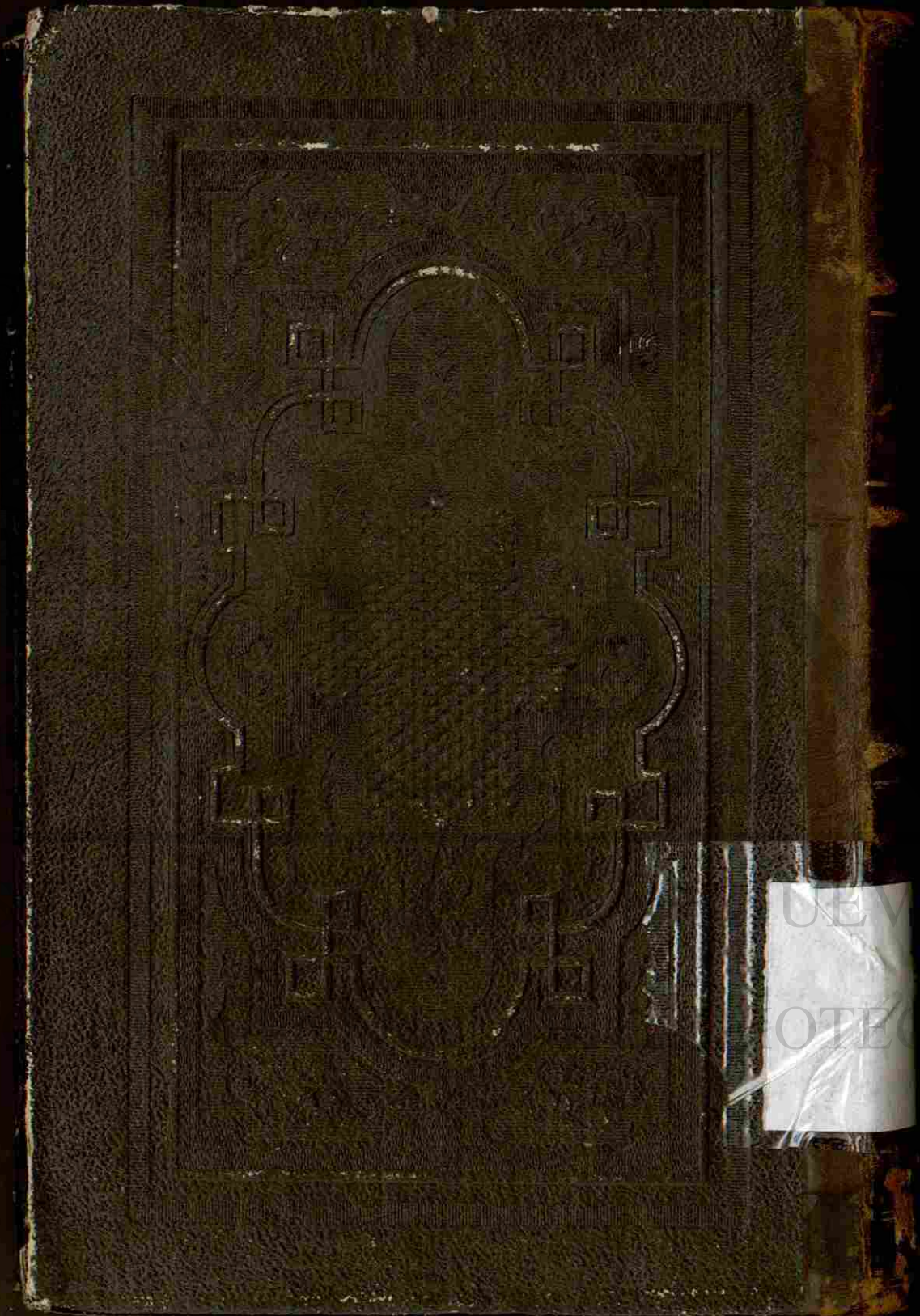
manos con ocasion de las fiestas del 29 de Junio.—Concurso admirable de peregrinos de todas las naciones.—Págs. 279 a 295.

CAPITULO II.—Fiestas particulares ántes del Centenario.—Aniversario de la eleccion y de la coronacion de Pio IX.—Procesion del Corpus.—Consagracion de la iglesia de Santa María de los Angeles.—La fiesta del Santo Precursor celebrada en San Juan de Letrán.—Audiencia de los sacerdotes en el Vaticano.—Alocucion del Papa a los sacerdotes reunidos en la sala de los consistorios, el 25 de Junio de 1867.—Consistorio del 26 de Junio.—Alocucion de Nuestro Santo Padre el Papa.—Entusiasmo excitado por Pio IX en medio de los obispos.—El futuro Concilio ecuménico.—Págs. 297 a 330.

CAPITULO III.—La gran fiesta del Centenario y de la Canonizacion.—La Basílica Vaticana.—La Confesion de San Pedro.—Decoraciones para la gran solemnidad del 29 de Junio.—El 29 de Junio de 1867.—La misa pontifical.—Homilía de Pio IX.—Significacion de la fiesta del 29 de Junio.—Cuán glorioso es para Pio IX haber canonizado a un número tan grande de siervos de Dios.—Discurso de los obispos al Papa.—Respuesta del Santo Padre al discurso de los obispos.—Fiesta de San Pablo, extramuros.—Fiesta durante la octava.—Audiencias.—Homenaje de los suizos a Pio IX.—Las últimas fiestas y la beatificacion de los Mártires del Japon.—La verdadera grandeza está en Roma.—Págs. 331 a 391.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UEV
OTEC